

M I S P A P E L E S E R R A N T E S

Benito Yrady

Entre Rómulo Gallegos
y aquella generación del 28





Mis papeles errantes:
ENTRE RÓMULO GALLEGOS Y AQUELLA
GENERACIÓN DEL 28

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Mis papeles errantes:

Entre Rómulo Gallegos y aquella Generación del 28

© Benito Yrady

FOTOGRAFÍAS

Rafael Salvatore

Enrique Hernández de Jesús

Angela Collins

Cyntia Irady

TRANSCRIPCIÓN DE ENTREVISTAS Y APOYO TÉCNICO

Petra Armas

Concepción Rodríguez

CORRECCIÓN

Susy López

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Odalís C. Vargas B.

DISEÑO DE PORTADA

Ennio Tucci

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.0444 y 482.8989

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal: DC2025000727

ISBN: 978-980-01-2571-7

Benito Yrady

Mis papeles errantes:
ENTRE RÓMULO GALLEGOS Y AQUELLA
GENERACIÓN DEL 28

FOTOGRAFÍAS

Rafael Salvatore

Enrique Hernández de Jesús

Angela Collins

Cyntia Irady

TRANSCRIPCIÓN DE ENTREVISTAS Y APOYO TÉCNICO

Petra Armas

Concepción Rodríguez



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



*Estos testimonios los dedico a mis hijas Cyntia y Ariana,
y a la hermosa juventud de Venezuela*



REFLEXIONES INICIALES



Contaba treinta años de edad cuando surgió esta idea, pero debo confesar que, curiosamente, el disfrute de la lectura de *Pobre Negro* resultaría para mí referencia de asombros del escritor más prestigioso del país. No había leído aún a *Doña Bárbara*, ni a *Cantaclaro*, ni a *Reinaldo Solar*. Tampoco a *Canaima*, pero recuerdo que al celebrarse ochenta años del nacimiento de Rómulo Gallegos, y durante mi primer viaje a Cumaná, fui estremecido por un baile de tambor que jamás había visto. Nada más y nada menos que don Lino Gallardo y su Conjunto Folklórico de Curiepe, presentado por el escritor Alfredo Armas Alfonzo, quien se dirigió al público del auditorio para decir: «Aquí no hay concesión ni a lo fácil ni a lo bonito. Así es este pueblo después que recoge el cacao, que siembra su maíz, que vive su vida dura». Sus palabras las sentí en lo más íntimo y le devolvieron a mi imaginación alguna página de *Pobre Negro*.

Resuenan los parches del curibeta y del mina. Y el alma negra vuelca en el grito sensual que le arranca la música bárbara, la entonación lamentosa que enturbia la alegría de las razas humilladas.

Así les llamaba Rómulo Gallegos: «razas humilladas». Creo que entendí aquella vez a Barlovento con las velas del mampulorio, la tristeza de hombres y mujeres ante un niño muerto, alegrías de tambores, nombres que no había escuchado nunca: el quichimba, las baterías del culo'e puya y del quitiplás, y bailes, y más bailes y cantos, y gritos secretos de guerra y la palabra libertad. Yo era adolescente aún, andariego, y me gustaba mucho el mar, me gustaba la gente negra, lo recuerdo. Me sigue gustando cada día de manera intensa. Nunca imaginé que durante esa corta estancia en Cumaná palparía por vez primera el saber de Barlovento en contrapunteo con alguna página de «Pobre Negro», mucho menos que viniera a mis manos otra

compensación de la que haré comentarios en los párrafos que siguen al referirme al *Oriente Universitario*, dedicado a Rómulo Gallegos en 1964 y que yo devoraría frase a frase, como si lo escrito fuesen palabras ficticias. Coincidiendo con la fecha del primero de mis viajes a Cumaná me envolví en aquel anillo galleguiano, sin poder aplacar ese apetito por conocer más y más de un país que él también hizo suyo.

Digo que tendría treinta años de edad cuando surgió la idea del libro actual, pero ya estaba instalado definitivamente en Cumaná, donde permanecí largo tiempo sin olvidar lo que expliqué en las líneas trazadas en el párrafo anterior. Durante aquella estancia releía a *Doña Bárbara*, a *Cantaclaro* y a *Canaima*. Tuve claras las ideas sobre el Maestro Gallegos. Por cosas del destino surge un nuevo viaje a La Habana. Vuelven las circunstancias de luchas por un futuro mejor y llega otra mano amiga. En una parte del camino encuentro la grata compañía de Miguel Otero Silva, con quien pude analizar de nuevo el itinerario de Rómulo Gallegos que da origen a las páginas que siguen. De esta forma empezó todo.

1.- ENTRE AGOSTO DE 1984 Y AGOSTO DE 2024

El 2 de agosto de 1984 Venezuela entera celebró el centenario del nacimiento de Rómulo Gallegos. Uno de sus mejores amigos, el escritor Isaac Pardo Soublette, asumió la responsabilidad de presidir la comisión creada para festejar el aniversario del novelista y pedagogo, formador de la Generación del 28. Recuerdo que me sumé a los actos de distinción de Rómulo Gallegos, cuya biblioteca personal fue donada a la Universidad de Oriente en Cumaná. Guardo en mi memoria la imagen de aquel rostro del escritor octogenario que retrataría el Sebastián Garri-do andaluz en las instalaciones educativas de Cerro Colorado.

Repetidas veces lo contemplé en el *Oriente Universitario*, boletín informativo de la casa de estudios a la cual serví desde la cultura, más allá de tantas exigencias y compromisos académicos. Me hice difusor de los saberes de nuestra gente humilde, repitiendo el lema que inventó aquel soñador de patrias, Alfredo Armas Alfonzo, para convocarnos a la llamada Casa más Alta: «Del pueblo venimos y hacia el pueblo vamos».

«Mito y Realidad» se tituló en el conocido boletín otra edición de mayo-junio de 1969, dedicada a quien en la vida buscaría símbolos de la identidad nacional a través de sus novelas, como lo afirmaba repetidas veces el primer hijo varón de Rómulo Gallegos Osío, nacido en Caracas un 2 de agosto de 1884, Rómulo Ángel del Monte Carmelo Gallegos Freire. Mi amigo, el poeta Arnaldo Acosta Bello, como secretario de redacción del señalado boletín, organiza un homenaje póstumo a Rómulo Gallegos y aseguraba, el mismo año de su muerte, que

Cuando la narrativa venezolana quedó en manos de Rómulo Gallegos (si se puede decir así) él se encargó de hacerla admirablemente suya como creación, y de todos (el colectivo) como expresión, indagación y reflejo de un pueblo que comienza a descubrirse a sí mismo en esas obras, como nunca había sucedido con otras.

Seguirían en ese número repetidas tomas fotográficas de los últimos años de vida del Maestro: fumando dentro de un automóvil, apoyado en su bastón o leyendo un discurso cuando expresó su fe en la juventud y en los altos principios Universitarios al recibir el doctorado *honoris causa* en Cumaná. Uno más en la amplia trayectoria de escritor. Esa vez, cuando las sagradas palabras del novelista se dejaron de oír, una figura del público inclinó la cabeza, visiblemente angustiada por el temblor de las manos del autor de *Doña Bárbara* y por el tono de la voz. Hasta

que una frase de aquellas que salían de su boca le devolvió el ánimo y se puso a aplaudir entusiasmada. Hablamos de Sonia, su hija, citada en la inusual leyenda junto a otras fotos de Garrido en una misma página. De brazos de su inseparable Sonia, Rómulo Gallegos recorre los pasillos de mi universidad, en la ocasión en que fue condecorado por el gobierno nacional en presencia de Raúl Leoni y del rector Luis Manuel Peñalver. Elisa Lerner, al sumarse al homenaje, escribió que alguna vez se ha dicho que los pueblos jóvenes no tienen memoria, «y es que esa reflexión o lucidez colectiva que acompaña o, mejor, se identifica con la memoria de un país, generalmente, no se conquista sino después de un vasto sufrimiento...».

Sigo hojeando la hermosa colección del *Oriente Universitario*, impresa en papel glasé de altísima calidad, y que me ha acompañado de un lado a otro entre tantas mudanzas. Así me encuentro otra vez con el mes de agosto de Rómulo Gallegos, pero un día 12 de 1964, cuando el director de Extensión Universitaria y del boletín, también amigo y admirado escritor, Alfredo Armas Alfonzo, utiliza en el fotograbado la inolvidable imagen de Sebastián Garrido para acompañarla con esta frase de Gallegos:

Yo hice mi experiencia de mí mismo, y a la rendición de cuentas de mis actos, vengo sin arrogancias, pero sin abatimientos: No tendré que arrancar de mi obra literaria ni una sola página donde me haya exhibido defensor de derechos, procurador de justicia y solicitador de bienestar y felicidad para mi pueblo, mientras en la oportunidad de la acción de todo eso se me hubiese olvidado. Yo puedo reanudar mi obra literaria deteniéndome otra vez frente a la casa de Juan el Veguero, con la seguridad de que no se negará a asomarse a la puerta porque ya hubiera perdido

tiempo cuando me lo refirió sus desventuras a mi trashumante Cantaclaro.

La Habana / abril de 1949.

Cumplía Gallegos en 1964, mes de agosto, ochenta años de una vida definitiva y entrañablemente emparentada con lo mejor de la literatura nacional. «Ejemplo de dignidad civil y una recia obra de educador», se lee en esa primera página del *Oriente Universitario*, con la forma de su rostro imperturbable retratado bajo el cielo azul de Cumaná. Se completa con la imagen de la edición española de *Doña Bárbara*. Apareció en Barcelona, la catalana, el 15 de febrero de 1929, en impresión de dos mil copias, y así sucesivamente se van mostrando más fotos de otras portadas, como la correspondiente a la edición sueca de Karim Alim, 1946. La edición de Orión, elaborada en prensas mexicanas con destino a Puerto Rico, 1950. Picón Salas la prologó. La segunda edición checa, 1958. La edición francesa de Gallimard, traducción de René L. F. Durand, 1951. La versión noruega, impresa en Oslo, con sello editorial de Aschehoug y traducción de Axel Sandemose, 1941. La primera versión alemana, fechada en Leipzig, traducida por G. H. Neuendorff, 1941. El texto en inglés impreso en Nueva York, traducción de R. Malloy, 1931. La segunda edición alemana impresa en Zúrich, versión de Werner Peiser, 1952. La versión portuguesa, traducida por Jorge Amado, otro buen nombre de la mejor literatura americana, 1940. La caprichosa y mutilada versión francesa de Henry Pannetel, 1943. De dos tomos consiste la edición peruana de Juan Mejía Baca, de la que se llegaron a imprimir cincuenta mil ejemplares, y de Austral, el libro que ya en 1964 alcanzaba la vigésima edición. Por supuesto, aparece también la carátula de la primera edición venezolana de *Doña Bárbara*, que tiene fecha de 1930, portada de Rafael Rivero y sello editorial de Élite. En

el *Oriente Universitario*, hermosamente diagramado por Mariano Díaz, se incluye además una cronología de la vida y de la obra de Rómulo Gallegos (1884-1964), y así aquel boletín se convierte con el tiempo en pieza de alto valor. Destacan los inigualables testimonios que brotan del pulso de Ricardo Montilla, quien vivió junto al Maestro Gallegos, y asegura en relación a la novela *Doña Bárbara*, que después de ordenados sus apuntes, redondeada la elaboración mental de la obra, Rómulo Gallegos se puso a la máquina y en veintiocho días terminó el manuscrito. Lo tituló inicialmente *La Coronela*.

1884. 2 de agosto. A las 10 de la mañana, en una casa de la esquina de Zamuro, en Caracas, nace Rómulo Ángel del Monte Carmelo Gallegos Freire. Es el primero de los seis hijos (tres hembras y tres varones) de Rómulo Gallegos Osío, comerciante, y Rita Freire Guruceaga, originarios de Villa de Cura.

1964. El Gobierno Nacional, como un reconocimiento a su obra de escritor, crea el Premio de Novela Rómulo Gallegos, con recompensa de bolívares 100.000. Todo el país hace suya la fiesta de celebración de sus ochenta años.

Son cosas y casos de la vida, y de un destino consustanciado con el cultivo de la imaginación. Hoy, viernes 2 de agosto de 2024, comprendo mejor la estrategia de luchar por los demás mientras repaso la introducción de *Mis papeles errantes: Entre Rómulo Gallegos y aquella Generación del 28*. Me percató ahora que se cumplen exactamente ciento cuarenta años del nacimiento del escritor, quien también ocupó en 1948 la Presidencia de la República, y fue líder de la Cámara Municipal de esta misma ciudad en el año 1938. Sigo revisando documentos y dándole orden a lo que he llamado en varios casos «Los

papeles errantes», y que me hacen compañía de un lugar a otro lugar, de una ciudad a otra, por más de medio siglo. Muestra fiel de mi temperamento de vagas angustias. Hoy me encuentro de nuevo con la sinceridad del gran pensador y radiante pedagogo Rómulo Gallegos, hijo célebre de este país, Venezuela, actualmente amenazada por otras naciones del mismo continente. No estoy bien de ningún modo, pero llego a la dimensión íntima de comprender y celebrar el alma noble de sus sueños. Hoy no me cabe ese dolor que se renueva con atemorizantes noticias de indeseables torbellinos. Entonces decido elegir una cita suya publicada en la famosa revista *La Alborada* en marzo de 1909:

La solidaridad de la ideas prepararía el terreno a la de los intereses de estas naciones hermanas; las alianzas comercial, militar y política vendrían después como consecuencia de esta alianza del pensamiento que, pulsando el alma americana, haría ver ya no como una hermosa utopía, sino como una cosa realizable y de toda urgencia necesaria, la armonía de naciones, que apenas separadas por fronteras geográficas, parten de un mismo origen, son una sola raza y están llamadas a cumplir un idéntico destino.

Las angustias de Rómulo Gallegos no cesaron nunca, y hay que saber traducir la realidad que él vivió con base en la dignidad de un pueblo que sigue luchando por ser libre, y respondiendo con gallardía ante cualquier amenaza de intimidación.

2.- AQUEL VIAJE A LA HABANA CON MIGUEL OTERO SILVA EN 1981

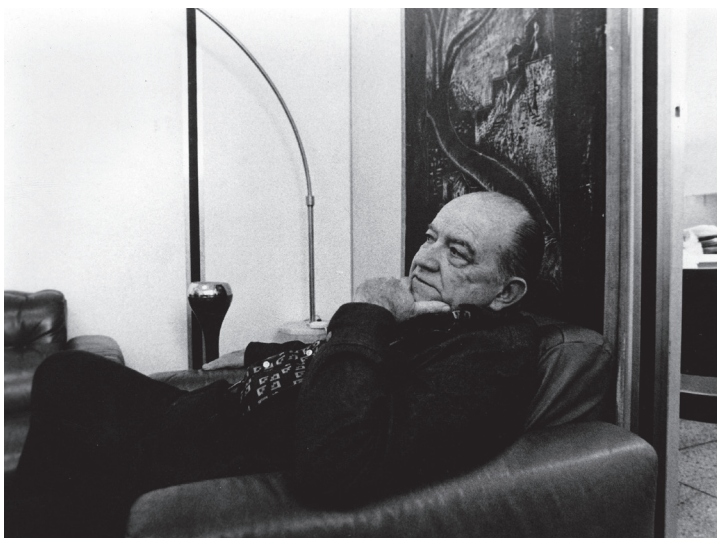
Soy franco. Siempre traté de interpretar la esencia rebelde y humana de Rómulo Gallegos. De eso hablaba en septiembre de 1981 con el novelista Miguel Otero Silva, a quien tanto admiré

y de quien sigo leyendo repetidas veces la recreación del pueblo donde nací a través de aquella obra *Oficina N° 1*, la del pozo petrolero que produjo 1 104 921 barriles y se detuvo a una profundidad final de 6 184 pies. Me encuentro con Miguel Otero Silva una vez más. El escritor Luis Britto García, el periodista José Pulido y yo viajamos junto a él como invitados de Casa de las Américas para estar presentes en La Habana, en el I Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Por más de dos horas conversamos dentro del avión en asientos contiguos de una misma fila. No hablamos de ninguna de sus seis novelas anteriores, aunque sí pudimos tocar muy de paso *La muerte de Honorio* por un dato desconocido para mí. Nuestra charla se centra en Rómulo Gallegos y en lo que haría falta escribir para recordar al hombre de una memoria prodigiosa, que muy pronto, en la misma década de nuestro encuentro, cumpliría cien años de nacimiento. Habíamos empezado el diálogo cuando Otero Silva aporta, entre bromas, otra noticia sobre *Doña Bárbara* y que es testimonio directo de Andrés Eloy Blanco. No debió llamarse *Doña Bárbara* aquel libro, sino Doña Pancha, que fue la Doña Bárbara de esos paisajes del Apure. Su nombre era Pancha Vásquez, a quien conoció Andrés Eloy Blanco por temas de asesoría legal. La describe «fea, oscura, casi negra, gruesa, muy gruesa, pero extraordinaria como jinete y pistola en mano para defenderse de las adversidades». No manejaba yo tal información, como tampoco estaría al tanto de que uno de los personajes en los que se inspiró Otero Silva para escribir la novela *La muerte de Honorio* fue Eduardo Gallegos Mancera, amigo entrañable tanto de Miguel Otero Silva como de Rómulo Gallegos.

Otero Silva me habla de Rómulo Gallegos con especial afecto, sin dejar de referirse a la conocida polémica que hicieron pública en octubre de 1944, a través de distintas cartas por sus diferencias

de opiniones sobre Rómulo Betancourt, su partido político, la venezolanidad y sus vertiginosos cambios. Tanto Rómulo Betancourt como Miguel Otero Silva fueron alumnos de Rómulo Gallegos en el antiguo Liceo Caracas (hoy Liceo Andrés Bello en esta urbe), pero transitaron caminos distintos en la política. En 1944, año del intercambio epistolar entre el Maestro Gallegos y Otero Silva, ya este barcelonés nacido junto al río Neverí, era citado internacionalmente como escritor por su primera novela *Fiebre*, sumado a su militancia en el Partido Comunista de Venezuela. Era conocido también como destacado periodista y fundador del diario *El Nacional*, el cual llegó a dirigir con acierto. En él siempre la literatura y el periodismo fueron armas poderosas para exponer ideales, vías extraordinarias para la denuncia y la crítica. No fue el único caso en que se muestran sobre el Maestro Gallegos afectos comunes y posiciones políticas distintas a la vez. Durante el viaje, Miguel Otero Silva me insiste en que debería recordarse lo ocurrido en agosto de 1964, con motivo de la semana conmemorativa del ochenta aniversario de Rómulo Gallegos, fecha a la que anteriormente nos referimos, y en la cual Gustavo Machado, desde su celda en la «Cueva del Humo», le remite una extensa carta al Maestro mientras cumplía prisión en el Cuartel San Carlos. Gustavo Machado reconoce en Rómulo Gallegos una extraordinaria obra cumplida y habla con sinceridad de la relación que mantuvieron siempre, desde el año 1913, cuando fue uno de sus alumnos predilectos. Señala que esa obra literaria es necesario salvarla de «la influencia adulteradora que se deriva de la política inconsecuente del partido Acción Democrática». En aquel momento Gustavo Machado, como parlamentario en ejercicio ante el Congreso de la República, es acusado de rebelión militar por un Consejo de Guerra y resulta condenado a prisión en el temible Cuartel carcelario de Caracas. Esa carta a su maestro y amigo Rómulo Gallegos nunca obtuvo respuesta.

Ya en La Habana no había tiempo para seguir dialogando sobre estos temas. Nos concentramos totalmente en el significado del I Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, y en los compromisos que debíamos de asumir. Yo, que era el más joven integrante de esa delegación con mis treinta años cumplidos, tuve la dicha inimaginada de estrechar las manos de Gabriel García Márquez, Mario Benedetti, Armando Hart, Alicia Alonso, Nicolás Guillén, Juan Bosh, Alfredo Bryce, Eduardo Galeano, Oswaldo Guayasamín, Augusto Monterroso, Ernesto Cardenal, que tuvo a cargo el discurso de clausura, Miguel Barnet (con quien inicié desde ese día una gran amistad), las manos del propio Frei Betto de Brasil, y de muchos otros pensadores latinoamericanos, compañeros de luchas, incluido el Comandante Fidel Castro Ruz en el Palacio de la Revolución, donde lo vi condecorar a Nicolás Guillén con la Orden José Martí. Miguel Otero Silva me condujo a ellos.



Miguel Otero Silva en Caracas.
Fotografía inédita, cortesía de Enrique Hernández D' Jesús

Al regreso a Caracas la emoción espontánea nos colocó de nuevo en la figura de Rómulo Gallegos. Datos de relevante interés me ofrecería Miguel Otero Silva en este viaje de retorno. El papel tan significativo y cercano al Maestro Gallegos del ensayista Isaac Pardo Soublette, quien formó parte accidental de su gobierno, además de pertenecer a la llamada Generación del 28 y sufrir cárcel durante la dictadura de Juan Vicente Gómez, igual que el propio Otero Silva. La lejana y casi desconocida historia del escritor Horacio Cabrera Sifontes, encarcelado también como otros en tiempos del dictador Juan Vicente Gómez. La indudable importancia de Juan Liscano, organizador de la célebre Fiesta de la Tradición en el Nuevo Circo de Caracas por el ascenso del Maestro Gallegos a la Presidencia de la República. La propia experiencia de Luis Manuel Peñalver, rector-fundador de la Universidad de Oriente, quien fungió como secretario de Rómulo Gallegos en uno de sus lapsos fuera del país. El liderazgo esencial de Luis Beltrán Prieto Figueroa que, además de ser reconocido pedagogo, estuvo altamente involucrado en los hechos políticos que llevarían más tarde al novelista a ganar las elecciones presidenciales venezolanas. Los detalles importantísimos que podría aportar el líder Jóvito Villalba. Los propios testimonios de su hija Sonia Gallegos, la inseparable Sonia, además de las opiniones familiares de la hermana menor de don Rómulo, Elisa Gallegos de Santana, quien aún vivía en aquella misma zona de Altamira, donde el escritor más reconocido del país fijó residencia hasta el día final de su muerte en Caracas. Toda esa provechosa información, unida a las indiscutibles contribuciones de Gustavo Machado y del propio Miguel Otero Silva, permitiría traducir a la patria un hermoso homenaje póstumo a Gallegos al clarificar los postulados por los que él vivió, así como el reflejo de su espíritu encendido. Allí nace la idea de este libro, pensando a la vez en los destacados integrantes de la ya famosa Generación del 28, que

alcanzaría fama mundial. Le dije a Otero Silva, durante el vuelo de retorno a Caracas, que el primer entrevistado para iniciar la avanzada sería él como alumno de Rómulo Gallegos y testigo de una época altamente significativa en la historia política del país, que ya tomaba un rumbo distinto al pasar lentamente de una Venezuela agraria a una Venezuela petrolera. Los personajes citados estuvieron también en el exilio y seguirían acompañando al novelista en diversas naciones, una vez que salió fuera de Venezuela. Acordamos volver a encontrarnos para hacer el reportaje en su residencia de Caracas, pero pasó el tiempo y el día menos esperado fue otra la noticia, tras el fallecimiento del gran escritor que siempre prefería la prosa al verso, teniendo como ejemplo del concierto de sus narraciones aquella novela de alucinante vuelo *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*. Sin avisarle a nadie murió Miguel Otero Silva, y su cuerpo, como siempre, seguiría por la izquierda hasta el Cementerio General del Sur en Caracas. Desgraciadamente no nos volvimos a encontrar para el fiel cumplimiento de la tarea, como la imaginé, pero sí pude releer las cartas lejanas y emotivas de los dos amigos molestos en el alma, después del suceso electoral donde Gallegos prueba la derrota y fantaseo sobre ellas, sabiendo que nadie perdió en este lance del juego. Aquí entrego dos.

Carta de Rómulo Gallegos a Miguel Otero Silva

Compasivo Miguel:

He leído la columna que suscribes en *El Nacional* de ayer, donde te compadeces —por lo que te llamo compasivo— del descalabro electoral que hemos sufrido Andrés Eloy Blanco y yo. Leí con detenimiento y serenidad y habría estado a punto de sentirme conmovido al llegar a los párrafos finales y saber que a los doctores Rafael Vegas e Isaac Pardo y a ti se les había enturbiado

momentáneamente la alborozada complacencia del triunfo, al verme derrotado y por añadidura abandonado de los míos en la hora crítica del escrutinio adverso, como insidiosamente quieres hacer creerlo. Pero afortunadamente yo he superado ya mi propensión a los enternecimientos fáciles y estoy liquidando de prisa mis equivocaciones sentimentales, para que en la posición de lucha en que voluntaria y responsablemente me he colocado no se me deslicen dentro del ánimo ni siquiera fugaces condescendencias con los afectos y la estimación intelectual que realmente me haya conquistado con mi conducta personal y con la buena fortuna de mi obra literaria.

Quien haya leído mis novelas sin predisposición a juzgarme farsante que una cosa diga y otra muy diferente practique, ha debido esperar de mí, en la oportunidad de la acción, la actitud en que ahora me encuentro y para imprimirle desde un principio a esta réplica el tono de la sinceridad definitiva, comienzo por decirte que no creo, que no he creído nunca ni en tu afecto ni en tu respeto hacia mí, porque le conozco bien, Miguel Otero Silva. Y para que no me quedasen dudas de la exactitud de ese conocimiento hoy vienes a soliviantarme la vanidad del escritor que generalmente es grande y tú lo sabes contra la firmeza del hombre que comparte una actitud con leales compañeros, deslizándome al oído el perturbador halago de que mi nombre no puede pertenecer a un partido político porque pertenece a Venezuela entera y, más irrespetuosamente aún, tratando de sembrar en mi espíritu, porque me lo atribuyes asomando la mezquina rivalidad y la envidia contra mi compañero Rómulo Betancourt.

¿Pero a cuál Venezuela —debo preguntártelo— pertenece mi nombre? ¿A la que se abstiene de votar en las elecciones, a la que no se considera obligada al deber ciudadano, elemental manera de ser nación que con orgullo pueda ser llamada Patria, un conjunto permanente de hombres sobre una porción de la tierra?

¿O a la que no tolera que alguien pueda ser osado a ejercitar oposición política contra el gobierno de turno?... Quédate con esa, Miguel Otero: mi Venezuela es otra. La de Juan el veguero y Santos Luzardo, para no mencionar sino personajes míos: no la de Pernalete y Mujiquita.

Mas quizás tú no hayas querido sino mitigarme, socarromamente, la amargura de la derrota y hoy te acompaña en esa táctica Antonio Arráiz. Eso o lavarse las manos respecto a mí ante las perspectivas que contra Acción Democrática vean cernirse en la atmósfera política. Pierdan cuidado, compañeros de letras, yo sabré sucumbir con dignidad, si a tanto llega el coaligado empeño de barrernos del escenario político. Y basta ya de calificarme de genial escritor, máximo novelista, nombre continental, etcétera. Soy simplemente un ciudadano venezolano que está dando una pelea, entre compañeros leales, por un ideal democrático, de altura ciudadana en ejercicio de derechos evidentemente respetados.

Espero que cuando eso sea una realidad efectiva, conquistada por los verdaderos defensores de la causa del pueblo, tú hayas modificado y rectificado el deprimente concepto de candidato a tráfuga en que hoy me tengas.

Hasta entonces, Miguel.

RÓMULO GALLEGOS
Caracas, 21 de octubre de 1944

Respuesta de Miguel Otero Silva a Rómulo Gallegos

Agresivo Maestro:

La carta que usted me dirigió ayer desde tres periódicos expresa dos categóricas actitudes tuyas: la una política, que no comparto

pero que no me ha sorprendido, y la otra personal con respecto a mí, que me dejó estupefacto. Vive usted amurallado, tras las almenas de un partido político sectario, y lógico es que sus palabras reflejen el concepto cerril de la actual situación venezolana que en ese partido se respira. Pero nunca imaginé que esas murallas fuesen suficientemente altas como para tapiar la visión de los sentimientos más limpios y honrados que los hombres profesan.

Para explicarme su interpretación política de la hora presente acepto su magnífico símbolo de *Doña Bárbara*. Pero no puedo aceptar como fórmula de piedra, su deslizada de la evolución social de Venezuela, sino como símbolo que evoluciona a menudo que evoluciona nuestra patria.

Usted sigue considerando que la Venezuela de Santos Luzardo y la de Juan El Veguero es la Venezuela que le hace oposición al gobierno de turno, así el gobierno de turno se haya echado a andar por los caminos de Santos Luzardo y comience a estudiar necesidades de Juan El Veguero, olvidadas secularmente a lo largo de nuestra historia. Y para ser real a sus personajes que se rebelaron contra Pernalete, se queda usted enardecido en la oposición, sin observar que Pernalete ha empezado a ser oposición en Venezuela y que Mujiquita ha sacado alientos de donde no los tenía para combatir a un gobierno cuando nada se arriesga con aparentar rebeldía. Como yo lo considero a usted más novelista que político, me agradecería verlo analizando la ubicación de sus personajes simbólicos en la Venezuela de hoy y rechazando indignado la simpatía que Pernalete y Mujiquita están demostrando por su partido. En cuanto a lo personal que su carta contiene, hay en ella un párrafo que he releído muchas veces, encontrándolo en cada ocasión menos digno de usted. Es aquel que dice «Comienzo por decirte que no creo, que no he creído nunca ni en tu afecto ni en tu respeto hacia mí, porque te conozco bien Miguel Otero Silva».

Es sencillamente asombroso. Hace apenas dos semanas, en pleno fragor de la lucha electoral, cuando ambos contendientes empleaban los más lesivos proyectiles, le llamé a usted para testimoniarle que yo no autorizaba ni compartía ni estaba dispuesto a soportar en silencio, que se arrojaran sombras sobre su nombre. Y usted me respondió estas palabras: «No tienes necesidad de decírmelo Miguel. Yo conozco perfectamente la firmeza de tus sentimientos con respecto a mí».

No logro explicarme qué acontecimiento logró transformar en 15 días esa opinión suya y llevarlo incluso a afirmar: «que no ha creído nunca en mi afecto ni en mi respeto». Porque me niego a aceptar que ese nuevo concepto que usted expone haya sido fruto exclusivo de un artículo mío tan fervoroso y tan sincero, donde el único *irrespeto* que usted ha logrado descubrir, ya en la tarea de buscar irrespeto, es mi afirmación de que «su nombre no puede pertenecer a un partido político porque pertenece a Venezuela entera».

Usted no conoce bien a Miguel Otero Silva, maestro Gallegos. Usted cree conocerme hoy a través de informaciones y testimonios torcidos que llegan hasta sus torreones, poniendo en mis labios expresiones y en mi alma intenciones que nunca han sido mías. Porque si usted me juzgara a través de mis actos, de lo que usted me ha visto hacer y oído decir, no hubiera escrito jamás esas hirientes e injustas palabras.

No necesito relatarle a usted en qué forma he sabido ser consecuente durante años a ese respeto y a ese afecto que usted niega. Le diré simplemente que no solo he empleado siempre las más elevadas palabras al mencionar su nombre, sino que jamás he permitido dentro de mi partido, ni fuera de él, que en mi presencia se menoscabe su persona o su obra. Por ese motivo se me ha acusado muchas veces de ese sentimentalismo que usted afirma estar liquidando tan de prisa. Y hoy mismo, cuando apareció en

los periódicos la carta suya que me niega el derecho a respetarlo, no menos de veinte personas se han acercado a mi escritorio para pronunciar estas palabras zumbonas y remolonísimas: «Eso te pasa por estar dando la cara por Rómulo Gallegos».

No volveré a dar la cara por usted posiblemente. He comprendido un poco tarde lo ingrato de su cometido en seguir usted creyendo en la lealtad inmaculada de Rómulo Betancourt, así sepa guardar silencio por conveniencias políticas cuando *La Esfera* arremete contra usted y así deja abandonada su candidatura para garantizar el triunfo de la suya.

Nosotros tampoco hemos creído en la lealtad de ese mismo personaje político hace unos cuantos años y ya está viendo usted los resultados. Para cuando le toque a usted el turno de arrepentirse de la fe que ha puesto en el transitorio amigo de hoy, vuelvo a ofrecerle mi respeto y mi afecto que hoy rechaza.

Hasta entonces, Maestro.

MIGUEL OTERO SILVA
Diario *El Nacional*, Octubre de 1944



Miguel Otero Silva en París.
Fotografía inédita, cortesía de Enrique Hernández D' Jesús

LAS CONVERSACIONES SOBRE RÓMULO GALLEGOS, HECHAS LETRAS, CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Me hago preguntas y prosigo. Digo que este libro se inicia desde aquellas lejanas tertulias con Miguel Otero Silva entre Caracas y La Habana, en septiembre de 1981, y que han sido papeles errantes y a veces olvidados de cara a una dura realidad. Fallece Otero Silva a solo un mes del encuentro que ya habíamos pausado. Fue de una manera inesperada. Quizás lo sabía, porque nos deja esa última novela *La piedra que era Cristo*, como anticipando un nuevo comienzo en el futuro de aquel niño que vivió en su Barcelona natal hasta los cinco años de edad, y que al venir a Caracas tuvo por maestro a Rómulo Gallegos, como quedó a la vista en su famoso liceo junto a condiscípulos como Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Armando Zuloaga Blanco, Raúl Leoni, Isaac Pardo, Germán Suárez Flamerich, Rafael Vegas, Inocente Palacios, Felipe Massiani, Pedro Juliac, en fin, todos aquellos que conformaron la célebre Generación del 28. Cobraría relevancia desde la sonada Semana del Estudiante, aprovechando el carnaval con su reina Beatriz I (Beatriz Peña Arreaza), coronada en el Teatro Municipal de Caracas cuando se decide por decreto el uso obligatorio de la boina azul entre los estudiantes. En esa Semana, en el barrio La Pastora, siguen los discursos políticos del propio Otero Silva, de Gonzalo Carnevali, de Jacinto Fombona Pachano, de Antonio Arráiz y de Rómulo Betancourt, y finalmente el estallido del Día de la Juventud, el 12 de febrero, con la famosa boina azul y cantando todos la divertida «saca la pata jalá, ¡sacalapatajalá!», hasta cerrar un 14 de febrero con Jóvito Villalba preso, junto a Rómulo Betancourt, Joaquín Gabaldón Márquez, Pío Tamayo, Guillermo Prince Lara y muchísimos otros encarcelados en el Castillo de Puerto Cabello. Miguel Otero Silva estima un movimiento

de doscientos cincuenta y dos estudiantes. Esa misma semana, en Nicaragua, el general Augusto César Sandino, con seis mil guerrilleros a su mando, lanza una gran ofensiva contra las tropas norteamericanas invasoras. Seguramente Gustavo Machado estaba allí. Y así fue el transcurrir del tiempo en la vida de Otero Silva, quien de niño pasó a tener alma de hombre y gran asomo de valentía enfrentado al régimen de Juan Vicente Gómez. El Otero Silva que luego participa en el asalto al Fuerte Ámsterdam en la isla de Curazao, y quien, bajo el liderazgo de Gustavo Machado, se compromete en una incursión a nuestra patria, desde un punto del mar Caribe, hasta sumarse al Partido Comunista de Venezuela sin dejar de escribir entre palabreos y versos de humor y prosa abundante. Vivió destierros y activismo político desde la Cataluña de España, y en muchos otros países de América Latina y el Caribe. Se hace miembro de la Academia Venezolana de la Lengua y dirige su propio periódico. Recibe numerosos premios y homenajes en distintos lugares del mundo, alcanzando el Premio Lenin de la Unión Soviética donde alguna vez visitó la tumba embalsamada de su héroe Vladimir Ilich Lenin, al que tanto admiró. Ese Miguel Otero Silva, paisano mío de la tierra de Anzoátegui, hijo de Henrique Otero Vizcarrondo y de Mercedes Silva Pérez, y que leyó tanto y tanto la Biblia para después escribir *La piedra que era Cristo*.

Quizás, entre palabras impacientes, se dibuje la entrevista que en la hora tangible no llegué a hacer a Miguel Otero Silva para dar comienzo a este libro de la cotidianidad de la vida. Paso a paso fui armando el periplo. Conversé en 1982 con el legendario y célebre Gustavo Machado, quien fallece diez meses después de nuestro encuentro y pude comprender su otro mundo. Debo confesarlo, nunca imaginé tocar el proceso político de mi país frente a un testigo de semejante molde histórico como el valiente Gustavo Machado. De él he aprendido, en mis inicios, el

significado verdadero de la palabra revolución, que quiere decir entrega plena al fiel cumplimiento de las ideas. Ternura. Amor. También en el transcurso del año 1982 logré entrevistar a ese gran Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa, otro alzado en armas que escogió el rompecabezas de la educación para hacer más fecundo este país, sin esperar ningún tipo de agradecimiento a cambio de sus sueños no cumplidos del todo. Luis Beltrán Prieto Figueroa fallece diez años después de presentarme su ideario de combate. Luego, en un mes de enero de 1984, lo hice con Isaac Pardo Soublette, otro extraordinario protagonista de la sustancia de tantas ideas para engrandecer a un país. Él supo interpretar como pocos el dominio de sus emociones. Isaac Pardo fallece en el año 2000. Después de Isaac Pardo Soublette voy a la casa de Elisa Gallegos, la última hermana viva del Maestro Rómulo, allá en la avenida Luis Roche de Altamira en Caracas, un 15 de marzo de 1984, algunos meses antes de su fallecimiento, y pude escuchar sus frases contagiosas entre exclamaciones y recuerdos. Por casualidad, en la misma zona de Altamira, el año previo de 1983 en un edificio diagonal a la famosa plaza, logro conversar con la hija heredera, Sonia Gallegos. Al imprescindible Juan Liscano le entrevisto en Cumaná un mes de mayo de 1985. Él fallece en febrero del año 2001. Tenía todos esos testimonios como me lo recomendó Miguel Otero Silva. Ya había encontrado, durante un mes de enero de 1984, a Horacio Cabrera Sifontes en Ciudad Bolívar, la más antigua capital del Orinoco, donde tiempo después y tras años de amistad miré sin sobresaltos, en una tarde guayanesa, su elegante cadáver de corbata y flux con manchas de sangre sobre la cobija llanera de colores. Todo lo originó aquella única bala al entrar segura en su pecho, un día ya lejano de 1995. Seguiría, finalmente, lo que me pudo orientar ese médico y poeta incomparable que viajó tanto por el mundo sin arrepentirse jamás de hacerse comunista. Me refiero a Eduardo Gallegos

Mancera, quien se nos fue hacia otra realidad distinta a la de este espacio terrenal un 3 de julio de 1989, después de ofrecerme la esperada entrevista un 14 de febrero de 1986. El mismo mes de 1986 me encuentro con el rector-fundador de mi universidad, Luis Manuel Peñalver, para tomar valiosos testimonios sobre su relación con Rómulo Gallegos, dentro y fuera del país. Él fallece en abril del año 2004. Todos los documentos pasarían a engrosar mis interminables listas de «papeles errantes», sobre los cuales giro y giro y solo me detengo en momentos especiales como este, cuando percibo el camino para darlos a conocer hasta donde sea posible. Así ocurre con estos fragmentos que después de cuatro décadas de encierro recuerdan mi compromiso de despedida y gratitud al Maestro Gallegos. A las anteriores agrego tres nuevas entrevistas. Dos realizadas este mismo año 2024, cuando converso una vez más con la mujer amiga, de trayectoria importantísima como líder indígena y parlamentaria, nuestra hermana Noelí Pocaterra, quien estando niña conoce a Rómulo Gallegos a través de su padre, Germán Pocaterra, en una comarca Wayúu camino a Paraguaipoa. Allí anduvo el escritor imaginando y palpando mundos para llegar a su libro *Sobre la misma tierra*. También una doble entrevista con el viejo amigo Oswaldo Lares, testigo excepcional de la Fiesta de la Tradición durante aquel mes de febrero de 1948, en el Nuevo Circo de Caracas, para honrar a Rómulo Gallegos como presidente electo de la República de Venezuela. Finalmente, incorporo otra conversación que sostuve en Elorza el 20 de mayo de 2015, junto a las márgenes del río Apure, derivada de mi encuentro con Manuel Vicente Santana, buscando a la legendaria y real Pancha Vásquez en la dimensión íntima de Doña Bárbara. Solo me quedó pendiente una entrevista que establecí, en un primer contacto, con Jóvito Villalba, también alumno de Rómulo Gallegos y figura esencial de la Generación del 28. Ismenia de Villalba, su esposa y lideresa política

de elevada trayectoria, nos había citado un día de 1984. Al llegar al domicilio ella misma se excusó. Con él a su lado, dentro de un ascensor, nos informa que debían trasladarse urgentemente al centro de salud. Nos miramos muy de prisa, llegando a observar en sus facciones a un hombre anciano que aparentaba muchísima más edad de la verdadera. Nace en Pampatar en 1908 y fallece en Caracas un día 8 de julio de 1989.

Las fotos tomadas en distintos momentos de esta travesía pertenecen a Rafael Salvatore, quien me acompañó a todos los lugares descritos y pudo copiar la selección de imágenes testimoniales que dan fe del seguimiento de esta historia. De Ángela Collins y de mi hija Cyntia Irady provienen los retratos realizados a Noelí Pocaterra y a Oswaldo Lares en su domicilio de Caracas. También debo agradecer la cortesía de Enrique Hernández D' Jesús, autor de las fotografías inéditas de Miguel Otero Silva. Por supuesto, no dejo de citar a Petra Armas y a Concepción Rodríguez Macero, quienes me ofrecieron oportuna ayuda técnica, en tiempos distintos, para transcribir la abundante información que ahora resumo como una parte de la sustancia espiritual de mi vida andariega.

Caracas, 2 de agosto de 2024

GUSTAVO MACHADO:
«¡Yo soy comunista!»



«¡Yo soy comunista!». Esa frase que pronunció Gustavo Machado en acto público celebrado en el Teatro Nacional de Caracas en 1936, al proclamarse discípulo de Marx, Engels y Lenin, es la escogida para titular la entrevista que sigue. Medio siglo después me la repite él mismo y agrega: «Yo soy comunista y un eterno admirador de Rómulo Gallegos».



Gustavo Machado. Fotografía de Rafael Salvatore

Me bastaron tres horas en la casa elegida de la Quinta calle transversal de Los Palos Grandes en Caracas para entender mejor, desde la ternura, al comunista Gustavo Machado, quien a los dieciséis años ya tenía unos grillos remachados a sus tobillos en la famosa cárcel La Rotunda. Debió ser en 1914, porque él nació un 19 de julio de 1898 bajo un techo de familias distinguidas por su posición social. Nació en cuna de ricos. «La casa era enorme, con los tres patios llenos de flores, veinticuatro alcobas y un huerto sombreado por chaguaramos...», escribió Plinio Apuleyo Mendoza en las páginas de la revista *Élite*, año 1958, en un artículo titulado «Machado, de aristócrata a líder rojo». Gustavo nunca lo ha ocultado.

—Yo nací en una familia de burgueses terratenientes acomodados, pero tuve una escuela que cambió mi vida. En 1914 estuve preso en La Rotunda. Durante catorce meses llevé grillos. Sin dejar mis vínculos familiares, mi mente se abrió a otros horizontes, y entonces me dediqué a conspirar contra la tiranía.

Más de un año permanece engrillado en La Rotunda por protestar contra el gobierno del general Juan Vicente Gómez. Siguió en las protestas al salir de la cárcel, y en julio de 1919 ya estaba desterrado en Curazao. De Curazao, ese mismo año, pasa a los Estados Unidos de Norteamérica, donde estudia en las universidades de Harvard y Cambridge, y establece contacto en Boston con el gran líder independentista de Puerto Rico, Pedro Albizu Campos. En 1920 viaja a París para continuar su especialización universitaria hasta graduarse de abogado. En 1924 aparece en Cuba, y participa activamente en las luchas antiimperialistas junto a destacados dirigentes políticos de la isla, entre los que podemos citar a Julio Antonio Mella, el gran líder proletario del pueblo cubano. En 1927 transita por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), y se entrega de lleno al marxismo. Regresa a México y, de allí, salta ese mismo año de 1927, a Bruselas para participar en el Congreso Antiimperialista. Ya de nuevo en México, se dedica a la organización de un movimiento político en defensa de Nicaragua, país al que se traslada para alistarse como Oficial del Estado Mayor de quien fue su hermano, ejemplo de lucha, el valiente patriota Augusto César Sandino, asesinado con fusiles estadounidenses Springfield y Thompson una noche del 21 de febrero de 1934.

Es el periplo resumido de Gustavo Machado, antes de dar el gran paso del Asalto a Curazao junto a un puñado de venezolanos, con veintisiete machetes en mano, para traspasar las murallas del Fuerte Ámsterdam, hasta hacer preso al gobernador y apoderarse de doscientos cincuenta fusiles que navegan en un

barco vigilado por Europa y Norteamérica, arribando así a las playas de Falcón en un intento de deponer al gobierno carcelario de Juan Vicente Gómez. Entre los líderes que le acompañan en la rebelión estaría Miguel Otero Silva, con quien huye a pie hacia Colombia, después que el mundo entero queda asombrado ante el desafío de aquella operación. Sobre el particular, Otero Silva escribe:

Gustavo Machado fue el alma del asalto a Curazao. Fue Gustavo Machado quien concibió el proyecto, quien estudió las condiciones del lugar, quien elaboró el plan, quien organizó a los hombres, quien distribuyó las armas. Y empiezo a decir «nosotros», porque ya los estudiantes nos habíamos incorporado al movimiento. Machado no nos había participado el plan del asalto, y tuvimos que acudir al Fuerte cuando nos llamó el silbido de las balas. Y se nos recibió con un viva. Y se nos puso en la mano un reluciente fusil holandés.

Por allí seguimos la conversación en la casa familiar de Los Palos Grandes, al lado de su esposa Elsa Vera de Machado, quien también participa respondiendo y fumando a escondidas. Gustavo Machado nos recuerda que, cuando el Partido Comunista lo envió a Moscú en 1926, donde duró dos meses, sostuvo reuniones tanto con el gobierno de la URSS como con sus camaradas marxistas, en busca del apoyo necesario para derrocar a Juan Vicente Gómez. Pidió un barco, un barco para invadir a Venezuela, y nos describe la expresión de asombro del Comité Político con el que se reuniría en Moscú cuando el traductor explica a líderes comunistas de la URSS el propósito de la visita. Solo uno de los presentes, que había estudiado la historia del país, se atrevió a comentar «Tal vez tiene razón. En

todos los momentos decisivos de Venezuela siempre ha habido un barco». No consiguió aquel barco, pero, a los pocos años, logra secuestrar el famoso buque *Maracaibo*, con un marinero yanqui como rehén, a quien obligaría a dirigir el timón de la nave en un intento de penetrar en Venezuela desde costas cercanas a Coro. Era un mes de junio de 1929, día sábado para más señas, y Gustavo Machado cumpliría treinta y un años el 19 de julio inmediato. Siempre en su vida andaría de barco en barco, aventurado en alguna nave de la libertad o prisionero en barcos de guerra. Tal fue el caso de aquel otro barco, el *General Salom*, anclado en el puerto de La Guaira, donde es hecho cautivo para su traslado posterior al Castillo San Carlos, a la entrada del Lago petrolero de Maracaibo, volviendo a prisión en 1936, cuando regresa clandestinamente al país tras diecisiete años de destierro. Viene a reunirse en Caracas con el Comité Organizador del Partido Comunista de Venezuela. Allí estarían presentes, Rómulo Betancourt, Salvador de la Plaza, Rodolfo Quintero y Miguel Otero Silva. Sigue en sus luchas. En 1945 es electo miembro de la Asamblea Constituyente, y en 1947 candidato a la Presidencia de la República en elecciones libres, donde se impuso su gran amigo y maestro Rómulo Gallegos, quien nos une en esta conversación.

Gustavo Machado logra ser electo diputado al Congreso Nacional, pero en 1948, después de la derrota propinada por militares al gobierno de Rómulo Gallegos, soporta un carcelazo más hasta salir de nuevo al exilio, regresando finalmente al país en 1958, tras la caída del general Marcos Pérez Jiménez. Ya iba a cumplir sesenta años de intensas luchas y largos caminos de cárceles y destierros, aunque su aspecto físico hacía imaginar que él albergaba una edad menor. Cinco veces fue encarcelado porque entre 1963 y 1968, después de ser electo diputado ante

el Congreso de la República con amplio margen de votos, que el pueblo entregó a su favor, vuelve al calabozo. Desempeña cabalmente sus funciones de parlamentario y sigue en la actividad pública, pero, bajo la acusación de ser rebelde y comunista, un Consejo de Guerra Militar lo sentencia a pagar prisión en el Cuartel San Carlos de Caracas, durante el gobierno de Rómulo Betancourt. Le fue violada la inmunidad parlamentaria junto a otros diputados que también sufrieron largo encarcelamiento. Sandinista y bolivariano se declaró frente al Consejo de Guerra e hizo elogios del Ejército del Libertador, «pueblo en armas» del que Bolívar fue guía. «Prefiero morir en la cárcel que vivir en exilio», responde cuando en vista de su avanzada edad se le ofrece negociar la libertad a cambio de ser deportado nuevamente para alejarlo del territorio venezolano. Ya había sido electo Raúl Leoni nuevo presidente de Venezuela, después que Rómulo Betancourt concluyó el mandato de ley, y sobre ese mismo año 1964, la mujer que está a nuestro lado en la entrevista, Elsa Vera Fortique de Machado, nos recuerda el último párrafo de la carta que le envió al presidente constitucional de Venezuela, Raúl Leoni Otero, el hijo de Clemente Pascuale Tancredi Leoni Scribani, un 14 de mayo de 1964, solicitando la libertad de su esposo y diputado en prisión:

Solo pido justicia, de la misma por la que su generación luchó el 28, el 36, el 48, y que tanto ayer como hoy, seguimos esperando los que no perdimos el camino. No temo el fallo, y puede estar seguro que la solución de este problema, de índole nacional, involucra personalmente para mí, matices muy hondos y diversos, entre ellos el de no recordarlo en el futuro como el carcelario de mi marido; sin embargo, tal parece que no me dará Ud. otra alternativa.



Benito Yrady y Gustavo Machado durante la entrevista.
Fotografía de Rafael Salvatore

El propio Maestro Rómulo Gallegos también estuvo entre los intelectuales que se sumarían a la solicitud de la libertad de Gustavo Machado, y muchos otros de fama universal como Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Ángel Rama, José María Castellet, así como reconocidos líderes políticos y militares venezolanos, entre quienes pueden nombrarse a Rafael Caldera y a Wolfgang Larrazábal, más cientos de personalidades. Finalmente, queda en libertad, después de ser electo diputado por cuarta vez, sumando un largo período desde el 17 de diciembre de 1946 hasta el 23 de enero de 1979. El presidente Raúl Leoni Otero lo libera por indulto de la pena debido a su edad, tras la decisión política del 21 de marzo de 1968. Vuelve a ser diputado al medirse en elecciones inmediatas sin retornar más a las cárceles ni al exilio, que es donde pasa la mayor parte de su vida, renunciando a los privilegios económicos de su entorno familiar. Él perteneció a la oligarquía caraqueña y estaba

por cumplir setenta años cuando sale de la cárcel por última vez, después de transcurrir medio siglo de prisión en prisión.

Así volvemos a Rómulo Gallegos.

—Fuimos exiliados los dos, y juntos compartimos en México una larga temporada, pero lo considero mi maestro igual que a Luis Ezpelosín. Le conozco desde 1913, antes de la entrada a La Rotunda, y le admiro como gran escritor. Él estuvo siempre entre mis amigos más queridos. Nos unía la condición excepcional de ser ateos y eso nos ayudaba a ver el mundo exterior con una objetividad perfecta. Era revolucionario como yo, y yo soy comunista y admirador eterno de Rómulo Gallegos.

Gustavo Machado insiste en que revise aquella carta que le envió a Rómulo Gallegos desde el Cuartel San Carlos, donde pagaba prisión militar por última vez. Hablamos de muchos temas en aquella casa de Los Palos Grandes, pero lo que más me asombra es su entusiasmo juvenil y su compromiso indeclinable con el socialismo a una edad tan avanzada. Sin temor a equivocarse, nos asegura que «antes del año 2000, en medio de un camino muy difícil, las ideas socialistas se impondrán en Venezuela para dar origen a un gobierno diferente, un gobierno de liberación nacional que tendrá todo el apoyo del ejército», y nos recalca que contamos con un ejército que se siente heredero de los ejércitos libertadores, lo que se transforma en gran ventaja para lograr los cambios esperados. Agrega que se traspasarán fronteras, porque buena parte de América Latina se irá alineando con el socialismo cuando lleguemos al año 2000. «Lo que hagamos aquí repercutirá en todo el mundo», nos dice. De esta forma resumida, sin agregar otros aspectos del Rómulo Gallegos que tanto conoció, concluimos la entrevista, no sin antes recibir su insistente recomendación de que la acompañe de la carta que escribió para Rómulo Gallegos desde el Cuartel San Carlos en agosto de 1964, como una forma de entender mejor

su admiración y respeto por el Maestro Gallegos, pero también el momento político que se vivía en esa Venezuela de entonces. Yo por mi lado le recuerdo que he leído el poemario de otro desterrado y prisionero como él, aquel caroreño Alí Lamedá, de las «Glosas a Gustavo Machado», y le pido que recordemos juntos los primeros cuatro versos:

Nunca este gallo declina
gallo de sombra escarlata,
como la flor del bucare,
rojo como la granada.



Fotografía de Rafael Salvatore

Mi imaginación no aceptó nunca lo que llegaría a ocurrir a los pocos meses de este encuentro en su residencia familiar de Los Palos Grandes. Muy a pesar de sus deseos por evitar la muerte, o quizás presentirla, se detuvo su vida en la Clínica Santa Sofía de Caracas, dos días antes de cumplir sus ochenta y cinco años, un 17 de julio de 1983. Entonces recordé una de

sus frases repetida tantas veces, y que volvió a surgir en medio de esta entrevista, «La revolución no es una fiesta, pero llegará el día en que la revolución será una fiesta».

Carta a Rómulo Gallegos desde la «Cueva del Humo» del Cuartel San Carlos

He dejado pasar intencionalmente la euforia de la semana conmemorativa llena de ceremonias, publicaciones y homenajes de diversa índole. Tengo motivos suficientes para suponer que estas líneas no han de causarte sorpresa mayor. Residiendo ambos en Venezuela, aunque en situaciones contrapuestas, alguna manifestación más debías esperar durante el jubileo —que no jubilación, pues esta tuvo lugar en 1961—, celebrado en torno de tu nombre.

Ahí van a todo riesgo. No me mueve, Rómulo —tú me conoces—, un amargo y mezquino desahogo. Como combatiente indoblegable, en mi espíritu no hay sitio para el resentimiento innoble. Mas es la lucha contra los enemigos de mi pueblo y de mi patria, contra quienes le han sometido al extranjero explotador; contra quienes han envilecido el concepto de independencia y de democracia, contra esos, yo abrigo, te lo confieso, un justiciero y bolivariano odio irreconciliable.

Es ocasión propicia este secuestro político para evocar hechos del pasado reciente, despertando el recuerdo con las informaciones de los honores que hoy se te brindan. Al pasar revista a la vida del exilio vienen a la memoria inolvidables remembranzas. Ha transcurrido una década desde los días cuando en México conmemoramos tus 70 años y los 25 de la primera edición de *Doña Bárbara*. Recuerdo con singular nitidez la fervorosa participación en los desterrados venezolanos de ideologías diferentes, la concurrencia con igual diligencia de los revolucionarios

procedentes de la zona del Caribe y los refugiados españoles, con la misma variedad y riqueza de matices en cuanto a organización política y credo filosófico; y también —hecho muy significativo—, cómo allí se hizo presente un importante sector del pensamiento mexicano más avanzado en el campo literario, político y social.

Doy por seguro que tú rememoras, al menos con igual lucidez que yo, cómo se enlazaron en aquel homenaje internacional, de un lado, el reconocimiento de una extraordinaria obra literaria cumplida y, del otro, la cálida solidaridad con la causa de la patria de Bolívar, sumida en el oprobio de la dictadura. Era que el novelista y el presidente en el ostracismo encarnaban para muchos al Maestro de la juventud que había impartido enseñanza a varias generaciones de actuación destacada en la vida política venezolana.

Aquella amplia conjunción de valores y de tendencias en el agasajo culminante fue realzada con la presencia del general Lázaro Cárdenas, la cual, como era natural, provocó emocionado entusiasmo entre los numerosos refugiados españoles y revolucionarios latinoamericanos. No sé si te acuerdas de algunos detalles en relación con el divisionario michoacano en aquella oportunidad: fue invitado de última hora, exactamente, la víspera. Ese día, en horas de la tarde, tuvo la primera noticia del acto por parte nuestra, en la casa de un viejo amigo mío, el general Roberto Calvo Ramírez, y posteriormente, en horas de la noche, se encontró Cárdenas contigo de manera ocasional en fiesta social de un amigo común en donde tú le convidaste formalmente. ¿Era aquel «descuido» una simple inadvertencia con relación al personaje que tan generosa hospitalidad te había brindado en Morelia? O más bien, como parecen demostrar los hechos ulteriores, ¿obedecía aquel «olvido» a un deliberado propósito para debilitar nexos y entibiar inclinaciones renovadas en

tu espíritu, con el «cardenalismo»? A medida que pienso en ello me reafirmo en la convicción de que la nimiedad aparente era parte de un plan que se fraguaba alrededor de tus opiniones, tus movimientos y tus amistades. El «betancourismo» había decidido prevenir la repetición de tus «imprudencias», que amenazaban comprometer el retorno al Poder a través de la ayuda de Rockefeller y del Pentágono. Tu amistad con Lázaro Cárdenas era para Betancourt una imprudencia antiimperialista agravada con el virus del agrarismo. Entonces, había que organizar un cordón sanitario que te aislara, que estorbara toda veleidad democrática consecuente, o que la sofocara en el momento de producirse; pero había que hacerlo con mucha habilidad. Si haces un esfuerzo de memoria descubrirás una cadena de «nimiedades», todas de la misma índole. ¿Te acuerdas cuántas dificultades encontrábamos en México para hablar a solas contigo y cómo eran estrictamente controladas tus fotografías en compañía de personas que pudieran comprometerte? Mencionar al coronel Adams y las palabras con que tú señalaste su injerencia en el golpe de 24 de noviembre de 1948, era considerado provocador, al punto de que tu mejor posición en la vida, como fuera tu carta desde la Escuela Militar después del derrocamiento, fue excluida del libro *Una posición en la vida*. Y si insisto en lo de Cárdenas es porque reviste un significado preciso. En México, tú lo sabes igual o mejor que yo mismo, frente a Lázaro Cárdenas no se puede pasar desprevenidamente. Sucedió que después, durante el banquete, el hecho de no habérsele preguntado si algo deseaba decir —todo el mundo lo esperaba y él mismo tenía en el bolsillo las cuartillas con el saludo—, constituyó un evidente desaire a la más recia personalidad política mexicana. No se trata de una especulación mía, gratuita, pues allí mismo me referí a ello. El saludo de Cárdenas, el que llevaba en el bolsillo, fue publicado ulteriormente.

¿Cómo ha incidido estos últimos 10 años sobre ti, sobre la trayectoria del político y el novelista? ¿Cómo han influido sobre la autoridad y la reputación del Maestro?

En este punto, a mitad de la segunda página, me pregunto si esto tiene en realidad alguna utilidad política o moral para el movimiento revolucionario; si, al llegar a tus manos, vas a entender su auténtica intención sin permitir que otras retuerzan su leal sentido; pero, a lo mejor, también puede ocurrir que estas líneas se queden enredadas en el cerco alambrado de seguridad, sin que te enteres de su contenido. De todas formas, como es tema de actualidad, proseguiré en la decisión inicial. Voy a permitirme un recuento crítico de las incidencias del tiempo transcurrido y de los acontecimientos que hemos vivido. Arduo y escabroso es el asunto porque pueden entrar en juego, contra mí, multitud de juicios y de prejuicios, de sentimientos y resentimientos de subjetivismo irrefrenable, la vanidad y el amor propio heridos y tantas cosas perviven en el alma humana, conscientes unas, soterradas e inconfesadas las más numerosas.

Pese al tal riesgo, me pregunto, ¿y si logro despertar en ti una vigilante actitud de defensa frente a la camarilla betancouriana que pretende sumir al político, al maestro y al novelista en el fangoso tremedal de su macartismo colonialista?

Tanto la sinceridad como la fe son elementos absolutamente subjetivos y se les admite o rechaza, mas no se discuten. Pero la sinceridad a diferencia de la fe, mientras más se la pregona mayor duda y desconfianza despierta. A pesar de esto, y a despecho del peligro de sembrar dudas, voy a insistir en mis buenas intenciones.

Tú y yo hemos recorrido ya un largo trecho del camino. Por allá, en 1913, tú de maestro y yo de alumno tuyo; perdimos contacto después durante algunos años, para encontrarnos de nuevo en 1931, en Nueva York, en el exilio, que para ti apenas

comenzaba, en tanto que para mí era ya de más de 10 años; a la muerte de Gómez regresamos a Venezuela, tú a encargarte del Ministerio de Educación y a quedarte en el país, y yo para volver al destierro en 1937. A raíz del derrocamiento de Medina Angarita —tenía yo dos o tres años de haberseme permitido el ingreso al país— nos encontramos en campos opuestos, logrando tú una honrosa y destacada posición, y en la oportunidad de tu derrocamiento, mi actitud y la de mi partido, el Partido Comunista de Venezuela, fueron irreprochables desde el ángulo de ustedes. Ni los grillos de Juan Vicente Gómez, ni los barrotes y las «esposas» de Eleazar López Contreras, ni las rejas de Marcos Pérez Jiménez han logrado incrustar en mi carácter asperezas y amarguras. Tampoco lo han alcanzado tus «muchachos» carceleros, Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, con esta prisión —tan arbitrarias como las otras— que tampoco enturbia mi mente ni mella mi sensibilidad. Y si los meses pasan, para mí con extraordinaria celeridad como suele acontecer después de los 60 años, y con torturante lentitud para los familiares y amigos en goce de la libertad, conservo sin embargo una salud inalterable, afectada quizá en cierto modo por exceso de ella misma.

No es una paradoja, me ocurre lo que algunos deportistas que no siguen los buenos consejos del «mánager» prudente y al exagerar en el esfuerzo por conseguir mayor destreza, se pasan en los ejercicios y caen en el entrenamiento desmedido, en el «over-training», como diría Rómulo Betancourt en una de sus truculencias habituales, aprendida esta de Muñoz Marín o Teodoro Moscoso. Con desplante similar podría decirte que me encuentro «over-healthy», es decir, con demasiada buena salud, debido al reposo exagerado que me imponen obligatoriamente en esta bendita «Cueva del Humo» del Cuartel San Carlos; y me perdonas la factura pitianqui. No vayas a imaginar, sin embargo, que nos encontramos todos en sana salud, ya que

contemplamos «esa franja azul que los reclusos llaman cielo» solamente cuando dos o tres veces por semana, se nos lleva a tomar sol durante hora y media. Sin asistencia médica acaba de morir, a pocos metros del sector donde nos encontramos, el Comandante Manuel Ponte Rodríguez, de infarto cardiaco. El gobierno anterior, en lugar de haberle dejado en el Hospital Militar, a donde fue llevado a raíz de la primera crisis lo regresó al San Carlos en septiembre de 1963, a pesar de la protesta de familiares y amigos y de la comunicación de la hoy viuda, haciendo responsable al gobierno, directamente al general Briceño Linares, de la vida de su marido. Raúl Leoni ha dejado todo igual y ahí tienes la consecuencia. De mengua puede morir cualquiera en este encierro si la emergencia se presentara en día festivo, o en hora muerta del día o durante la noche. Sin asistencia médica, la agonía del Comandante Manuel Ponte Rodríguez se prolongó por más de hora y media.

Pero a ti, como político, te han reducido a la impotencia y a la inactividad total, a una suerte de *capitis diminutio*. Por eso no te enumero acontecimientos sobre los cuales he procurado conocer tus puntos de vista, y si has emitido alguno, no ha llegado hasta mí. Por ello, no te pregunto si estas en cuenta de la larga lista de asesinatos a sangre fría en las calles y hogares venezolanos y de los caídos en las operaciones de brutal genocidio practicadas por el gobierno de Betancourt-Caldera-Briceño Linares. Es probable, por otra parte, que hayas admitido la versión policial de Carlos Andrés Pérez, Luis Augusto Dubuc, Manuel Mantilla y Gonzalo Barrios sobre la violencia, así como en relación con el asesinato de policías, adecuado todo ello para justificar la represión, las torturas, los detenidos políticos y los homicidios impenitentes. Quiero de todas maneras hacerte un breve recuento del origen y de la trayectoria de la violencia.

1. Elegido Betancourt en diciembre de 1958, se dedicó desde ese momento hasta el 13 de febrero de 1959, a realizar una campaña anticomunista y antisoviética en el seno de las Fuerzas Armadas.
2. Ese mismo 13 de febrero, en el acto solemne del cambio de poderes en el Congreso, lanzó Betancourt la agresión según la cual a los comunistas había que «asilarlos y segregarlos», lo cual significaba en la práctica orden terminante de ruptura de la unidad en los organismos de masas, y a los cuerpos policiales la directiva de persecución sistemática.
3. Orden del presidente Betancourt en el mes de abril de 1959 de arrebatarse al pueblo, tildándolo de bochinchero, la calle que en enero de 1958 sirvió de campo de batalla para el derrocamiento de la dictadura.
4. Agresión policial a tiros contra los desempleados, en agosto de 1959, con saldo de 4 muertos y muchos heridos, en ocasión de una pacífica y ordenada manifestación de aquellos.
5. Envío a Santa Elena de Uairén de jóvenes y desempleados acusados falsamente de vagos y maleantes, con el propósito de amedrentar el espíritu de justa protesta.
6. Maniobra de Betancourt, en 1960, que provoca el rompimiento con el sector más joven, más brillante y preparado de AD, el cual recoge las banderas de los principios revolucionarios y de retorno a la tradición democrática y antiimperialista de ese partido. En abril de ese mismo año nace el MIR. De allí en adelante, se recrudece la ofensiva policial, en particular contra los nuevos disidentes. Es oportuno observar que nadie ha hablado hasta ese momento de línea insurreccional, ni siquiera de oponer alguna forma de violencia defensiva ante la destacada violencia policial.
7. Agresiones, primero en octubre y luego en noviembre de 1960. En octubre, cuando una inmensa movilización de

masas logra la libertad del poeta Muñoz, del estudiante Pérez Marcano y del abogado Humberto Cuenca, no obstante la arbitrariedad y los atentados de los cuerpos represivos. En noviembre, la agresión oficialista está planificada y obedece a lineamientos cuidadosamente preparados. Es el Plan Maquere —como se le llamaba en la jerga militar— de ofensiva combinada contra los barrios caraqueños del 23 de enero, Lomas de Urdaneta, Simón Rodríguez, Lídice, Marín, Manicomio y otros, y contra los liceos Fermín Toro y Andrés Bello y, por supuesto, contra la Universidad Central de Venezuela. La violencia oficialista arroja un saldo trágico de 24 muertos, sin ninguna autodefensa popular organizada. Entre los muertos encuéntrase niños de corta edad, liceístas, universitarios, mujeres y ancianos, desempleados y profesionales.

8. Empieza a aplicarse la orden de «disparar primero y averiguar después», que más tarde sería impudicamente formulada en un discurso presidencial. Hasta el 16 de junio de 1963, hace poco más de un año los asesinados —de los que hay constancia periodística— por el aparato represivo de Betancourt-Copei, alcanzaban a 127, algunos de ellos atormentados bárbaramente antes del homicidio, o muertos, en el momento de la tortura.
9. Se inician, en el mismo mes de octubre de 1960, los asaltos contra la prensa de oposición, que van a constituir una larga lista de tropelías, usurpando de hecho el Ministro de Relaciones Interiores la omnímoda e inconstitucional facultad de permitir o no la edición de un periódico.

Me resulta difícil admitir un aislamiento tal de la vida política venezolana que te haya hecho ignorar todo cuanto acontecía. ¿Es tan cerrado acaso el cordón sanitario que no permitió que hasta ti llegara el eco de la tragedia?

¿Será este el fin de tu carrera política?

No me toca responderlo. Desearía, más bien, entrar a un tema, siempre vivo y hoy esencialmente polémico.

Para un maestro, y nadie puede discutirte tal categoría, la preocupación fundamental ha de ser la juventud estudiosa, el liceísta, el politécnico y el universitario. Tu partido, manejado despóticamente por Betancourt, te ha separado del sector sobre el cual debías ejercer tu noble función ductora. Con AD perdiste la juventud combatiente que desafiando las bestiales persecuciones de la dictadura nutrió la resistencia y cumplió con honor sus deberes revolucionarios. El proceso de radicalización de las nuevas promociones incontaminadas de demagogia política, acicateadas por la repugnancia que en ellas provoca la claudicación de Betancourt el renegado, el excomunista, el exantimperialista, concitó contra Acción Democrática contingentes juveniles cada vez más numerosos. Cabe preguntarte, ¿trataste en alguna forma de conjurar la catástrofe defendiendo como maestro al liceísta, al universitario, al muchacho de educación técnica, de la furia represiva de AD-Copei?

¿Por qué te has dejado llevar a las posiciones de Betancourt, Leoni y Barrios, cerrándote las puertas de la universidad para la celebración de un acto de homenaje que en lugar de la Quinta Anauco debió realizarse en el Aula Magna de la UCV? No desconoce la juventud patriota y demócrata consecuente todo cuanto representas para la cultura del país, pero piensa así mismo que no tienes por qué identificarte con los enemigos de los liceos, de las Escuelas Técnicas y de la Universidad Central de Venezuela.

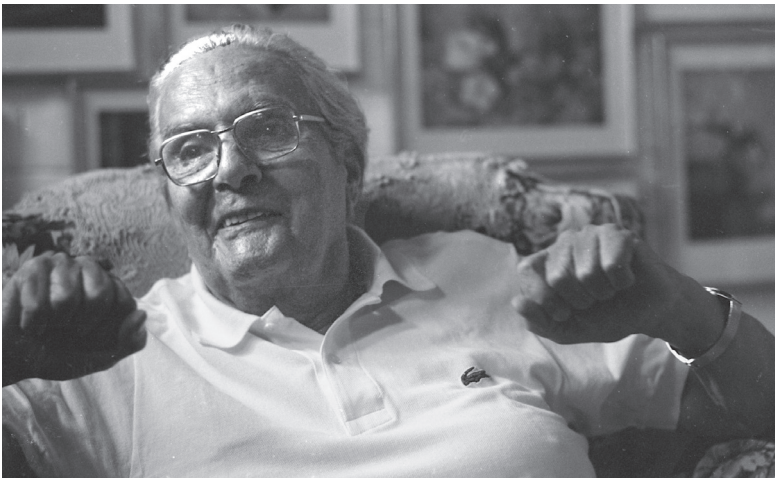
Era proverbial en tus años de pedagogo la severidad de tu dirección y la reciedumbre de tu carácter en asuntos de disciplina, tanto que el irrespetuoso desenfado de los alumnos mayores te había endilgado el apodo de «chivo arrecho», que no involucraba, por supuesto, ninguna intención peyorativa. Extraña a quienes

conocen estos antecedentes verte hoy transformado en manso cordero del Señor, resignado, sin los arrestos de tu vigorosa personalidad. Betancourt te ha convertido en maestro desprovisto de alumnos. Con los estudiantes asesinados y presos, con la juventud maltratada y vejada en los campos de concentración, tendrías una población estudiantil mucho más elevada que la del plantel más grande que hayas dirigido.

En la empresa política que representa AD, creo habértelo dicho en diversas ocasiones, tú y Andrés Eloy Blanco suscribieron el mejor y mayor aporte de capital político y humano, de mayor y mejor prestigio, de más amplia resonancia. Fueron utilizadas a fondo las obras de ustedes, ya consagradas en todo el territorio nacional. A la hora de las aventuras y componendas sin principios, en el momento de las concesiones comprometedoras y de las claudicaciones y de las apostasías, felizmente para ustedes, jamás les consultaron previamente. Pero al tiempo del aval imprescindible y de la imperiosa necesidad de cohonestar alguna dudosa actuación, entonces si recurrieron al renombre de ustedes.

Tanto Andrés Eloy Blanco como Rómulo Gallegos fueron literarios prestados a la política, como se complacía en proclamarlo el más grande poeta del pueblo venezolano y creo que tú mismo lo has reconocido en diversas oportunidades.

En la actualidad, tú y tu obra tratan de ser sacrificados en aras de una política antivenezolana, contraria a los personajes creados en tu novelística, símbolos extraídos por ti de la realidad venezolana. Conservar el poder a toda costa, incluso al precio de la injerencia extraña en nuestra política, a fin de resguardar la estabilidad del gobierno sobre la base de una parte de las Fuerzas Armadas, de los monopolios yanquis, de la oligarquía criolla y de la alta jerarquía eclesiástica. Sacrificados al servicio de una política encaminada a transformar a nuestro paso en nueva colonia «libre y asociada», en contraposición al mensaje contenido en todos tus libros.



Fotografías de Rafael Salvatore

Es necesario salvar tu obra, Rómulo Gallegos, y rescatar los personajes, tal como tú lo concebiste y con el carácter que le forjaste. Hay que librarla de la crapulosa cobardona postración mientras tengas tiempo de hacerlo. Debemos protegerla de la contaminación colonialista y adulteradora.

Exegetas infieles han llevado sus habilidosos designios hasta elaborar toda una nueva versión a la manera de los traductores según el proverbio italiano: *traduttore, tradittore*, como si hubieras escrito en sanscrito y tus personajes hubieran salido de los Puranas o de los Sutras. ¿Recuerdas en tu afición por la literatura sagrada de la India cuando desde la cátedra nos leías trozos escogidos? ¿Cómo sale tu obra de esta audaz hermenéutica elaborada aviesamente ante tus propios ojos, con lisonjeros acentos elevados hasta las nubes?

En tal confabulación actúa el cerco que te señalé al comienzo de esta ya alarga epístola en relación con el «cardenismo». En efecto, grave peligro se cierne sobre la suerte definitiva de tu última novela, la del tema mexicano. Me parece recordar que el título original era «La brasa en el pico del cuervo», pero he visto ahora mencionarla como *Tierra bajo los pies*. De otra parte, nos ha llegado la información del veto oficialista a su edición. Se dice concretamente que Gonzalo la considera totalmente inadecuada para el momento político actual. En México conocimos de tus propios labios uno de los capítulos más fuertes y enjundiosos al punto de que, cuando apareció en tu lectura la barda cristera con sus típicos estandartes, nuestro amigo Manuel A. Pulido Méndez se puso de pie y abandonó el salón con paso descompuesto y apresurado. Comprendo la prohibición impuesta por los voceros de la coalición AD-Copei. Porque no es simplemente una novela de la tierra de Andrés Bello, que bien merece el aprecio de todos los venezolanos, sino que, es obra inspirada en los tempestuosos movimientos de la División del Norte y de su jefe Francisco Villa; en la entrada profunda del agro sureño fecundado con la sangre de miles y miles de campesinos seguidores de Emiliano Zapata y de su consigna «Tierra y Libertad», y, asimismo, en el cardenismo —antimperialista y agrarista—, que recoge en su seno la parte más sana y

revolucionaria de aquellos cataclismos sociales convertidos en tales por conocidos sectores de la Revolución mexicana. ¿Habrá tiempo de salvarla del pico de zamuro en que han colocado a «La brasa en el pico del cuervo»? El hecho de poner en el Índice esta novela, revela y corrobora que no son elucubración caprichosa los comentarios que hice con respecto al cerco preventivo en torno de tus consabidas «imprudencias» comprometedoras.

Quiero finalizar estimado Rómulo, con algunas reflexiones sobre *Doña Bárbara*. La leímos en París en 1930, y sin empleo el plural no es porque hayamos realizado lectura colectiva, sino por la controversia amistosa y organizada que tuvo lugar en el grupo latinoamericano allí residente. Entre los venezolanos, los más se hallaban vinculados, en una forma u otra, a la llamada Generación del 28, la cual había encabezado recientemente un movimiento revolucionario que hizo tambalear la dictadura. *Doña Bárbara* constituyó, para todos, una tremenda revelación, tanto por la maestría y fuerza propiamente literarias, como por el mensaje político y social de la obra. Con razón la consideraron los muchachos del 28 expresión genuina de sus inquietudes y anhelos progresistas. Mas no sería justo circunscribir la novela al sector limitado de tal promoción, sin que ello signifique mengua de la importancia de su trayectoria. Sería más correcto, a mi juicio, contemplarla dentro del proceso revolucionario que, si bien comienza con la rebelión estudiantil de 1928, es necesario seguirlo a través de todas sus contingencias, hasta su culminación y fracaso en 1948.

Esto, por supuesto, podría ser tema para un análisis más amplio y pormenorizado. Solo quiero hoy limitarme a algunas breves consideraciones, que espero no produzcan excesivo resquemor entre los idólatras del culto galleguiano.

La crítica literaria ha incurrido evidentemente en exageraciones de signos contrarios, mientras unos sostienen que los

símbolos de tu primera gran novela, la más famosa, por cierto, están destinados ya al desván de las cosas «obsoletas y periclitadas», otros, en cambio, le atribuyen perenne lozanía y la misma vigencia original, llegándose a decir que *Doña Bárbara* puede hablarse de tú a tú con *Hamlet* y el *Quijote*. Ni una cosa ni la otra.

En el campo artístico y literario, continúa apareciendo, ya te he dicho, como expresión del proceso revolucionario 1928-1948, y es allí donde residen su mérito y su perdurable proyección en el programa de la cultura venezolana. Corresponde en cuanto a programas, tesis y estructura política a lo que significa el partido Acción Democrática, que ha sido un factor decisivo a todo lo largo de esa evolución. Tú, Rómulo, puedes considerarte como padre de ambas criaturas: *Doña Bárbara*, con su mensaje artístico y social y el partido de AD con sus ejecutorias, positivas algunas, censurables otras y en lamentable estado de descomposición en la actualidad. Empero, una pretende devorar a la otra. Sin embargo, contra la barbarie del latifundismo sigue vigente la posibilidad de incorporar a la lucha, a una parte de la burguesía media progresista, al igual que contra la coyunda de Mister Danger. Pero sería pedirle, en tu producción literaria, un estudio de las contradicciones de clase, sus características y objetivos peculiares de cada cual. Tampoco sería lógico reprocharte el hecho de que el imperialismo no aparezca con su propia fisonomía, codiciosa y cruel, y que te limitaras a la elaboración de un símbolo, aunque este lleve el significativo nombre de Señor Peligro, porque la situación interna de Venezuela no había todavía adquirido suficiente conciencia antiimperialista. Mister Danger, de todas maneras, revela cómo ya está presente en Venezuela la penetración imperialista, lo cual para entonces constituye un perspicaz atisbo de nuestra realidad. Santos Luzardo, por su parte, representaba la pugna de la propiedad

burguesa contra el latifundio feudal, la barbarie desatada contra el Código Civil y el alambre de púas, y al lado de Santos Luzardo se suman durante el año 1929 los cultivadores de café y cacao, una parte de los ganaderos y buena porción de la burguesía mercantil que no era invitada al festín de los *royalties* petroleros. La economía venezolana había sufrido además la deformación arrolladora del impacto petrolero, cuya exportación en 1929 había superado los renglones tradicionales del café, del cacao y del ganado vacuno.

Tu mensaje desde la Escuela Militar, en noviembre de 1948, le da un rostro concreto a Míster Danger: el del coronel Adams, de la Misión Militar norteamericana.

¿Crees tú que hay interés en preservar tus personajes de la influencia adulteradora que se deriva de la política inconsecuente del partido Acción Democrática? ¿Vas a permitir que a Santos Luzardo lo incorporen a la Alianza para el Progreso y lo pongas a beber *high balls* en el Macuto Sheraton?

El proceso revolucionario 1928-48 está inconcluso. No es AD, como lo demuestran los acontecimientos, la organización que puede desarrollarlo. Han surgido otras fuerzas populares capaces de impulsar hoy la revolución venezolana antifeudal y antiimperialista, capaces de derrotar definitivamente a Doña Bárbara y a Míster Danger.

GUSTAVO MACHADO
Agosto de 1964



LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA:
**«Rómulo Gallegos estuvo al servicio de un
elevado ideal colectivo»**



Como uno de los protagonistas más ilustres de la vida política y humanística del país, es calificado Luis Beltrán Prieto Figueroa. No hay dudas. En el siglo XX, junto al Maestro Rómulo Gallegos, el Maestro Prieto está entre los mejores pedagogos de América. Por eso uso la M mayúscula cuando cito la palabra Maestro para nombrar a estos dos admirables hombres de la patria: Rómulo Gallegos y Luis Beltrán Prieto Figueroa.



El Maestro Prieto Figueroa y Benito Yrady.
Fotografía de Rafael Salvatore

Este venezolano, nacido en La Asunción, isla de Margarita, el día 14 de marzo de 1902, más allá de sus especialidades de abogado, pedagogo y doctor en Ciencias Políticas y Sociales, egresado de la Universidad Central de Venezuela, tiene entre muchos méritos el de haber sido fundador y primer presidente de la Federación Venezolana de Maestros, que se crea en 1936. También fundador del Instituto Nacional de Cooperación Educativa (INCE), que surge desde 1959 para una educación diferente, basada en el trabajo y en las capacidades de cada alumno.

Además de gran orador, dirigente de masas populares, diputado, concejal, ministro de educación y hombre de armas a tomar, resulta un notable ensayista y también militante de la poesía con amplia y reconocida obra publicada. El Maestro Prieto, como alumno de Rómulo Gallegos y blindado actor partidista, se empeñó en cambios profundos que el país esperaba y los hizo sin cobardía ni falta de talento, porque el talento siempre le sobró y el valor lo ha demostrado cuando ha sido necesario. Para tener nociones más concretas de su cercanía con el autor de *Doña Bárbara*, y de las condiciones sociales y políticas de aquella época, me trasladé complacido a su residencia familiar en Caracas, urbanización Prados del Este, donde se ubica la famosa Quinta Anchiajena. Allí él pasa horas escribiendo y contemplando su mundo entre libros viajeros y amigos que no olvida. Seguramente reirá solo por las bromas pasadas de sus satíricos compañeros de generación, entre los cuales destacó siempre el fino humorista Andrés Eloy Blanco, el de *La Juanbimbada*, quien al describir al Maestro Prieto Figueroa inventa aquella frase que se hizo tan famosa: «Los hombres son feos, pero es que Prieto abusa». Nuestro encuentro se logró materializar un 15 de enero del año 1982, y él se preparaba a cumplir unos estupendos ochenta años, el día 14 de marzo inmediato para los festejos de esa vida traslúcida y despierta.

Durante la entrevista con Luis Beltrán Prieto Figueroa, le pedí volver a la página perdida de la historia sobre las circunstancias especiales del embajador de Venezuela ante los Estados Unidos de Norteamérica, Diógenes Escalante Ugarte, en los momentos inesperados del año 1945, cuando se tiene al diplomático como candidato seguro a la Presidencia de la República, asunto que dio origen a la ya famosa Revolución de Octubre en la cual jugó papel decisivo el gran Maestro de juventudes. Por allí empieza nuestra conversación, mientras hacemos memoria de todo el

proceso vivido durante el siglo XX con los andinos en el poder. Al repasar los acontecimientos vemos cómo, desde aquella Revolución Liberal Restauradora, iniciada en mayo de 1899, cruzando el río Táchira, Cipriano Castro, nacido en La Ovejera de Capacho, gobierna al país entre el 23 de octubre de 1899 hasta finales de 1908, usando el lema «Nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos». Ese mismo año, lo sabemos, por razones de salud, él decide viajar a consultas médicas hacia Europa y deja el gobierno en manos de su compadre, Juan Vicente Gómez, nacido también en el estado Táchira cerca de San Antonio, en la famosa hacienda de ganado y de café La Mulera. El general Gómez no permitió que su compadre volviera al país, y se hizo elegir repetidas veces presidente de la República hasta el día de su muerte, el 17 de diciembre de 1935. Se mantuvo Juan Vicente Gómez veintisiete años más en el poder y le sucedió Eleazar López Contreras, originario también de aquel estado, donde transcurrió su niñez en una pequeña localidad agrícola llamada Queniquea. Después de ocupar el cargo de ministro de Guerra y Marina, fue designado presidente de Venezuela, y tras una nueva elección gobierna durante siete años seguidos. El general López Contreras designa al Maestro Rómulo Gallegos entre sus ministros, y asimismo decide expulsar del país a cuarenta y siete líderes políticos acusados de comunistas, entre los que se encontraban Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, quienes de acuerdo a la Constitución de 1936 resultarían peligrosos, por lo cual era legítimo ese exilio; todo en concordancia con la promulgación de la Ley Lara, o la ley de los tres toques, como también la define el Maestro Prieto.

—Tres toques de corneta para disolver las manifestaciones, y al tercero, si no se disolvía la gente, le caían a tiros y a plan de machete, y así se disolvía. Esa ley es de 1936 y en ese tiempo yo fui elegido senador por el Estado Nueva Esparta, después de

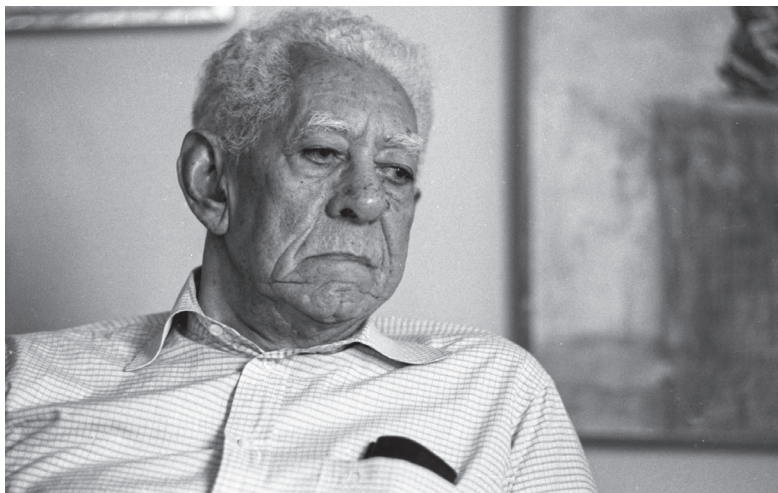
la muerte de Gómez. Fue cuando me propuse promover por primera vez una Ley de Educación. No existía todavía el Partido Acción Democrática, pero sí estaba activo el Partido Comunista de Venezuela, fundado en 1932. Recuerdo que Miguel Otero Silva y Gustavo Machado, quienes pertenecían a ese partido, me llevaron al proscenio del Teatro Nacional para que yo me sumara como orador al justo reclamo de disolución del Congreso. Aquel teatro estaba repleto, y la gente que no cabía esperaba en la calle. Era una época de transición de la dictadura a la democracia, y digo que esa experiencia de 1936 me ha servido para toda la vida. Cuando un hombre tiene ideas y decisión de hacerlas triunfar, cuando debe exponerlas, cuando se enfrenta a las fuerzas adversas, puede lograr muchas cosas. En 1936 Rómulo Gallegos, que estaba en el exilio, regresa a Venezuela. Ya había publicado sus novelas *Reinaldo Solar*, *La trepadora*, *Doña Bárbara*, *Cantaclaro* y *Canaima*, y López Contreras lo nombra como su ministro de Educación, pero solo dura noventa días en el cargo. Es también elegido diputado por el Distrito Federal y lucha por el voto directo, la autonomía municipal y los derechos ciudadanos.

El Maestro Prieto y yo seguimos hablando de la Ley Lara, que en su artículo 33 expresaba lo siguiente:

El que verbalmente, por escrito o por impresos, por medio de difusión, dibujos, carteles, mítines u otros medios de publicidad, o haciendo uso de algún servicio público, haga propaganda de las doctrinas o métodos comunistas, anarquistas, nihilistas o terroristas, o de aquellos que por su afinidad o sus medios de acción se equiparen a éstas, serán penados con prisión de uno a tres años.

Nos sonreímos y pasamos a comentar otro artículo que refiere en esta Ley las penas que se aplicarían a los dueños, directores

o administradores de empresas periodísticas, emisoras de radio o cualquier otra publicidad en caso de incurrir en delitos parecidos. El nombre de Ley Lara se debía a su autor intelectual, Alejandro Lara Núñez, ministro de Relaciones Interiores de López Contreras.



Fotografía de Rafael Salvatore

Continúa el Maestro Prieto explicando el curso y los pasos sobresalientes de la historia en la que participó:

—Al vencerse el período de gobierno de Eleazar López Contreras, en 1941, fue electo por el Congreso como presidente de la República un personaje militar nacido en el estado Táchira, San Cristóbal, de nombre Isaías Medina Angarita, quien logra reformar la Constitución de la República para cumplir el libre ejercicio de la actividad política, tolerando las doctrinas de oposición, lo que permite legalizar al partido Acción Democrática, así como el funcionamiento pleno del Partido Comunista de Venezuela. Por primera vez no habrá en el país prisioneros políticos ni desterrados. Ese mismo año se funda el partido Acción

Democrática, un 13 de septiembre de 1941. Además de Rómulo Gallegos, participamos en el acto fundacional, Rómulo Betancourt, Andrés Eloy Blanco, Luis Alfaro Ucero, Gonzalo Barrios, Leonardo Ruiz Pineda, Jesús Ángel Paz Galarraga y yo, entre muchos otros. Entonces, por primera vez, tomamos la decisión de lanzar la candidatura de Rómulo Gallegos para la Presidencia de la República, frente a la del general Isaías Medina Angarita. Durante la campaña el poeta Andrés Eloy Blanco, bromista como siempre, llama también General a Rómulo Gallegos. Lo anuncia como General en Jefe de la Literatura Nacional. Al llegar la hora de la elección, el Congreso le otorga ciento treinta votos al general Medina y trece al General en Jefe de la Literatura Nacional.

Después de escuchar al Maestro Prieto pienso que la tarea no se culminó completamente, pues de la Constitución número veintidós que rige a Venezuela desde 1936, pasaremos a la número veintitrés sancionada por la Asamblea Nacional Constituyente un 5 de julio de 1947, y promulgada en esta misma fecha por la Junta Revolucionaria de Gobierno que presidiría Rómulo Betancourt, para conceder el voto universal y secreto a todos los ciudadanos venezolanos mayores de dieciocho años, a las mujeres, a los analfabetas y a quienes se les negaba tal beneficio en las constituciones anteriores, pero ¿cómo ocurriría todo esto de manera tan brusca?, me pregunto.

Se aproximan las nuevas elecciones de 1945, y entra por primera vez en escena el ya citado ministro plenipotenciario y embajador en los Estados Unidos de Norteamérica, Diógenes Escalante Ugarte, también nacido en la Queniquea del estado Táchira. De eso se trataba, de darle garantía de continuidad a los andinos en el poder, que llevaban medio siglo gobernando. Surgen negociaciones entre todos los sectores políticos, y se llega al acuerdo de compartir aquella propuesta formulada por Isaías

Medina Angarita sobre las virtudes de Diógenes Escalante, el hombre educado en la Universidad de París, quien había sido el ministro de Relaciones Interiores de Eleazar López Contreras y secretario general de la Presidencia de la República, además de haber intercambiado tareas como condiscípulo con su paisano de Queniquea, López Contreras, en el Colegio El Sagrado Corazón de La Grita. Se enfrenta a la Revolución Restauradora liderada por Cipriano Castro y sirve como embajador de Venezuela en los Estados Unidos por disposición de Isaías Medina Angarita, quien definitivamente lo propone como su sucesor a través del Partido Democrático Venezolano, el partido del medinismo, que por muy poco tiempo sirvió de maquinaria para las elecciones. Diógenes Escalante regresa al país donde los integrantes del Congreso de la República, responsables de la elección del presidente, le brindan respaldo pleno, así como también lo hace el principal partido de oposición, Acción Democrática, y otros sectores profesionales y gremiales. Llega desde los Estados Unidos y se instala en el conocido Hotel Ávila de Caracas, para el desarrollo de su campaña electoral, pero al ser citado al Palacio de Miraflores por el presidente Medina Angarita, su equipo de ministros y el propio partido gobernante, reciben una inesperada noticia de parte del doctor Ramón José Velásquez quien fungía como su secretario privado. Él informa que Diógenes Escalante presenta «señales inequívocas de trastorno mental». Urgentemente se conforma una junta médica para atenderlo, concluyendo que había perdido la razón, accidente que obliga a Medina Angarita a convocar nuevas reuniones y promover espacios de diálogos en la escogencia de un candidato distinto para las elecciones de 1946. En este caso, formula la idea de la escogencia de otro tachirense, el abogado Ángel Biaggini, nacido en La Grita, secretario general de la Presidencia de Venezuela y ministro de Agricultura durante este período de gobierno.

Aquí hago un paréntesis para explicar que me acerco al tema porque tuve el privilegio de recibir noticias directas sobre muchos detalles del suceso en mis intercambios frecuentes con el escritor, y amigo de años, Ramón J. Velásquez, quien formó parte de la esfera política del momento como testigo de primer orden en la difícil situación. Mi amistad con este otro tachirense de destacada trayectoria partidista, surgió en tiempos en que compartimos tareas culturales, cuando él era invitado por la Universidad de Oriente a distintas charlas en Cumaná, para difundir la historia del país. También era periodista y abogado, y fue a dar a la Cárcel Modelo de Caracas después que es derrotado Rómulo Gallegos. Estuvo de nuevo en la misma prisión en la época del general Marcos Pérez Jiménez, a quien hizo oposición, siendo el castigo menos leve su traslado a la cárcel de Ciudad Bolívar, pero volvamos al episodio de Diógenes Escalante Urgarte.

Ni Acción Democrática, ni el Partido Comunista de Venezuela, respaldan la propuesta sobre el abogado Ángel Biaggini. Se pone en marcha la rebelión cívico militar que da origen al famoso golpe de Estado de 1945, mientras Diógenes Escalante Urgarte, a petición de su amigo, el presidente norteamericano Harry Truman, es trasladado a Estados Unidos para seguir otro tratamiento médico. El protegido de Truman no regresará más a Venezuela y finalmente se consuma el golpe cívico militar. Se establece una Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt y que tiene como secretario general al Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa. Es parte del inicio de nuestra conversación en la Quinta Anchiajena.

—Conociendo su actividad en los hechos políticos de 1945, le hago una pregunta Maestro Prieto, ¿el escritor Rómulo Gallegos formó parte de la famosa conspiración en marcha para derrocar a Isaías Medina Angarita?

—Querido Benito, el contacto directo con la organización militar la mantuve yo en secreto con el teniente Francisco Gutiérrez Prada, que era muy amigo mío. A través de él hice enlaces con los conspiradores que integraban lo que se llamaba entonces Junta Patriótica Militar, y pude servir de vía para vincular su movimiento al movimiento civil representado por Acción Democrática. En aquel tiempo, Rómulo Gallegos no estaba informado de tales acciones. Nosotros sabíamos resguardar bien su imagen, porque tuvimos siempre la visión imaginada de un futuro papel como conductor del país, junto al equipo nuestro. Estábamos convencidos de eso.

»Yo tenía una librería en Caracas y allí nos reunimos una tarde con el teniente Francisco Gutiérrez Prada, quien me pide un canal de comunicación de los militares de la Junta con el partido Acción Democrática, y me explicó que en la Junta estaban tres mayores, un capitán y un teniente. Los mayores eran Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Julio César Vargas. El capitán era Mario Vargas, y el teniente, el propio Francisco Gutiérrez Prada. En aquella librería, que sirvió durante el mes de octubre como sitio de contacto con los militares, nos reunimos varias veces, y el militar que viniera a hablar conmigo debía traer una contraseña y decirme que venía buscando un libro que, para entonces, estaba muy en boga. Se titulaba *China en armas*, traducido al español y editado en México. A la vez yo tenía mi bufete en la esquina de Alta gracia, frente a la iglesia, y lo compartía como abogado con Raúl Leoni Otero y Gonzalo Barrios. Al recibir la noticia del teniente Gutiérrez Prada, conversé con ellos sobre el plan y en la noche los tres le informamos a Rómulo Betancourt sobre lo que estaba ocurriendo. Luego se realizaron otras reuniones y se establecieron las condiciones para participar en una insurgencia de este tipo. Dejamos claro que no haríamos parte de un gobierno militar, porque

estábamos ligados a una organización civil, y como primer paso en las acciones acordamos la inmediata convocatoria de una constituyente para organizar el gobierno en el país mediante la instauración del voto popular. Esas fueron las condiciones nuestras y los militares las aceptaron.



Fotografía de Rafael Salvatore

—Maestro Prieto, entiendo que tales acciones debían cumplirse en un tiempo acelerado, porque el 3 de octubre de 1945 el candidato oficialista, Diógenes Escalante Ugarte, abandonaba el país en el avión norteamericano que envió el presidente Truman desde Estados Unidos. ¿Cómo se determina la fecha del golpe?

—Había que esperar que las condiciones estuvieran dadas para el éxito del plan, y se acordó que debía ser posterior al 18 de octubre, pero ese 18 de octubre detuvieron a Julio César Vargas y a Marcos Pérez Jiménez, y entonces los militares proceden a tomar la Escuela Militar y el llamado Cuartel de La Planta, el Cuartel San Carlos y Miraflores. El presidente de la República

está instalado en el Cuartel Plaza, que es hoy el Hospital Militar. Entonces, ese mismo día, los tenientes Francisco Gutiérrez Prada y Carlos Morales fueron a buscarme a mi casa porque yo era el contacto entre la organización militar y el partido. Esperé a Rómulo Betancourt y me traslado con él al bufete donde encontramos a Gonzalo Barrios. Gonzalo hablaba por teléfono en francés y su interlocutor, que era el mayor Delgado Chalbaud, estaba en La Planicie. Nos acompañaba en el bufete la señora madre de Carlos Delgado Chalbaud. Ya ellos tenían tomada la Escuela Militar y Miraflores, y se había iniciado el golpe, pero era necesario que nosotros movilizáramos al partido para lograr la participación civil.

—Se ha dicho que Carlos Andrés Pérez participó también en ese complot, a pesar de no saberlo en su momento Rómulo Gallegos. ¿Por qué razones estaba Carlos Andrés Pérez entre los dirigentes que actuaban con Leoni, Betancourt, Gonzalo Barrios y usted?

—De la conspiración solo sabíamos nosotros cuatro, y aparte de nosotros cuatro, estarían Luis Augusto Dubuc, Antonio Léidenz, Alejandro Ávila Chacín, Luis Lander, Alberto López Gallegos, quien por cierto fue alumno de Rómulo Gallegos en el Liceo Caracas, y finalmente Edmundo Fernández, un líder independiente y gran médico que estuvo preso durante la dictadura de Juan Vicente Gómez. Ni siquiera Leonardo Ruiz Pineda lo sabía, mucho menos Carlos Andrés Pérez. Es absolutamente falso. Es un invento decir que Carlos Andrés Pérez formó parte de la conspiración. Explico esto porque muchas veces las mentiras en la historia son producto de una especie de complejo de figuración de la gente, que quiere formar parte de eventos históricos que no ha protagonizado, y por eso te pido añadir la aclaratoria. Carlos Andrés Pérez es un hombre que, no sé por qué razones, ha hecho de la mentira una especie de profesión.

—Dígame otra cosa, Maestro, ¿verdaderamente fue posible en aquel mes de octubre que los militares del complot entregaran armas a los civiles, o acaso ustedes tenían otra forma de obtener las armas?

—Inicialmente Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios, Raúl Leoni y yo recibimos cuatro revólveres del Ejército por parte del capitán López Conde, y pasamos toda la noche en la casa de Alejandro Ávila Chacín en San José, pero en contacto con los militares que habían tomado Miraflores y La Planicie. Los militares nos pidieron, como a las ocho de la noche, que mandáramos al primer grupo de gente para armarlos y ponerlos a disposición de la revolución. Designamos entonces a Valmore Rodríguez, quien tenía la cualidad de haber estado en la Academia Militar West Point de los Estados Unidos, y llegar al rango de sargento del Ejército norteamericano. Entonces, Valmore salió para la Planicie con un primer grupo de aproximadamente quinientos jóvenes. Seguimos mandando gente hasta completar alrededor de cuatro mil personas que fueron armadas en La Planicie. Al amanecer se sintió el bombardeo al Cuartel San Carlos por parte de la Aviación, y esto fue aprovechado por el pueblo para tomarlo, y la gente entró al cuartel, y salieron con más armas, y los pertrechos rodando por las calles. Una cosa fue verlo y otra es contarlo ahora. Todo el pueblo con armas, algunas personas llevaban dos fusiles, y los que menos llevaban cargarían un fusil y municiones y cascos y toda clase de parapetos militares que sacan del cuartel. Luego llegamos al Comando Militar de Guerra y Marina, Rómulo Betancourt, el doctor Fernández y yo. Seguimos hacia la esquina inmediata a Miraflores. Observamos que un miliciano intentó dispararle a Luis Augusto Dubuc. Yo le puse la mano al fusil para desviarlo y saqué mi revolver y se lo coloqué en el pecho al miliciano y le dije: «No dispare, este señor es Luis Augusto Dubuc, miembro de la directiva de Acción

Democrática y partidario de la revolución». El miliciano bajó su fusil y salimos para nuestro escondite, y cerca de la esquina de Cuartel Viejo otro miliciano armado intentó disparar contra Edmundo Fernández. Tuvimos que hacer la misma operación con él, y así seguimos. El presidente Medina Angarita se rindió. Fue depuesto y tomado el Cuartel Ambrosio Plaza. Ya estaban controlados todos los cuarteles de Caracas y decidimos irnos a medianoche a Miraflores para constituir la Junta Revolucionaria de Gobierno.

—¿Y cómo quedó originalmente conformada esa Junta Revolucionaria de Gobierno?

—Estaba compuesta por cuatro miembros de Acción Democrática para cumplir nuestro compromiso, dos miembros del Ejército y un civil independiente que era el doctor Fernández. Una Junta compuesta de siete miembros en la forma siguiente: presidente, Rómulo Betancourt, y le acompañamos Gonzalo Barrios, Raúl Leoni y yo, que cumpliría funciones de secretario de la Presidencia del país. Luego los dos militares, que serían el mayor Delgado Chalbaud y el capitán Mario Vargas, y como ya te dije, un civil independiente que era el doctor Edmundo Fernández. Marcos Pérez Jiménez no se mostró de acuerdo con el modelo de conformación de la Junta, porque él no figuraba. Delgado Chalbaud, que había sido nombrado ministro de Guerra y Marina, lo tomó del brazo y le propuso que se fuera con él al Ministerio para ocupar el cargo de jefe del Estado Mayor General. A partir de allí, empezamos a preparar el Gabinete y se pone en marcha la convocatoria para una Asamblea Nacional Constituyente, fijando como fecha de elecciones de sus representantes el 27 de octubre de 1946. Ya el 17 de diciembre de ese año, se instalan los debates para sancionar definitivamente una nueva Constitución el 5 de julio de 1947. Por primera vez, desde 1811, el país cuenta con una Constitución que concede el

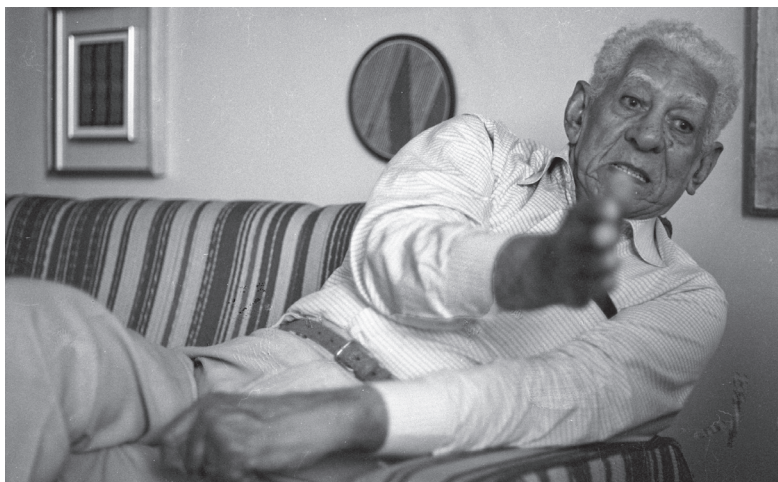
voto universal, directo y secreto a todos los venezolanos, hombres y mujeres de cualquier índole social. Lo que sigue ya lo sabemos bien. Ha quedado escrito. Se convocan las elecciones presidenciales ese mismo año de 1947. Solo hubo un 5 % de abstención, y en el mes de diciembre se contaron 871 764 votos de venezolanos libres que eligen como presidente de la República, ahora sí, al Comandante en Jefe de la Literatura Nacional, Don Rómulo Gallegos, quien debía gobernar en el país hasta abril de 1952. Los escrutinios indicaron que la cifra de votos obtenidos por Gallegos representaría casi un 75 % del número total de electores. Las restantes tarjetas electorales se distribuyeron entre los candidatos del Partido Socialcristiano Copei, Rafael Caldera, y del Partido Comunista de Venezuela, Gustavo Machado. Fue corta la campaña electoral de Rómulo Gallegos y se inició en Apure, la tierra legendaria de Doña Bárbara, culminando en Charallave, el pueblo de su amada Teotiste Arocha Egui. La gente pronunciaba la misma consigna triunfal:

De Norte a Sur
de Oriente a Occidente
Rómulo Gallegos
será presidente

—Díganos algo, Maestro Prieto, ¿qué significado tuvo para usted aquel mandato que se inició un 15 de febrero de 1948, cuando Rómulo Betancourt le coloca la banda presidencial al gran novelista Rómulo Gallegos, Comandante en Jefe de la Literatura Venezolana?

—Verdaderamente, todos nos sentimos triunfadores. Se convertía lo irreal en real, sin imaginarnos nunca que tendríamos nuevas y desagradables sorpresas. Como debes saberlo, sus ministros fueron Gonzalo Barrios, en la Secretaría del Despacho; Eligio Anzola Anzola, en Relaciones Interiores; Andrés Eloy

Blanco, en Relaciones Exteriores; Manuel Pérez Guerrero, en Hacienda; Carlos Delgado Chalbaud, en Defensa; Juan Pablo Pérez Alfonzo, en Fomento; Raúl Leoni Otero, en Trabajo; Leonardo Ruiz Pineda, en Comunicaciones; Ricardo Montilla, en Agricultura y Cría; Edmundo Fernández Márquez, en Sanidad y Asistencia Social, y yo en Educación. Lo demás está escrito. Rómulo Gallegos estuvo al servicio de un elevado ideal colectivo. No fue posible imponerle líneas de conducta política porque representaba la voluntad del pueblo. Hizo hincapié en esto al citar la frase «Cumplir el deber», para referirse a sus responsabilidades de gobernante hasta aquel 24 de noviembre de 1948, cuando escribió: «Salgo del país expulsado por las Fuerzas Armadas que se han adueñado del gobierno de la República, pero no he renunciado a la Presidencia».



Fotografía de Rafael Salvatore

»Como te digo, Benito, lo demás está escrito. Uno de los ministros que te cité antes, el coronel Carlos Delgado Chalbaud, asumió la presidencia de una Junta Militar, acompañado por Luis Llovera Páez y el mayor Marcos Pérez Jiménez. Tras

el asesinato de Carlos Delgado Chalbaud, en 1950, Pérez Jiménez adquiere el máximo poder militar hasta que asume la Presidencia de la República, a los dos años siguientes. Podemos decir entonces que los andinos vuelven al poder, y vuelven con la fuerza de las armas y sus viejos métodos de tortura. Como lo sabes, Benito, el pueblo de Michelena, cercano al páramo tachirense, es el lugar de origen del dictador. Te puedo decir que viene de nuevo el destierro, un largo destierro y más cárcel. Yo sigo a La Habana, Honduras y Costa Rica, donde me dedico a la investigación y a la docencia en colegios, universidades y otras instituciones públicas. Rómulo Gallegos, después de estar preso en la Academia Militar, es obligado a abandonar el país y se asila en Cuba, donde publica su novela *La brizna de paja en el viento*. Luego vive en México, y se edita su conocida colección de ensayos y artículos *Una posición en la vida*, pero también allí fallece su amada esposa, Teotiste Arocha Egui. Nos volvemos a encontrar en el año 1958 cuando es derrocado el dictador, y nosotros seguimos en la conquista de la democracia a partir de una nueva Constitución sancionada el 23 de enero de 1961.

Antes de despedirme del Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa, en su casa Anchiajena de la urbanización Prados del Este, y sabiendo que él conoce al pueblo desde su vida interior, como muy pocos dirigentes políticos pueden hacerlo, le acerco una pregunta final.

—¿Cree usted que se haya avanzado en mejoras importantes para los venezolanos entre el tiempo de aquella Constitución del año 1947, que permite elegir con el voto popular a Rómulo Gallegos como Presidente de la República, y la actual Constitución de 1961, que surge tras el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez?

—Hay una cortina de humo porque no existe voluntad de cambio. No es posible que hoy en Venezuela no se pueda elegir

libremente a los gobernadores de estado porque se dice que surgirán «caudillos regionales». Verdaderamente, hay que reformar al Estado y a la propia Constitución de 1961, pero solo será posible a consecuencia de un movimiento revolucionario. He repetido muchas veces que los hombres que manejan el poder tienen miedo de perderlo con el cambio. Es en 1947, gracias a la Revolución de Octubre, cuando por primera vez se tiene una Constitución moderna en Venezuela. El gobierno actual propone una reforma del Estado para distraer al pueblo y evitar que se piense en la crisis de un país humillado. No se puede ser indiferente y hay que tener una conciencia limpia y un corazón al servicio del pueblo y de la humanidad. Tengo la esperanza de que ese movimiento revolucionario tarde o temprano llegará a estas tierras para señalar un nuevo rumbo en la patria que nos vio nacer. La patria sublime de Simón Bolívar.



EDUARDO GALLEGOS MANCERA:
«Rómulo Gallegos fue mi pariente cercanísimo,
tanto en el cariño como en las artes»



Es día de los enamorados, día de la amistad, 14 de febrero de 1986, día de San Valentín, y presto atención al sonido de las palabras de aquel hombre lúcido que tengo al frente, y que expresa exactamente lo que define, sin usar tantos adjetivos ni frases rimbombantes. Fue él quien acompañó hace seis meses a Miguel Otero Silva en los instantes finales de su vida, tratando de auxiliarle con demasiada incredulidad sobre la muerte.



Benito Yrady y Eduardo Gallegos Mancera.
Fotografía de Rafael Salvatore

Es médico de profesión. Se graduó como doctor en ciencias médicas en la Universidad Central de Venezuela, de la cual egresa en 1938. Llegó a presidir la Sociedad de Estudiantes de

Medicina en la misma universidad, y resultó jefe de la Intendencia de Medicina de la Federación de Estudiantes de Venezuela. Se desempeña en su carrera de médico en los estados Aragua, Carabobo, Monagas, Nueva Esparta y en esta ciudad capital, donde prestó servicios médicos gratuitos durante muchos años a las comunidades más desasistidas de la parroquia El Valle de Caracas, situadas en antiguas haciendas de su familia. Ingresa al Partido Democrático Nacional y posteriormente se retira para pertenecer activamente, a lo largo de su vida, al Partido Comunista de Venezuela, formando parte de su Comité Central. Tras el derrocamiento del gobierno de Rómulo Gallegos se exilia en Europa, y luego ingresa clandestinamente al país para sumarse a los planes conspirativos contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Es hecho prisionero desde el año 1954, y trasladado a la cárcel militar de Ciudad Bolívar. Sufrió torturas por parte de sus captores, pérdidas significativas de un tímpano y lesiones en el ojo izquierdo. Tras el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez, queda en libertad en 1958, y se desempeña como vicepresidente del Concejo Municipal del Distrito Federal de Caracas, al ser electo por la parroquia El Valle. Preside el Consejo Mundial de la Paz con sede en Helsinki, después de resultar favorecido como senador ante el Congreso Nacional (1969-1974), y además miembro del Buró Político del Partido Comunista de Venezuela, donde militó hasta el día de su muerte, ocurrida un 3 de julio de 1989. Fue activista político y médico, fue un destacado escritor y poeta con conocidos libros como *Ancho río*, *Alto fuego*, traducido al ruso, entre muchos otros idiomas. Una de sus mayores experiencias, de las cuales no hace gala, ha sido la de sus viajes a más de ochenta países, consciente de lo que es el mundo y de sus límites, que no se cansa de estudiar.

—Amigo Eduardo, quiero comentarle lo siguiente: una de las personas que deseaba entrevistar y que, por descuido o por

problemas de timidez y de mal cálculo del tiempo, no lo logré de la forma deseada, fue a Miguel Otero Silva. Nos hicimos cómplices de esta idea cuando viajamos juntos a La Habana, en ocasión del Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, y acordamos una nueva entrevista, pero nunca la pudimos efectuar. Fue él quien me recomendó esta cita con usted, y gracias a nuestro común amigo, Gustavo Pereira, obtuve sus coordenadas. Entonces, me gustaría comenzar escuchando algunos recuerdos suyos sobre Miguel Otero Silva, y de qué manera pudiéramos vincular la cotidiana meditación de Miguel con el escenario espiritual de Rómulo Gallegos. Quiero que ese símbolo de amistad entre ustedes tres ocupe un lugar importante en el libro.

—Está bien, Benito, pero ante todo quiero precisar que el vínculo que me unía a Rómulo Gallegos no era el de cualquier venezolano estrechamente motivado por su figura, sino que fundamentalmente Rómulo Gallegos fue mi pariente cercano, tanto en el cariño como en las artes. Primo hermano de mi padre, coetáneos ambos y estrechamente ligados porque desde niños crecieron juntos, vivieron en una misma casa. La situación del padre era muy esencial. Cuando murió el padre de Rómulo Ángel, como lo llamaban en la casa para diferenciarlo de Rómulo Lander Gallegos, y de otro primo hermano que se llamaba Rómulo Augusto, todo cambió. Al ocurrir la muerte de Rómulo Gallegos padre, ellos se fueron a vivir a la casa de mi abuelo, y de allí surgió el vínculo más estrecho todavía que el de la simple relación consanguínea.

—¿Cómo se llamaba su abuelo?

—Manuel Vicente Gallegos.

—¿Y su padre?

—José Antonio Gallegos Rivero se llamaba mi padre. Rómulo, que era de mi misma sangre, fue bautizado con el nombre

de Rómulo Ángel Gallegos Freire, hijo de Rómulo Gallegos padre y de Rita Freire. Pues bien, desde muy niño yo sentí ese afecto invariable de toda la familia girando en torno a él. Era el intelectual y era el Maestro respetado, querido por todos. Frecuentemente, durante mi niñez, yo lo veía como algo realmente extraordinario. Recuerdo mi primera lectura de *Reinaldo Solar*, así se llamaba el último Solar, el protagonista, el último Solar de la novela que no entendí en absoluto para ese tiempo. La leí a los ocho años y naturalmente no podía comprender la esencia. Más tarde, *La trepadora*, me llevó hacia el campo venezolano que yo conocía por las haciendas de mis familiares. Me metí muy adentro, en la zona del Tuy, donde sin decirlo en su novela él sitúa a Charallave y al caserío Pitahaya, que, según tengo entendido, está absorbido por la propia población de Charallave. Cantarrana, de donde venían los Guanipa y actuaba Hilarito Guanipa. *La trepadora* se publica en 1925, y yo la leí con diez años de edad. Allí empecé a entender las diferencias que luego me conducirían al comunismo, cuando observo las luchas sociales en la hacienda Cantarrana. La aristocracia contra sus opuestos explotados, contra las familias de bastardos que eran peones de haciendas. Eso es *La trepadora*, que me cautivó en aquella edad de la niñez. Todas esas situaciones me motivaron mucho para seguir leyendo aún sin profundizar en la médula de la temática novelística de Rómulo. Mis pensamientos se conformaron y se definieron más tarde. Recuerdo con mucha precisión la salida de Rómulo para el Llano. Era una preocupación que conmocionó a toda la familia. Mis tías abuelas, tías de Rómulo, rezaban para que a él no le ocurriera nada.

—¿Se veía en ese tiempo al Llano como un espacio inalcanzable y lejano para los caraqueños? ¿Ciertamente preocupaba tanto eso?

—Claro, porque eran tres días cuando menos. Tres días de marcha por trochas en el Llano, por las trochas del ganado, puesto que no había verdaderas carreteras en rumbo hacia Calabozo, hacia los esteros de Camaguán, atravesándolos para llegar a Puerto Miranda y de allí a San Fernando de Apure para adentrarse más aún en el alto llano. Hablaban de los peligros, de las culebras, de las quebradas crecidas. Era Semana Santa. Recuerdo que se fue un Viernes de Concilio y regresó un martes de tiempo pascual, es decir, dos días después de terminada la Semana Santa, para reasumir sus funciones de director del Liceo. Todo el mundo estuvo pendiente del telégrafo. El telégrafo era la única vía de comunicación de entonces, y por fin llegó un telegrama, «Llegamos bien», nada más. Con eso bastó para aligerar los ánimos, pero todavía quedaba su regreso. De allí trajo Rómulo a *Doña Bárbara*. Otro viaje similar fue al bajo Apure para traer *Cantaclaro*, un sábado antes de Semana Santa, regresando el Domingo de Resurrección. Ya estábamos más habituados los familiares a esas andanzas de Rómulo y nos quedamos más tranquilos. Cuando se planteó la ida a Ciudad Bolívar, con la idea de *Canaima*, ya la cosa era diferente, mejoran los caminos, un poco más de serenidad al respecto, más tranquilidad, y más conexión también porque el telégrafo funcionaba desde Ciudad Bolívar y los alrededores, como Upata, hasta Caracas. El telégrafo resultaba mejor que de San Fernando de Apure a la misma ciudad.

—¿Usted llegó a estar presente alguna vez cerca de Rómulo Gallegos mientras escribía? Varias personas me han comentado que solo su esposa, Teotiste, tenía acceso a la habitación donde él trabajaba mucho y pasaba días completamente aislado en su escritura, atento y fumando mientras iba al teclado de su máquina de escribir.

—Yo presencié muchas veces a Rómulo Gallegos escribiendo en su Underwood, en su vieja Underwood, tecleando muy

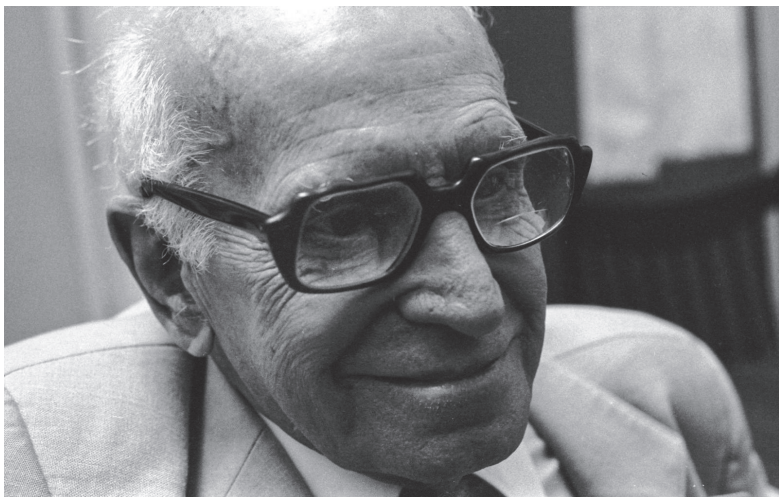
nervioso y rápidamente sus novelas y cuentos. Yo admiraba la rapidez con que movía sus dedos, no podía apreciar todavía suficientemente cómo movía su mente, pero sus dedos sí me impresionaban mucho, aunque él era lento en lo de escribir. Siempre con un cigarrillo al alcance de la mano, interrumpiendo permanentemente, y allí estaba, en torno a él, Teotiste. Teotiste, su esposa. Teotiste Arocha Egui. Teotiste significó mucho en la vida y en la obra literaria de Rómulo. Mucho más de lo que la gente se imagina. Era necesario ese amor en el Maestro Gallegos. Teotiste no fue una mujer culta, de lo que podemos llamar cultura. Si se le hablaba de literatura, o se le hablaba de modernismo, o de romanticismo, posiblemente no entendía nada, a pesar de que participaba en todos los conciliábulos de Rómulo con Julio Planchart, con Manuel Cabré, con Fernando Paz Castillo, con todos los personajes de su época y de la revista *Alborada*, pero tenía intuición. Y puedes anotar este hecho, que no sé si estará registrado en otra parte con los testimonios recogidos hasta ahora. Cuando Rómulo escribía un capítulo, bien sea de *Doña Bárbara* o de *La trepadora* o de *Cantaclaro*, se lo leía a Teotiste en primer término y le veía fijamente la cara, y si no encontraba en ella suficiente emoción, no vacilaba en romper el manuscrito y echarlo en el cesto para rehacerlo luego. Es decir, que era Teotiste una especie de censor natural de su obra, de su labor literaria. Esto valdría la pena anotar.

Varias veces, ya adulto, y en plano de confidencias con Rómulo, él me recalca que al sentarse a escribir era porque ya tenía toda la novela hecha, la novela o el cuento, pero fundamentalmente se refería a las novelas. Las tenía totalmente estructuradas y a lo que iba era a darles forma, a ordenarlas por capítulo, a darles ilación. Esto es importante también. Él no era de aquellos que van haciendo capítulo por capítulo, dejándose

llevar por los hallazgos que hacían sus propios personajes. No. Él armaba la arquitectura antes de sentarse a escribir.

—¿Y qué nos puede contar de su papel de Maestro y de la relación con el Liceo que dirigió en Caracas? Además, ¿qué nos diría sobre sus vínculos con Miguel Otero Silva, como le pregunté al comienzo de la entrevista, sabiendo que eran grandes e inseparables amigos?

—Rómulo ponía mucha atención, más de lo que aparentaba, en las conversaciones de sus alumnos. Por las filas del Liceo Caracas pasó lo mejor de lo que fue después la destacada intelectualidad venezolana, lo mejor de la política venezolana, si podemos decirlo así. Naturalmente que en esa política venezolana hay mejor o peor, pero yo no voy a adentrarme en ese problema por razones obvias, porque no es el tema. Estaba Miguel Otero Silva, por ejemplo, y entre Miguel y Rómulo había una relación de afecto muy especial. Desde muy joven, Miguel sorprendía al propio Rómulo con sus chistes, con sus salidas ingeniosas de toda índole, y también con los breves poemas que escribió en ese período de 1927-1928. Más tarde hubo problemas entre ellos. Miguel, comunista, en ese tiempo activo, y Rómulo en Acción Democrática. Hubo una suerte de contraposición e incluso de polémica que revistió unos caracteres muy agudos, que les dolieron mucho a ambos, creo yo. Se vieron precisados a entrar en la pelea, pero no con gusto, a pesar de la acritud que se notó en algún momento. Para Miguel era muy duro discrepar de Rómulo, para Rómulo, también era muy duro discrepar de Miguel, y esa amistad se reanudó luego en una forma extraordinaria, hasta el punto de que puedo afirmar lo que vi en los últimos años antes de morir Rómulo. Miguel lo visitaba con frecuencia y alternaba con él en un plano de estrecha comprensión mutua.



Fotografía de Rafael Salvatore

—He encontrado personas que me han referido que nunca hubo real distanciamiento entre Juan Vicente Gómez y Rómulo Gallegos, y que, por encima de las adversidades políticas, el general Gómez sentía gran respeto por él, e incluso que le apoyaba en determinadas circunstancias. ¿Qué opinión le merece a usted esta manera de conceptualizar la relación entre ellos?

—Rómulo tomó la decisión, y creo que fue a mi padre a quien le participó primero, de no aceptar la senaduría de Apure. Mi padre, había sufrido cárcel en La Rotunda y después en el Castillo de Puerto Cabello, y Rómulo no concebía cómo era posible que él pudiera servir al gomecismo en ese aparataje parlamentario que no era tal, en ese «sisiísmo» que caracterizaba al Parlamento de entonces. Visitó nuestra casa y dijo: «Quiero participarles, muy privadamente, que me voy para no volver, quizás, porque yo no puedo llenarme de ignominia aceptando esta senaduría que me ha sido concedida por obra y gracia de *Doña Bárbara*, y por gestiones también amistosas de Rubén González», que era ministro de Educación en ese tiempo, y que

distinguía muy especialmente a Rómulo por sus ideas liberales en materia educativa.

—También hay personas que me han dicho que muchos padres evitaban que don Rómulo Gallegos fuera maestro de sus hijos, porque tenía fama de anticlerical. ¿Qué piensa usted de esto?

—Qué decir de Rómulo, por ejemplo, en relación con mi formación. Yo creo que influyó mucho a pesar de que nunca fui alumno directo de él. Yo me fui a inscribir en el Liceo Caracas, que dirigía Rómulo, y dos días después mi mamá y mis tías anularon mi inscripción. Como menor de edad tuve que someterme, ¿por qué? Porque aun cuando todos querían entrañablemente a Rómulo, y lo consideraban honestísimo, temían en el fondo la influencia herética sobre nosotros, sobre mí y sobre mi hermano, de la filosofía atea de Rómulo Gallegos. Rómulo Gallegos resultaba el anticristo ante los ojos de los curas, ante los ojos de los jesuitas y ante los ojos de los hermanos de La Salle, en cuyo colegio me eduqué. Así veían a Rómulo. A pesar de la moderación que lo caracterizó, siempre era totalmente intransigente en lo que se refiere a la cuestión filosófica, y rechazaba la idea de Dios. Una vez, cuando yo le decía a mi abuelita que no podía aceptar nunca la existencia de un ser superior, impalpable, que generaba injusticia por todas partes, Rómulo, con una sonrisa abstemia, diría yo, abstinentes, no quiso intervenir en la discusión, pero al final me dijo: «Patrañas, patrañas, patrañas», y con eso, naturalmente, me dio más fuerzas para mantener este tipo de actitudes en el seno de la familia.

Mi hermano y yo nos hicimos comunistas, mi hermano José Antonio Gallegos hijo, y yo. Nos hicimos comunistas y tuvimos problemas serios en el seno de la familia, que deseaba que nosotros fuéramos profesionales y que siguiéramos la línea de todos, la adaptación al sistema, la buena posición económica, entre otras cosas, que era lo habitual en ese tiempo. Se aspiraba

a eso en el seno de una familia de capa media, más o menos acomodada.

Pues bien, cuando la situación se tornó conflictiva, cuando mi abuelita, ya muy enferma, me rogaba casi de rodillas que abandonara la militancia comunista, cuando mi mamá insistía al respecto y nuestras tías igual, Rómulo almorzó en casa, en la mesa familiar alrededor de la cual, en la Caracas de entonces, nos reuníamos invariablemente todos a las doce y media del día, y comenzó diciendo esto: «Yo no soy marxista», y también terminó diciendo: «Yo no soy marxista», pero en el medio, y a todo lo largo del almuerzo, justificó plenamente la actitud de rebeldía frente a la situación de injusticia social advertida por mi hermano y yo. Fue una gran ayuda para nosotros. Rómulo tenía autoridad en la casa y nosotros usufructuamos en ese momento, oportunamente, no oportunistamente, sino oportunamente, esa influencia. Vinieron los tiempos en Acción Democrática. Él allá y nosotros en el Partido Comunista. No se debilitó en ningún momento el afecto mutuo.

Recuerdo el año 1947. Campaña electoral en la cual él era candidato presidencial de la República, candidatura que resultó como se sabe, gananciosa. Competían Rómulo, Caldera y Gustavo Machado. Pues bien, almorzaba con frecuencia en casa y era habitual que saliéramos a las tres de la tarde de una sobremesa prolongada. Él salía para un mitin por su candidatura con la gente de Acción Democrática, y mi hermano y yo para un mitin por la candidatura de Gustavo Machado, que era la del Partido Comunista.

—¿En qué dirección de Caracas se ubicaba esa casa?

—Era en La Florida, en la parte de arriba, la Av. Los Mangos, Quinta Hilda Margarita.

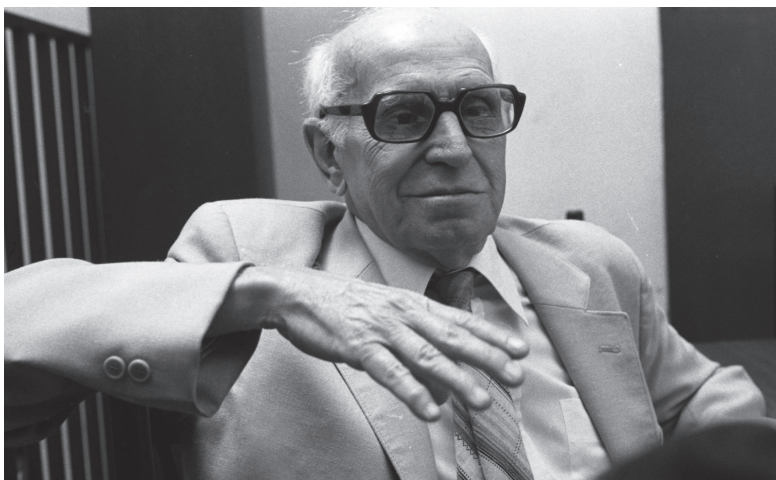
—¿Quiere decir que en ese tiempo no había discrepancias políticas entre la gente de Acción Democrática y los seguidores

del Partido Comunista de Venezuela, o simplemente era un caso que pone por encima de la política la natural relación de familia?

—Una prueba de que podían llevarse las relaciones familiares independientemente de las momentáneas discrepancias políticas, diría yo. ¿Qué decir de esto? Algo muy importante. Cuando yo iba a pasar una tarde con él, en Los Palos Grandes, en la casa sobre cuyos cimientos se está construyendo el Museo Rómulo Gallegos, Museo o Centro de Estudios, como lo quieren llamar, yo le hablaba y le aclaraba muchos aspectos de la política nacional en contraposición, claro está, a los criterios que le expresaban Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios, Raúl Leoni Otero, y otros dirigentes de Acción Democrática. Él leía poco de política, los diarios los revisaba muy por encima, estaba mal informado y principalmente recibía las versiones de esos dirigentes que he mencionado. Pues bien, salía convencido él de una serie de nociones que uno le iba aportando, pero eso que ocurría lo observaban también los dirigentes de Acción Democrática, y al día siguiente de haber pasado yo una tarde con él, encerrado allí, en la Quinta Marisela, (Quinta Marisela antes y Quinta Sonia después), le caían encima diciéndole cosas acerca de los comunistas, incitándolo un poco a rechazar presuntas agresiones a la obra de él por parte de nuestros dirigentes. Por ejemplo, un análisis desenfadado de Ramón Lozada Aldana sobre *Doña Bárbara*, se lo presentaron como un intento de desprestigiarlo a él. Era una manera de utilizar la vanidad de todo escritor, en sentido positivo, para sus fines de mantener a Rómulo como un símbolo de Acción Democrática y para Acción Democrática.

No quise utilizar nunca mi influencia sobre él, la influencia que podía tener yo en el sentido político propiamente dicho. Me limitaba a ayudarlo a ver. Previo a su exilio, le hablaba mucho, antes de que muriera Teotiste, con quien yo tenía una relación

muy estrecha. Me limitaba a los coloquios con Teotiste, que era muy sagaz también en política, por intuición especialmente, sin ninguna teoría política clara. Ella desconfiaba de varios dirigentes de Acción Democrática. No quiero tampoco adentrarme en eso, porque no es el objetivo de nuestra conversación.



Fotografía de Rafael Salvatore

Rómulo tenía relaciones bastante buenas con líderes comunistas como Gustavo Machado. Un afecto grande se desarrolló y se robusteció en México con Carlos Augusto León, cuando él militaba en el Partido Comunista, y con varios otros de los nuestros de su época, de la época del año 1928, y de la época de 1936.

Quiero abrir un paréntesis para poner de relieve algo que está ya consignado en el libro de Carlos Arocha Luna sobre Rómulo Gallegos y su obra. Se trata del único poema de Rómulo Gallegos dedicado a mi hermanita. Bueno, mi hermanita era bellísima según todos los testimonios. A esa edad todos los niños son bellos, pero ella parece que era especialmente linda.

—¿Mayor que usted?

—No, menor, inmediatamente después de mí. Nacida en 1917 y murió en 1919.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Alicia. Para Rómulo fue una muerte realmente dolorosa, una niña de dos años fallecida por las epidemias que prevalecían en aquella Caracas de 1919. Ese poema yo lo hice publicar en el diario *El Nacional*, a través de Orlando Araujo, con fotostato y todo, con la firma de Rómulo. Después aparece el texto completo, aunque sin fotocopiado, en la obra de Carlos Arocha Luna que ya cité, y lo conservo, pues, con gran efecto. Lo resguardamos todos los sobrevivientes en mi casa. Podemos decir que ese poema único tiene una influencia lógica de Rubén Darío, muy dariano. A la orden tuya está.

—No conozco el poema, pero sí sé de Carlos Arocha Luna, quien ha sostenido que Rómulo Gallegos fue un literato prestado a la política, ¿usted comparte plenamente esa opinión?

—Primero quiero hablar de su poema, porque fue un solo poema el que escribió en las circunstancias que te explico. Un solo poema y por eso tiene un gran mérito. Bueno, es un poema clásico, un poema propio de su época, y no se le podía pedir a Rómulo Gallegos que hiciera un poema al estilo de Hernández de Jesús, por ejemplo, o de Caupolicán Ovalles, que ya es otra cosa, ni siquiera parecido a los poemas míos, porque yo soy de una generación intermedia. El original lo tiene en este momento mi hermana en Maturín, pero yo tengo una fotocopia y se la puedo proporcionar. Aquí está. ¿Puedes alcanzar a leerlo? Es muy breve.

—¿Me permite leerlo en voz alta?

—Claro.

—«A Alicia, muerta en el alba, como las estrellas».

Poema «Orto sin ocaso»

*“Ya pueden abrirle la puerta cerrada,
ya tiene en los ojos la lumbré apagada
de la ingente lámpara del corazón.
Déjenla salir... Que su alma enderece.
Su vuelo hacia el cielo donde resplandece.
De los niños muertos la constelación.*

*Luceros del alba ¡Ortos sin ocasos,
soles apagados en claros fracasos
en los resplandores de la eternidad
¡Oh, fúlgidas vidas de los niños muertos
estrellas que alumbran los pasos inciertos
de los que los buscan en la oscuridad!*

*Su prístina frente decora el misterio
el llanto materno ya entorna el salterio
del dolor sin nombre, que no tiene igual
y es el llanto el río de amor sin ribera,
que va conduciendo la barca señera
de su alma pura hacia el lar sin mal.*

*Ahora entre flores, serena, dormida
con albor de lirios en la faz ungida
con el óleo dulce de la paz... ¡Ya es flor!
En lo ignoto exultan jocundos clarines
y la blanca escala de los serafines
se tiende hacia ella... ¡Silencio, dolor!*

*Déjenla que parta. Florido el sendero
que el alba ya alumbra su viaje postrero
tendrá a cada instante tornadas de amor,*

*porque los que mueren cuando son amados,
se hunden más adentro en los olvidados
corazones tristes que ahondó el dolor.*



Fotografía de Rafael Salvatore

—Benito, mis vivencias de infancia, de juventud y de adultez con Rómulo, son numerosísimas, no acabaría nunca de relatarlas, de glosarlas. Efectivamente, como lo citas también, Rómulo fue un literato prestado a la política. Tendría que decir algo, porque ahora me invaden recuerdos de Gallegos tras la muerte de mi padre, a quien me sentía profundamente unido.

—¿En qué año ocurrió esa muerte?

—En 1942. Cuando murió mi padre, Rómulo estaba en el exterior y llegó a los ocho días. Desde allá nos puso un telegrama muy sentido y una carta que le envió a mi mamá, a todos nosotros, valorativa de lo que significó mi padre para él. Cuando llegó del exterior, aún yo no me había repuesto de la muerte de mi padre. Rómulo me llevó para su casa en Naiguatá, junto con mi esposa y mi hija recién nacida, porque yo acababa de

casarme. Pasamos juntos un mes. Tuvimos largas conversaciones y discusiones literarias. Él era muy poco avezado a la crítica literaria, pero era un novelista nato. Para hacer *El último Solar* leyó, desde luego, a los novelistas de fin de siglo y de principios del actual, a los novelistas españoles Pérez Galdós, Azorín, creo que también a Unamuno, pero después dejó de leer. No sé si instintivamente o deliberadamente. Casi no leía, casi no estaba al día con las nuevas corrientes literarias. Era, posiblemente, una forma de defensa de conservar lo prístino de su literatura, de no dejarla contaminar, digamos contaminar entre comillas, con las nuevas corrientes.

—Ahora le pregunto yo, sabiendo que también es un gran poeta, un gran lector, hombre de ideas nuevas y conocimientos modernos de la literatura, ¿de qué manera se podía estimular mucho más al Maestro Gallegos en la pasión por la lectura?

—Yo traté de romper un poco la barrera, en ese mes de nuestro encuentro en Naiguatá. Insistí mucho en Thomas Mann, y le hablé de Proust y de Stefan Zweig. Se interesó por obras de Stefan Zweig, pero en general había una actitud de abstención. Esto es importante también señalarlo. Leía poco, leía incluso los periódicos muy a la ligera, y esa abstinencia fue mayor cuando se vio enfrentado a las responsabilidades de gobernante, que lo sustraían de su mundo literario la mayor parte del tiempo. Podría encontrar en mi memoria muchos otros elementos de juicio acerca de Rómulo, acerca de su honestidad integral, acerca de muchos episodios que se produjeron cuando fue presidente del Concejo Municipal de Caracas. Él no se sumergía en la minucia política, pero veía todo macroscópicamente y, en múltiples ocasiones, priorizaba lo afectivo por encima de lo sustancial. Nosotros éramos activistas del Partido Comunista cuando Rómulo Gallegos fue presidente del Concejo Municipal, y en eso estábamos aliados los pedevistas de esa época, o sea, el partido

de Rómulo Betancourt (PDN) y nosotros los comunistas, entre ellos Carlos Augusto León, mi hermano y yo. Trabajábamos en Caracas en las elecciones, en las barriadas populares de los sin techo, y el apoyo giraba en torno a la protección que, de una u otra manera, nos tenía que brindar al respecto el Concejo Municipal de Caracas, frente a un modelo de gobernación omnipotente y despótica.

—¿Qué nos puede hablar entonces de ese Rómulo Gallegos político que para todos está claro fue líder esencial del partido Acción Democrática, mientras que usted ha sido militante, toda una vida, del Partido Comunista de Venezuela?

—Bien, hablar de Rómulo político creo que no me corresponde. Entraría en un terreno en que lógicamente el factor ideológico se impondría. Rómulo no fue un político brillante. No, yo no quiero recurrir a la frase que él hizo suya: «Soy un escritor prestado a la política». Esto es un lugar común, muy tratinado, pero de todas maneras el concepto puede parecer ajustado. Era un escritor prestado a la política que nunca entendió, tal vez, toda la gama de intereses que se mueven en torno al ejercicio de su magistratura, sea la del Concejo Municipal de Caracas, sea la de diputado al Congreso Nacional o la de Presidente de la República.

»Yo estaba en la clandestinidad desde 1962, cuando ilegalizaron al Partido Comunista, de cuyo Buró Político era miembro. Era la época de la lucha armada, época muy dura, época de persecución implacable contra nosotros por parte del gobierno de Acción Democrática. Nuestros retratos pasados por televisión para que el pueblo nos reconociera, entre comillas. Nuestros retratos en las alcabalas policiales, diseminados para ser capturados vivos o muertos. Pues bien, en esas condiciones mantenía el contacto con Rómulo de manera muy irregular, a través de mi hermano, a través de mis tías. En 1968, hay un comienzo de

apertura obligada del gobierno de Raúl Leoni Otero, y nosotros ya con el propósito de suspender la lucha armada, porque había sido una lucha artificialmente decretada, una lucha prematura, lanzada sin tomar en cuenta las condiciones objetivas. Procedimos en la clandestinidad a constituir el Partido Unión para Avanzar (UPA), máscara legal del Partido Comunista. Participamos en las elecciones, y yo salí electo senador, pero era un senador que estaba *sub iudice*. Tenía un auto de detención, y desde luego, no podía salir a la calle porque la inmunidad parlamentaria comenzaba a regir a partir del momento en que me juramentara. En ese lapso, entre diciembre de 1968, en que fui electo senador, y marzo de 1969, en que me presenté sorpresivamente ante la Cámara del Senado, me juramenté y comencé a disfrutar de la inmunidad parlamentaria, Rómulo se agravó y murió. Yo pedí permiso al partido para cumplir con el deber familiar, un deber del cual no podía hacer dejación, y fui a la casa de él, allí en la avenida principal de Los Palos Grandes, la llamada avenida Luis Roche. Me presenté a las siete de la mañana, es decir, antes de que comenzara el tránsito intenso. Entré directamente a las habitaciones. Estuve estrechándole la mano, hablándole, no sabiendo a plenitud hasta qué punto me entendía, hasta qué punto captaba lo que yo le estaba diciendo de viejos recuerdos de mi padre, de él, de mi afecto personal, testimoniándole todo ese afecto en palabras muy sentidas, cuando para mí ya era una evidencia de que la muerte se aproximaba, que era indetenible el proceso. Él, ya casi en coma, me apretaba la mano en respuesta cuando yo le decía algo sustancial, algo que lo impactaba, y eso me hacía presumir de que estaba recibiendo mis mensajes. Justamente, cuando había entablado esa especie de diálogo, él, con los ojos cerrados, en buena medida ausente, con la respiración fatigosa, apresuradamente me vienen a decir que me meta en un cuartico de servicio. Había llegado

el presidente Raúl Leoni Otero. Claro está que, a pesar de todos los enfrentamientos políticos, Leoni, quien fue mi amigo personal en las épocas de las luchas contra Gómez y contra López Contreras, y mucho menos en las circunstancias de la gravedad de Rómulo Gallegos, hubiera procedido contra mí, pero el caso no era el presidente Leoni. El caso era la policía política, la siniestra Digepol, que estaba estacionada abajo de la casa. Lógicamente, si se percataban de mi presencia, podían proceder a hacer efectivo el auto de detención que, como miembro del Buró Político del Partido Comunista, estaba dictado y podía frustrar incluso mi senaduría. Esperé pacientemente. Se retiró el cortejo presidencial, se retiró la Digepol, y yo salí a las siete de la noche de nuevo hacia mi escondite.

»Son recuerdos que conservo muy adentro. Soy un hombre curtido, tengo setenta años, he vivido mucho y he visto caer a varios de mis compañeros. He visto caer recientemente a camaradas míos de todo mi afecto, a Gustavo Machado y a amigos entrañables como Miguel Otero Silva, como Isidro Ovalles, como Pedro Juliac, todos de la Generación de 1928, a quienes atendí hasta el último momento, pero conservo la misma sensibilidad. En este instante, el temblor en la voz ante la evocación de esos momentos me perturba un tanto y te pido excusas. Si tiene más preguntas, por favor, hágalas.

—Ese testimonio resulta valiosísimo. No imaginé jamás que había una compenetración tan profunda con Rómulo Gallegos, más allá de todo el afecto familiar que pudiera existir, pero hay algo que necesito preguntarle, aun cuando nos alejemos un poco de la imagen y de la figura de Rómulo, ¿por qué Eduardo Gallegos Mancera comienza a ser comunista?

—Con gusto responderé esa pregunta. Justamente estoy a punto de comenzar mis memorias, podría decir que ya las he comenzado, pero la falta de tiempo, así como la dedicación casi

total a las actividades cotidianas del Partido Comunista, me impiden acelerar el ritmo. Solamente me doy, como concesión a mí mismo, ratos en el avión, en el automóvil y retomo la poesía. En mis memorias hablaré de mi evolución. Hijo de una familia acomodada. Mi padre fue industrial azucarero, comerciante primero y después industrial azucarero. Mi familia por la vía materna poseía tierras desde las haciendas Coche, Santo Domingo y Sosa, que arrancaban desde el Paseo Los Próceres, pasando por Los Jardines hasta La Rinconada, incluyendo Coche, incluyendo Conejo Blanco. Justamente allí comenzó mi evolución. Me regañaban mis familiares adultos porque yo me reunía mucho con los negritos de las haciendas. No era accidental, me sentía inclinado a convivir con ellos, a compenetrarme con ellos, con los peones de las haciendas. Algo de eso hay en mi poesía. Estaba contra toda injusticia. Era rebelde por naturaleza. Esa rebeldía innata, sin que tuviera contextura ideológica, me llevó en el Colegio La Salle a insurgir frente al mercantilismo que caracterizaba a la educación en ese tiempo. Allí, en La Salle, se rendía culto al dinero. Los hijos de gente acomodada tenían todas las garantías, los hermanos de La Salle eran muy obsequiosos frente a ellos, desde el director hasta el último profesor. Y así una marcada diferenciación de clases, de clases dentro de la élite, quiero decir. Los más ricos, los Sosa Rodríguez, recuerdo, eran magníficamente atendidos, mientras había otros, como los hijos de profesionales o de comerciantes, pero no de la oligarquía, eran subestimados. Yo empecé a insurgir frente a eso, y a pesar de toda la educación religiosa que obligatoriamente me impartían, no sentía fervor alguno y rechazaba, instintivamente, todo lo que significara falsedad, y falsedad para mí era eso del Misterio de la Santísima Trinidad, eso de un Dios que estaba pendiente de todas y cada una de nuestras acciones. Eso de un Dios que, a un asesino inveterado, a un criminal como alguno

de los jerarcas de Juan Vicente Gómez, que, si se arrepentía a última hora, y por arrepentirse se entendía que se confesara, iba al cielo, mientras un hombre del pueblo que había vivido en concubinato, que era la forma natural de vivir de la inmensa mayoría del pueblo venezolano, ese sí sería enviado al infierno por no haber recurrido al sacramento de la confesión.



Fotografía de Rafael Salvatore

Yo rechazaba aquello con toda mi alma desde los diez o doce años. Nunca fui fervoroso y más tarde fui rebelde frente a tales dogmas. Podría relatar, y no es ese el caso, puesto que es una cosa tangencial, ante una última pregunta que me haces, una infinidad de manifestaciones de mi rebeldía. Lógicamente, se entroncó en mí esa natural rebeldía juvenil con la rebeldía antigomecista, porque mi padre fue a la cárcel de La Rotunda y al Castillo de Puerto Cabello durante los años de 1928, 1929 y 1930, por insurgir frente a Juan Vicente Gómez, y yo entonces, en 1928, con trece años de edad, hice mis primeras armas lanzando piedras contra la policía en el Parque Carabobo, en la

hacienda El Conde, porque en ese tiempo no estaban urbanizados, y en la barriada de San José. Así se fue conformando, más y más, mi propósito de ser oponente a cualquier gobierno que no fuera realmente del pueblo. Todavía yo no sabía qué era o qué debía ser un gobierno del pueblo, pero sí sabía que los gobiernos que habían existido no eran del pueblo, sino que estaban contra el pueblo. Por supuesto, en ese proceso, con la convicción de que las compañías petroleras explotaban a nuestro país, y además que, Juan Vicente Gómez no era simplemente un tirano que había surgido de la nada por generación espontánea, sino que era producto de la alianza de la oligarquía terrateniente, de los latifundistas, con el imperialismo petrolero, lógicamente eso tenía que desembocar en lo que desembocó dentro de mí.

Para mi serenidad, para mi dicha, para mi satisfacción, a los setenta años de edad sigo encontrando eso que es el marxismo. El marxismo, diría yo, ha representado para mí, y lo he dicho muchas veces, una respuesta a todas mis interrogantes en lo personal, en lo político y en lo científico, para mi conducta privada y para mi conducta pública. Cada día me siento más satisfecho de haber abrazado una doctrina que responde a mis inquietudes, que me da la clave de todos los procesos que se han producido a lo largo de mi vida, y de los cuales he sido protagonista modesto, pero invariablemente protagonista. No he dejado ni un día de mi existencia, ni siquiera durante la tortura, de hacer labor política. En los momentos de tortura que relata Miguel Otero Silva en su libro *La muerte de Honorio*, soy yo el protagonista, y en medio de esa tortura, estaba haciendo labor política, respondiendo a mis verdugos con la firmeza que le corresponde a un comunista. Tirado en el suelo, con argollas en los tobillos y atadas las manos con argollas italianas a la espalda, yo hacía prédica política, fijaba la actitud. Eso era el producto, no simplemente del valor personal, sino de una convicción plena que me acompaña hoy y me seguirá acompañando hasta la muerte.

Hace cincuenta años, exactamente, salió un reportaje en el Suplemento Cultural de *Ultimas Noticias* sobre los acontecimientos de 1935-1936, en los que participé como presidente de la Federación de Estudiantes. El general López Contreras me mandó a llamar impresionado por lo que, al parecer, decían de mí los profesores de la Facultad de Medicina. López Contreras me aseguró que yo podía ser un gran científico, pero que debía dejar la lucha política. Le respondí que, si los profesores hablaban bien de mí, pudieron haberle dicho que consideraba que los males sociales no se podían curar con cucharaditas, y que mi destino estaba enteramente trazado. Me dijo entonces, con su voz gangosa: «Yo he oído muchas cosas de jóvenes, pero pasan los años, se llega a la madurez, y se ve que son cosas simplemente de juventud». Le reiteré lo siguiente: «General, usted en este momento tiene cincuenta y ocho años y yo tengo veinte. Dentro de cuarenta años quizás usted no viva, pero si llegara a durar todo ese tiempo podría constatar que no soy de los hombres que varían, que doy de una vez y para siempre mi palabra, no a un hombre, sino a una ideología, y ya la he dado». Él consideró entonces, y tenía razón, de que era un caso perdido.

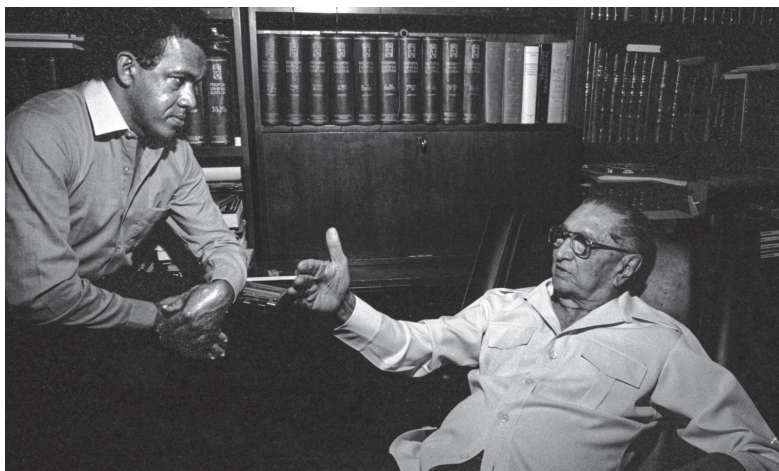
Y ahí termina el cuento amigo Yrady. ¿A usted, que es cuentista, le ha parecido bien?



HORACIO CABRERA SIFONTES:
**«Por nueve meses comparto con Gallegos en
Norteamérica, y lo conozco en su intimidad»**



Fue un 3 de enero del año 1986. En el calendario hay referencia al Día de Santa Genoveva, la virgen francesa venerada como Santa en París, la ciudad a la que protegió de la furia de Atila. Genoveva, la de buena familia, es también el segundo nombre de mi madre. Estilita Genoveva Arias, así se llamaría, y así se menciona en su documento de identidad. Para celebrar su llegada al mundo siempre iba yo a un apartado lugar de indígenas rebeldes guayaneses, hacía un largo recorrido para verla entre la Mesa de Guanipa y la antigua Angostura del Orinoco, y cantar en coro sobre la felicidad, y observar el fluido del gran río.



El escritor Benito Yrady entrevista a Horacio Cabrera Sifontes en Ciudad Bolívar.
Fotografía de Rafael Salvatore

Se volvió costumbre, y allí mismo, coincidiendo con tal fecha, cumplí el propósito de visitar a Horacio Cabrera Sifontes, allá en su aposento de Ciudad Bolívar. Quería saber algo más de Rómulo Gallegos. Comprobé el placer de estar junto a la inigualable biblioteca de Horacio. El viejo Rómulo, como él lo llamaba, fue gran amigo suyo. Sigue fresco el día y lo disfruto mientras voy al relieve intelectual de un gran hombre de

inimaginables aventuras, un prisionero de la sombra agitada de la muerte. Con los cambios del tiempo, y de tanto escuchar sus palabras hechas prosa, y de tanto conjugarnos en las luchas, lo convertí en gran amigo de la otra dimensión del ser. Así fue hasta el triste día de su muerte escogida en 1995. Un día lunes 13 de marzo. Fue amistad mutua y no casual.

De tantos y tantos libros suyos, con gentiles dedicatorias, me cautivó el de las máximas a Antonio Gastone Francesco Guisepppe Luigi Wenceslao Cattaneo Quirin, Conde de Sedrano o el Conde Cattaneo, aventurero como ningún otro. Una cosa fue leerlo y otra escuchar repetidas veces la voz centellante de Horacio al nombrarlo a propósito. Así ocurría cada vez que este hijo de Mercedes Sifontes me narraba pedazos de una vida, de su propia vida de hacendado, de correcaminos y cazador de tigres y serpientes, en la geografía guayanesa cercana al Esequivo. Esa tierra de aguas donde el abuelo, general Domingo Antonio Sifontes, entre el Yuruary y el Cuyuní, se dedicó a proteger a los indígenas y a evitar la penetración de invasores extranjeros. De la docena de libros escritos hizo ese, *El abuelo*, con profundo amor, y también en defensa de aquel espacio fronterizo por la retaguardia del sur.

Uno de los historiadores más fecundos del país, Bartolomé Tavera Acosta, el de los *Anales de Guayana*, fue padrino y guía en la niñez de Horacio, aunque no tuvo niñez como otros niños, porque se crío entre la vecina isla de Trinidad y la hacienda familiar cercana a Tumeremo. Al vivir en Caracas volverá a Puerto España en condición de desterrado, después de un largo cautiverio de cuatro años en la cárcel La Rotunda, por oponerse al gobierno de Juan Vicente Gómez, desde 1931. Espera la muerte de Gómez y regresa al país, y sigue a Bogotá y a Estados Unidos de Norteamérica, donde decide estudiar ingeniería en sonido. En ese tiempo comparte con Rómulo Gallegos por intereses comunes de proyectos cinematográficos.

—Amigo Horacio, pudiéramos comenzar con dos preguntas muy simples ¿En qué momento conoces personalmente a Rómulo Gallegos? ¿Cómo estableces, de manera prolongada, esa vinculación con él?

—Bueno, un hermano mío era alumno del Colegio Sucre en Caracas, en el cual había estudiado Rómulo Gallegos, y donde también fue profesor. Empecemos por este pasaje para ser más explícito

—¿Qué vinculación guardas entre el Colegio Sucre de Caracas y Rómulo Gallegos?

—El Colegio Sucre fue fundado por un hermano de mi abuelo, el doctor Jesús María Chitonne. Después estaba allí el doctor José Manuel Núñez Ponte, y con ellos estuvo siempre Rómulo Gallegos, primero en calidad de estudiante y luego en calidad de profesor. Como te dije, allí estudiaba el hermano mío.

—¿Cómo se llamaba ese hermano?

—Bueno, era hijo de papá. El Mocho Guevara, le decían. Fue un médico muy conocido en Caracas y por ese nombre lo conoce todo el mundo. Él dirigió una vez una revista de la universidad. Fue un hombre muy destacado. Estudiando allí consiguió los documentos que yo tenía que repasar para mi examen de bachillerato, pues yo venía de estudiar en la isla de Trinidad, en el Colegio Santa María. Me los remite al interior de Guayana para prepararme en lo posible. Así llegué a Caracas. Mi hermano era muy amigo de Rómulo Gallegos y lo introdujo en el Liceo Caracas. En ese liceo, en un último año, a mí me tocó presentarle al viejo Rómulo el examen integral de bachillerato, que era, por cierto, mucho más difícil de lo que es hoy. Desde esa época se estableció entre nosotros una gran amistad, hubo una especie de afinidad espontánea, casi familiar. Se cerró la universidad y tuve que huir. Un tiempo me escondí en un monte en el Zulia, y de allí salí. Luego me hicieron preso en Caracas y fui a parar a la

cárcel La Rotunda. De allí no vi más a Rómulo Gallegos hasta que me expulsaron del país, y después, estando en Nueva York, llegó Rómulo Gallegos y me exigió que le sirviera de secretario en una gira que iba a hacer por los Estados Unidos de Norteamérica, especialmente con rumbo a California y a Hollywood, donde pensaba ver las posibilidades de producir a *Doña Bárbara* como película. Yo siempre había sido criador de ganado y trabajaba el Llano. Conocía esa parte geográfica de Venezuela muy al dedillo, lo que permitía que él confiara mucho en mi interpretación de *Doña Bárbara*.

Le conté a Rómulo Gallegos sobre una gira que ya había hecho por Canadá, por Windsor, donde está la fábrica americana de la Ford Motor Company, del lado canadiense, y de una gira mía por la propia fábrica Ford. Esa gira fue de siete días viendo en detalle los diferentes procesos, desde la llegada del hierro hasta la salida del carro totalmente listo. Por cierto, en esa época, noviembre del año 1937, me llevaron un día determinado al Museo Edison, donde están los inventos de Thomas Edison, que se encuentra en Beaumont, Texas. Allí vi un carro Ford recién fabricado que era el número veinticinco millones. Yo tengo una fotografía de ese momento. Puedes copiarla. Se ve el número, pero el número en millones, y es un distintivo particular. Dice «25 000 000».

—¿Ese carro también lo vio Rómulo Gallegos?

—Sí, ese carro lo vio mi amigo Rómulo Gallegos, y vio, naturalmente, toda la historia del transporte en el Instituto Edison, que es interesantísima porque narra desde los primeros carros que se fabricaron.

—¿Dónde está ubicado exactamente ese instituto?

—En South Bend, Indiana. Está en el camino, es decir, después de salir, pero no te he dicho una parte, y es que después de contarle a Rómulo mi experiencia en la fábrica Ford y en este

museo, él me dijo: «Tú me tienes que llevar allá». Ya yo había comprado un carro en Nueva York.



La famosa fotografía del vehículo 25 000 000.
Cortesía del archivo personal de Horacio Cabrera Sifontes

—¿Qué marca era el carro que tenía?

—Un Buick. Entonces hice la gira con Rómulo Gallegos. Fuimos a Canadá, a fábricas en Quebec, Toronto y Windsor, para que lo viera todo. En Windsor se tenía la particularidad de que se podía pasar por debajo del lago Erie y se conectaba con la fábrica en Detroit. Es decir, era casi la misma fábrica, pero evadiendo el impuesto y las condiciones inglesas (el volante en el lado derecho, porque se maneja por la izquierda). Eran otros tiempos. Este Museo Edison, en South Bend, queda precisamente en el camino entre Detroit y Chicago, queda en todo el centro, casi es obligatorio pasar por la ciudad de South Bend.

—¿Está todavía allí mismo?

—Sí, está allí. Deben haberlo agrandado más, y hoy estarán muchos más carros en proceso de ensamblaje. Yo calculo a veces

cuántos carros saldrán hasta hoy desde una sola fábrica, de la fábrica Ford, y no puedo imaginarlo, porque este carro «25 000 000» es de la fábrica Ford para 1937, cosa que asombra solamente con pensarlo. De allí hay algo que no estaba en el programa, pero que nos resultó muy interesante. Fue la visita a la fábrica Singer, la fábrica de las máquinas de coser marca Singer. Es una fábrica inmensa que tiene una serie de tecnicismos muy cuidadosos.

»Yo estudié parte de cinematografía, pero también estudié ingeniería de sonido y trabajé en los Estados Unidos como ingeniero. Cuando me dijeron que podía regresar a Venezuela, hasta allí llegó el trabajo. Inclusive, produje una película que se llama *Joropo*. Se hizo en un salón del Hotel Waldorf Astoria de Nueva York, que era muy lujoso en aquellos años. Todos los personajes con trajes de etiqueta bailan joropo en el Waldorf Astoria. Allí compartí con Vicente Flores. ¿Lo has oído nombrar?

—No, Horacio.

—¿Y a Lorenzo Herrera?

—A Lorenzo Herrera sí. Incluso, Horacio, entiendo que él dejó muchas canciones de su autoría al morir, y que el compositor Luis Fragachán le dedica el famoso merengue «El Norte es una Quimera», para caricaturizar las repetidas veces que Lorenzo Herrera vivió en Nueva York.

—Pues, para que sepas, Benito, Lorenzo Herrera trabaja en esa película y Vicente Flores también.

—¿Esa película está en la Cinemateca?

—Debe ser así, porque siempre me la mencionaban. En la época del presidente Raúl Leoni vi un folletico en Miraflores. Yo era senador por el estado Bolívar y vi el folletico donde se describía la película.

—Bueno vamos a seguir hablando del Maestro Gallegos. Ya sabemos de tu visita a Estados Unidos en el momento en que nos explicabas lo de la fábrica Singer.

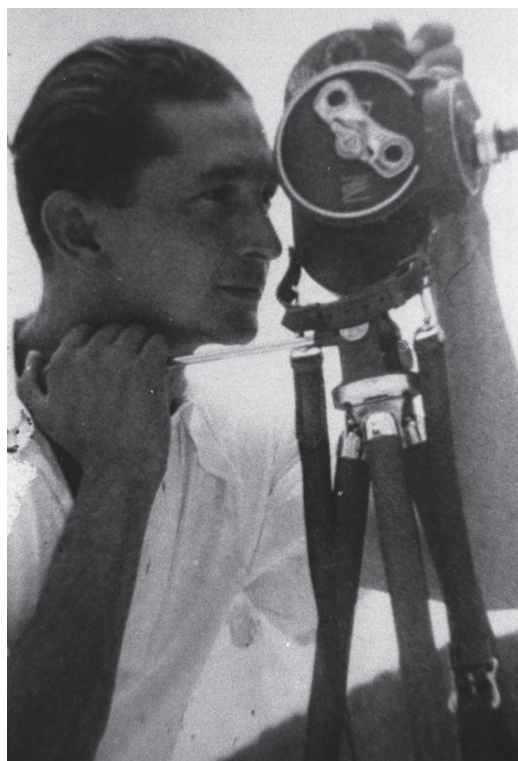
—Claro, entonces seguí con el viejo Rómulo para hacer la gira que te explico. Debíamos continuar de Chicago hacia el occidente y llegaríamos hasta el Yellowstone National Park, el parque de la reserva gubernamental donde tienen los renos y los osos y esas cosas, y donde hay la particularidad de los géiseres, esos chorros de agua que salen de tiempo en tiempo, en un momento cronométrico. Por ejemplo, hay uno que sale cada veintidós minutos con su columna de agua. Lo llaman el Viejo Fiel, porque no ha fallado nunca, pero esta vez cuando llegamos a Chicago había una temperatura de treinta grados bajo cero.

—¿Ese viaje fue en qué mes, en cuál fecha?

—Con ellos me tocó hacer ese viaje en diciembre y había adelantado el invierno. El Yellowstone National Park queda en el estado de Wyoming. Allí, cuando se penetra en verano, hay paredes de hielo hechas por las máquinas, ¿qué tal será en invierno?! En invierno es imposible pasar. Resolvimos buscar el sur franco hasta Tennessee y resolvimos pasar desde San Antonio a México. Fuimos a Ciudad de México, regresamos luego, y por Laredo salimos nuevamente a los Estados Unidos. Fuimos al Gran Cañón del Colorado, y al salir de allí tuvimos un accidente donde Rómulo se fracturó el cráneo. Raúl Santana, su cuñado, que lo acompañaba, se fracturó una pierna. Íbamos Raúl Santana, Doña Teotiste, Rómulo y yo. Llegamos a un pueblecito. Estuvieron ellos hospitalizados catorce días en Williams, Arizona.

Recibimos un mensaje de una tía mía, esposa de Guillermo Egea Mier, muy conocido en Venezuela, que estaba en California, diciendo que llegáramos a casa de ellos, y así fue. Salimos hacia allá y pasaron varios meses con nosotros. Rómulo Gallegos se sentía feliz. Tuvimos la oportunidad de intimar muchísimo más. Allí le hice yo la primera adaptación cinematográfica relativa a *Doña Bárbara*, y creo que le modificaron algunas partes después en la versión mexicana.

»Esto es lo que podría decirte de los aspectos que recuerdo entre mis conocimientos personales sobre Rómulo. Luego quedé encargado de vigilar otro proceso, mientras estudiaba ingeniería de sonido. Me refiero a la construcción de las máquinas Mitchell con las que empezaron a trabajar en los Estudios Ávila en Caracas.



Horacio muy joven, manejando una cámara de cine de la época.
Fotografía cortesía del archivo personal de Horacio Cabrera Sifontes

—En ese tiempo, en que el Maestro Gallegos va a Norteamérica, cuando lo atiendes, ¿eras tú simplemente un estudiante de ingeniería de sonido?

—No. Yo había caído precisamente en la segunda expulsión de López Contreras, en el año 1937, y acababa de llegar a New

York. Aproveché el viaje a California con Rómulo Gallegos y establecí ciertas relaciones. Tenía mi residencia allí, en casa de mi tía, y entonces fue cuando empecé a estudiar.

—De acuerdo a los datos que me das, entiendo que estuvieron bastante tiempo juntos, varios meses.

—Sí, alrededor de nueve meses, y por nueve meses comparto con Gallegos en Norteamérica, y lo conozco en su intimidad.

—Durante ese tiempo que pasaron en California, a raíz del accidente, ¿cómo fue la recuperación de Rómulo Gallegos?

—Él se recuperó rápido. Tuvo una breve lesión en el cráneo que se curó fácilmente. Ahora, Raúl Santana, sí se quebró la pierna de una forma horrible, fractura compuesta. Se le salieron los huesos y necesitó un tiempo para recuperarse.

—¿Rómulo Gallegos tuvo algún traumatismo en el cráneo?

—Por supuesto, él pasó tres días inconsciente.

—Ahora, esa permanencia con Rómulo Gallegos en California fue en casa de una tía, según nos explicaba antes, ¿se mantuvieron allí todo el tiempo?

—Sí, allí vivimos todo el tiempo.

—¿Cómo se llamaba esa tía que los hospedó?

—Juanita Cabrera de Egea Mier.

—¿Cómo fue el estado de ánimo de Rómulo Gallegos durante todo ese tiempo? ¿Qué comentarios te hacía sobre el país? ¿Cuáles eran sus ideas en ese momento y quienes los amigos con los que compartía?

—Yo había seguido muy de cerca el comportamiento del viejo Rómulo, por cierto, los conceptos que tengo de él, es decir, la forma en que yo sé cómo era, chocan ahora con ciertas pretensiones de la Iglesia, de utilizarlo como beato, como religioso, y chocan más aún con un artículo de Eugenio Sánchez Negrón que habla del misticismo de Rómulo Gallegos, y que tú quizás leíste en la revista *Raya*. Rómulo Gallegos no era ningún

místico. Rómulo Gallegos era un positivista. Rómulo Gallegos era un científico, era un hombre que enfocaba la realidad sobre la causa y el efecto. Razonaba deductivamente y no como se hace en forma simplista, es decir, el razonamiento que deshace el todo en las partes que lo integran, y luego estudia cada parte hasta volver a formar parte del todo. ¿Me explico?

»Gallegos tenía una cosa, él, como psicólogo que fue siempre, tenía el defecto de no querer leer nunca. Escasamente leía una noticia de prensa. En esa época eran noticias sobre la guerra española, pero no le gustaba leer, porque pensaba que podía recibir esas influencias de otros, y se dedicaba solo a escribir, no estaba influenciado por otras obras. Era teoría suya de que, leyendo a un autor, muchas veces cuando el autor le ha merecido admiración, sale impregnado de una serie de conceptos que muy bien pueden rebelarse en lo que trate de describir. Una cosa compleja, porque entonces, sin quererlo, va a identificarse ante terceros como influenciado por ese autor.

—¿Estás convencido de que esa idea la sostenía el Maestro Gallegos?

—Sí, a tal punto que yo llegué a tener con Rómulo Gallegos grandes encontronazos, ya que el tipo de amistad nuestra era familiar, y él vivía además en la casa nuestra. Un día me dijo que no necesitaba leer *La teoría del materialismo histórico* de Nikolái Bujarin, el filósofo marxista soviético y veterano bolchevique, amigo de José Stalin. Decía que no necesitaba eso, porque sabía lo que era la dialéctica, que precisamente había sido profesor de esa materia y había estudiado eso de la forma más minuciosa, y más preocupada de lo que se podía estudiar, y sabía bien qué era la dialéctica. Él se basaba, naturalmente, en la dialéctica hegeliana de tesis, antítesis y síntesis, hasta un punto determinado en que Hegel se voltea sobre sus mismos terrenos, sobre sus mismas exposiciones, sobre su mismo tríptico de tesis, antítesis y síntesis,

y enfoca al Dios de Platón. Cuando llega allí, a lo que él llama El Absoluto, no dice que es Dios, pero dice El Absoluto y con letras mayúsculas, hasta ese punto Rómulo Gallegos cambia. Utiliza, como utilizó Carlos Marx, la teoría fundamental de la dialéctica hegeliana para análisis críticos. Desde el principio, por sus conceptos radicales, los curas, vamos a llamarlos los sacerdotes católicos, le habían tenido cierta ojeriza a Rómulo Gallegos, a tal punto que lo hicieron salir del cargo de ministro de Educación.

»Yo me refero a una cosa que me nombraste tú por allí, donde hablo del «Gallegos íntimo e ingenioso». En *Cantaclaro* figura una escena donde uno de los llaneros dice «Bueno, se me olvidaba decirles —porque están echando cuentos—, se me olvidaba decirles que cuando yo me morí y fui al cielo en lugar de abrirme la puerta San Pedro, quien me la abrió fue Cancerbero, con sus tres cabezas, ladrando por sus tres cabezas, que es como si dijéramos tres perros diferentes y un mismo can verdadero». Esto, los curas, lo tomaron como ¡una alusión sangrienta en contra de la Santísima Trinidad!, y lo explotaron mucho. Ese pasaje está allí, en *Cantaclaro*.

»Rómulo Gallegos es uno de los hombres interesantísimos de estudiar, muy, muy interesante. Tenía una serie de ocurrencias. Un día Rómulo Gallegos me dijo que le buscara ese libro del materialismo histórico. Mi gran triunfo de amistad con el viejo Rómulo fue decirle que debía leer más sobre el materialismo histórico, porque al materialismo histórico uno no tenía por qué temerle, y un individuo como él muchísimo menos, y profesor de psicología menos todavía. ¿Por qué tenerle miedo a las teorías con las que otros habían tratado de explicar el comportamiento humano? El materialismo histórico era la teoría del conocimiento, lo que implicaba, pues, una nueva concepción del universo desde todo punto de vista, y que un individuo metido dentro de los nuevos conceptos de la ciencia no podía dejar

de leer, aunque fuera para romper el libro, si quería hacerlo después. Entonces me dijo él: «Yo te voy a romper el libro, búscalo que yo te lo voy a romper, te lo voy a deshacer».

»Estando en Los Ángeles, en una librería mexicana encontré una traducción del libro, lo compré y se lo llevé. Se leyó el libro, se quedó con él y en la noche se fue a dormir. Rómulo se levantaba a las seis de la mañana a ponerle una inyección a Doña Teo, pero eran las ocho y no había salido a desayunar. Otros tomaron el desayuno, pero consideré más adecuado esperar para acompañarlo. Se levantó a las ocho y media, me vio y se sonrió —algo había en esa reticencia, en esa malicia de él—, y me quedé esperando a ver qué descubría. Dio una vuelta, saludó a mi tía y regresó otra vez a la mesa riéndose y me dijo «Chico, el materialismo histórico no me dejó dormir anoche». Benito, ¡yo esperaba que hubiera salido con las hojas rotas!

»Él era un científico y estaba muy bien enrumado. Lo único que ocurre es que ya él había marcado una pauta en la ficción y, se puede decir, quedó aprisionado por ese espíritu de ficción que andaba en la fantasía, más o menos envolviendo la superstición del pueblo venezolano. Una de las primeras cosas que yo discutí con él fue que en *Doña Bárbara* no existía sino una argumentación para exaltar al dueño del hato, no existía reivindicación obrera de ninguna naturaleza, y no es por querer buscar el dato de reivindicación obrera en todas las obras sociales, sino por el hecho de que, al pasar una sociedad a un nivel superior en algo tienen que beneficiarse los que se mantienen en peor estado dentro de esa sociedad. No existe en *Doña Bárbara*. Ni una sola reivindicación para Pajarote, para María Nieves, para ninguno de los que estaban allí, sino que el único que se viene a beneficiar es Santos Luzardo, que es hechura del medio, y Doña Bárbara, que finalmente huye como para demostrar que la civilización triunfa sobre la barbarie, pero el dueño de hato es el que se acomoda, el

dueño de hato es el que pelea y el dueño de hato es el que establece su sistema feudal, que es el que viene a plantearse a través de Santos Luzardo en los argumentos con Doña Bárbara.

»Lo ingenioso de Rómulo Gallegos es que su personaje Doña Bárbara no existió nunca. Ha sido discutido eso, tú debes haberlo visto en la revista que me dices que leíste, en la revista *Raya*. Él mezcló dos personas. Una mujer que fue de aquí de Bolívar, una muchacha que se la llevó un leproso llamado Praquete, y que menciona en *Doña Bárbara* como el Sidio, o algo así. Una mujer de Bongo que no tenía nada que ver con la llanería. Rómulo la mezcla en las peripecias y las habilidades de la verdadera doña Pancha Vásquez, que resulta ser la mujer a quien a él le describen como capaz de enlazar un toro, de hacer todo lo que hacen los mejores llaneros, pero el propio personaje, la mujer capaz de hacer todo lo que él pone en *Doña Bárbara*, no existió. Ese es su personaje, y lo enamoró tanto haber logrado esa cosa en su ficción, tanto, que no quiso nunca buscar el verdadero relato histórico.

»Yo tengo una tendencia completamente diferente, me choca darle al pueblo de hoy cuestiones que sean ficticias, cuestiones que uno pueda inventar, que las pueda imaginar cualquiera. Sencillamente creo más prudente, más beneficioso en el ambiente, hacer investigaciones históricas e historiar una serie de hechos que son parte de la vida nuestra, y parte de nuestra evolución social, pero hay que reconocerle a Rómulo Gallegos su genialidad. No hay duda de que era un hombre genial. Gallegos no pasó nunca por las Bocas del Orinoco. Gallegos vino aquí en un avión de la Latécoère, que era la marca de avión francés que inició el tráfico de correspondencias, y que tiene derivaciones hacia Aeropostale, también empresa francesa.

—¿Inició el tráfico de correspondencias ese tipo de avión aquí en Guayana?

—No, en toda Venezuela. Él vino en ese avión. Pasó veintitrés días. Se sabe de sus andanzas detalladamente. Por ahí las publicó muy bien descritas, y muy bien logradas, Manuel Alfredo Rodríguez en su libro *Y Gallegos creó a Canaima*. «El Pórtico», el primer capítulo de la novela *Canaima*, es la entrada por las Bocas del Orinoco con detalles, no solamente con detalles de un hombre que verdaderamente entró y lo navegó, sino con detalles de marinero, con detalles de investigador, de entomólogo, de naturalista y de paisajista por excelencia. Es una obra de arte el solo capítulo «El Pórtico» de *Canaima*.

»No estoy de acuerdo con *Canaima* en muchas cosas. Sin embargo, cuando fui gobernador del estado Bolívar, en la época de transición de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez a Wolfgang Larrazábal, mandé a editar este libro. Fue una edición oficial con los nombres y un número para cada una de las personas a quienes le iba a corresponder el libro. Como puedes ver, este es el número veintidós. Es una edición hecha por la Gobernación del Estado, y demás está decirte que todavía me asombra que, con el mapa inclusive, con esta pasta, este libro que hoy vale aquí unos cuantos bolívares, la edición de mil ejemplares nos costó tres mil bolívares en México.



Horacio (izq.) en Hollywood con Rómulo Gallegos y un galán actor.
Fotografía cortesía del archivo personal de Horacio Cabrera Sifontes

—¿Esta edición la ordenas cuando estabas como gobernador del estado Bolívar?

—Sí, esa la ordené yo.

—¿En qué año?

—En 1958. Aquí la tienes. Los originales para esta edición fueron cuidadosamente revisados por Ricardo Montilla, cotejándolos con la primera de *Araluce*, 1935. Fue corregida por el autor, con lo cual se le restituye al texto su pureza original, después de purgarlo de centenares de erratas que contienen las ediciones en circulación. Este ejemplar es el número veintidós y pertenece a Horacio Cabrera Sifontes. Bueno, así se le hizo. El número uno fue el que se entregó al Presidente de la República.

—¿Y los mil estuvieron enumerados y asignados?

—Enumerados sí, asignados no se. Algunos estaban destinados a bibliotecas públicas y a otras instituciones. Todo esto te indica mi grado de amistad con Rómulo Gallegos, mi relación y mi apreciación por esta obra. Cuando hablo contra *Canaima*, lo hago sobre ciertas cosas, porque es necesario hablar donde uno, como elemento puntilloso y nacido aquí en Guayana, encuentra ciertas fallitas que no las nota quien no sea guayanés. Por ejemplo, él aquí inventa un dios, un dios que no existe, que no lo han tenido nunca los indios, que es un dios bueno y los indios no tienen dioses buenos. Los indios le tienen miedo a todo tipo de espíritu. Los indios tienen la enfermedad como una influencia maligna de espíritus, vamos a llamarlos endiablados, pero son hechas por el mismo Canaima. Canaima no es un Dios bueno. Canaima es un Dios que asusta. Canaima es un Dios que ningún indio desea verlo, porque no va a creer en ninguna forma que será favorecido, pero él trae una especie de teoría zoroástrica muy de Rómulo Gallegos, vamos a llamarla muy galleguiana, que viene de la filosofía de la tradición persa, que es la de la lucha entre el bien

y el mal. Entonces, si los indios tienen un dios malo, ¿por qué no van a tener un dios bueno? Sin embargo, te puedo referir varias cosas. Por ahí está Francisco de Pons que hace un estudio muy pormenorizado del comportamiento de los indios, y dijo que al indio no había podido inculcársele jamás en la vida la admisión de la presencia de un dios bueno, que solamente concebía como espíritu superior al dios de la maldad. Eso lo ve de Pons. De la experiencia que tengo, de mis contactos con una gran cantidad de comunidades indígenas que existen aquí, te puedo decir que ninguna de esa gente ha conocido al Dios Cajuña. En el lenguaje Panare y en el Maquiritare hay una palabra, que es Cajuña, pero esa palabra no significa ningún dios, esa palabra es un lugar donde los indios esperan llegar y gozar de cierta felicidad, pero no es ningún dios.

»Él pone al Dios Cajuña como encarnando a un dios de bondad que va a luchar, en su especie de lucha pérsica, contra el dios malo. Y entonces hay una lucha. Esa lucha la refleja él en la selva. Yo soy un hombre de la selva. Nací en la selva. Mi última obra es sobre la selva, *El Tigre de Madre-Viejo*.

»Me fui de mi casa con un guayare y un machete, y cogí esa montaña y pasé a la Guayana Inglesa por un disgusto con un tío que nos vendía aquí el ganado y otras cosas. Viví en esa montaña, pero después, al regresar, volví a mi trabajo de criar ganado, de vivir en la montaña, de tener que matar los tigres, de conocer las culebras, y así, de infinidad de cosas. Ninguna de las tribus, ninguna de las comunidades, de la gente de esos pueblos indígenas, ni de los conocedores, ni de los blancos, como llaman ellos a los civilizados o racionales, que se meten a indieros, han oído nunca la palabra «Cajuña». Ese es un dios psicológico, un dios de invención puramente galleguiana, para compensar las fuerzas del mal que se manifiestan en forma desastrosa en un momento determinado.

»Él inclusive habla de la selva en el capítulo «Tormenta», en el que el hombre se va a probar a sí mismo, y cuando está lloviendo en una noche, se desnuda y se mete entre los árboles, para ver hasta dónde se podría probar el grado de la hombría. En la selva realmente existe misterio solo para el hombre que no es de la selva, para el que es de la selva es distinto, la selva es casi como su casa. En la selva no hay nada, en la selva no salen muertos, sino que hay una distancia corta, un horizonte recortado que no le permite a uno ver a lo lejos. En la selva ni los árboles se van a torcer, ni suceden fenómenos de ninguna clase, ni existe siquiera tradición de que semejantes cosas en forma mítica hayan sucedido alguna vez. Como sí la hay en otras partes, especialmente en las costas de mar y esas cosas, pero yo admiro mucho a Rómulo Gallegos. Lo admiro porque esos elementos son sencillamente como buscar un artificio de cálculo. Él explora una cosa que compense, crea algo que es necesario inventar dentro de la fantasía, porque todo eso es una fantasía, todo eso es una ficción. Qué importa en una ficción poner una cosita más que no corresponda a la realidad, porque nada corresponde a la realidad, ni Marcos Vargas estuvo en el monte, ni los palos se torcieron, ni se desnudó, y si lo hubiera hecho, no lo hubiera sabido nunca Rómulo Gallegos. Es decir, que nada tiene de particular que le agregue un poquito más, y mucho más, en una figura de esa naturaleza que compensa hasta cierto punto, y que crea esperanzas para los que han salido derrotados por la influencia drástica del medio.

—Una pregunta que te iba a hacer, justamente con relación a *Canaima*. Yo en verdad no conozco el libro de Manuel Alfredo Rodríguez del que nos hablas, pero ¿tienes referencia acerca de los informantes de Rómulo Gallegos para escribir *Canaima*?

—Sí, cómo no, los conozco en detalle. En el libro de Manuel Alfredo están con detalles y con nombres los informantes de él.

Está el viaje de Rómulo Gallegos a Ciudad Bolívar. Habla con el doctor Toribio Muñoz, que era el gobernador del estado o presidente del estado, como se decía en esa época. Toribio Muñoz le dice: «Bueno, cómo no, aquí hay una persona que puede ayudarlo, que es don Rafael Ledezma». Rafael Ledezma murió de noventa años, hace tres o cuatro años, aquí. Lo conocí durante toda mi vida. Era un hombre muy honesto, cabal en sus cosas, y levantó una hermosa familia. Aquí murió con el aprecio de todos. Para mí es uno de esos hombres que mueren y nunca dijeron mentiras. Fue un hombre muy práctico, muy sensato y quien no exageraba las cosas. Se encuentra con Rómulo Gallegos y le dijo: «Bueno, don Rómulo, yo podría acompañarlo con mucho gusto al interior, pero hoy no, porque hoy tengo que ir a San Félix a embarcar un ganado que estoy exportando para la isla de Trinidad, y si uno no atiende personalmente esos embarques, la gente trabaja como quiere, desordenadamente y se malogran los animales. Yo tengo que ir a hacer el despacho, firmar y cobrar el dinero». Entonces le dijo el viejo Rómulo: «¡Pero si esa es una de las cosas que más me interesa!, ver cómo se maneja el ganado, ver cómo se hacen esas cosas», y se fueron juntos. Lo denominó Manuel Ladera, que es el personaje que figura en su novela, como Manuel Ladera, pero era Rafael Ledezma. Le llama así como símbolo del hombre honrado, el hombre que tenía unas carretas para transportar las maquinarias que entraban aquí, para anotar qué salía por San Félix y esas cosas. Carros de bueyes que eran carros de carga. Yo tengo por ahí escritos sobre eso. La gente ha publicado una serie de cosas. Por ahí publicaron en la revista *Raya* que se trata de los carros que le pasaban a Marcos Vargas, pero en esa revista llegaron a mencionar unas carreticas de un hombre recogiendo basura y escriben: «Estos son los carros de Marcos Vargas». No es así. Los carros de Marcos Vargas eran unos Rullex, carros de cuatro

ruedas, grandes, que cargaban entre sesenta y setenta quintales, y estaban tirados por siete yuntas de bueyes.

—¿Siete yuntas de bueyes? Eso quiere decir catorce bueyes, dos por yunta. ¿No es así? ¿No te parece exagerado?

—Siete yuntas de bueyes, ¡así es, Benito! Bueyes castrados de buena musculatura y fuerza, que acepten el yugo en pareja para poderse amaestrar con buena dieta y que no engorden demasiado. Yo tengo allí una fotografía que conseguí de unos carros de esos. Se llamaban vagones. Cuando tenían dos ruedas les decían ruletos. Los vagones eran de cuatro ruedas y tenían cada yunta de buey su nombre de acuerdo a la posición en que va, empezando por los timoneros, sobre timoneros y doble timoneros, y los gallaneros, que son los primeros, los que saben el camino, los que saben para dónde van. Se llaman los gallaneros y siempre tienen un mismo lado por donde halar, y tienen a su compañero que se compensa con él. Eso lo ve uno en la práctica, que no lo lleva dominado, sino que más o menos se emparejan, halando los dos y se entienden los dos bueyes. Los timoneros tienen instintivamente el buen acuerdo de pasar los carros por los portones sin que peguen ninguna de las ruedas. Es una cosa de ver, la reacción espontánea de cada uno de los bueyes al cuidar la rueda. Naturalmente que eso lo obtienen ellos con la práctica. Cuando van llegando a un lugar, el carrero les da con un clavo que tiene en la punta de una vara para que se enderecen y no dejen pegar la rueda allí. Ya se acostumbraron con eso, y cuando ven el portón lo asocian con el elevó que les puede venir encima, cogen el centro y entran. El carro va solo y lo pasan por un portón, por otro portón, y por otro portón, y no se pegan, porque los bueyes ya llevan esa veteranía. Asimismo, son los bueyes guías que los llaman gallaneros.

»Para seguir adelante te cuento que el viejo Rómulo, que no tenía conocimiento de todo aquello, fue a un hato de aquí que

se llama Garicoto. Vio cómo se trabajaba el ganado y de allí fueron a Tumeremo. Fue a Upata también, y en Upata le pasó una cosa muy chistosa. Un individuo que supo que él iba por allá le salió con un ramo de flores y se lo regaló. Él se ofendió enormemente, «¡Como si fuera una señorita para que le regalen a uno un ramo de flores!» y eso creo que no figura en ninguna parte, eso te lo estoy diciendo a ti, porque yo sé que se ofendió profundamente con la cuestión. Cogió el ramo de flores, se quedó con él en las manos, y después se lo dio a una persona para que lo botara. De allí llegó a Tumeremo, a casa de don Pablo Pereira, cuya esposa tenía una pensión y donde estuvo tres días hospedado. Le dieron un trato familiar y distinguido, como se lo merecía. Gallegos no entró al monte, de manera que esa selva donde él pone a crujir a Marcos Vargas, y a llover, y donde mete esa tempestad y esa revolución de los ramajes en la noche, y ese crujir de los palos, naturalmente que es un concepto puramente de él. Esa es una tempestad que surgió de la cabeza de Rómulo Gallegos.

»Ahora, en mi parte, y sin hablar en contra de Rómulo Gallegos, porque no puedo desdecir lo que te he dicho, que lo admiro profundamente, pero esa es la descripción de una tempestad en la selva hecha por un individuo que nunca ha entrado en la selva. Te lo digo yo, que he vivido en la selva, y naturalmente él logró su propósito, que es dar esa impresión en la novela, y la novela la van a leer muchos individuos que no han entrado nunca en la selva, así que nada se va a perder por uno que haya entrado en la selva y que le pueda llegar a ese aspecto crítico. Yo vi una descripción en un artículo que publicó por allí Jesús Sanoja Hernández, quien estuvo unos dos días aquí, por cierto, en Tumeremo. Jesús Sanoja es lo que llamaba Saavedra un patiquín de orilla. Jesús Sanoja ha sido un muchacho estudioso todo el tiempo, es extraordinario literato y buen periodista. Él capta las

cosas a vuelo de pájaro, y está preparando ahora una obra para coincidir con el bicentenario de Tumeremo. Yo di con él en una conferencia aquí en la Universidad de Oriente sobre nuestra reclamación de la Guayana Esequiba, pero Jesús no es un hombre del monte y lo vi comentar asombrado, elocuentemente asombrado, el capítulo «Tormenta» de Rómulo Gallegos. Es decir, Rómulo Gallegos, como novelista, logró su propósito. Ser soldado no es necesariamente ser ministro ni ser un presidente, así como ser literato no requiere haber sido montero, ni gañán, ni haber sido ninguna otra cosa. Gallegos describe la impresión que creyó que pudo haber tenido Marcos Vargas, si hubiera sido cierto, y culmina así su obra. Le dio unidad al conjunto y le dio una expresión distintiva, que es lo que la gente busca cuando abre un libro para leerlo.

—Ahora, dime algo Horacio, para estar más claro, aunque suene repetitivo, ¿el capítulo «Tormenta» no refleja realmente lo que tú has sentido, lo que has vivido y lo que has conocido en estas tierras de Guayana, o se reduce a una simple fabulación?

—Hay unas cosas que en los cuentos pueden ser verdad, pero sucedieron separadamente, y si uno las junta todas resultan demasiadas coincidencias para ser ciertas, y entonces le dan visos de incertidumbre. No sé si logre explicarme.

—Sí.

—Eso es lo que pasa, Benito. En el monte cae una lluvia como cae en cualquier parte, y no pasa nada. Escampó la lluvia y los árboles quedan goteando por lo mojado de las hojas cada vez que les pega un vientecito, hasta que se secan por completo. Naturalmente, a veces se cae un árbol, porque todos los árboles se van a caer, así como todos nosotros nos vamos a morir. Al llegar al extremo de su período vegetativo con cualquier ventarrón se cae un árbol, pero no se va a caer la montaña, ni a retorcerse, ni a suceder una serie de cosas, ni a encenderse con rayos. La

caída del aguacero de noche en la montaña va tomando forma de un espectro asombroso para un individuo que nunca ha estado en el monte.

—Horacio, ahora sigamos con el viaje de Rómulo Gallegos, y recapitulemos un poco sobre el paso por los Estados Unidos. ¿Cómo fue su impresión cuando llegó a Hollywood? ¿Qué vio? ¿Qué dijo él de todo aquello?

—Bueno, le resultó bastante divertido documentarse acerca de cómo se hacía una película, porque gracias al prestigio del viejo Rómulo, nosotros fuimos invitados por varias compañías cinematográficas y vimos la hechura de distintas filmaciones. En una, en donde está él fotografiado conmigo, aparecemos viendo *El globo solitario*. Naturalmente, yo hablaba inglés, o hablo, y él lo entendía, pero no lo hablaba. Me era muy fácil y no tenía que traducirle muchas cosas, pues él comprendía sobre las escenas cinematográficas. Vio hacer una serie de trucos y salió un día con la cabeza grandísima, y me dijo: «Ya me di cuenta de lo que es el cine, lo que no es mentira es truco», es decir, uno puede hacer aquí todo lo que se imagina y mostrárselo a los demás como si hubiera sucedido en realidad. Esa fue una de las impresiones que él recibió.

—¿Ese sería el primer contacto que iba a tener Rómulo Gallegos con el mundo de la industria cinematográfica?

—Sí. Vimos cómo se iba a hacer una película interpretada por Charles Chaplin, quien hace el papel de Charlot en *City Lights*, *Luces de la ciudad*, que es el título en español. Tuvo un largo proceso de producción, y existe una secuencia donde va un camión a gran velocidad por una calle de Nueva York, con edificios enormes. El camión va lleno de gente, y al coger una curva caen en el suelo. Unos heridos y demás, y otros con las piernas quebradas. Lógicamente que eso no podía suceder, y entonces hubo quien nos diera la explicación. Resulta que con la cámara

se está tomando al camión que viene de allá, y la misma cámara le está dando esa especie de vaivén vertical que se supone que trae el camión en la calle mala, y el polvo que se levanta detrás es una ventolera forzada con un ventilador. Detrás de ese camión se está proyectando, en un telón transparente, una película de la calle de Nueva York, y cuando el camión empieza a coger la curva hay un chirrido, cosa que se la ponen posteriormente a la película, al adaptar ese chirrido para que coincida con el movimiento del volante y de los supuestos frenos, y entonces, tanto el telón como la cámara, dan una media vuelta y los edificios de la película quedan horizontales. El camión queda parado de acuerdo a lo que vemos nosotros, pero según la referencia de la cámara, con los edificios en posición vertical, el camión queda acostado. Entonces Rómulo se fue asombrado y dijo: «No, aquí lo que no es embuste es truco».

»Yo trabajé con un intelectual venezolano que se conocía como René Borgia, pero su verdadero nombre era Napoleón Acevedo. Estaba encargado de hacer traducciones de películas, y tuve unas cuantas discusiones con él por su manera de traducir, porque el idioma inglés no se puede traducir literalmente. Lo convencí en cuanto a unas cosas, pero en cuanto a otras siguieron los errores. He visto siempre en las películas cómo quedó ese mismo vicio. Trabajé con ellos, los ayudé bastante. Trabajé en muchas cosas en Estados Unidos.

—¿En sonido?

—Sí, los ayudaba en sonido, porque tenía un privilegio, y es que era el conocer la película en español. Yo revisaba el sonido, que es una cuestión de medir decibeles nada más y examinaba si estaba bien, hacía el balance de los sonidos que permiten conocer hasta dónde alcanza el radio auditivo. Esto lo va a marcar una aguja, y entonces se ponen tantos decibeles en una parte y en otras los ajustes, es decir, la parte alta y la baja, y se hacen los

balances para que el sonido no se salga del radio auditivo. Hacía dos tipos de trabajo. Me especialicé en los ciclos de bajo paso, que era quitarle a la película sonidos que no se oyen cuando uno está tomando la película. Por ejemplo, pasó un avión y ese ruido misteriosamente, por vibraciones que uno no sintió nunca dentro del estudio, lo recibió el micrófono, porque el micrófono recoge todo, mientras que el oído humano es selectivo. El micrófono lo recoge todo y entonces uno extrae esos ruidos que están allí. Tenía yo una ventaja grande, que era que además de chequear el sonido controlaba la dicción, y allí era donde venían mis grandes pleitos con René Borgia. Como te dije, a él nadie lo conocía con el nombre de Napoleón Acevedo. Llegó allá y se hizo célebre con ese nombre de René Borgia.



Fotografía de Rafael Salvatore

—Te hago otra pregunta. Cuando el Maestro Gallegos va a ese encuentro contigo, ¿él llevaba la idea de fundar los Estudios Ávila? ¿Ese fue el único propósito del viaje de Rómulo Gallegos a Estados Unidos?

—Sí, él tenía la idea y por eso va a ver y a conocer. Todas las opiniones que recogió en California de la gente de las películas

le sirvieron mucho. Todas las opiniones que recogió eran favorables y se regresó. Rómulo Gallegos era muy mal administrador, porque era un hombre demasiado bueno para ser estricto en ese tema. Demasiado sentimental, demasiado condescendiente con todos. Él servía para maestro, pero no para administrador. Estuvo siempre muy alcanzado en las cuestiones de dinero, siempre vivió al día. Los libros no le dan a uno nada, con los libros de vez en cuando entra una tontería por allí, pero si uno fuera a seguir escribiendo libros, bueno, uno muere de hambre, muere directamente por inanición. Naturalmente, siempre fue antigomecista. Hizo planteamientos audaces, serios, y por eso le tenían la vista puesta. Él hipotecó su casa Marisela. La hipotecó al Banco Venezolano de Crédito que estaba en esa época dirigido por Dupuy y por Félix Guerrero. Se le venció la hipoteca, pero como eran tan amigos (él estaba en España, se había ido), no le ejecutaron la casa. Entonces Juan Vicente Gómez llamó a Félix Guerrero y le dijo: «Miren, ustedes me van a responder por esto, díganme una cosa, ¿cómo es que funciona el Banco cuando se vence una hipoteca? ¿Qué es lo que hacen?». Félix le responde: «Se procede a la ejecución de la hipoteca», y Juan Vicente Gómez da la orden, «Bueno, procedan a la ejecución de la hipoteca de Rómulo Gallegos que se le venció sobre la casa Marisela». El banco procedió y expropió la casa.

»Cuando muere Gómez y el viejo Rómulo Gallegos regresa a Venezuela, como te digo, Félix Guerrero y Dupuy le devolvieron su casa, pues habían sido obligados al embargo. Fíjate hasta dónde tenía control el general Gómez.

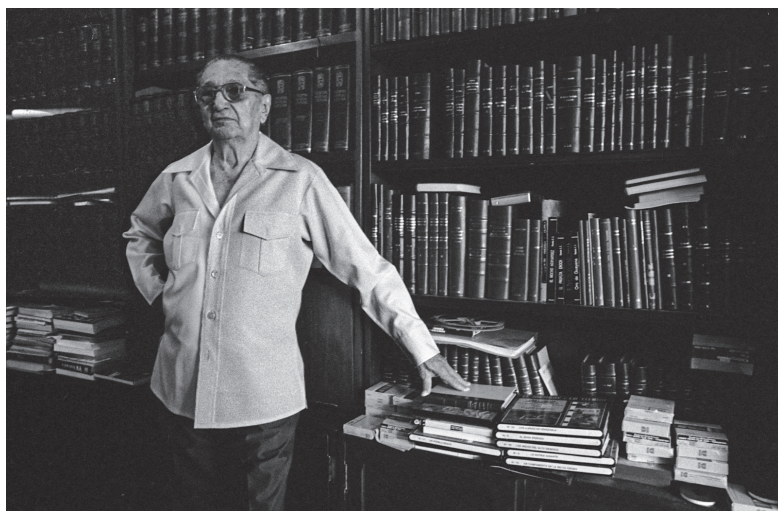
—Ya veo, pero yo agrego a la pregunta anterior lo siguiente: ¿es en ese encuentro en Estados Unidos cuando le propones hacer la adaptación de *Doña Bárbara* para el cine?

—Sí. Con Gallegos llegamos a ese acuerdo. Discutiendo una serie de detalles sobre *Doña Bárbara*, vamos a referirnos a uno para no alargar la cosa tanto. Yo le dije a Rómulo que la Catira,

potranca que ensillan para amansarla y que la monta Santos Luzardo, quien sale de una vez corriendo, hasta que se le ve a lo lejos la mancha blanca de la camisa, que eso era incierto en el Llano, que así no se amansaba a un caballo, que un caballo cerrero una vez que se enlaza no se puede ensillar. Un caballo cerrero, si uno lo ensilla inmediatamente, se atarrilla y se muere. Entonces, un caballo se amarra y por lo regular uno lo enlaza por debajo. El caballo se trabaja a pulso, porque se puede ahorcar muy fácilmente, tan fácilmente que, siendo el caballo trabajado a pulso, aguantado con la mano, tiende a querer ahorcarse y se cae. Entonces, uno lo coge en el suelo y en el suelo le dobla la cabeza, y para aguantarlo hay que sentársele arriba y se le sostiene la cabeza mientras se le ponen las sueltas, que ya están hechas y que van de una pata delantera a una trasera. Luego se le pone el bozal y se amarra por el pescuezo. Se le colocan los tapajos dejando que se pare. Cuando se levanta, como lo que hace es tenerle miedo a la gente, entonces se le amarra una cuerda desde atrás. Con una lazada especial se timonea por el rabo y él espantándose de la gente que tiene por delante, va reculando, reculando y reculando hasta que lo dirige el del rabo y lo sacan del corral dejándolo afuera, y como no sabe caminar con las sueltas, no se va lejos. Tiene un mecate arrastrándole. Después que sabe caminar un poco más y se va lejos, se le amarra un perol, un estante por la mitad, no en una punta porque se va a trancar en un retoño, sino que para que no se tranque en un retoño, se le amarra un palo por la mitad. El animal va arrastrando ese palo, camina y arrastra el palo, pega con un retoño, pega con una parte, entonces el palo cede y da vuelta por el otro, pero no se tranca por el centro. Benito, ¿entiendes cómo es la cosa?

—Más o menos te sigo, y trato de entender. Entonces, ¿cómo Rómulo Gallegos logra representar parte de esto en la novelística del Llano?

—No, él no tiene todo eso en la novela, pero es un hombre tan extraordinario, que sin haber visto una serie de cosas del Llano, logra crear el ambiente justo. Hay que reconocer su genialidad. Por ejemplo, tú te encuentras con José Natalio Estrada y, bueno, José Natalio Estrada te puede hablar del Llano al revés y al derecho, porque vivió toda su vida en la Trinidad de Arauca, pero ir al Llano como hizo Gallegos, en un viaje, con el propósito de tomar unas notas y después estructurar una novela de esa naturaleza, es otro asunto. Para mí la mejor novela de él es *Cantaclaro*, porque tiene una serie de reivindicaciones obreras. Ya es otra cosa. Ya se ve que la sociedad va pasando o trata de pasar a una etapa superior de su ubicación.



Fotografía de Rafael Salvatore

Aprovecho este momento de tu visita, Benito, para mostrarte este diploma que me dieron por mi trabajo en ganadería, cuando logré hacer la importación y cambios por completo de injerto de las razas que existían. Se modificó por completo la ganadería con el trabajo de unos pocos años. Me tocó a mí, siendo

presidente de la Asociación de Ganaderos, y por eso me dieron la Orden Francisco de Miranda.

—¿Eres miembro de la Academia de la Historia desde qué año?

—Desde el año 1985.

—¿En qué año fuiste gobernador del Estado Bolívar?

—En 1958. Cuando cae el dictador Marcos Pérez Jiménez me llaman para que tome la Gobernación.

—¿Eso fue en el período de Wolfgang Larrazábal?

—Sí. Hablando de Wolfgang, ese Wolfgang es un bolsa, un pobre bolsa. A mí me sugirió Eugenio Mendoza, quien formaba parte de la Junta y me conocía personalmente,

—¿Cuánto tiempo estuviste en la Gobernación?

—Permanecí un año y dos meses, porque fui el último de los gobernadores que cambiaron. Resulta que Acción Democrática quería que yo siguiera un año más con ellos en la Gobernación. Me mandaron a Carmen América Fernández Alcalá, conocida como «Doña Menca», la esposa de Raúl Leoni. Ella vino a ofrecerme ese cargo de nuevo y yo no lo acepté. Vino Leoni personalmente, porque éramos fraternos amigos, y no lo acepté porque le dije: «Si tú crees que lo que yo he hecho está bien hecho, es como si me dijese que yo debo renunciar porque nadie resulta buen gobernador. Además, después de haber gestionado con un equipo de gente escogida por mí, que merecen mi confianza, me vas a poner con otros del partido donde van a rivalizar conmigo, porque cada uno se siente potencialmente capacitado para gobernador. Lo que va a suceder es que, de aquí a un par de meses, como tuvieron que hacer ustedes con otros, o el partido ha cogido el poder o ustedes me han botado en alguna forma. Eso lo veo claro». Y todos los días me doy por satisfecho. Ha sido uno de los grandes aciertos que he tenido en mi vida. A los dos meses me hubieran sacado como a un soquete por la cuestión del partido.

—¿Luego eres senador por el estado Bolívar?

—Bueno, sí, como independiente, pero en las planchas de Unión Republicana Democrática (URD).

—¿O sea, que nunca militaste en Acción Democrática?

—No, no. Ahorita pertenezco a un organismo que es de Acción Democrática, pero en forma *ad honorem*, completamente gratuita, que es el organismo de la Conservación del Archivo Histórico aquí en Bolívar. Tiene presidente y demás, y otros miembros. Hay un miembro de la Asamblea Legislativa, está también el director de Cultura y estoy yo. Me pusieron como Coordinador.

—¿Ese organismo cómo se llama?

—Ni tú podrías pronunciarlo. Se llama IRCOPAHIDE. Eso existe hace algún tiempo, es el Instituto para el Rescate y Conservación del Patrimonio Histórico y Cultural del Estado.

—Horacio, yo tomé algunas referencias tuyas que aparecen en el Diccionario de autores publicado por la Universidad de Los Andes, el *Diccionario de la literatura venezolana*. Verdaderamente admirable ha sido tu trabajo, tu obra y tu vida de gran luchador, querido amigo. Más aún, mi respeto es mayor, al enterarme que fuiste ahijado de Bartolomé Tavera Acosta, y que, como tantos otros de tu generación, sufriste encarcelamientos y destierros. Espero que nos volvamos a encontrar para seguir charlando, amigo Horacio.

—Tengo el presentimiento de que será así, y por eso te digo que esta casa es tu casa también. Me agradó mucho este intercambio y espero que algún día se haga realidad la publicación de la entrevista. A veces ocurre que no se logra publicarlas. Que tengas mucha suerte amigo Yrady.

Así fue nuestra despedida aquel 3 de enero de 1986, donde pude comprobar la extraordinaria agilidad de su mente. Ese presentimiento de Horacio nunca lo borré de la vida. Un día

lunes invitó a la muerte a quedarse a su lado, y me viene a la memoria aquella imagen de un hombre dormido que viste de rey con la misma elegancia de siempre, lejos de este mundo transitorio. Yo estuve allí, en la real crudeza de su separación. Coincidencias en un mismo tiempo político me llevaron a encontrarlo cuatro años después del reportaje que aquí entrego, y trabajamos juntos, teniendo la dicha de gestionar la edición de sus últimos escritos, y de cultivar una hermosa amistad. Semana tras semana nos veíamos entre 1990 y 1995, y pude entender plenamente al verdadero sabio. Aquel año difícilísimo, de 1995, como él lo visualizó, dejaría de escribir y de ofrecer consejos, y de andar bajo el eterno sol de Ciudad Bolívar. Ahora estoy más tranquilo. Después de cuatro décadas doy a conocer esta recordada entrevista.



Fotografía de Rafael Salvatore

¡Te cumplí Horacio!, ¡Te cumplí!, tarde, pero te cumplí con la ofrenda donde va también parte de mi alma.

ISAAC JOSÉ PARDO SOUBLETTE:
**«En sus últimos años, Rómulo Gallegos
tuvo una vida muy dolorosa»**



Entre los días 28 de enero de 1843 y 1.º de marzo de 1847, un hombre nacido en La Guaira, el general Carlos Soublette, se transforma en el cuarto presidente de Venezuela. Tras la renuncia de José María Vargas, un 24 de abril de 1836, Soublette completaría el período presidencial correspondiente. Fallece el 11 de febrero de 1870 en Caracas, y según frases de las noticias publicadas en el diario *La Opinión Nacional*, tras su fallecimiento «deja un bastón, deja un sombrero, un par de charrreteras y una espada. No deja más: no tiene otros bienes.» Los restos mortales de Soublette reposan en el Panteón Nacional desde el 7 de febrero de 1970. Uno de sus bisnietos, el escritor Isaac Pardo Soublette, que lo es por parte de su madre Antonia Amelia Soublette Garín, viene a ser un hombre altamente distinguido, y quien también incursiona en la política formando parte de la Generación del 28. Como todos sus compañeros de lucha, ha sufrido cárcel y exilio. Ahora forma parte de nuestro grupo de invitados a este ciclo de entrevistas. Le damos importancia por su elevada condición intelectual y por su particular rango de alumno predilecto de Rómulo Gallegos, de quien sería gran amigo hasta el día final de su muerte.

Establecemos esta cita con Isaac Pardo Soublette, próximo a cumplir setenta y nueve años, en su apartamento de Altamira en Caracas, un día viernes 13 de enero de 1984. Isaac Pardo, nieto de Evaristo Soublette, nos recuerda que cada domingo se trasladaba cuando niño hasta La Guaira para visitar a su tía Teresa, la última hija viva del general Carlos Soublette y de María Olalla Buroz Tovar. Nos relata cómo sentía el sopor tibio de la tarde en el gran puerto, cómo era de enorme el mar, cómo era de altísima la montaña y el gran valle, y cómo era esa Caracas de comienzos de siglo, donde el clima resultaba espectacularmente distinto. Él nace un 14 de octubre de 1905, entre las esquinas de Municipal y Reducto, en pleno centro de la ciudad. Del

Colegio Alemán, donde inició estudios, pasaría al Liceo Caracas bajo la dirección del Maestro Rómulo Gallegos. Luego participa en los movimientos estudiantiles del año 1928, y es por eso que va a los calabozos del Castillo Libertador, cumpliendo con trabajos forzados en carreteras bajo órdenes del general Juan Vicente Gómez, hasta probar el exilio. Por vocación se hace médico y se somete a prueba en el Sanatorio Antituberculoso de El Algodonal. Estudia medicina en Venezuela y también se especializa en España, donde permanece largo tiempo, y comparte valiosas experiencias personales del exilio con Rómulo Gallegos.

Hay cuatro obras literarias suyas que le han dado un extraordinario prestigio: *Esta tierra de gracia*, *La ventana de Don Silverio*, *Juan de Castellanos* y *Fuegos bajo el agua*. *La invención de la utopía*, en las que el pensamiento más profundo busca salidas dignas e insospechadas al futuro de un país. Desde la primera de sus creaciones, la investigación literaria y el ensayo los ha asumido con un estilo muy particular del lenguaje, lo que lo distingue de otros escritores del país. La utopía para él es algo concreto y solo busca en sus escritos la felicidad del hombre en un mundo mejor. «El hombre cambia, y la sociedad nunca podrá volver atrás», dice Isaac Pardo en el momento de la entrevista, porque está convencido de que deben escogerse a los mejores y a los más competentes para orientar el futuro desarrollo del país y el bienestar común.

—Isaac, inicialmente te hago preguntas sobre la relación con Rómulo Gallegos, que están dirigidas a conocer ¿cómo miraba la realidad aquel hombre? ¿En qué pensaba? ¿Con qué soñaba?

—Benito, hay una imagen de Gallegos que es la del hombre austero, incluso áspero, de principios muy rígidos. Hasta he leído en alguna parte que Gallegos no permitía una palabra desentonada en presencia suya. Yo no digo que eso no sea cierto,

eso corresponde a una fase de Gallegos. Gallegos tenía diversas fases como todo hombre complejo, como todo hombre de un talento como él. Esos hombres no son simples, esos son hombres complejos. Ese era un aspecto de él, pero a Gallegos había que llegarle íntimamente, saber quién era él. Era todo lo contrario, un hombre sensible, un hombre jovial, un hombre al que le gustaban las fiestas entre amigos, amigos muy íntimos. Disfrutaba mucho de las fiestas, de la expansión, del disparate, de la risa, un hombre completamente distinto a esa imagen difícil del otro Gallegos, que yo no digo que no existiera, más bien digo que coexistiera. Eso tiene que salir del contacto de quienes tuvimos la suerte de involucrarnos dentro de su intimidad, y puedo decir que a mí me tocó ser de esas personas. Mi relación con Rómulo Gallegos fue tan familiar, que cuando regresé del exilio me apoyé en él para revalidar mi título de médico obtenido en la Universidad de Barcelona en España, y así poder empezar a ganarme la vida. Yo estaba casado, con hijos y debía hacer el mayor esfuerzo para preparar la reválida en el tiempo más breve posible, porque tenía ofrecimientos del Ministerio de Sanidad para asumir en mi especialidad, que era la lucha antituberculosa. Eran ofrecimientos en firme, pero urgía revalidar y resultaba conveniente buscar un cierto aislamiento para concentrarme en eso.

—¿Y dónde ocurrió ese aislamiento?

—Bueno, el aislamiento lo obtuve en la propia casa de Rómulo Gallegos, aquí en Los Palos Grandes, en la Primera avenida de Los Palos Grandes en Caracas, en la Quinta Marisela. Para entonces esto era puro campo, tan campo que, a esta hora en que nos encontramos, todo estaba lleno de cocuyos. Hoy en día, en el Valle de Caracas no consigues un solo cocuyo ni para tomarle un retrato. Pues bueno, en ese retiro de este campo, en la casa de Rómulo Gallegos, preparé mi reválida. Eso te indica la intimidad que existía entre nosotros dos.

—¿Cómo te vinculas inicialmente a Rómulo Gallegos?

—Fui su alumno en el Liceo Caracas. Ahí lo conocí como director del liceo y como profesor nuestro.

—¿Qué materia recibías de Rómulo Gallegos?

—Gallegos desempeñaba diversas cátedras y actuaba en distintos jurados de exámenes, además de dirigir el liceo. Allí muchos alumnos confirmaron la existencia de esa personalidad rígida, áspera, la extraña personalidad de Gallegos. Entonces aprendimos a conocerlo y sabíamos en el fondo que aquello no era verdad, que detrás de eso había un hombre bondadoso, sumamente sensible a las diversas circunstancias que se presentaban en la vida de los escolares.

En la Biblioteca Ayacucho se publicó un pequeño volumen de fotografías, documentos gráficos, y en ese volumen hay tres o cuatro pequeños ensayos que preceden a las imágenes. Uno del doctor Gonzalo Barrios, uno mío y otro más. Son muy breves y allí se puede ver la contribución con Rómulo Gallegos. Se llama *Diapositivas*, porque son como una serie de *flashes* de mi relación con Gallegos en diversos momentos, desde el liceo y a través del exilio. En fin, hay circunstancias que resultan reveladoras de su carácter y de su personalidad tan compleja. Te recomiendo que leas todo lo que precede esas semblanzas.

—¿Cuáles otros discípulos recuerdas del grupo de alumnos del Liceo Caracas, que hayan podido destacar por su trayectoria en la vida del país?

—Estuvo Jovito Villalba, pero ya muchos de esos discípulos han desaparecido. Está el doctor Carlos Pérez de la Cova, ingeniero, vinculado al tema del petróleo, quien trabajó en Washington y después se iría como embajador a Londres. Fue alumno de Gallegos. Era conflictivo, pero Gallegos lo quería mucho y él, mejor que nadie, puede dar un reflejo de la tolerancia de Gallegos, ¿por qué? Porque tenía una especial simpatía con Pérez de la

Cova. Está el doctor Enrique García Maldonado, que creo vive en Cagua, es otra persona que puede ofrecer alguna información. Es un hombre que no ha tenido actuación política, es un profesional, ingeniero, que seguramente puede dar referencias de su experiencia, como joven alumno de Gallegos, de cómo veía él a Gallegos, de cuáles son los recuerdos que tiene de Gallegos. Hay otros que convivieron muy estrechamente con el Maestro, como el doctor Gómez Malaret, que residía en la casa de Gallegos. Ya son muchos los testimonios que han desaparecido.

»Bien, encontrarás en *Diapositivas* una serie de reflejos que pueden darte mayores pistas sobre la vida de Gallegos. Esa imagen del hombre austero, de hombre rígido, un poco fiero, era sin duda una parte de su personalidad, pero que en el fondo no era Gallegos.



Fotografía de Rafael Salvatore

—Una de las razones de esta entrevista, es tu vinculación con Rómulo Gallegos en el exilio europeo. Tengo información que ustedes compartieron juntos por largo tiempo en España. Háblanos de eso.

—Te voy a referir algunos episodios que descubren esa personalidad cuando vivíamos en el exilio en Barcelona, porque Gallegos también estuvo en otros países, como Cuba, México y los Estados Unidos de Norteamérica. En Barcelona, España, vivió un tiempo y después se cambió a Madrid. Él necesitaba ganarse la vida y en Madrid le ofrecían una posibilidad de trabajar. Lo hizo vendiendo máquinas registradoras de la Casa National. Recuerdo que cuando estuve en Madrid haciendo mi doctorado, estudiaba durante todo el día y a las cinco de la tarde lo buscaba en la Casa National. Íbamos a un bar, que creo que todavía existe, lo imagino, pero hablo de diez años atrás, que fue la última vez que estuve en Madrid. Quedaba en la famosa Gran Vía, a la que luego, durante la dictadura fascista, le pusieron el nombre de avenida José Antonio, en honor a José Antonio Primo de Rivera, pero eso se llamaba la Gran Vía, y el bar era conocido como El Sahara. Allí íbamos a beber cerveza por las tardes. Eso fue en una temporada breve, mientras yo hacía el doctorado, pero el tiempo verdadero en que vivimos estrecheces económicas fue en Barcelona, donde él ya tenía un apartamento. García Maldonado vivió en el mismo edificio donde residía Gallegos en Madrid, y entonces se veían con mucha frecuencia. Él puede hacer referencia de la vida de Gallegos en esa ciudad, que no conozco sino fragmentariamente. La vida en Barcelona sí fue muy cercana, no pasaba un día sin que no nos viéramos por una razón o por otra. En su casa de Barcelona vivía Simón Gómez Malaret y Nelson Niño, quienes contribuían con el mantenimiento. No estábamos para magnificencias con otros, cada uno tenía que ver con las limitaciones de su vida. Pues bien, Rómulo tenía una cocinera valenciana llamada Vicenta y que preparaba unas paellas de maravilla. Un día, él nos había invitado a almorzar a mi esposa y a mí. Vicenta había preparado una paella regia, y al final de la comida Gallegos se pasa la mano por la

cara como si estuviera muy concentrado, y de pronto dijo: «En mi vida hay dos momentos inolvidables», todos nos quedamos muy sorprendidos, y en primer lugar Doña Teotiste, con aquella declaración tan inesperada. ¿Qué era lo que iba a decir Rómulo? Él dejó pasar un rato para que causará efecto aquello y dijo: «el terremoto de 1900 y los platos de paella que se acaba de comer Isaac». Eso le puede dar una visión de un hombre cordial, abierto, incluso chistoso, que no tenía nada de dureza, ni de esas cosas que en momentos sí aparecían.

—Varias personas nos han expresado que mientras Rómulo Gallegos estuvo en Europa se sentía inseguro de sus escritos, que rompía muchas páginas de su producción literaria, y que una vez intentó destruir su propia novela *Doña Bárbara*. ¿Tienes algún conocimiento sobre eso? ¿Qué puedes agregar?

—Rómulo Gallegos era un hombre muy inseguro de lo que hacía. Es un hecho ya escrito y comentado, que él, en un viaje a Europa para publicar *Doña Bárbara*, estuvo a punto de lanzar al mar los originales porque entró en una crisis negativa y de angustia de que ese era un libro impublicable. Esa era otra fase de Gallegos. Pues bien, él le anuncia a su editor de Araluce que va a entregar una novela que se llama *Canaima*, que es una novela de la selva, y se la va a entregar como un complemento a la novela del Llano. Entonces Araluce hace una propaganda, tanto en España como en América Latina, pero en ese período a Gallegos le surge en mente *Cantaclaro*. Pone de lado a *Canaima* y empieza con ímpetu, como le pasaba a él, que parecía entrar en trance. Puedo decirte que aquí en Caracas, en la Quinta Marisela, había una especie de mezzanina. Allí fue donde colocó su escritorio y su máquina de escribir. Cuando estaba trabajando no subía nadie hasta que llamaba a su esposa Doña Teotiste para pedir café y seguir en sus escritos. Bueno, entró en trance con *Cantaclaro* y se olvida de los compromisos y de todo lo que había

dicho. Dejó *Canaima* a un lado y terminó *Cantaclaro*. Entonces un día me dijo: «Yo quiero que tú vengas, voy a leerte algunos capítulos». Fuimos a almorzar mi esposa y yo, y después del almuerzo mi esposa y Doña Teotiste salieron de tiendas. En una terracita que tenía el apartamento de Gallegos, nos instalamos con una botella de *brandy* y él leía, yo oía y tomábamos *brandy*, y así pasó toda la tarde. Ya estaba oscureciendo cuando llegaron Doña Teotiste y mi esposa. Mi esposa creía que a mí me hacía daño el *brandy*, que me producía unos trastornos alérgicos, no sé si era cierto, pero, en fin, cuando ella llegó se sorprendió y me dijo: «Pero tú estás bebiendo *brandy*, tú sabes que no puedes», y dijo Rómulo: «¡Dios mío, ¿qué sería si pudiera?!». Bueno, hasta allí era un chiste. Él se fue a vivir a Madrid y de repente mi esposa recibía un telegrama, un día cualquiera, y decía: «Favor informar si ya Isaac puede tomar *brandy*». Ese tipo de tomadera de pelo, son cosas de humor, joviales, y no son cosas del momento, sino que él seguía con su tomadera de pelo.

—¿Esa lectura de *Cantaclaro* fue en Barcelona?

—Sí. Entonces ese fue el libro que él entregó a Araluce.

—Cuando vas al exilio, ¿tu único propósito era cursar estudios de medicina en España?

—Los termino, porque al salir de Venezuela yo estaba en tercer año de Medicina. Estuve preso hasta finales del año 1929, cuando en una Navidad me voy a la isla de Trinidad y de allí a España. Terminé mis estudios y fue en España donde nos reunimos y vivimos toda esa época. Yo he relatado en *Diapositivas* lo que pasó con Araluce y los originales, y cómo Rómulo, en lugar de entregar los originales de *Canaima*, entregó los de *Cantaclaro*. Araluce los recibe a regañadientes, pero al fin y al cabo es una obra de Gallegos, y a las cuarenta y ocho horas él va a la editorial y le dice al gerente que ha estado pensando sobre algunos errores que quisiera corregir, y se lleva los originales

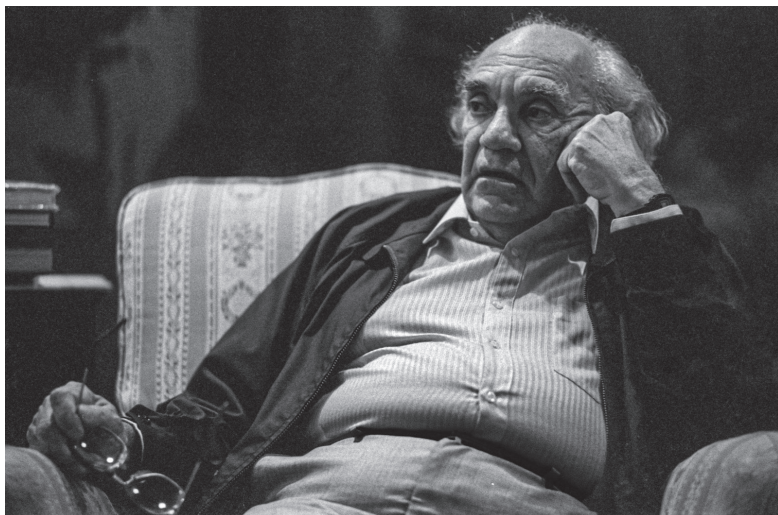
para su casa. Doña Teotiste le dice: «Pero Rómulo, tú no puedes hacer eso», y es que era la indecisión de él, la inseguridad. «Tú tienes que devolver esos originales», y es cuando Rómulo los devuelve. La misma inseguridad que tenía con *Doña Bárbara*. Eso era frecuente en él. Tenía una gran inseguridad respecto a la bondad de su obra, no llegaba a convencerse de que su obra era buena. Esa es la insatisfacción del artista. Ningún artista cree que, con su obra, ya sea musical o pictórica, ha logrado lo que él quería, porque la obra siempre es inferior al deseo, y eso era lo que le pasaba de manera muy aguda y le hacía pensar que su obra no valía la pena. Con esas tres obras se puede acreditar el prestigio de cualquier novelista.

—Vamos a hablar del regreso desde el exilio, porque entendemos que esa amistad se hace más profunda. ¿Cómo se manejó la relación entre Isaac Pardo y Rómulo Gallegos? Me refiero al Rómulo electo presidente constitucional por el pueblo.

—Lo voy a decir. Una vez que yo regresé al país había determinado no volver a incurrir en la política, sino a dedicarme a mi profesión. No formaba parte del tren oficial. Simplemente era un médico al servicio del Ministerio de Sanidad. No tenía posición política, era una posición técnica ante la lucha antituberculosa y allí me mantuve. Vino el derrocamiento del general Isaías Medina Angarita, a quién no conocía personalmente, y en cuyo gobierno no tuve absolutamente ningún cargo político. Con Medina solo hablé una vez, unos cuantos minutos, durante un coctel. Ocurrió así. Me llevaron a una reunión para presentármelo: «General Medina, este es el doctor Isaac Pardo, un amigo de quien le he hablado». Me miró y dijo: «Ah, sí, ya sé que usted vivió en España y qué pasó parte de la guerra civil allí». Le respondí: «Así es General», y él continuó diciendo «¡Caramba, debe haber sido una experiencia tremenda!». Entonces conversamos un rato sobre mi vivencia de la guerra española y de allí,

como pasa siempre ante un personaje de ese tipo de investiduras, se acabó la conversación. Eso es todo lo que yo había conversado con el presidente Medina, pero era un gobierno por el cual yo sentía simpatía y que creía que poco a poco se iba adelantando. Ya el gobierno del general López Contreras significó un avance respecto a la tiranía del general Gómez. El gobierno de Medina era un nuevo avance. Yo decía: «Vamos por buen camino, nos vamos rehaciendo». Llega el derrocamiento de Medina, con el cual no estuve de acuerdo, pero son episodios que al fin y al cabo no son decisivos. Hubo una situación como de distanciamiento, porque entonces se formó el partido Acción Democrática y todo eso, y bueno, sencillamente permanecí en la sombra hasta el momento en que eligieron a Gallegos presidente con el voto popular. Eso no tiene discusión para mí. Desde entonces el capítulo se cerró, pues el espacio que hubo entre el derrocamiento de Medina y el gobierno de Betancourt, hasta la elección popular de Rómulo Gallegos, fue largo. Entonces me dije: «Bueno, este es un gobierno elegido por el deseo popular de Venezuela y aquí se quedó cualquier diferencia», es decir, no apoyarlo porque yo no tenía apoyo político que dar, sino estar conforme con esta situación hasta el momento en que las cosas se empezaron a echar a perder, asunto que todo el mundo sentía. Entonces llamé a un amigo que estaba muy cerca de Rómulo Gallegos y le dije: «Mira, dile a Rómulo, que si yo puedo servirle en algo que me diga en qué sitio y en qué momento».

»Recuerdo las circunstancias porque fueron muy anormales. Yo fui cirujano, y estaba operando en el hospital cuando se me acerca una enfermera y me dice muy bajo en el oído: «Doctor, lo están llamando por el teléfono», y yo le digo: «¡Usted está loca, ¿no ve que estoy operando?! ¡Haga el favor y reciba el recado!». Ella responde: «Es que lo está llamando el presidente de la república». Me acerqué al teléfono y una enfermera sostenía



Fotografía de Rafael Salvatore

la bocina y él me dijo: «Yo necesito que tú vengas urgentemente a casa». Le respondí: «Inmediatamente no va a poder ser, presidente Gallegos, porque estoy operando a un paciente en este momento, pero al terminar voy para allá». Llegaría a la casa de Rómulo Gallegos, que quedaba aquí en Los Palos Grandes, en la Primera avenida, la Quinta Marisela, donde yo te dije que estudié para mi reválida. Como a la una del día me dijo: «Mira, estamos haciendo un esfuerzo, aquí todos reunidos. Está Betancourt, Leoni, todos los ministros, y analizamos si podemos crear un nuevo Gabinete con el propósito de contener esta inquietud militar, y yo quiero que tú seas mi ministro de Sanidad», le dije: «Ni discutirlo Rómulo, lo que usted ordene y donde usted ordene». Solo los dos nos reunimos en un sofá, él en bata y pantuflas, y estábamos hablando de eso cuando se asomó a la puerta su hermano Pedro y dijo: «Rómulo, Rómulo, ven, es una cosa urgente», entonces él le contesta: «Pasa, Pedro, que el que está aquí es Isaac». Pedro muy alterado dijo: «Rómulo, ya

dieron el golpe de Estado, hay varios ministros que están presos en Miraflores». No hizo ningún aspaviento. Quedó en silencio y me dijo: «Espérate, que tengo que avisar». Subió a su escritorio y le anunció a esta gente y se dispersaron, se fueron y se asilaron en las embajadas. Desaparecieron. Volvió y me dijo: «Bueno Isaac, entonces ya no tenemos más nada de qué hablar». Yo le respondí: «No, Rómulo, yo creo que siempre usted y yo tendremos que hablar, y más en este momento. ¿Cómo me va a decir que usted no tiene nada que hablar conmigo?». Inmediatamente me contesta: «Bueno, espérate, déjame vestirme porque no pueden sacarme preso de aquí en bata y pantuflas». Se vistió, vino y ya debió haber tomado alguna decisión. Fue cuando me dijo: «Bueno, muchas gracias Isaac por haber venido». Le insistió: «Rómulo, usted no tiene que darme las gracias por nada, no faltaba más que yo no hubiera venido en un momento como este cuando me llamaba», y él insiste: «Bueno, entonces vete». Le digo: «No Rómulo, no me voy, por una razón muy sencilla. No soy oficialmente un ministro porque no hay un nombramiento, pero moralmente soy su ministro de Sanidad. Fue el convenio moral que yo establecí con usted hace diez minutos, y como ministro de su Gabinete corro con la misma suerte». Él se alteró y apareció el hombre áspero de voz dura y casi me gritó diciendo: «¿De qué le sirves tú a mi familia en un calabozo?!». Le respondo: «Tiene usted razón, ¿qué quiere que haga?», «Que te ocupes de mi familia, reúne a los amigos, reúne gente a ver qué protección le pueden dar a Teotiste y a los niños». «Está bien, lo voy a hacer».

He leído testimonios que indican que, después de aquel momento, Rómulo estuvo preso en su casa varios días. Eso no es verdad. Pocos momentos después se lo llevaron y lo tuvieron preso en la Escuela Militar, allá en La Planicie. Reuní a un grupo de amigos, entre ellos el doctor Elías Toro, el doctor Márquez

Cañizales, Andrés Germán Otero, el señor Antonio Castez, bueno, un grupo de amigos de Rómulo Gallegos que nos encontramos allí, en El Rosal, para ver qué era lo que podíamos hacer e intercambiar ideas. Pasaron a Rómulo Gallegos preso a la Academia Militar, y a los dos o tres días recibí una llamada telefónica del mayor Moreno, el nombre no lo recuerdo, era jefe de Estado Mayor, y me dijo con una voz muy autoritaria, casi dándome órdenes: «Trasládese usted mañana, a primeras horas, a la Academia Militar, para que con otros médicos examinen al señor Rómulo Gallegos y dictaminen si está en condiciones de viajar por avión». Fui al día siguiente y encontré a dos colegas allí, al doctor Humberto García Arocha y al doctor Gustavo Romero Reverón, médico militar y especialista en aparato circulatorio. Lo examinamos y extendimos nuestro informe. No había inconveniente, estaba bien de salud.

»Cuando llegué a mi consultorio llamé inmediatamente al mayor Moreno, porque entendí que Rómulo Gallegos salía de Venezuela en la mañana del día siguiente, no sé con qué destino, no lo podía saber, y la consulta médica era por eso. Llamé a Moreno y le dije: «Mire Mayor, ya están cumplidas las instrucciones que usted me dio ayer tarde, he ido a la Academia Militar y junto con otros colegas hemos examinado a don Rómulo, y usted va a recibir el informe suscrito por nosotros», Me responde: «Bueno, muchas gracias doctor». Le contesto de inmediato: «Sí, pero hay algo más, Mayor. Quiero decirle que no soy médico militar y por consiguiente no recibo órdenes de ninguna autoridad militar, y pienso cobrar por la realización de la encomienda que usted me hizo». Entonces, muy groseramente, me dijo: «Por supuesto que sí, mándeme el recibo para pagarle inmediatamente». Le contesto: «No va a ser necesario, porque el recibo se lo voy a pasar por teléfono. Hágame usted el favor de extenderme un pase para trasladarme al aeropuerto a despedir al

presidente Gallegos». Me dijo: «Eso no es posible», y me cortó el teléfono. Son anécdotas que se deben conocer, supongo.



Fotografía de Rafael Salvatore

—¿Cuándo se vuelven a encontrar ustedes dos?

—Ya no nos veríamos sino a su regreso. Rómulo estaba destruido por los años, por la muerte de Doña Teo, que fue para él una catástrofe, una verdadera catástrofe. Llegó completamente destruido y estuvimos muy cerca siempre.

»Sobre la casa de Altamira, que fue su residencia, alguien me dijo que había sido casi un sacrilegio que la destruyeran, porque fue la casa donde vivió siempre y donde lo hicieron preso. No es mentira. Fue la Quinta Marisela, una casita aquí en la Av. Luis Roche, muy pequeña, muy modesta, donde lo visitábamos de continuo, pero ya Rómulo venía espiritualmente muy decaído. Después de la muerte de doña Teotiste, Rómulo Gallegos no volvió a escribir una línea más. Traía de México unos originales que se llamaron primero «La brasa en el pico del cuervo», y que fueron publicados póstumamente con el nombre de *Tierra bajo*

los pies por Ricardo Montilla, que se empeñó en su edición. Lo traje de México y eso fue lo último. No escribí nada más. Allí lo íbamos a visitar cuando padeció el primer accidente cerebral que lo inutilizaría completamente. En los últimos años, Rómulo Gallegos tuvo una vida muy dolorosa. A veces atendía algunas solicitudes, pero le costaba mucho trabajo y sufría. Quería que lo dejaran en paz, hasta que, por fin, como digo, ocurrió el primer accidente cerebral y de allí en adelante no fue sino decaer hasta su muerte.

Estábamos pendientes de Gallegos, y el diario *El Nacional* pudo dar la noticia de su fallecimiento, porque a las dos de la mañana movilicé gente por teléfono. Tenía conexiones estrechas con el diario *El Nacional*, del cual había sido presidente en dos ocasiones, y a esa hora llamé y les dije: «Miren, acaba de morir Rómulo Gallegos». Entonces pararon la máquina, que ya estaba tirando el periódico, y en primera página metieron la noticia. De modo que, en la edición de ese día, una parte informaba de la muerte de Rómulo Gallegos y la otra no.

»Mi vinculación con él sigue todavía. Yo sé que cuando expropiaron esa casa para transformarla en un museo, o como se le llame, los hijos le pidieron a Carlos Andrés Pérez que me encomendaran esa misión, y así lo hizo el gobierno. Ahora bien, en esa casa no se puede hacer nada, ese proyecto que existía era un disparate y yo me preocupé. Dije: «No, esto no puede ser, esto es lo mismo que una estatua». Me niego a que le hagan una estatua a Rómulo Gallegos, ¿por qué? En primer lugar, porque ya las estatuas pasaron de moda; segundo, porque no sirven para nada y tercero, porque eso va a ser un pretexto para que el gobierno diga: «Ya yo le hice el homenaje que le tenía que hacer a Rómulo Gallegos y estamos en paz». Eso no es verdad, eso no era un homenaje a Gallegos. El monumento para Rómulo Gallegos debe a ser una institución y

no una estatua, no esa casa que le mandan a echar una pintura, brocha gorda, y decir: «Aquí está el museo Rómulo Gallegos». ¿Qué Museo Rómulo Gallegos, si no existe nada para hacer un Museo Rómulo Gallegos? ¡Eso no va a ser un museo, eso va a ser un mausoleo!

»Tanto insistí hasta que por fin se derribó la casa, se adquirieron los terrenos que estaban alrededor de esa casa y ahí está, desgraciadamente lleva diez años y todavía la casa no está lista, no le diré diez años, pero eso sí, esos decretos fueron ya al final del gobierno de Carlos Andrés Pérez, y aún en siete años, no han podido tener el edificio listo. Te voy a decir cuál es mi verdadero deseo, pues, si te das cuenta, nada más con mirarme el pelero, observarás que estoy viejo, como dicen en este país. Ando en los setenta y nueve años, y lo que deseo es poder sacar adelante el edificio de la institución, la fundación y el edificio que se llamará «Casa Rómulo Gallegos». El día que vea eso aquí diré: «Bueno, ya yo cumplí». Ojalá que tenga esa suerte.

—Sé que aún vive una hermana de Rómulo Gallegos conocida como Doña Elisa Gallegos, ¿puedes aportarme algunos datos o hablarme de tu relación con ella?

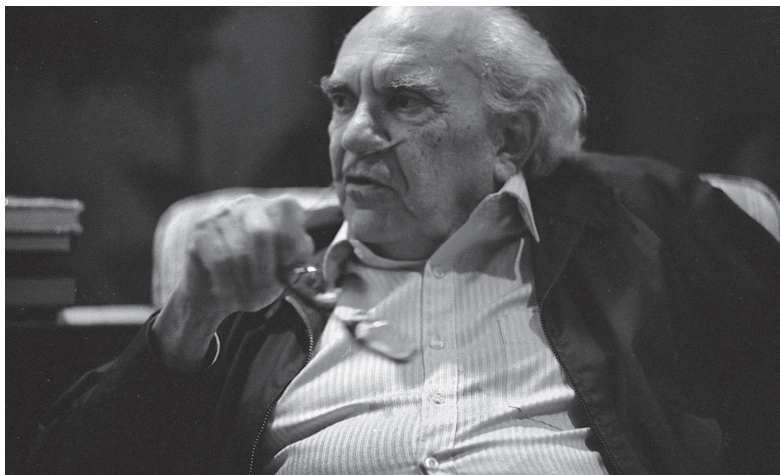
—Sí, doña Elisa Gallegos de Santana, la viuda de Raúl Santana, que es la única que vive. Le dije: «Doña Elisa, yo espero ver el edificio y espero que usted sea el primer chicharrón de esa inauguración».

—¿Doña Elisa está bien de salud, se puede conversar con ella?

—Sí, doña Elisa es una persona muy amable y muy lúcida. Está toda su familia, sus hijos, pero de la familia próxima de Rómulo Gallegos es la última que queda.

—Sobre el Museo y el Centro Bibliográfico Rómulo Gallegos, se traza un centro de actividades literarias que forman un conjunto y buscan proyectarlo a todo el continente, a todo el mundo. ¿Qué opinas?

—La parte museológica y bibliográfica no da para una institución, y será simplemente una dependencia del Centro de Estudios Rómulo Gallegos, que tiene una pequeña sección museográfica, porque no hay con qué hacer un Museo Rómulo Gallegos, a menos que se invente un museo, pero un Museo Rómulo Gallegos no hay con qué documentación sostenerlo. Será un pequeño saloncito donde se expondrán algunas cosas que estuvieron muy vinculadas a su persona. La información bibliográfica sí será una función del Centro Rómulo Gallegos, pero en este momento, el Centro de Estudios Rómulo Gallegos es una dependencia del Consejo Nacional de la Cultura (Conac), y nuestro deseo es que se transforme en una fundación con categoría semejante a la Casa de Bello, que es el monumento a Andrés Bello, mucho más monumento que esas estatuas ridículas que andan por allí. La Fundación Casa de Bello es una cosa muy seria y ya tiene renombre en América. Asimismo, deseamos que haya una fundación que se llame Casa Rómulo Gallegos, y será el Centro Rómulo Gallegos.



Fotografía de Rafael Salvatore

—¿Cómo es el nombre exacto del Centro Bibliográfico?

—Se llama Museo y Centro Bibliográfico Rómulo Gallegos, fundado al final del gobierno de Carlos Andrés Pérez. No tenía sede, y con la directiva nos reuníamos aquí, en el Centro Rómulo Gallegos, hasta que llegó un día en que cerramos, cerramos el libro de actas: «Bueno, señores, mientras ese edificio no esté construido, nosotros no tenemos nada que estar todas las semanas aquí conversando».

Un 3 de marzo del año 2000 fallece Isaac Pardo, a los ochenta y cuatro años. Al cumplir los ochenta, un jurado, que integraron Gustavo Díaz Solís, Pascual Venegas Filardo, Antonia Palacios, Guillermo Sucre y Francisco Pérez Perdomo, suscribieron el acta para que le fuese otorgado el Premio Nacional de Literatura, por sus obras escritas y su gran trayectoria de intelectual y de ensayista, y entre las que destacaba la de cuatrocientas mil palabras, *Fuegos bajo el agua: la invención de utopía*, publicada por la Fundación Casa de Bello. Con el tiempo se haría realidad la idea de una fundación que llevara el nombre de Rómulo Gallegos y tuviera asiento en aquel lugar de Altamira que tanto visitaba Isaac Pardo en Caracas. Surge con fuerza el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, creado el 30 de julio de 1974, y adquiere categoría de fundación en 1985, cumpliendo entre otros propósitos con el lanzamiento del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, otorgado a escritores de gran prestigio mundial. Los dos primeros se otorgan a Mario Vargas Llosa y a Gabriel García Márquez, por sus obras *La casa verde* y *Cien años de soledad*. Isaac Pardo Soubllette fue testigo de los acontecimientos más importantes para honrar a Rómulo Gallegos, y por los cuales también luchó como fue su propósito.

CARMEN ELISA GALLEGOS DE SANTANA:
«Rómulo tenía fama de malhumorado,
pero cuando joven fue muy juguetón»



Carmen María, Carmen Teresa y Carmen Elisa, fueron las tres hermanas de Rómulo Gallegos, además de dos hermanos varones: Luis Gallegos Freire, quien nació en 1890 y murió a corta edad, y luego nace, en 1891, su otro hermano, Pedro José Gallegos Freire, completando los seis descendientes en la familia Gallegos Freire. De todos ellos sobrevive Carmen Elisa, nacida en 1894, diez años menor que Rómulo Ángel Gallegos. Logro entrevistarla a la edad de noventa años, un 19 de abril de 1984, veinte meses antes de su fallecimiento, ocurrido el 8 de septiembre de 1985.



Fotografía de Rafael Salvatore

Pasará a ser Elisa Gallegos de Santana porque, enamorada de las artes, se casa en 1924 con Raúl Santana Moller y deja una sucesión de cinco hijos. Raúl Santana Moller, pintor, escultor y tallista, quien desde 1911 inicia sus estudios en el Instituto Nacional de Bellas Artes de Caracas. Luego viaja a España para proseguir su carrera, que completa en Estados Unidos donde se especializa en fotgrabado. Durante más de treinta años, al lado de su esposa Elisa Gallegos Freire, se dedica enteramente a

concretar un proyecto que no tiene antecedentes en Venezuela, su propio país, sobre el cual crea más de dos mil figuras para una gran colección identitaria de la venezolanidad. Proyecta el Museo Raúl Santana, sueña con eso, y parte de las obras son expuestas de forma permanente en el Concejo Municipal de Caracas. Con Raúl Santana a su lado, Elisa Gallegos vive un mundo verdaderamente extraordinario y es cómplice del arte y de la creación.

Hablo con ella sobre Rómulo Gallegos para acercarme al tiempo de su infancia y de su juventud en una curiosa Caracas rodeada de haciendas, una Caracas de tranvías, carretas, carretones, calles y casas silenciosas, en varias de las cuales vivió la conocida familia Gallegos Freire, cuando era una ciudad de pocos miles de habitantes, y donde se tenía precisión del origen de cada grupo familiar. Carmen Elisa se muestra distraída, aparentemente triste, y quizás por esos lejanos recuerdos fluye lenta la conversación, entre cortas respuestas.

—Hábleme un poco sobre la personalidad de ese Rómulo Gallegos que usted vio cuando niña.

—Es de su carácter de lo primero que le puedo hablar. Se comportaba en la casa de familia, entre nosotros, muy juguetón, muy amigo de reírse y de hablar y todo, pero tenía cara de bravo. ¡Él tenía aires de bravo!, parecía muy serio y, sin embargo, era juguetón.

—¿Cuántos hermanos fueron en esa familia de Rómulo Gallegos?

—Rómulo el mayor, Carmen María, Teresa, Pedro y después yo. Mi papá se murió de cincuenta y tres años y a mi mamá no la conocí como debía, porque ella muere estando yo de dos años. Cuando fallece mi papá, a Rómulo lo habían nombrado director de un colegio en Anzoátegui, en Barcelona, pero al avisarle que mi padre estaba muy mal, se vino y no volvió nunca más a esa ciudad de Oriente, porque él se consideraba como el

padre de nosotros. Estaba mi hermano Pedro, pero Rómulo era el mayor y se sentía más responsable.

—¿Cuál era el nombre de su padre?

— Rómulo. Rómulo Gallegos Osío fue mi padre, y Rómulo Ángel Gallegos Freire, mi hermano. Él siempre con su idea de escribir, pero entonces había unos parientes de nosotros, los Lander, que tenían un negocio y querían que Rómulo Ángel trabajara con ellos, pero no iba, estaba furioso, ¡que no iba!, porque era una venta de mercancías. Después lo nombraron director del Colegio Nacional. Con el paso del tiempo publicó *Doña Bárbara*, libro que le leyeron al general Juan Vicente Gómez y que le gustó mucho, por eso se propuso nombrarlo integrante del Congreso Nacional. Rómulo decide irse para España, donde estuvo un tiempo. Después, cuando fue presidente de la república y lo traicionaron los militares con el general Marcos Pérez Jiménez. Se fue a vivir para México, y allá estuvo hasta que se murió Teotiste, su señora. Al ser depuesto Marcos Pérez Jiménez, Rómulo regresó a Venezuela, y aquí, en Caracas, en el Cementerio General del Sur, sepulta de nuevo a su esposa Teotiste.



Fotografía de Rafael Salvatore

—¿Ustedes vivieron por mucho tiempo juntos en una misma residencia en Caracas, o vivieron en casas diferentes?

—Cuando se murió mi papá nosotros vivíamos juntos. Rómulo se casó por poder. Una mañana se casó por poder con Teotiste y mi papá fue quien lo representó. Eso fue en la mañana y en la tarde ya mi papá estaba enfermo del corazón. En la tarde estaba malísimo y entonces allí empezó su gravedad. Se le avisa a Rómulo y renuncia a su cargo de maestro allá, en Barcelona. Vino y se instaló aquí, donde vivimos juntos. Fue cuando Teotiste, su esposa, también se quedó a vivir con nosotros. Después de un tiempo, Rómulo fue el director del Colegio Ezpelosin, en Caracas, y nos mudamos.

—¿Dónde vivían en Caracas? ¿En qué domicilio estaba ese hogar, o esos hogares? Porque tengo entendido que se mudaron muchas veces de un sitio a otro.

—Entre las esquinas de Monroy a Misericordia, en pleno centro de la ciudad. Eran casas alquiladas y Rómulo tenía la manía de mudarse repetidas veces, «¡Ay, esto es un fastidio!», le escuchaba decir. Salía y en poco tiempo encontraba otra casa y nos mudábamos. Por eso, de Monroy a Misericordia nos mudamos para las esquinas de Alcabala a Puente Anauco. Allí vivimos un tiempo, y después siguieron las mudanzas.

—¿Dónde vivían cuando murió su padre?

—De Monroy a Misericordia. A los seis meses de muerto mi papá, se casó mi hermana Carmen María. Nos quedamos Teresa y yo con Rómulo y con Teotiste. Posteriormente me caso yo, y luego Pedro, mi hermano. Rómulo era el mayor. Le siguen Carmen María, Teresa, Pedro y yo. Había un hermano que se murió, pero no lo conocí. Eso fue cuando él estaba muy pequeño.

—Entiendo que usted estuvo muy ligada a Teotiste, la esposa de Rómulo Gallegos, y que la conoció mucho al vivir con ella. ¿Qué podría agregar sobre esa relación?

—Nos unimos por largo tiempo, porque era muy buena. Rómulo la adoraba, y un día le dijo a mi papá que él necesitaba casarse con ella para cuidarla. Teotiste estaba enferma, creo que tenía tuberculosis, pero no lo recuerdo muy bien. Toda su vida enferma y sensible, y murió de cansancio, con un dolor muy hondo y una angustia de pensar tanto en el final de su vida, y yo sin poder consolar a Rómulo en su dolor allá en México.

»Rómulo era íntimo amigo de Julio Planchart, de Enrique Soubllette y de muchos otros de su generación. Eran amigos que lo querían, como él quería a sus amigos entrañablemente, con una inteligencia prodigiosa y gran capacidad de sentir. Como un sabio verdadero, intentaba comprender a cada quien desde una percepción clara de su realidad en momentos de sentimientos y de sueños.

»De niño se portaba bien. La vida hoy está completamente cambiada, pero en aquel tiempo, cuando los padres tenían la autoridad sobre los hijos, Rómulo era ya un muchacho grande, un hombre ya casi, entonces mi papá le decía: «Hoy no sales porque yo voy a salir, te quedas con las niñas». Se quedaba con nosotros en casa ¡y era a contarnos cuentos!, y como tenía tanta imaginación, eso era a inventar cuentos y cuentos, ¡pero pavorosos, y nos distraía a todos! Era bromista, con un carácter completamente distinto a lo que se pensaba. Rómulo tenía fama de malhumorado, pero cuando joven fue muy juguetón. Lo querían mucho, porque a pesar de ser así, muy serio, era cariñoso y gentil hasta que murió.

»Estuvo empleado en el Ferrocarril Central cuando fue novio de Teotiste, a quien escribía hermosas cartas. Si usted lo acepta, yo le voy a mostrar algunas. También unos primos hermanos nuestros le ofrecieron empleo en los almacenes de Lander y Vannone. Estuvieron insistiendo en que Rómulo trabajara con ellos, pero Rómulo no quería, porque su idea siempre había sido

la de escribir y de atender cuestiones del colegio como maestro. Nunca dejaría de ser maestro.

—¿Todos ustedes nacieron en una misma casa en Caracas?

—Eso no lo sé, porque solo tengo recuerdos de Monroy a Misericordia cuando estaba pequeña, y no sé dónde habíamos vivido antes. Me dicen que fue en varias partes, en distintos lugares, porque en aquel tiempo había la costumbre de mudarse, y eso sobre todo le gustaba a él, que, como dije antes, se fastidiaba, «¡Ay, que fastidio esta casa!». Salía, encontraba otra y la alquilaba. No es como ahora.

—Recordando esos momentos de su infancia con don Rómulo Gallegos, aparte de todas esas historias que les inventaba para distraerlos, le pregunto ahora, ¿frecuentemente compartía con niños o era apartado y solitario en su oficio de escritor?

—Cuando se murió mi mamá nos quedamos con mi papá. En ese tiempo éramos muy unidos con la familia, tiempo que no es ahora, y la que era la casa de nosotros estaba llena de todos los primos: los Lander Gallegos, los Rivero Gallegos. Todos iban allá y jugaban béisbol en el patio. El centro de reunión era esa casa, porque como le digo, todos eran muy amigos de Rómulo. Él era muy cercano a su familia, y especialmente a los menores, a los más jóvenes. No era un solitario en ese tiempo, pero seguramente más tarde se aislaba para escribir y siempre enamorado de Teotiste. Fue un marido excelente.

—¿Puede hablarme de Sonia Gallegos y su relación de origen familiar con Teotiste?

—Sonia es sobrina de Teotiste, pero cuando se murió la mamá de Sonia, ella se fue a vivir con la tía María, la hermana de Teotiste. Siempre iban a la casa de Rómulo y Teotiste, porque Sonia los quería muchísimo. Cuando tenía que irse lo hacía llorando, brava y de mal humor, porque no se quería ir. María le decía a Teotiste: «Teotiste, son ustedes quienes deben adoptar a Sonia,



Fotografía de Rafael Salvatore

porque ella quiere vivir con ustedes», y así fue. A Alexis, hermano de Sonia, lo adoptaron cuando ocurrió el golpe de Estado en Venezuela para que Rómulo no siguiera como presidente electo. Hizo las diligencias y todo, porque tenían que llevarse a Alexis junto a Sonia. Entonces Rómulo lo adoptó. A mí me parece que un primo de Teotiste y de María era el padre de Sonia, pero la mamá no sé. Se murió la mamá y entonces quedó con esos muchachos y los llevó a María, la prima, y por último fueron a casa de Rómulo y Teotiste. Ellos no concibieron hijos durante el matrimonio. Una vez, antes de adoptar a Sonia y a Alexis, le preguntaron a Rómulo sobre eso. Estaba un señor allá en casa

conmigo y le preguntaba: «¿Y ustedes no han tenido hijos?», y Rómulo le contestó: «Bueno, cinco he tenido, y los hijos míos son como hijos de ella». Se refería, indudablemente, a nosotros sus hermanos. Era como un padre para atendernos a todos.

»Después que regresó de México, cada tarde Rómulo venía a mi casa en Caracas, y cuando estuvo enfermo yo era la que iba todas las tardes para allá, para su casa, que quedaba frente a la mía, pero últimamente cuando venía aquí y veía algo de lo que no estaba seguro, me preguntaba: «¿Y qué es aquello?». Le respondía sus preguntas porque él fue perdiendo la vista y después perdió el habla. Cuando se estaba muriendo, que ya eran sus últimos días de vida, hasta cerraron la calle para que no pasaran carros y no le hicieran ruidos.

—Hablemos un poco de la etapa en que Rómulo Gallegos asume la Presidencia de Venezuela.

—Él no era muy partidario de la Presidencia. Me acuerdo una vez que estaba diciendo que iban a acortar el tiempo de la Presidencia, que no duraría cinco años, sino cuatro o tres, y misia Sofía, su suegra, la mamá de Teotiste, y Teotiste misma, decían que por qué iba a hacer eso, y Rómulo respondía: «Pero si lo mejor es que lo pongan a dos años». No tenía interés ninguno en la Presidencia, a pesar de que se entregó al mando, porque quería organizar al país. Nueve meses estuvo de presidente. Fuimos a Nueva York. Allí el presidente Truman de los Estados Unidos lo invitó a compartir y entonces pasamos unos quince días. Nosotros ya nos habíamos ido de Venezuela y estábamos en Nueva York cuando Rómulo llegó.

Allí concluyó nuestra conversación, no sin antes revisar las cartas de Rómulo Gallegos a su amada Teotiste Candelaria Arocha Egui, con quien se casó en 1912, y de las cuales hago referencia solo a una.



Fotografía de Rafael Salvatore

Una carta de Rómulo Gallegos a Teotiste

En medio del revuelto montón de insípidos papeles y libros áridos, recibos, cuentas, y guías de ferrocarriles que me aburren y me impacientan todo el día, hay sobre mi mesa uno, muy chiquito, ínfimo casi, una cosa querida y buena, única cosa que brilla en torno mío, y hace brotar de mi tedio una ingenua flor de alegría.

Menudito, apenas contiene tres renglones escritos en un idioma que habla y que muy pocos entienden, insignificante papelito que el viento más leve volaría y sobre el cual apenas se detendrían los ojos indiferentes, tan inmenso valor tiene para mí que con jirones del alma cada átomo suyo pagaría.

Déjame que lo bese y que lo quiera, como a una santa reliquia de amor, porque es santo y querido, porque ha dejado de ser un pedazo de papel para ser un pedazo de tu alma, esa alma buena y pura, tierna y amorosa en la cual he probado la miel, santa miel de delicias inefables, y con la cual se ha confundido la mía, tan íntimamente, de una manera indisoluble y para siempre, como si ambas desde el nacer hubieran sido una sola en dos pedazos.



JUAN LISCANO:

**«Cuando se dio el golpe militar contra
Rómulo Gallegos, decidí integrarme de una
manera total al movimiento de resistencia»**



De muchos temas pude hablar con Liscano por ser frecuente invitado a las actividades de difusión cultural en Oriente. Llegaba a Cumaná un día, y de Cumaná seguíamos navegando a cualquier otro lugar marítimo cercano, como la Península de Araya, o atravesando valles y montañas hasta alcanzar los pueblos próximos al Turimiquire. Un día antes del 12 de mayo de 1984, había dictado su famosa charla en Cumaná y, mientras compartíamos la cena de ese viernes, volvimos al tema de Rómulo Gallegos, pero acordamos desarrollar de otra forma la entrevista el propio sábado, cuando entramos juntos a las conocidas instalaciones del Hotel Los Bordones, donde se mantuvo alojado a la orilla de la playa de San Luis. Nos acompañan el poeta amigo Ramón Ordaz y el fotógrafo Rafael Salvatore.



Juan Liscano junto a Ramón Ordaz, Rafael Salvatore y Benito Yrady durante la entrevista en el Hotel Los Bordones, Cumaná, estado Sucre.
Fotografía de Rafael Salvatore

Juan Liscano se siente más tranquilo en este lapso. Ya se ha liberado de ataduras administrativas, como la dirección de Monte Ávila Editores, en la que entró a sustituir a Benito

Milla desde 1979, y también deja de editar la propia revista *Zona Franca*, que fue una de las publicaciones más importantes del país, desde la década de los años sesenta. Puntualmente se mantuvo entre 1964 y 1984, con ciento veintiséis números editados. Ahora Liscano está más abierto a compartir con los amigos, y de manera especial con la generación más joven regada en toda la geografía nacional. Como sabemos bien, Juan Liscano Velutini nació un 7 de julio de 1915, y ya se aproxima a los setenta años de edad. Desde *Nuevo Mundo Orinoco* hasta *Sucesos*, y pasando por *Cármenes* con su visión de erotismo, y por su autobiografía *Edad oscura*, son muchos sus libros de poesía difundidos ampliamente, pero también es reconocido ensayista con obras entre las que podemos mencionar el *Panorama de la literatura venezolana actual*, *Aproximación a Yugoslavia*, *Espiritualidad y literatura: una relación tormentosa de amor*, sin incluir aquí distintos estudios sobre folklóre venezolano, donde destaca el libro *La Fiesta de San Juan el Bautista*. Nos dice que ahora quiere dedicarse plenamente a completar sus escritos, y tiene en mente muchos títulos más.

Hay un suceso en la vida de Liscano que nadie puede olvidar, y que lo ata significativamente a Rómulo Gallegos. Nos referimos a la famosa Fiesta de la Tradición, realizada en el Nuevo Circo de Caracas en 1948, y conocida también como Cantos y Danzas de Venezuela, donde finalizó con estas palabras su discurso ante el presidente Rómulo Gallegos y ante miles de espectadores, entre los que habían numerosos intelectuales de renombre internacional como invitados al acto de aquel 17 de febrero:

Esta fiesta es como si Venezuela se hubiese dado cita hoy para estrechar los antiguos vínculos fraternales, para decirse que de vez en cuando es menester reunir a toda la familia dispersa para celebrar una fiesta íntima y recordar

a los antepasados: a los que vinieron en barcos negreros para sembrar los calientes valles, a los que habitaban el territorio y usaban un grito de guerra de extremado orgullo, emplumado y rojo gavián de presa; a los que, en fin, guiados por remotas constelaciones y una estrella interior, arribaron un buen día por los largos caminos del mar a estas tierras desconocidas y hostiles, donde fundaron junto con los otros una familia, un pueblo que hoy, de una manera nunca sentida antes, se congrega sencillamente para bailar y cantar con una sola voz y un mismo cuerpo innumerable.

Allí se inició esa amistad con Rómulo Gallegos que se empezaría a ensanchar con el paso de los años. Es de esa sustancia de la que queremos conocer más a la hora de imaginar este libro.

—Poeta Liscano, la idea, como planteamos ayer, es la de solicitar que nos acerques, desde tu óptica, a la personalidad de Rómulo Gallegos, sobre quien pudieras aportar algunos puntos de vista diferentes, pero lo que nos interesa en el enfoque de este libro, que algún día se dará a conocer, es básicamente el testimonio de sus más cercanos amigos y familiares. Nos interesa recoger anécdotas que le recuerden, que nos permitan ir reconstruyendo, de alguna manera, a ese Gallegos humano que quizás ha sido menos conocido, porque básicamente se ha trabajado más sobre la obra literaria, y quizás menos sobre el hombre, y si se ha trabajado sobre el hombre ha sido ya sobre el hombre eminentemente político.

—Benito, yo trataré de decir algunas de las anécdotas que referí ayer, de la manera más discreta posible, para no herir las susceptibilidades de los galleguianos, pero sí me gustaría que tú me preguntes algo más específico para tomar pie.



Fotografía de Rafael Salvatore

—Pienso que pudiéramos ir al asunto desde las vivencias iniciales de Juan Liscano con Rómulo Gallegos. Pudiéramos comenzar por allí, porque tu experiencia es muy diferente a la de los discípulos del Maestro, que esencialmente fue la chispa de la Generación de 1928, de manera que en ese tiempo eras muy joven. Es eso. Queremos preguntar, ¿qué representaba el presidente Rómulo Gallegos para un hombre, menor de treinta años, en la Caracas de aquel momento? ¿Cómo llegas a él? ¿Cuándo lo conoces y dónde? ¿A través de qué lectura te entusiasmas con él y cuál de las obras es tu preferida?

—Bien, en realidad lo que dices es verdad. No fui discípulo de Gallegos, porque era menor a los líderes formados por él, un poco lo que se llama la Generación del 28. Vengo a saber de Gallegos cuando estaba interno en un colegio en Francia, porque cayó entre mis manos —me lo enviaron seguramente desde Venezuela—, la novela *Doña Bárbara*. Eso era en el año 1930 o 1931. Estaba recién publicada y quedé fascinado con la lectura del libro. Era un muchacho de dieciséis años, sin embargo, me

impresionaron mucho esas descripciones de la naturaleza del Llano. Como coincidía con el deseo de comprender la América, porque yo vivía en Europa, bueno, se cumple también una función ductora. Ese es mi primer contacto con Gallegos.

»Luego, cuando regreso ya graduado de bachiller a Venezuela, hacia 1934, me tocó trabajar en la Secretaría de Educación —no se llamaba Ministerio entonces— y Gallegos era el secretario. Trabajé en una Junta que se llamaba Junta de Cooperación Cultural, cuyo jefe era Gonzalo Barrios. De allí partió mi conexión con Acción Democrática, y partió también el conocimiento de la personalidad de Rómulo Gallegos. Lo seguí de lejos sin conocerlo en ese período, pues, desde la muerte de Gómez, y con la llegada de López Contreras, fue un tiempo en que él tuvo una gran actividad política. Primero dentro de algunos cargos de gobierno, luego en el Concejo Municipal y finalmente cuando se acercaron las elecciones de entonces. En torno a su personalidad, a su figura, se aglutinó Acción Democrática, los cuadros de Acción Democrática, parte de los cuales estaban dirigidos por antiguos discípulos suyos, y cuya totalidad de militantes venían del llamado Partido Democrático Nacional, que había entrado en una semiclandestinidad.

—Entonces, ¿realmente no tuviste una vinculación directa con Rómulo Gallegos en esos años? ¿No llegaste a conocerlo hasta su elección como presidente?

—En realidad, yo no tenía una vinculación directa con Gallegos, sino que esa vinculación procede de mis relaciones con Gonzalo Barrios en la Junta de Cooperación Cultural. Eso coincidía con mis investigaciones folklóricas y dictaba de vez en cuando una charla, bien sea en la sede de Acción Democrática o también en la sede del Partido Comunista, sobre las cuestiones populares, y llevaba conjuntos, y tenía buenas relaciones con la gente de Acción Democrática, y también con la del Partido

Comunista, pero sin acceder a Gallegos, que era para mí una figura máxima, completamente inaccesible. Gallegos se acerca a mí o sabe quién soy yo, me imagino, que con motivo del Festival Folklórico que organicé para su toma de posesión en el Nuevo Circo de Caracas.

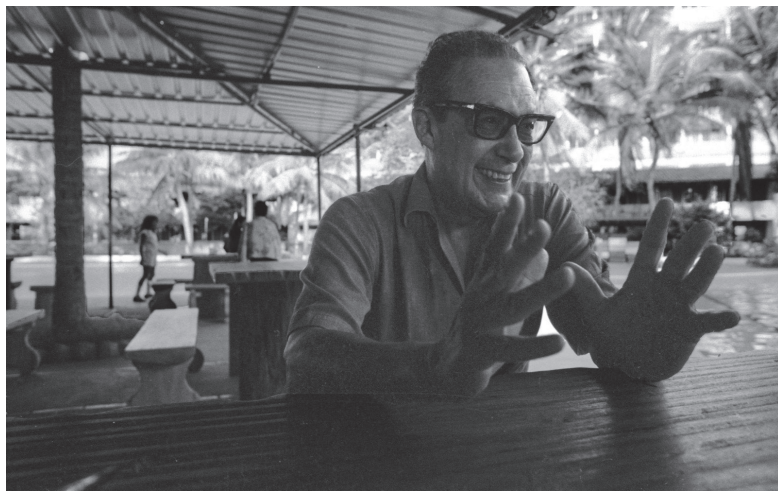
»El espectáculo fue un éxito de tal magnitud que Gallegos tuvo necesariamente que fijarse en mi existencia, y me condecoró con no sé qué orden. Me puso una condecoración, y bueno, a partir de ese momento quedé honrado por esa condecoración, honrado por haber participado en ese espectáculo que tuvo un gran éxito, honrado por la atención que puso en mí. Yo tenía una gran veneración por él, a la que se unía mi conocimiento literario, mi admiración por sus novelas como *Canaima*, *Cantacaro* y *Doña Bárbara*.

—Recordemos que Rómulo Gallegos estuvo pocos meses en el gobierno, después que los militares se ponen de acuerdo para desconocerlo como presidente de Venezuela. Entiendo que fue muy pasajero entonces tu encuentro con Gallegos. ¿Qué ocurre después entre ustedes dos?

—Así es. Vino el golpe de Estado contra Gallegos y allí sí. Cuando se dio el golpe militar contra Rómulo Gallegos, decidí integrarme de una manera total al movimiento de resistencia. Se trataba del rescate de la legalidad venezolana movida por esa emoción hacia Gallegos. Él tomó conciencia de este acercamiento, cosa que le emocionó mucho porque yo no era un militante político. Le dio más valor a mi comportamiento en esos días trágicos del golpe de Estado que originan su exilio. Luego, cuando lo fui a visitar, y que le extrañó a la gente de su propio partido, porque consideraban que yo no era político, las cosas fueron diferentes. De allí vino una relación constante. Le escribía cartas desde Venezuela informándole de la situación. Cartas que le llegaban directamente, mano a mano. Me contestaba y

así se creó entre Gallegos y yo una relación continua, epistolar, de gran afecto de su parte. Cuando viajé una vez a Cuba, donde él estaba exiliado en ese momento, me regaló todas sus obras con dedicatorias extraordinarias que conservo todavía, entre ellas *Canaima*, que me ha hecho sentir una de las más grandes emociones de mi vida. Estuve desde Venezuela carteándome con él y en contacto permanente hasta que también fui expulsado del país. En el exilio ya nos vimos los dos en forma diferente. Gallegos fue a París y se hospedó en mi apartamento, una o dos veces, y ya se estableció una relación más continua y fraternal. De modo que, al caer Pérez Jiménez, él regresó primero a Venezuela y, posteriormente, cuando yo retorno, él me fue a recibir.

»A partir de allí, hasta que tuvo conciencia de sí mismo, antes de su trombosis, ocupé un puesto muy importante en su afecto y me dediqué entonces a estudiar su obra y a escribir una serie de libros que son conocidos. En realidad, la relación llegó a crearse con un carácter estrecho a partir de su derrocamiento, de los días de aquel golpe de Estado.



Fotografía de Rafael Salvatore

—En las palabras que me ofreces de nuevo, está una parte de lo que conversábamos ayer en forma ligera. Entiendo que la vinculación más cercana entre ambos, se da cuando Gallegos viaja a Europa y conoce parte de París guiado por ti. ¿Puedes hablarnos más de aquellos momentos?

—Él ya había estado en París, creo, pero muy de paso.

—Lo sabemos, pero de esos nuevos días de Gallegos en tu casa de París, ¿qué recuerdos tienes?

—Bien, si yo tuviera que refundir mis impresiones, hablando con sinceridad, sin estar pasando por el tamiz político, yo diría lo siguiente, y es desde un punto de vista muy particular. Gallegos resulta, en primer lugar, un hombre tomado como ente privado, y un hombre privado es sumamente contradictorio y difícil. De una personalidad muy avasallante, muy ensimismado, un hombre muy ensimismado. Se podría decir que tenía un gran ego, no digo que era un ególatra, pero evidentemente que tenía una personalidad avasallante. Resultaba tremendo. Entonces el trato con Gallegos no es de igual a igual nunca. Es un trato, pues, en que él siempre está situado como por encima de uno, y uno está como en un plano de devoción frente a él. Era difícil el trato de quien a quien, no porque haya sido un hombre vanidoso, ni un hombre frío, sino porque resultaba ensimismado. Es un modo de ser. Es un caso, pues, muy típico de un escritor en América Latina. Por una parte, yo le tenía un gran respeto, la relación fue afectuosa, y él sentía especial aprecio hacia mí, guardando una opinión muy elevada, pero no en cuanto a lo que pudiéramos llamar un intercambio de ideas, de discusiones, de pensamientos. No era fácil, porque ya tenía una estructura formada y era muy difícil que se saliera de sus patrones ya establecidos completamente.

—¿Se encontraba entonces cerca de un abismo ese Rómulo Gallegos por su modo de ser?, es decir, ¿sentía él que era un



Fotografía de Rafael Salvatore

hombre extraordinario, fuera de lo común y se asumía superior? ¿Puede ser eso lo que se percibía?

—Te respondo Benito. Yo creo que el problema de Gallegos, después de su derrocamiento, fue que ya empezó a trabajar para la posteridad, en el sentido de componer su estatua, se convirtió en la estatua de sí mismo y se instaló frente a su propia estatua, y cuidaba de esa estatua muchísimo, inclusive más allá de cualquier gesto afectivo que pudiera comprometerlo. Y te voy a contar una anécdota para que te des cuenta de cómo era eso.

»Durante su permanencia en París yo traté de que Roger Caillois, quien dirigía una colección narrativa latinoamericana llamada «La Cruz del Sur», tomara a *Canaima*, una novela que a mí me ha gustado mucho siempre. Entonces inicié tratos con Caillois. Yo servía de intermediario entre Caillois y Gallegos, y Gallegos estaba de acuerdo, porque él tenía una cosa muy curiosa en eso. Vendía con la mayor tranquilidad sus derechos exclusivos, totales o parciales a todos los editores, es decir, que, si no hubiera sido Rómulo Gallegos, tendría centenares y centenares

de demandas, pero bueno, como era Gallegos la gente pasaba por arriba. Si venimos a ver, hoy en día tiene derechos exclusivos de Gallegos una cantidad de editoriales. En el trato con Caillois fue apareciendo precisamente eso de que *Canaima* está vendida, revendida y trivendida en derechos de cine, de radio y televisión y de todo, sin embargo, él estaba de acuerdo en venderla de nuevo y no se podía hacer eso. Mientras se llegaba a la conclusión de la imposibilidad, yo traté mucho de que se conocieran más Gallegos y Caillois, que era un gran admirador de Latinoamérica. Había estado en Argentina y había colaborado en *Sur*. Organicé una comida en mi casa para que Caillois y Gallegos se trataran. Bueno, y Gallegos se tomó su vinito y entonces olvidado de su estatua se dejó ir a confidencias, y como en aquel entonces Caillois estaba trabajando en una especie de investigación psicoantropológica sobre el azar, las martingalas, es decir, tratando de penetrar en eso que llaman el azar en materia lúdica, en materia de juegos. Gallegos entonces le refirió una anécdota y era que, cuando el vino por primera vez a Europa por la enfermedad de la rodilla de su señora, a quién operaron en Polonia, en Italia él hizo un *tour* por la Costa Azul con la gran curiosidad de conocer el célebre y famoso Casino de Montecarlo. Llegó con el *tour* al Casino de Montecarlo y entonces dijo que quería ir ya a jugar un número que tenía en la cabeza durante el viaje, pero entonces el guía le dijo: «No, no señor, aquí el *tour* empieza por visitar todo el casino y luego termina en la sala de juegos». Se plegó al *tour*. Llegó, y cuando entró a la sala de juegos el número que quería jugar había salido tres veces seguidas. Caillois se apasionó con ese fenómeno y yo le escribí después una carta diciéndole: «Bueno Caillois, precise lo de *Canaima* porque no le vaya a pasar a usted lo que le pasó a don Rómulo con el número veintisiete, o sea, que llegó tarde para jugarlo». Le llevé la carta a Gallegos para que la aprobara

y me dijo: «No, no, ¡jamás!, ¡quita todo eso del juego!». «¿Y por qué don Rómulo?». «No, no, tú te imaginas que después van a decir, si esa carta cae en manos de alguien el día de mañana, que yo era un jugador, que frecuentaba el Casino de Montecarlo. ¡No, no, quita eso!».



Fotografía de Rafael Salvatore

»Te cuento tal situación para que veas cómo ya Gallegos estaba ante su estatua, de modo que una cosa espontánea, sentado alrededor de una mesa cordial, de repente lo borró, porque ya quería que quedaran de él solo las imágenes perfectas. Entonces, claro, un personaje así, que está trabajando para su estatua, y que de por sí era un ensimismado, y al que se unían las dos cosas, hay que verlo bien para comprender lo que significa el trato con Gallegos. Era como enfrentar a la serranía del Ávila o al Pico Naiguatá. Resultaba una persona completamente sumida, casi generalmente en él mismo, en sus problemas, de modo que las cosas más nimias, como ir a poner una carta en el correo, salir a pasear o hacer una llamada telefónica, eran un problema que movilizaba a toda la casa para atender lo que él quería.

Eso, por supuesto, a mí me decepcionó por completo, pero me decía, bueno, un «monstruo sagrado» y ahora está en todo su apogeo, y hay que admitirlo, pues. No digo más, Benito.

Juan Liscano nos repite que ha hablado suficiente y que siempre en la vida hay encuentros y desencuentros. Nos queda en la memoria mucho de lo que nos comentaría ese viernes de mayo en la noche, cuando nos habló de academicismo y vanguardia, y de la cultura industrial que está acabando con lo nuestro para imponer otro tipo de identidad, de sus tormentos, de sus matrimonios, de su falta de amantes verdaderas y del exceso de mujeres y de licor. Transcurrió el año 1984 y habló y habló Liscano de sí mismo, de sus aspiraciones místicas, de la guerra y la política, y de la ceguera del hombre actual. Nos dice ahora, para concluir con Gallegos, que ha hablado suficiente. Inicialmente pensé que «Gallegos, el otro» se pudiera titular esta reflexión íntima de Liscano, quien tiene por costumbre dar un paso más, y otro más, a lo más profundo del ser. Siempre la indagación interior ha sido una constante en su obra intelectual, y recientemente se ha difundido una opinión que generó múltiples discusiones al celebrarse el Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar, teniendo entre los escritores invitados a Liscano. Alguna de sus conferencias la tituló «Bolívar, el otro».

Ahora entendemos por qué nos dijo Juan Liscano, al comienzo de la entrevista, que hablaría de algunas anécdotas de la forma más discreta posible para no herir susceptibilidades galleguianas.

LUIS MANUEL PEÑALVER:
**«A Rómulo Gallegos lo estuve acompañando
mucho tiempo, y él acompañándome a mí»**



Al ingresar a la Universidad de Oriente, el rector que me invitó a formar parte de su equipo se llamaba Víctor Fossi Belloso, un arquitecto venezolano nacido en Maracaibo en el año 1927, y que llegaría a especializarse en planificación urbana y regional en la Universidad de California, en Berkeley. Fallece en el año 2014. Antes de conocerlo pude encontrarme con Luis Manuel Peñalver, cuando yo no formaba parte de la nómina de la Universidad de Oriente, pues mi tarea de entonces fue la de brindar apoyo al movimiento estudiantil en lucha, alcanzar fines y objetivos distintos para obtener la deseada vida democrática, y entre otros sueños la autonomía universitaria.



Durante la entrevista, en la oficina de enlace de la Universidad de Oriente, Altamira, Caracas, Venezuela. Fotografía de Rafael Salvatore

Ya en 1969 yo estaba allí metido en medio del conflicto. Había un parentesco con sucesos estudiantiles como el de París, con la Revolución de Mayo, o el movimiento de Córdoba en Argentina, o la renovación de la Universidad Central de Venezuela en Caracas. Surgió un momento en que la Universidad de Oriente, fundada por Luis Manuel Peñalver, después de diez años de

actividades ininterrumpidas, sufre un primer colapso coincidiendo con protestas en todas las universidades públicas del país. Los ejemplos quedan a la vista, y allí tenemos el caso de la famosa Operación Canguro que condujo, ese mismo año, al allanamiento y militarización de la principal universidad de Caracas. En Cumaná, los dirigentes estudiantiles crean un Comité Central de Toma, y durante dos meses no se hizo posible reanudar normalmente las labores en las famosas instalaciones educativas de Cerro Colorado, tampoco en ningún otro núcleo universitario de la región. Me vinculé mucho a jóvenes líderes de ese tiempo, como Orlando Díaz Golindano, el «Chino» Rojas, Sixto Betancourt y otros, quienes rechazaban la presencia del Cuerpo de la Paz en los planes universitarios, así como el apoyo de la Fundación Rockefeller y de la Fundación Ford. Era ese el país. Por cincuenta y siete días hubo una paralización forzosa. Yo tenía apenas dieciocho años y pasé por allí, pero como lo explicaría antes, en mis reflexiones iniciales, el primer viaje a Cumaná fue mucho más anticipado, un mes de agosto de 1964, sin haber cumplido aún catorce años, cuando me impactó lo que vi en el auditorio ubicado frente al mar de San Luis, descubriendo bailes representativos de serpientes malignas y del tango Tatarú, y del Mampulorio, y estrafalarios toques de tambores y del quitiplás de Barlovento que me deslumbraron tanto. Justamente sobre estos y otros detalles me atrevo a conversar con Luis Manuel Peñalver, antes de dar inicio a nuestra entrevista formal en la sede universitaria de Caracas, conocida como Oficina de Enlace frente a la Plaza San Juan Bosco de Altamira. Por supuesto, no puede estar ausente en la tertulia el nombre de Alfredo Armas Alfonzo, y reiteradamente tocamos los caminos de Cumaná, porque en su tiempo de rector existía un panorama pesimista en la ciudad, que siempre permaneció retrasada en relación al crecimiento vertiginoso del país, padeciendo graves situaciones de analfabetismo, de madres

solteras y de exceso de mujeres más que de hombres, porque los varones migraban. Es un tema que apasiona a Luis Manuel Peñalver, quien nos recuerda que en su período de Rector propuso la creación de un proyecto denominado «Radiografía de una Ciudad» para estudiar a uno de los lugares más empobrecidos y agobiados de problemas de toda Venezuela, como lo había sido Cumaná, la ciudad Marinera y Mariscal que todos nombraban como la Primogénita del Continente.

Luis Manuel Peñalver es médico de profesión, pedagogo también. Fue ministro de Educación durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez entre el año 1974 y 1977, pero mucho tiempo antes, cuando Rómulo Betancourt presidía la Junta Revolucionaria de Gobierno en 1945, se le designó como vicerrector de la Universidad Central de Venezuela, la misma casa de estudios de la cual egresó dos años antes con el título de médico. Entre los numerosos méritos por los que se le recuerda está el de haber fundado la Universidad de Oriente, además de la Universidad Nacional Abierta y la Universidad Metropolitana de Caracas, así como su actuación en la Comisión Organizadora de la Universidad Simón Bolívar, en medio de un gran peregrinaje que lo lleva a vincularse a diversas y numerosas organizaciones internacionales. Luis Manuel Peñalver fue amigo y maestro, como lo definen muchos. Por ser militante activo del partido Acción Democrática, entre tantos otros líderes políticos, le correspondió también pasar años de exilio en escogidos lugares del continente americano. Esa es la razón que nos mueve a contactarlo para escucharle hablar de Rómulo Gallegos en el lapso en que compartieron juntos la experiencia del destierro.

—Bueno, como comenté previamente, doctor Peñalver, me refiero a lo que pretendemos preparar sobre Rómulo Gallegos. Sabiendo de su cercana relación con el Maestro, quisiera empezar por conocer, ¿en qué momento comenzó esa amistad?

—Mira, Benito, conocí a Rómulo Gallegos desde que era estudiante. Lo conocí leyéndolo cuando estudiaba bachillerato en Cumaná, entre el año 1932 y 1936, y entre las pocas obras de Gallegos que llegaron a mí estaban *Doña Bárbara*, *El forastero*, y posteriormente *Cantaclaro*. Pasaban de mano a mano entre los estudiantes, casi como obras subversivas, porque evidentemente, aun cuando se habían publicado en el país o bien en España, algunas de ellas tenían poca circulación aquí, ya que se sabía que Gallegos era enemigo del gobierno de Juan Vicente Gómez. Por supuesto, nos trajo mucha zozobra como estudiantes, especialmente por la obra *El forastero*, que era netamente subversiva contra el gobierno de Gómez, y que como tú sabes, narra la historia del hombre forastero que llega a un pueblo y empieza a querer cambiar las cosas y se tropieza con los problemas de la resistencia, de la tradición y de la autoridad constituida. Después de eso vine a Caracas. Antes de estudiar medicina tuve que sacar mi título de bachiller y lo hice en el Liceo Andrés Bello, donde fue director Germán López Orihuela. Inmediatamente después de graduado de bachiller, y de haber empezado medicina, ingresé al Liceo Andrés Bello como profesor de castellano y literatura, llevado allí por López Orihuela. Eso entonces tuvo un doble valor para mí, primero porque el liceo Andrés Bello era el sucesor del Liceo Caracas, que fue el liceo donde Rómulo Gallegos estuvo enseñando casi toda su vida, y allí, en el Liceo Andrés Bello, estaba presente siempre el recuerdo de Rómulo Gallegos, que era un poco el símbolo oculto del liceo. Gallegos no iba nunca al Liceo, pero su nombre andaba presente en todas partes, los mismos profesores, la gente que lo recordaba, por supuesto, desde el papel del Liceo como referente de luchas históricas. Además, al enseñar literatura y lenguaje, tanto las obras de Gallegos como las de Andrés Bello eran las preferidas, inclusive a través de las cuales uno podía mandar un mensaje de

carácter revolucionario, de renovación democrática, puesto que estábamos entre los años 1936 y 1937, que eran años inmediatos después de la muerte de Juan Vicente Gómez.

—Doctor Peñalver, en relación a su militancia política, ¿es acaso una combinación con la tarea de educador de la cual nos habla? ¿Se vincula políticamente a Rómulo Gallegos o fueron otras las circunstancias de esa gran amistad?

—Yo empecé también en la política muy joven. Ingresé al Partido Democrático Nacional (PDN) y más tarde a Acción Democrática, y allí me encontré físicamente con Rómulo Gallegos. Él no era en ese tiempo un político militante, nunca lo fue. Rómulo siempre compartió su actitud muy firme, democrática, con un amor hacia las letras y con un sentido bastante desprendido y amplio de la política. Conocí al Rómulo Gallegos de entonces. Ya estando en el PDN, nosotros teníamos que lanzar una figura como candidato presidencial. Éramos un partido clandestino bajo el período de López Contreras, pero teníamos que encontrar respiraderos visibles, y entonces los grandes hombres como Andrés Eloy Blanco, como Rómulo Gallegos, que representaban un valor, una dimensión importante para la juventud y para el pueblo que empezaba a vivir la democracia, fueron lanzados por el partido como candidatos. Gallegos fue como candidato a senador, y Andrés Eloy Blanco primero como concejal y luego también como diputado al Congreso Nacional. El hecho de que ellos fueran candidatos independientes del partido clandestino, nos dio a nosotros la posibilidad de conversar con Rómulo Gallegos y de ir apreciando, no solamente el valor moral y el valor literario y político de fondo, sino inclusive el valor humano del viejo Gallegos, lo que me permitió establecer una amistad en ese tiempo para continuarla prácticamente a través de toda la vida.

»Después del PDN vino, como tú ya sabrás, un período en que se solidificó el gobierno de Isaías Medina Angarita. Primero

hubo la transición entre López Contreras y Medina, y en ese tiempo el Congreso Nacional era el que elegía al presidente de la república. La mayoría del Congreso Nacional lo tenía el partido de gobierno, el partido de Eleazar López Contreras, y estaba descontado que iba a ganar las elecciones el general Isaías Medina Angarita, que era el candidato del gobierno, pero se resolvió entonces lanzar la candidatura simbólica de Rómulo Gallegos. Sabíamos que en el Congreso no tendría sino trece votos, que eran los trece votos de la gente que nosotros habíamos podido llevar al Congreso, en distintos momentos, y que votarían por él.

Rómulo Gallegos convino en que se lanzara su candidatura, sabiendo que sería una candidatura perdedora, porque en el Congreso había ciento veinte o ciento treinta diputados del gobierno y apenas trece de la oposición, que era además una oposición clandestina. Así se organizó un grupo de gente independiente y respaldada por el partido para lanzar la candidatura de Rómulo Gallegos, y a mí me correspondió estar como representante estudiantil por la Federación de Estudiantes en ese comité que aupaba la candidatura de Rómulo Gallegos. Eso me permitió por primera vez entrar en una campaña política y recorrí con muchas ganas el país. Iba a una buena parte del territorio nacional acompañando al viejo Rómulo Gallegos y eso me dio, por supuesto, un conocimiento bastante amplio de él, mayor vinculación y me permitiría conocer también sus contradicciones, porque era hombre muy temperamental. No tenía una formación política o doctrinaria, como se dice ahora, sino que era un hombre enamorado de la libertad, de la democracia, de una forma intuitiva, y en sus planteamientos caía muchas veces en contradicciones por esa falta de formación política sistemática. Luego la historia se conoce, es decir, Rómulo Gallegos pierde las elecciones, pero ese movimiento caudaloso de gente que por primera vez se lanzó a la calle, después de una dictadura de veintisiete años

para apoyar a un candidato presidencial, se solidificó, y entonces se decía que Gallegos ganó la elección en la calle y Medina la ganó en el Congreso. Vino el período democrático del presidente Isaías Medina Angarita que, a causa de la influencia que tuvo el auge de la posguerra, se vio obligado a abrir el compás del antiguo gomecismo hacia una verdadera apertura y, además, yo diría, que por temperamento y por convicciones, también del general Medina, ocurrió así. Eso permite que el PDN saliera con el nombre de Acción Democrática al campo político. El PDN nació clandestino e ilegalizado, y no podía actuar. Entonces se inventó el nombre de Acción Democrática y Rómulo Gallegos hizo un gran papel en tal sentido, porque él fue elegido presidente del partido, Andrés Eloy Blanco el vicepresidente y Rómulo Betancourt el secretario general. Una representación de altura. Aprovechando el gran impacto que había significado la candidatura de Gallegos, y la campaña política que logramos en todo el país, se constituyó Acción Democrática en una forma sólida como un partido moderno de carácter popular. Por supuesto, se logró el triunfo cuando se produjo la Revolución de Octubre y se discute, entre los años 1945 y 1946, el sufragio universal y se establece finalmente la votación con presencia de jóvenes, de analfabetos y de mujeres, quienes pudieron seleccionar el primer candidato de Acción Democrática que fue Rómulo Gallegos, elegido en el año 1948. No duró sino nueve meses en el poder, porque resultaría derrocado por el sector militar, influido por las compañías petroleras y los sectores de derecha del país, y por sectores internacionales también, que no veían con buenos ojos que pudiera llegar al gobierno un partido que iba a nacionalizar el petróleo, que iba a tomar medidas de carácter nacionalista.

—Había una diferencia de edad significativa entre ustedes dos. ¿Cómo prosigue esa relación después del llamado derrocamiento, si lo que viene es el exilio?

—Esos años significaron para mí un mayor acercamiento a Rómulo Gallegos. Era un hombre que a pesar de la diferencia de edad que existía entre nosotros, porque yo era un estudiante y me gradué en el año 1943, sin embargo, al viejo Rómulo le gustaba discutir con la gente joven, y en ese sentido yo creo que nos dio grandes lecciones de entereza, de rectitud. Aún en medio de esas incidencias revolucionarias, él mantuvo siempre un criterio bastante independiente y muy crítico dentro del partido. A veces, inclusive, llegó a crearnos verdaderos problemas al no estar de acuerdo con determinadas medidas que eran aconsejables desde el punto de vista de estrategia política, pero no de ortodoxia ideológica. En el partido había siempre que torear al viejo Gallegos. Él era, además, un hombre de un carácter fuerte, incluso irascible, y nosotros lo llamábamos en confianza, «el chivo encaramado», porque se trataba de saber cómo explicarle algo al «chivo encaramado» cuando ocurrían problemas difíciles, pero, así como se enojaba, al rato volvía de nuevo al buen humor, y a veces hasta se emocionaba en el momento de la reconciliación sobre los puntos de vista nuestros.



Fotografía de Rafael Salvatore

—Una nueva pregunta doctor Peñalver. ¿Qué posición dirigente ocupaba usted en aquel momento de la derrota?

—Cuando derrocaron a Rómulo Gallegos yo no estaba en Venezuela, estaba en la Unesco como delegado. Yo era vicerrector de la Universidad Central de Venezuela y formaba parte de la delegación de la Unesco que se reunió en Beirut en el año 1948. Allí fue cuando supimos sobre el derrocamiento de Rómulo Gallegos e inmediatamente le mandé un cablegrama a la Junta de Gobierno que dirigía Germán Suárez Flamerich, porque fuimos amigos en la universidad cuando él era decano de la Facultad de Derecho. Hicimos buena amistad. Entonces le mandé un mensaje muy fuerte a Germán Suárez Flamerich, renunciando a la delegación de la Unesco. Con unos setecientos dólares que me quedaban y los pasajes, me regresé con mi esposa a París. Nos encontramos con Andrés Eloy Blanco que estaba en las Naciones Unidas. Esperábamos que hubiese alguna reacción popular, pero viendo el rumbo que tomaba el asunto resolvimos regresar a Venezuela. Lo hice por la vía de Sofía-Nueva York, con Alejandro Ávila Chacín junto a otros compañeros que estaban prácticamente exiliados. Supimos que Rómulo Gallegos había sido expulsado a Cuba. Logré hacer contacto con el viejo Gallegos por teléfono, quien me llamó para que fuera a acompañarlo. Entonces fui a Cuba donde prácticamente, durante el resto del año 1948, de noviembre a diciembre, más los años 1949 y 1950, estuvimos trabajando allí con los exiliados, y yo actuaba como una especie de secretario del viejo Gallegos, porque era el responsable del gobierno de exiliados de La Habana.

—¿Y cómo se desarrolló ese contacto en La Habana, qué tipo de tareas cumplían juntos?

—Eso, por supuesto, me permitió todavía ampliar mucho más el contacto con el Maestro Gallegos, con sus grandes virtudes, con sus defectos, con sus contradicciones, pero sobre todo

con su línea inconvencible de tipo democrático. En Cuba hizo una vida literaria bastante fecunda, al mismo tiempo de avanzar en la política. Nos reuníamos para discutir las cosas, se hacían documentos que muchas veces se negaría a firmar al no gustarle como estaban escritos. Había, por supuesto, que acceder a sus planteamientos, y sobre ese tema discutíamos demasiado. Luego volvió a su profesión literaria. Yo fui testigo emocionado de cómo paría un libro Rómulo Gallegos. Por ejemplo, ese libro *La brizna de paja en el viento* que, como tú sabrás, recoge el fervor de la lucha revolucionaria, un poco enguerrillada, de los estudiantes cubanos en contra de la dictadura y la aparición por primera vez del pistolero estudiantil, que fue una fase de la cual surgió después, prácticamente, el terrorismo de izquierda. Rómulo Gallegos en ese tiempo era muy amigo de Raúl Roa García y de Sara Hernández Catá, la hija de Alfonso Hernández Catá, el gran cuentista. Justamente, Gallegos vivía en la casa de Sara Hernández Catá en el reparto La Sierra, donde estábamos firmemente a su lado. Raúl nos recordaba muchas veces que a Gallegos le gustaba estar solo al escribir, pero acompañado cuando no estaba escribiendo.

»En Cuba se llama reparto a las urbanizaciones. Rómulo vivió como dos años en el reparto La Sierra, que era uno de nuestros centros de reuniones. Bonita la casa que ocupaba Rómulo Gallegos donde Sara Hernández Catá, y bonito también el Hotel San Luis que estaba en la calle Belascoáin 73, cerca de la Plaza de Maceo. Allí, desde ese Hotel San Luis, que era de Cruz Alonso, un cubano de origen canario de gran fervor revolucionario, manteníamos nuestros encuentros. Una vez Cruz Alonso salió en una expedición para Cayo Confite en República Dominicana a intentar derrocar a «Chapita», como era conocido el dictador Rafael Leonidas Trujillo. No había movimiento de carácter revolucionario de exiliados que no contara con el

apoyo de Cruz Alonso. Él fue padre de la esposa de Braulio Jatar, político nuestro que ya está retirado del partido. Vivíamos todos haciendo una gran comunidad. Llegó un momento que en el hotel había alrededor de sesenta u ochenta exiliados, y prácticamente estaba tomado por nosotros. Algunas veces le pagábamos, otras veces no, pero no lo tomaba a mal. También hubo una oportunidad en que el gobierno de Marcos Pérez Jiménez llegó a expulsar como a cien campesinos.

—¿Pérez Jiménez expulsó a Cuba a cien campesinos? ¿Por qué razones? ¿En qué condiciones?

—Sí, como a cien campesinos que llegaron allá descalzos, en alpargatas, muchos inclusive sin ropa, y los metió en un avión. Ese fue un alzamiento que hubo en Turén. El gobierno se dejó de tonterías, los mantuvo en la cárcel un tiempo, expulsándolos posteriormente para Cuba. Nosotros tuvimos que alquilar una casa en la esquina de Horno Negro, un edificio de apartamentos donde tomamos un piso completo y allí el gobierno cubano, con Prío Socarrás al frente, nos ayudó mucho. Nos dio camas, cobijas y otras cosas, logrando mantener a aquellos exiliados hasta que nosotros pudiéramos mandarlos hacia distintos sitios para trabajar. El viejo Gallegos fue muy sensible en eso, ayudándonos mucho. También Andrés Eloy Blanco con los amigos cubanos de influencia para mantener ese grupo de exiliados que protegimos en La Habana. Yo pasé recientemente por La Habana y sentí la emoción de recorrer esos lugares, especialmente la casa de Sara Hernández Catá.

—¿Se mantiene todavía esa casa en La Habana? ¿En qué condiciones?

—La casa está todavía. Es una casa que ya pertenece al Estado y creo que está dedicada a una escuela o algo así. El día que fui era un día domingo y estaba cerrada. El hotel está transformado en un conjunto de viviendas populares. Todas las habitaciones

fueron convertidas en apartamentos para familias, y hoy día tiene aspecto de una casa de vecindad pobre, más de lo que era aquel hotel, un hotel importante para nosotros, sobre todo desde el punto de vista político.

—Doctor Peñalver, empezó a hablarme de la novela *La brizna de paja en el viento* que escribió Rómulo Gallegos en Cuba. Ahora pregunto, ¿cómo me podría narrar su experiencia al verlo en esta hermosa tarea?

—Entre esos dos polos, la casa de Gallegos y el Hotel San Luis, giraba la vida nuestra. Yo trabajaba además en la Universidad de La Habana. Fui uno de los pocos exiliados que consiguió trabajo, y eso me permitió vivir y ayudar a vivir a otros compañeros del exilio. El viejo Gallegos, como te comentaba, escribió *La brizna de paja en el viento*. Raúl Roa, quien murió recientemente, era un hombre de una gran inquietud. Llevó a Gallegos, y yo lo acompañaba algunas veces, a visitar los ingenios azucareros, a observar cómo era la zafra, a hablar con la gente del campo, con la gente de los pueblos pequeños, al mismo tiempo que hacía contacto con los estudiantes de la universidad. Eso le permitió a Rómulo Gallegos crear todo aquel ambiente, mitad campesino con la zafra, mitad revolucionario en la universidad. Fue en la época de Fulgencio Batista, anterior al período de Carlos Prío Socarrás.

»Me correspondió ver cómo Rómulo Gallegos creaba una novela, porque tenía un modo muy particular de escribir. Él se enmatataba, para usar una palabra que se repite mucho en *Doña Bárbara*. Significa un toro bravo que se mete en un monte y no quiere salir. Eso es estar enmatado. Gallegos aparecía enmatado cuando pensaba en la novela, y lo que hacía era tomar café, caminar, y luego se encerraba en su cuarto con una maquinita que todavía existe, donde escribía con dos dedos. Se encerraba físicamente, inclusive podía pasar uno o dos días prácticamente sin

comer. Teotiste, que lo conocía muy bien, Doña Teo, que era una mujer admirable, que lo acompañó durante toda su vida, le tocaba la puerta. Era la única persona que dejaba entrar cuando estaba escribiendo, y a la fuerza lo hacía comer. Generalmente comía poco y fumaba. Solo tomaba café, pasando dos o tres días encerrado, y salía con capítulos completos de la novela. Era cuando reunía a sus amigos, a Andrés Eloy Blanco, a Raúl Roa, a algunos intelectuales cubanos y a algunos de nosotros, los exiliados, para leernos el capítulo. De inmediato escuchaba las consideraciones que le hacíamos, y él expresaba sus propias observaciones. Luego, ocurría una cosa, y era que el viejo Gallegos tenía una memoria prodigiosa desde el punto de vista de los conceptos y de las palabras. Por ejemplo, yo presencié todo un capítulo donde Rosaura, la nueva protagonista, que era una muchacha altanera y valiente, se mete dentro de una jaula de leones y agarra al león por la cabeza. Por supuesto, era un león de feria. Lo agarró por la melena y entonces demostró que ella era una mujer que podía darle frente a un gran peligro. Después que Gallegos hizo ese capítulo, la primera vez, en presencia mía lo rompió. Era un capítulo como de diez o doce páginas. «Esto no me gusta», dijo, y lo rompió. Lo tiró al cesto de la basura y se encierra a escribirlo de nuevo. Nosotros, que habíamos oído el primer capítulo, nos dimos cuenta de que no era un nuevo capítulo, lo que hacía era repetir prácticamente las mismas palabras, introduciendo las modificaciones que se le habían ocurrido. La restauración de un capítulo era un trabajo donde lo repetía en un cincuenta o sesenta por ciento, con las mismas palabras y giros con que había hecho el capítulo original. Nos decía Doña Teo que tenía esa lucha con Gallegos para evitar que rompiera los escritos. Él muchas veces decía: «Esto no me gusta» y lo trataba de romper. Ella le reclamaba: «No lo rompas, déjalo, espérate y lo vuelves a leer para ver cómo te parece», y así logró salvar

Doña Teo muchos manuscritos del viejo Gallegos, cuyo primer impulso era romper el libro o la novela y hacerla de nuevo.

—Otra pregunta, doctor Peñalver. Los cubanos, amigos de Gallegos en aquellos tiempos, ¿qué otro tipo de trato significativo le dieron, más allá de lo que nos ha explicado?

—Esa fue una experiencia realmente interesante. Era muy querido por los cubanos. Recuerdo yo que hubo una época, después de esa novela, en que se sintió bastante fatigado, y Raúl Roa le consigue una casita en una playa que se llama Guanabo, en Cuba, una playa muy bonita. Yo pasé por allí también. Hice un recorrido de los pasos nuestros por La Habana, por Cuba. Antes era un pueblo pequeño, un pueblo de balneario de tipo popular, y recuerdo mucho que la casa que nos dieron estaba frente a una bodega, una pulpería, donde habían puesto una rocola, que en ese tiempo era la máquina más moderna en materia de música. El viejo Gallegos la detestaba porque todo el día se escuchaban las mismas canciones, repitiendo los discos. Un día, que fue Raúl Roa a visitarlo, porque tenía una influencia en el gobierno de Prío, le dice: «Bueno Maestro ¿qué quiere usted? ¿Cómo se siente?», y Gallegos le responde: «Bien, pero le tengo a usted un problema grave». «¿Cuál es el problema, Maestro?», «¡Yo quiero que uses tus influencias con el gobierno y me mandes a quitar de allí esa máquina de moler música!».

—Tengo entendido que Rómulo Gallegos no permaneció todo ese tiempo en Cuba de manera regular, y que de allí salía a otros países y regresaba. ¿Usted también le hacía compañía fuera de La Habana?

—De Cuba yo acompañé a Gallegos a un viaje a Estados Unidos. Él no hablaba inglés, decía unas cuantas palabras, pero muy chapuceadas. Tuvimos que ir a Miami en varias oportunidades para hacer gestiones, porque se hablaba de la traducción de sus libros. Entonces fuimos los amigos a acompañarlo

a Miami, e hicimos una visita a un amigo suyo. Se trataba del excandidato a la Presidencia de Venezuela, en el año 1945, Diógenes Escalante. Benito, te cuento esto. Cuando se presentó el término de la Presidencia del general Isaías Medina Angarita hubo una presión de las fuerzas democráticas, de Acción Democrática, de los partidos que se habían constituido, para encontrar una salida de carácter electoral y que no fuese la imposición del candidato por el gobierno. Se había llegado prácticamente a un entendimiento con el gobierno de Medina Angarita y Diógenes Escalante, quien era embajador de Venezuela en Washington, un hombre muy culto, un hombre de mentalidad moderna, que debía ser elegido por el Congreso como una transición para la Presidencia. Fue el compromiso después de establecer las bases de elecciones universales. Había un convenio entre el gobierno de Medina Angarita y la oposición, que estaba conformada por nosotros, fundamentalmente, para que Escalante pudiera ser presidente de la República. De acá fue a Washington una comisión donde estuvieron Rómulo Betancourt y creo que Andrés Eloy Blanco y otros políticos, a conversar con Escalante. Escalante vino a Venezuela a seguir estas conversaciones y lamentablemente se enfermó. Le dio un ataque cerebral, frustrando la posibilidad de una apertura democrática evolutiva, que era lo que estaba propiciando Acción Democrática. Después de eso no hubo más entendimiento, y surgió entonces la Revolución de Octubre, que fue una reacción de los militares jóvenes y civiles contra el gobierno de Medina Angarita. Esa es ya historia conocida, pero te decía la anécdota porque nosotros fuimos a visitar al viejo Escalante a Miami. Estaba bastante deteriorado. Él aún tenía períodos de lucidez que le permitían conversar y recordar las cosas, pero de pronto caía en lapsos de agitación y perdía la ilación de las palabras. Decía malas palabras, y cuando caía en ese estado, al viejo Gallegos le afectaba mucho, porque

era amigo de Escalante y le dolía verlo así. Luego el viejo Gallegos se va a México, y lo vi una sola vez en Cuernavaca. A él, debido a la presión arterial, le recomendaron los médicos, junto a Andrés Eloy Blanco, que vivieran en Cuernavaca porque se daba un clima bastante benigno y una altura parecida a la de Caracas.

—¿La permanencia en México fue por largo tiempo?

—No permanecí con él en México. Solo nos encontramos una vez. En México hizo esa novela que tuvo dos nombres, *La brasa en el pico del cuervo* y *Tierra bajo los pies*, una novela de la Revolución mexicana. Después de eso Rómulo Gallegos regresó a Venezuela, ya restablecida la democracia, y lo seguí viendo mucho tiempo. Todavía tengo una foto de él dónde está con mi hijo, Andrés Eloy, que ahora es un hombre. Aparece cargándolo y el muchacho en los brazos molestándolo. Íbamos con frecuencia a verlo y ya le estaban pegando los años. Fue entrando en una taciturnidad, un silencio muy prolongado, y dolía ver cómo a Gallegos lo iba consumiendo la vejez. Nosotros nos mantuvimos siempre a su lado, toda la gente amiga, hasta que finalmente murió. Tuve la complacencia de que la primera promoción de la Universidad de Oriente llevara su nombre. Le dimos el primer título de doctor *honoris causa* que otorgó la universidad. De modo que yo podría decir que a Rómulo Gallegos lo estuve acompañando mucho tiempo, y él acompañándome a mí, dentro de lo relativo del término, desde la época de estudiante hasta la época en que fui rector de una universidad.

—Doctor Peñalver, un poco así lo habíamos imaginado, con esa vinculación tan especial. Nos llamó mucho la atención cuando se inauguraba la biblioteca que Rómulo Gallegos donó a la Universidad de Oriente, y se decía de alguna manera que esa biblioteca empezó a viajar desde el momento en que Gallegos sale del país, y finalmente se da este paso que honra a la

universidad. Esa biblioteca regresa para tener un solo destino en la Universidad de Oriente. Un elemento vinculante con Rómulo Gallegos desde todo punto de vista, más allá de la creación. Un gesto noble, pero yo deseo regresar al tema de La Habana, y hay una pregunta que formulo para completar de alguna manera esta conversación. ¿Me podría recordar algunos nombres de los otros exiliados que estuvieron en Cuba entonces?

—Benito, por Cuba pasaron no menos de quinientos exiliados. Los más importantes fueron Braulio Jatar Dotti, Alejandro Ávila Chacín, Andrés Eloy Blanco y también estuvo Manuel Martínez. Prácticamente todos los líderes de Venezuela pasaban por La Habana, estaban un tiempo allí y luego se adoptaba el sistema de distribución hacia otros países, porque en La Habana era difícil conseguir trabajo, además la vida era relativamente cara, porque el peso cubano era equivalente al dólar, entonces la vida era bastante cara y, por supuesto, en una isla en ese tiempo, pequeña, limitada, no había muchas posibilidades de trabajar. Nosotros desde allí distribuíamos a la gente.

—Creo que La Habana y México, básicamente, fueron los cordones de apoyo durante el exilio. Otra cosa que quería saber, doctor Peñalver, conocerlo de sus propios labios. Durante ese período en que Gallegos está en la Presidencia de la República, ¿qué aspecto significativo considera que existió para la educación venezolana? ¿En qué forma pudo Gallegos, en tan escaso tiempo en la Presidencia de la República, contribuir con el desarrollo de la educación en el país? ¿Hubo algún tipo de iniciativa de transformación de la educación hacia lo profundo?

—Sí, la más importante fue la elaboración de una Ley de Educación que cambió pues todas las anteriores, y hubo por primera vez un planteamiento global del desarrollo educativo. Luego se estableció, por primera vez, la autonomía a las universidades con el Estatuto Orgánico de las Universidades Nacionales



Fotografía de Rafael Salvatore

del año 1946, y que fue pues la base para que surgiera la Ley de Universidades actual. Por supuesto, tanto la Ley de Educación como el Estatuto Orgánico de las Universidades Nacionales fueron eliminados por la dictadura apenas se dio el golpe de Estado contra Rómulo Gallegos en el año 1948, y se regresó a un sistema muy reaccionario que después fue modificado, tras el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez en el año 1958.

—Indudablemente, entiendo, doctor Peñalver, que fue el primer paso para democratizar la educación en el país.

—Así es, Benito.

—Una pregunta final. Quisiera escuchar sus consideraciones sobre los amores entre Teotiste y Rómulo Gallegos. ¿En qué circunstancias conoce de la muerte de Teotiste?

—No estaba en México cuando fallece Teotiste, pero conozco todo por referencias de los exiliados. Él adoraba a Teotiste y era un amor que parecía de novela. Uno veía a Gallegos abrazado o besando a su mujer a cada instante. Era un hombre un poco áspero por fuera, a pesar de que tenía una gran suavidad

por dentro, pero era un hombre que le agarraba las manos a su mujer y se quedaba horas en silencio, sin conversar. La quería tanto que cuando murió Doña Teo, Gallegos dio orden de que la acostaran embalsamada en un panteón, panteón que creo le pertenecía a una de estas agrupaciones españolas, no recuerdo si era la canaria o la gallega, y que se encontraban con dificultades para los que veían aquel espectáculo de sus visitas tan frecuentes a la mujer amada, y la facilidad para él, al permitírsele que entrara al panteón y estuviera frente al cadáver de Teotiste, observándola por mucho tiempo. Así pasó semanas, hasta que finalmente los propios compañeros lo convencieron de que era una tontería, y que ya debía arrancarse la tortura que él mismo se estaba haciendo al recordar la muerte de su mujer. Fue entonces cuando resolvieron llevarlo para Cuernavaca por motivos de salud, y quedó ella definitivamente enterrada, hasta que en el año 1958 vuelve con el cadáver y lo traslada a Venezuela, como ya sabes. Allí están los dos enterrados, uno al lado del otro, como siempre quiso. Aquí en Caracas, en el Cementerio General del Sur.

Aquel fue nuestro último encuentro con Luis Manuel Peñalver, un 6 de marzo de 1986. No hablamos en el momento de la entrevista sobre la compleja realidad nacional de esos días en el país, y la crisis cierta de las universidades. Recuerdo que, en defensa de su gestión rectoral, al referirse a la Universidad de Oriente, alguna vez dijo que «Esta no es una universidad congelada», y vino a mi memoria, entonces, como un ejemplo, la imposibilidad de concluir algo sin distorsionar la percepción. Creo que eso nos pasa y quise expresárselo a Luis Manuel Peñalver, pero no pude aquel día jueves que invocaba temores y fantasmas, como lo hicieron de otra forma, en su laberinto mental, dos artistas en una obra insuperable publicada por la Editorial Universitaria de Cumaná, y que conservo entre mis recuerdos

maravillosos, *Imposibilia* de Gerd Leufert y Nedo. Imposibilidad y posibilidad. No nos volvimos a ver con el rector fundador de mi universidad, pero me llenó de satisfacción todo el aporte que hizo para este homenaje a Rómulo Gallegos. Tarde me llegó la noticia de que, un 28 de abril del 2004, fallecía a los ochenta y seis años. Luego supe que había nacido en una hacienda de café en Monteoscuro, allá entre montañas soldadas a la población de San Antonio de Capayacuar, en las tierras de Monagas, el día 1.º de febrero del año 1918.

SONIA GALLEGOS AROCHA:
«Mi papá vivía para mi mamá, y ella para él»



Me encanta Sonia Gallegos. Conserva el extraordinario don de permanecer vivamente con sus recuerdos y transmitirlos desde los pasajes interiores con marcada habilidad. Las rejas altísimas, frente a las que vivió tantos tiempos de fantasías y angustias, ya no las tiene cerca. Las ha dejado atrás, muy atrás. Ahora está instalada en su apartamento independiente en Altamira, Caracas, que tiene vista hacia la famosa Plaza Francia y hacia el simbólico Obelisco, al que dio fama el urbanista Luis Roche en el año 1945. Seguramente conoció mucho antes la naturaleza del lugar y todos sus detalles, cuando era hacienda agrícola con las grandes quebradas afluentes del río Guaire. Muy cerca estaba la Quinta Marisela donde disfrutaría de su infancia, llena de sonrisas y escuchando el canto de los pájaros, junto a otros niños del grupo familiar que retozaban al lado de Rómulo Gallegos y de Teotiste. Por allí empezamos la conversación, un día de culto inmemorial a San Pedro y a San Pablo, el 29 de junio de 1983, antes de dar vueltas y más vueltas a los recuerdos de Ciudad de México, en plena Reforma, donde estaría el Hotel Montejo y próximo al lugar, en la calle Toledo, aquel techo donde accedieron a un primer apartamento como nueva vivienda. Andrés Eloy Blanco, Arturo Briceño y su papá serían inseparables compañeros de larguísimas tertulias en ese país donde se hablaba de todo un poco. De Ciudad de México a Cuernavaca y de Cuernavaca a Ciudad de México, hasta vivir en Las Lomas, Monte Blanco. Ahora sí en una casa, y de esta forma, de un sitio a otro, de un apartamento a otro, hasta el encuentro en Michoacán, con calles estrechas de la poblada Morelia y sus canteras color rosa. Guayangareo, sería el nombre indígena de aquel emplazamiento fundado en medio del gran valle, el valle de Guayangareo, entre lomas y colinas, donde se impulsó con fuerza la causa independentista de la justiciera nación mexicana. No podía Rómulo Gallegos estar en México sin

dedicarle una novela a su gente. De allí nace esa obra póstuma *La brasa en el pico del cuervo* que, después de la muerte del Maestro, le correspondería a Sonia promover su edición bajo el título *Tierra bajo los pies*. Nunca el padre deseó publicarla y la ofrece a su hija para tomar alguna decisión final. Confesiones escritas que se entenderían luego como el significado de la revolución agraria en el tiempo de Emiliano Zapata. Ahora, al reavivar los recuerdos, el reloj nos dice que debemos ir a los detalles de la conversación, donde trataré de poner orden, mientras ella fuma de rato en rato. Su pelo negro luce muy corto y está brillante como siempre, pero no es la misma cabellera de antes, cuando la retrató bellísima Sebastián Garrido en Cumaná. Ella observa con lentitud confusa la realidad de la que habla, y yo me detengo a cada rato en la honestidad de su mirada.

—Amiga Sonia, ¿le han hecho antes algunas entrevistas sobre la vida de su padre, Rómulo Gallegos, que hayan sido publicadas?

—El año pasado nos hicieron una para la radio y otra para la televisión. Hace más o menos nueve años, también me entrevistaron junto a dos amigas mexicanas. A ellas como extranjeras que lo conocieron desde adolescentes, y a mí como la hija. Del resto algunas preguntas para el periódico cuando murió mi padre y cuando se enfermó por primera vez.

—Al Maestro Rómulo Gallegos se le ha abordado siempre desde el punto de vista del intelectual, del político. Eso ha sido importante en su vida, pero en este caso mi interés se acentúa en la condición humana, ese mundo más sencillo que se traspone entre el intelectual y el político, y que es realmente lo que identifica al hombre en sus actitudes y hechos. Incluso, yo no sabía hasta ahora que ustedes fueran hijos adoptivos. ¿Son verdaderos sobrinos de él?

—Sobrinos-nietos de la esposa de él, porque mi madre murió muy joven y mi papá también. Estábamos muy pequeños. Yo

vivía un tiempo con ellos, otro tiempo con el abuelo, que era hermano de Teotiste, hasta que definitivamente me fui con ellos y mi hermano también. Primero me adoptaron a mí, y después mi padre Rómulo dijo que eso era muy injusto, que los hermanos no podían vivir separados y él no estaba de acuerdo con eso. Decía que se adoptaba a los dos o no se adoptaba a ninguno, entonces nos adoptaron a los dos.



Durante la entrevista, en la casa de Sonia Gallegos, Altamira, Caracas, Venezuela.
Fotografía de Rafael Salvatore

—¿Y cuando los adoptaron ya Rómulo Gallegos era presidente?

—No, a mí me adoptaron en 1946 y a mi hermano un tiempo después, pero siempre vivimos con ellos. Recuerdo que desde los seis años.

—Vuelvo a lo mismo. ¿Ustedes en su infancia cómo llegaron a entender toda aquella situación de Gallegos como presidente de la República de Venezuela?

—Yo creo que en aquella época a uno no lo educaban como para ser hijo de presidente alguno. Se trataba de otro país y ellos eran muy sencillos, entonces la vida de nosotros resultaría muy

sencilla, muy llena de cosas simples. Los hijos del presidente iban al colegio a pie, entre las veredas de mangos, cruzando por las quebradas hasta que llegábamos a Chacao. Cuando llovía nos mandaban en un carro blindado. Fue el primer carro de ese tipo que supuestamente llegó aquí. Se lo regaló a mi padre un gringo, Mr. Williams Stevens, él le regaló ese carro a mi papá y era como un Cadillac blindado, parecía una carroza mortuoria, y a nosotros nos llamaba mucho la atención porque tenía un lujo especial en el asiento delantero, en los traseros y en los asienticos esos del medio, pero allí iba la jauría, allí no iba el presidente sino nosotros, nuestros primos y todo el que se quisiera montarse, porque Altamira era despoblado y Los Palos Grandes también. Nosotros vivíamos como en una casa de campo. Al frente vivía una sobrina de mi mamá, al lado vivía otra sobrina, y todas ellas tenían hijos pequeños que formábamos parte de esa caravana. Era muy distinto a pesar de que había guardias y había edecanes. Quizás yo digo que era muy distinto porque lo veía muy sencillo y muy normal. Había una reunión y venía el Gabinete entero y uno se metía y echaba bromas, y llegaba Raúl Leoni y uno se colgaba de su cuello y le sacaba los chicles de los bolsillos del paltó, porque él tenía úlcera y no podía fumar. Era una vida muy sencilla.

—¿En qué parte de Altamira vivían ustedes?

—Todo el tiempo vivimos en Los Palos Grandes, en la Tercera transversal de Los Palos Grandes, que se recorre para llegar a Altamira. Era la única calle que había y la mandaron a asfaltar porque era de tierra. Claro, estaban las calles de Los Palos Grandes y quizás estaban las de Altamira también, pero no había ese tránsito que hay ahora. Eran unas urbanizaciones muy tranquilas.

—Usted me contó hace rato una anécdota de aquel diciembre cuando llegaron los juguetes. Me gustaría que lo volviera a comentar.

—Sí. Aquel cuarto lleno de juguetes. Claro, ¡los hijos del Presidente! En aquellos tiempos, salían a regalar a los hijos del Presidente quienes querían, y allí estaban muchos otros a los que les encantaba adular, pero mis padres decidieron que a los hijos del Presidente les dieran solo uno de los juguetes. Los demás se repartieron entre todos nuestros primos, porque esta familia, por lo menos la de mi mamá era, y todavía lo son, gente que no tiene posibilidades económicas. Mi mamá decía que era injusto que nosotros tuviéramos y ellos no. Mi papá y ella llegaron al acuerdo de que se repartieran los juguetes entre todos, y quedaron muy conformes.

—Luego, contrario a la voluntad de las mayorías, ocurre el golpe de Estado contra el presidente Gallegos. ¿De qué forma percibieron ustedes como niños esa inesperada situación, y en qué condiciones se encontraban en un momento tan complicado?

—Aquello fue muy angustioso. Recuerdo que en el momento en que a él se lo llevaban preso para nosotros fue horrible, una impresión indeseable. Quizás los adultos no lo tomarían en cuenta, pero a nosotros, a mi hermano y a mí, y a nuestros primos que vivían frente a la casa, se nos quedó grabada aquella escena. Llegó un camión, un camión de estacas lleno de soldados. Todos los niños estábamos replegados hacia una escalera y venía mi padre con un militar al lado, junto a mi mamá. Nosotros corrimos hacia él con piedras en las manos para defenderlo, porque tal vez pensábamos que con eso íbamos a hacer algo, y en medio de la desesperación, de saber que se lo llevaban preso, me abracé a sus piernas, pero me arrancaron a la fuerza. Nunca se me olvida que tenía un traje color tabaco con rayitas beige, y desde ese momento no puedo recordar más de lo que pasó allí. Sobre eso tengo una laguna. Días después entendí que nos metieron en la casa de un sobrino de mi mamá que vivía más arriba, porque había tiroteos. Luego nos trajeron

a la casa otra vez y estaba rodeada de soldados, y los soldados todas las noches mataban las gallinas, arrancaban las naranjas, se metían a la casa como si fuera su corralón, montaban los pies sobre un piano que había. Bueno, fueron situaciones muy desagradables hasta que llegó el 2 de diciembre. Creo que en la noche dijo mi mamá: «Bueno, hay que recoger todo porque ya nos vamos». Ese tiempo, desde el 24 de noviembre hasta el 2 de diciembre, estuvo preso mi papá. Yo fui a verlo con mi mamá y era como una especie de club donde nos encontramos los tres. Estaba en un cuarto que daba a un salón con piso de mármol blanco y negro, y al salir del cuarto, a la izquierda, se veía una mesa de billar. En ese cuarto había una cama como de hierro cubierta con una colcha tejida. Es como si hubiera tenido un sueño. A mi mamá y a mi papá los veo sentados en la cama conversando, y yo no sé dónde estaría, a lo mejor parada. A mi padre le preguntaron que quién quería que lo acompañara, y aparecen Gonzalo Barrios y dos amigos médicos que iban a verlo. Eran Humberto García Arocha e Isaac Pardo Soublette. Una sola vez yo fui. Después recuerdo que se esperaba ese aviso, y mientras tanto uno iba recogiendo todas las pertenencias en aquella casa, porque había que embalar los objetos sin saber qué destino seguiríamos. Una noche mamá dijo: «Bueno, mañana sí nos vamos». Nos levantamos muy temprano, de madrugada. Era una época en la que hacía mucho frío en Caracas y recuerdo que abordamos un carro. Adelante iba mi papá. Atrás íbamos mi mamá, dos tías mías, mi hermano y yo, e iba un guardia con el chofer. Hacia mucho frío en esa carretera hacia La Guaira. Recuerdo que llegamos al que ahora es el viejo aeropuerto, que tenía pisos de mosaicos rojos y estaba lleno de catres verdes con soldados durmiendo en ropa interior. Por allí, en medio de esa cantidad de soldados durmiendo en interiores, nos pasaron y nos subieron al avión. Nadie fue a despedirnos, no permitieron

que nadie se acercara a despedirnos. Yo no recuerdo si serían dos horas o más de tránsito en la carretera. Salimos a las dos de la mañana y llegaríamos como a las cinco o seis de la mañana. A partir de ese momento, dentro del avión, no recuerdo nada, quizás nos quedaríamos dormidos. Lo que me viene a la memoria es la llegada a Cuba y aquella cantidad de gente esperando a mi papá. Intelectuales, gente de gobierno, periodistas y un calor horrible. Mucho sol. Después un hotel muy bonito y una novedad para dos niños que no habían salido de una casa y de un jardín, y de una playa que era Naiguatá. De repente, vemos un mundo lleno de cosas distintas y participando en los honores que le hacían a mi papá. Para nosotros cambió la vida violentamente, además de ver a seres tan tristes porque ya no era lo mismo. Dos niños solitarios y cuatro adultos tristes. Había que dar declaraciones, había que atender al señor fulano, y eso era muy triste. Nos fuimos a una playa que estaba cerca de La Habana llamada Guanabo, y allí pasamos el 24 de diciembre en una casita de madera que seguramente alquilaron o nos prestaron. A mi papá le pusieron un chofer y nos llevó a ese lugar. La playa era rica, pero esa noche fue triste, oscura, lluviosa. Me acuerdo que mi mamá dijo: «Bueno, se acabó el Niño Jesús». Nos dieron veinticinco centavos de dólar a cada uno y se acabó el Niño Jesús. Ya yo tenía diez años.

—Dentro de esa imagen que recuerda sobre la llegada de los soldados en el camión de estacas, ¿cómo estaba el Maestro Galletos en la casa? ¿Serenos, aceptando el mal?

—A él se lo llevaron preso de la casa. Llegó Raúl Castro, primo de Carlos Delgado Chalbaud, y mi mamá dice que a aquel hombre le temblaban las manos. Mi papá ya sabía. Él ya sabía que estaba consumado el golpe y se paseaba por el corredor en pantuflas, y a un soldado que estaba al frente le dijo: «¡Baje su ametralladora que no hay necesidad de eso!».

—Cuando se lo llevan detenido, ¿va al Palacio de Miraflores?

—No. Eso estaba en El Paraíso, en una colina. Era el Club de Oficiales o una cosa así. Yo no me acuerdo qué era, pero estaba en la urbanización El Paraíso, y se subía hacia una colina, arriba, cerca de donde tenía asiento la Embajada Americana.

—Además de Teotiste y del Maestro Gallegos, y ustedes dos, ¿cuáles otras personas salieron del país?

—Fueron dos primas hermanas de mi mamá, una se llamaba Rosa Macero Ellis y otra María Antonia Ellis.

—¿Ese período de permanencia en La Habana fue corto?

—¡Sí!, al comienzo fue corto. Nosotros llegamos en diciembre y el 3 de febrero, creo, salimos para Miami a la casa del gringo del carro blindado. En esa casa estuvimos más o menos hasta agosto. Quedaba en una isla de La Florida, cuando La Florida era una ciudad de jubilados y no del ta' barato, como ahora. Una ciudad que tenía grandes hoteles, la vida era tranquila. Era una isla preciosa. En frente de esa casa donde nosotros llegamos vivía Diógenes Escalante, que iba a ser candidato a la Presidencia de la República cuando gobernaba Isaías Medina Angarita, pero Diógenes Escalante sufrió un problema cerebral. Estábamos nosotros, el sobrino de Gustavo Machado y el hermano de Gustavo Machado, Roberto Machado, quienes vivían allí. En esa isla estuvimos hasta agosto del año 1949. Después volvimos a Cuba y ya se empezaba a hablar de clandestinidad. Llegó Cástor Nieves Ríos, que era un mulato altísimo, bueno, yo creo que lo veía altísimo, uno cuando está pequeño todo lo ve grande. Llegó con un sombrero panamá y era muy llamativo. A él lo mata Pedro Estrada de un tiro. Le sacaron un ojo de un culatazo porque escupió a Pedro Estrada. Lo torturaron y después en el suelo lo remataron. Ese Cástor Nieves Ríos era de La Victoria, del estado Aragua. Un mulato que a mí me parecía muy llamativo en su tipo, muy atractivo. En una de esas entradas a

Venezuela lo deben haber agarrado y lo mataron. Él y Rómulo Betancourt fueron a visitar a mi papá. En ese lugar mi padre intentó escribir. Recuerdo que leía algo sobre unas gemelas que se llamaban Renata y Reneta, porque el gringo que nos invitó, nos deja la casa por un tiempo. Ese gringo tenía una fístula abierta y lo atendía una enfermera. Un día ella dice que sale de descanso y mi papá a los diez minutos la ve y le pregunta: «¿Usted no se fue?», y ella le responde: «Yo no soy la misma, soy la hermana gemela». Se llamaban Renata y Reneta. Me imagino que hubo algo de esa impresión y lo escribió, pero después lo rompió. Más tarde comienza su novela cubana. Él siempre con su proyecto de novelarlo todo. Después de Miami, volvimos a Cuba por espacio de dos meses para luego viajar a México, donde vivimos como en ochenta casas distintas, hasta que, nuevamente, retornamos a Cuba.

—¿Cómo fue la amistad con Raúl Roa, que en ese momento ya era un dirigente marxista?

—Empezó en el aeropuerto. Lo fueron a recibir todos esos intelectuales buena gente y se portaron muy bien con él, y con nosotros. Además, empezamos a vivir la experiencia de la fama, porque bueno, Rómulo Gallegos era muy admirado en Cuba. Rómulo Gallegos en Cuba iba al juego de beisbol entre el Almendares y otro equipo, y entonces él lanzaba la primera pelota. Los estudiantes lo perseguían. A mi papá le gustaba caminar, yo lo acompañaba porque mi mamá tenía un problema en una rodilla y no lo podía hacer. Andábamos por todo el malecón de La Habana, y a medida que íbamos avanzando él firmaba y hacía dedicatorias a sus admiradoras. Recuerdo a una muchacha que estiró su pañuelo y dijo: «Fírmeme aquí». Todos los estudiantes lo seguían. Claro, para nosotros era una novedad descubrir la fama de mi papá, sin llegar a tener conciencia de su grandeza. Para nosotros era mi papá y más nada. Después vamos a

México. Allí estamos en Ciudad de México unos meses, pero a mi mamá le dio una pulmonía tremenda y nos fuimos a vivir al estado de Morelos, en Cuernavaca, y nos quedamos algún tiempo hasta que ella se recuperó. Volvimos a Ciudad de México, y ya estabilizados, se alquiló una casa. Estábamos en el colegio y luego mi mamá se murió. Empezamos un peregrinaje por toda la Ciudad de México, en un apartamento, en otro apartamento, y no había cómo calmar esa gran soledad, ese sufrimiento que deja la muerte de un ser querido.

—En esa casa dónde estaban, ¿fue donde ocurrió aquella historia del jardín de la cual me hablaría hace poco, al contarme las peripecias del Maestro Gallegos?



Fotografía de Rafael Salvatore

—Sí, fue en esa casa, un día común y corriente. A mi mamá le fascinaba un mercado, y cuando se metía en uno de ellos llegaba tardísimo, y entonces mi papá aprovechó. Ella siempre decía que, en ese jardín del frente, que solo tenía grama, debían sembrarse rosas, violetas, flor de pensamientos y muchas otras.

Entonces, cuando ella se fue, supongo que mi padre ya había hablado con el jardinero con suficiente anticipación. Seguramente le dijo, «Vamos a aprovechar una salida de Teotiste». En México se dan las rosas bellísimas y recuerdo que eran rosadas y amarillas. Cuando mi mamá llegó, ya su jardín tenía flores y violetas y pensamientos, todo ya listo. Fue una cosa bellísima, siempre vivía de sorpresa en sorpresa para mi mamá. Él, por ejemplo, aunque no era jugador fanático, iba a las carreras de caballo y ganaba. Entonces compraba vasos, pañuelos, y a todo el mundo le hacía un regalito, repartía esa ganancia. Mi padre fue muy regalón con mi mamá, y después que ella murió era con nosotros o con quien estuviese viviendo. «Hoy me gané un derecho de autor, vamos a comer a un restaurante» o «Los llevo al teatro», o algo así. Siempre estaba inventado y no perdía su ánimo.

—Ahora vamos a lo siguiente. La obra escrita de Rómulo Gallegos es abundante, con traducción a muchos idiomas y de gran reconocimiento universal. ¿Cómo se ha resuelto el tema de la protección de sus derechos de autor?

—Quien está disfrutando los derechos de autor soy yo. No escribí nada, no hice ningún esfuerzo, pero mi papá todavía me mantiene. Claro, no son millones, porque en realidad hay editoriales a las que no les da la gana pagarlos, por ejemplo, Aguilar en España. Ellos no pueden pagar porque las divisas no pueden salir, pero ellos quieren seguir publicando. En Cuba se publica *Doña Bárbara*, en Casa de las Américas. También presentaron *Doña Bárbara* por televisión. Los de Bulgaria le mandaron a decir que si quería podía ir para allá a gastar sus derechos de autor, y mi papá decía: «Eso no me alcanza ni para el pasaje». En realidad, no es tan importante, lo importante es que tenga vigencia su obra y que se conozca en otros países.

—Había una relación muy romántica del Maestro con Teotiste, toda la gente con la que he conversado me habla de eso,

¿cómo la pudo percibir usted tiempo atrás y cómo la percibe ahora?

—Ellos eran muy románticos, excesivamente románticos. Cuando vivíamos en México ya eran personas mayores, y a veces el matrimonio sigue siendo matrimonio, pero la gente como que se desentiende un poquito uno del otro. Yo nunca vi eso entre ellos. Recuerdo que para mi mamá su ópera preferida era *Madame Butterfly*, entonces los dos se sentaban a escucharla en un sofá agarraditos de la mano y allí pasaban largo rato.

»Cuando mi papá fue a tomar posesión como presidente de la República, mi mamá se puso un vestido con unas charreteras. «A las órdenes mi generala», le decía él. Eran muy tiernos. Las cartas de mi papá para mi mamá, en tiempos de novios, eran muy románticas. Por cierto, que en este momento les están haciendo un tratamiento de conservación en la Biblioteca Nacional, aquí en Caracas, y se ven las cartas con esas manitos agarradas, que era lo que se usaba.

Mi papá contaba que él conoció a mi mamá, pero primero conoció a las dos hermanas. Eran tres hermanas, y cuando las vio se enamoró de las tres, entonces tenía esa disyuntiva, porque no sabía a cuál escoger, y escogió a mi mamá que era la más pequeña. Él iba a pie desde el centro de Caracas, por la esquina de Carmelitas, cerca de El Silencio, hasta la urbanización El Valle, a hacer la visita que era muy simple. Mientras esperaba a que se la presentaran caminaba por la cuadra del frente, y después que se la presentaron caminaba por la acera de la casa de ella, donde se sentaba en la ventana a esperarlo. Ya me la imagino sentada en la ventana. Las mujeres entonces se echaban polvos de cáscara de huevo tostado en las mejillas, y se pintaban los labios con papel de seda, porque eran muy pobres. Ella era muy rosada y le decían cara de manzana. Se echaba el polvo de cáscara de huevo y lo del papelito. Hay una carta que mi papá le escribió

a mi abuelita preguntando hasta cuándo lo va a hacer esperar, y diciéndole que hace un mes le escribió otra carta solicitando el permiso para visitarla, pero que todavía no se lo ha dado. A mi abuela se le ocurrió darle el permiso, pero antes, llegó el abuelo de mi mamá, que era médico, paró a mi papá y paró al novio de la otra hermana. Mi papá era grandote y el otro era muy chiquitico, y les dijo: «Usted me gusta, pero usted no, porque es muy chiquito y hombre chiquito es malo».

»Entre esas cartas existe una que le escribe en un carnaval y dice: «Hoy me he ido a la Hacienda La Envida que queda en El Valle y he cruzado el caudaloso Guaire, donde sus aguas brincan de peñasco en peñasco, y como no quise que me bañaran, me fui a esa hacienda y una condenada vieja me echó un vaso de agua encima», pero después esa vieja lo recibió y le brindó guarapo, jugo de caña. Él describe todo eso. Es muy interesante. Hay otra en la que se describe como un novio que se aventura a las alturas de la montaña, dejando a su amada en El Valle. También hay una donde le dice que le va a contar cómo es su novia, cómo tiene el pelo tan lindo, los ojos grandes como estrellas, su piel como un durazno y así va describiendo a su novia y al final dice: «Y esa eres tú». Son cartas bellísimas.

—Doña Teotiste muere a los pocos años de haberse ido a México. ¿Fue sorpresiva para ustedes esa muerte tan inmediata?

—Murió en 1950. Desde muy joven tenía diabetes y un problema en el pulmón, y quizás eso la fue debilitando. Ella se trataba con los médicos, pero era muy tremenda. Mi papá la vivía regañando y le ponía su insulina todos los días, claro no se conocían tratamientos como ahora, y la dieta era muy estricta. Yo creo que eso mismo la fue debilitando, así como la altura de Ciudad de México, y murió de repente. Después de pasar una semana enferma, mi papá pensó que era bueno llevarla a temperar a un pueblito llamado Cuautla, donde existían baños

termales, pero cuando se montó en el carro puso su cartera y dijo: «Tengo un dolor aquí». Bajó la cabeza y se quedó muerta, pero mi papá no lo creía. Se montó en el carro con un amigo nuestro y la llevaron a la clínica. Murió de repente. Fue un paro pulmonar. Mi papá gritaba: «¡No, no está muerta, doctor, no está muerta!». Luego la embalsamaron y así la tuvieron varios meses. Eso fue en septiembre y como en noviembre más o menos la enterramos.

—Quienes los conocieron muy de cerca han coincidido en que esa muerte marcó de una forma tremenda la vida de Gallegos, ¿también usted lo considera así?

—Sí, podía soportar todo, pero yo creo, como siempre lo dijo: «Fueron cuarenta años de contemplación». Mi papá vivía para mi mamá y ella para él. Ella sacrificó por él su bienestar, su casa, su intimidad, su familia. No solamente con este último exilio, sino con el primero que fue más duro todavía, porque salieron sin nada, sin un centavo. Trabajó en España vendiendo máquinas registradoras, pero qué iba a conocer mi papá de una máquina de esas si no sabía ni prender un yesquero, aunque de algo teníamos que vivir.

—Rómulo Gallegos era un símbolo muy importante de la literatura y lo continúa siendo cada vez más. Entiendo que lo último que escribió fue la novela de México. ¿Ya había muerto Doña Teotiste cuándo la empieza a escribir?

—Sí, mi mamá había muerto. Él empezó la cubana cuando mi mamá estaba viva y la dedicatoria es para ella, ahora la mexicana la empieza en el estado de Michoacán y es sobre la reforma agraria. En efecto, fue su última novela en su mejor estado de lucidez.

—¿Fue en Ciudad de México, en la capital del país, donde ella murió?

—Sí. Después que ella murió, en el año 1952, nosotros fuimos a vivir al estado de Michoacán, que es donde establece

amistad con el general don Lázaro Cárdenas, quien se portó muy bien con nosotros. En el año 1954 nos fuimos por seis meses al estado de Oklahoma.

»Con anterioridad vivimos en Nueva York seis meses, en el año 1951, y de allí nos fuimos a Cuba. Luego Fulgencio Batista da el segundo golpe de Estado y nos deja presos en el hotel. En aquel hotel estaban todos los exiliados, en el Hotel San Luis, situado en la calle Belascoain en La Habana. En esta segunda vez, mientras vivíamos en ese hotel, mi padre terminó su novela cubana. Allí estuvimos un tiempo, y cuando ya nos íbamos para México fue el golpe de Estado de Fulgencio Batista. Se llenó el hotel de soldados y no nos permitieron salir. Nos dejaron encerrados como dos o tres días, para luego llevarnos al aeropuerto, y fue cuando logramos seguir a México. Es en ese intermedio que mi mamá murió. Con ella estuvimos también en Guatemala cuando era presidente Jacobo Árbenz, y en Costa Rica durante uno de los períodos presidenciales de José María Hipólito Figueres.

—Para ustedes eso fue un sorpresivo y prolongado cambio de vida. Dejó muchas huellas difíciles de borrar, ¿no es verdad?

—Fue muy duro, porque ser huérfano es muy malo. De repente, quedar sin mamá, no se entiende. A mi hermano Alexis lo mandaron interno por un año, y pasó mucho trabajo porque era el predilecto de mi mamá, y cuando ella murió eso para él fue terrible. Marcó su vida. Siempre hablan de las víctimas, del exilio de los hombres, o de las mujeres, pero nadie piensa en los niños, en el desarraigo que tienen de aquí y de allá, y de más allá, porque claro, yo sí quiero a Venezuela, ante todo, pero también quiero a México. ¿Dónde están mis amigos? Los amigos que hice en mi adolescencia están en México. Los amigos que conocí en mi infancia están aquí, en Venezuela, pero ya no hay esa compenetración que mantienen los muchachos a través

de sus vidas. Reitero, se habla de las víctimas, de los mártires, ¿y los niños? Los niños que querían quedarse allá y buscar la nacionalidad mexicana y no se la quisieron dar, y si entraban a la universidad se sentían muy raros. Es difícil.

—En medio de toda esa situación, ¿ustedes realmente pudieron estudiar en algún organismo público?

—Bueno, la verdad es que estudiamos muy mal, sobre todo yo. No soy analfabeta de casualidad, pero mi hermano sí estuvo interno en un colegio y luego lo mandaron cuatro años a los Estados Unidos, con un profesor americano, Lowel Donald. Vivió cuatro años con él y estudió el bachillerato allá, pero después cuando iba a entrar en la universidad mi papá se lo llevó. «¿Por qué te lo llevas?», le preguntaron, «Porque me va a dejar de querer», respondió. Claro, se iba a desarraigar del padre. Como decía mi papá, «En muy pocos años mis hijos perdieron tres madres». Ciertamente, perdimos a mi mamá verdadera, a una hermana de mi mamá y a mi mamá Teotiste. Entonces, era claro lo que él decía: «Si perdieron tres madres, ¿van a perder al único padre que les queda?», y entonces se llevó a Alexis, porque a él le hacía falta Alexis. Quizás la misma soledad lo obligó, porque si mi mamá hubiera vivido, nada de estas cosas pasarían.

—Vuelvo a la misma pregunta. ¿Qué pudo estudiar usted en aquella situación de desarraigo?

—Bueno, yo estuve estudiando un poquito en Nueva York, un poquito en Oklahoma y un poquito en México. Terminé sexto grado en México, cuando tenía diecisiete años, un sexto grado piratísimo. Lo terminé para no tener la vergüenza de decir que no tenía ni sexto grado, pero cuando llegué aquí y quise entrar al Liceo Andrés Bello, mi papá ya estaba así, como pegado a mí, y entonces me dijo: «Pero ¿tú piensa ir a la universidad?, porque hacer el bachillerato no sirve de nada si uno no va a la universidad». Una cantidad de pretextos. «Bueno, entonces voy

a estudiar comercio», le dije. Estudié comercio, pero no me dejó trabajar por esa angustia de quedarse solo. Dentro de la misma casa, yo estaba abajo y él en el piso de arriba, y mi papá me llamaba: «Sonia, Sonia». «¿Qué pasó papá?». «No, es para verte». «Bueno papá estoy ocupada». «Siéntate un poquito a hablar conmigo». Le leía el periódico, lo acostaba, lo atendía, le llevaba la comida, lo acompañaba a la hora de la comida cuando no podía bajar de su habitación. Estaba apegado a mí. Me metí a la Escuela de Artes Plásticas a estudiar cerámica y a las tres de la tarde me iba a buscar. Él quería pasear. Me metí a estudiar pintura de siete a nueve de la noche, y me iba a buscar diciéndome que una niña a las nueve de la noche no podía estar en la calle.

»En México fue duro. Después que uno tiene una mamá hacendosa y llena de cualidades y de repente se queda solo, viendo cómo remienda sus propias medias, eso es horrible. Cocinar, lavar, planchar, y con un señor como mi papá, era ya difícil. Yo creo que después que murió mi mamá todo fue duro. Considero que para mí fue muy fuerte. Siempre se piensa que la ley de la vida es crecer al lado de su mamá y convertirse en adulto, pero por etapas. La etapa de niño donde se juega y de adolescente con ilusiones. Claro, yo no voy a decir que no tenía recursos, ¡no!, pero también tenía obligaciones muy precisas, muy difíciles de cumplir. No me arrepiento ni lo siento como un sacrificio. La verdad es que mi papá me dejó muchos recuerdos y cosas buenas, experiencias interesantes que no valoré cuando tenía doce años. A esa edad no tenía conciencia de lo que era él. Para mí era mi papá simplemente, como el papá de cualquier niño, pero si yo hubiese tenido conciencia de sentarme, como estamos nosotros en este momento, con un grabador, ¿cuántas cosas interesantes no hubiera podido contar de esta Caracas, de esta Venezuela y de los hombres que él conoció? De lo que pensaba en ese momento, porque hubiera sido más fácil contarme cosas que

a otros no le contaba, pero debía cumplir otras actividades como ayudarlo, acompañarlo, leerle el periódico. Yo le cantaba imitando a Libertad Lamarque, boxeábamos, bueno, muchas cosas, arreglarle su cama, acostarlo. Era como mi bebé, ya últimamente era mi bebé. Lo acostaba y hasta que no se dormía no me iba. Yo lo sentaba en un banquito debajo de la regadera para que se bañara porque no veía bien. Había que tener mucho cuidado con él. Una vez salí a hacer un mercado, se levantó sin tocar el timbre y se cayó. Decía: «No le digan nada a Sonia, que me va a regañar». Claro, el temor de que a uno se le caiga una persona vieja como papá, que se cayera un hombre que tenía una actividad como mi papá, y que encima ya no veía bien, ni podía leer ni escribir, y que tampoco pudiera caminar, era terrible. Todo el día pendiente de mi papá, porque era tremendísimo. Salía con el chofer, la enfermera y un guardia que le tenían, pero esos eran sus tres amigos que le tapareaban todo. Entonces el chofer le decía: «Si usted camina una cuadra en el Parque del Este yo le brindo chicharrones, hallaquitas y cerveza en Petare». «Bueno, ya voy a caminar la cuadra». Después venía la enfermera: «Yo, don Rómulo, le brindo un perro caliente con una merengada tal día», venía el guardia, que se llamaba León, «Y yo le brindo tal cosa y a usted le toca el sábado que nos va a brindar pollo en brasas». Él respondía: «¡Ah, no, el sábado ustedes saben que yo no salgo!». Era la forma que encontraban para que caminara, porque tenía arteriosclerosis, pero se llevaba muy bien con esas tres personas. La enfermera era una negra grandísima, como de dos metros. Siempre me llama. Su nombre es Rosa, pero no me acuerdo de su apellido. Salía los jueves y cuando eran las siete de la noche mi papá se ponía fúrico porque Rosa no llegaba. «Pero deja los celos que Rosa no tiene novio», le decía yo. Ella salía los jueves y los domingos, pero entonces él peleaba. «¿Con quién andaba usted?», le preguntaba. «Déjala tranquila, papá, que Rosa es una

vieja». «¡Quién sabe con quién andaba!». Peleaba con León, el guardia, que era un negrito que quería mucho, y a quien por cierto le regaló después una casita en Baruta. Cada vez que mi papá lo llamaba y le echaba esos regaños grandísimos, decía: «Ay, señorita, don Rómulo está bien hoy», «¿Por qué León?», «Porque me echó un bollo buenísimo, me regañó». El chofer era español y apreciaba mucho a mi papá también. Se llamaba Guillermo Otero y era de Galicia. Él tuvo tres choferes, Guillermo, Aurelio y Jesús. Jesús se fue a España y Aurelio trabajó en otra cosa, pero Guillermo estuvo con él casi hasta el último momento.

—¿No vivía otro familiar con ustedes?

—Sí, mi hermano mientras no se casó. Lo pusieron a dormir abajo porque tenía una tumbadora y era pintor. Un día mi papá entra al cuarto de mi hermano, que era un cuarto grande con su baño y tenía un jardincito interno, y le dice al chofer: «Mire, córrame el escaparate para ver donde es que vamos a pintar», por sorpresa, detrás del escaparate hay un retrato de una mujer desnuda pintada de verde, bueno, ¡qué furia! «¡Niño, usted no ve que tiene una hermana y no la respeta! ¿Cómo va a pintar a una mujer desnuda?». «¡Pero está tapada con el escaparate!». «¡Ni tapada con el escaparate, ni nada, su hermana se respeta!». «Pero si ella no viene al cuarto». «¡No señor!, aun así». Entonces era una pelea, porque mi hermano con aquella tumbadora volvía loco a todo el mundo. Mi papá era muy complaciente, pero muy estricto en sus cosas. Por ejemplo, él nos hacía fiestas, pero estas fiestas podían durar hasta las doce de la noche, ya todo el mundo sabía que a la una de la mañana mi papá cortaba la luz. «Ya don Rómulo va a cortar la luz», y cortaba la luz. «¡Esta fiesta se acabó!», y corría a todo el mundo. Ya lo conocían: «¡Es hora de estar durmiendo! ¡Vámonos a dormir!». Era así, tenía muchas ocurrencias. A veces lo convencían y se quedaba hasta las dos de la mañana, pero era problemático.



Fotografía de Rafael Salvatore

—¿Y él se mantuvo siempre así hasta sus últimos días?

—Bueno, su último cumpleaños sí estuvo despierto hasta tarde, a pesar de que estaba muy delgadito y muy débil, se quedó entre nosotros hasta las dos de la mañana. Fue el músico Freddy Reyna y trajeron mariachis. También le llevaron música de la Hermandad Gallega. Sus antepasados seguramente venían de Galicia y él quería mucho a esa región de España, y como el chofer era gallego fue a la Hermandad Gallega y trajo a todo ese gentío y bailaron. Después mi hermano le llevó música venezolana. Le llevaron mariachis para recordar a México. Freddy Reyna tocó aquella noche bellísimo, fue una noche inolvidable, como una despedida, y de allí ya vino diciembre. A él le gustaba que yo le hiciera sus hallacas. Él mismo me enseñó a hacer las hallacas y se sentaba a dirigir. «Tu mamá le ponía esto y le hacía esto, y las envolvía así, y le ponía más dulce al guiso». Entonces regalaba todas mis hallacas. Yo le decía: «¡Ay, pero qué fastidio, tanto que trabajé!», y contestaba: «Pero es que quedaron muy buenas». Él las hacía envolver y le mandaba a Rómulo

Betancourt dos hallacas, a su hermana tres hallacas. «No vuelvo a hacer más hallacas, porque tú las repartes». «Es que quedaron muy buenas, y para que la gente sepa se las regalo». Era terrible porque se sentaba a ver preparar las hallacas y entonces cuando uno se descuidaba se comía la pechuga de la gallina, se comía las ciruelas. «Papá, pero ayuda, no te lo comas todo». «Me voy de aquí. Aquí nadie me quiere», pero eso era a las diez de la noche, cuando ya se había cansado de comer y de molestar. Iban mis amigas a ayudarme y las regañaba. Les decía que no sabían preparar las hallacas, porque a él no le gustaban hallacas de esas que se hacen usando los dedos, sino que debían ser tratadas con el cuchillo para que quedara delgada la masa de maíz, la telita de doble tapa. Bueno, aquello era un proceso, pero él era feliz en esos momentos. Entonces yo le celebraba su cumpleaños, iba todo el mundo, lo visitaban y era muy feliz. Después la gente acudía a felicitarlo en año nuevo. El último año no. Yo no hice hallacas en Navidad, pero para el Año Nuevo se las hice, ya que me conmovía, porque le gustaban tanto, y pensar que, al mes, más o menos, el 25 de enero, a mi papá le dio un pequeño derrame cerebral. Le subimos el almuerzo y cuando fui a encender la luz de la lamparita, estaba como muy amodorrado, no atinaba, movía las manos de una forma muy extraña, y entonces llamé al cardiólogo para explicarle lo ocurrido. Él vino y lo llevaron enseguida a la Clínica Sanatrix aquí en Caracas. Se trataba de un pequeño derrame cerebral. Poco a poco, paulatinamente, se fue quedando sin el habla, y después no podía caminar. Fueron meses terribles por esa desesperación de no poder comunicarse. Pellizcaba a las enfermeras, pero no por viejo verde, sino de la angustia. Ellas me decían: «¡Señorita Sonia!». Yo le sobaba la cabeza, me quedaba allí, me acurrucaba, me acostaba en la misma cama con él, le poníamos su oxígeno, pero no se quería bañar en la cama. Así como estaba nos metíamos, junto a León,

en la regadera. Lo abrazábamos para evitar una caída. Entre los dos metidos en la regadera con ropa, y mi padre con su traje de baño, porque era un hombre que no le gustaba que lo vieran desnudo. Había que ponerle su traje de baño. No aceptaba que lo bañaran en la cama. No era un inútil, pero era terrible.

Empezó mi papá a decaer, le dieron paros cerebrales y cantidad de cosas en ese lapso. La primera vez que le dio un infarto a mi papá, a las doce horas se recuperó. Sufría de edemas pulmonares, pero tenía su cigarrillo encendido en la mano. Bueno, ya venía el final y por eso fue fuerte todo, muy angustioso. He tenido dos situaciones amargas en mi vida, claro, la de mi mamá también, pero la superé, sin embargo, la de mi papá y la de mi esposo fueron dos muertes terribles, pero terribles. La de mi esposo fue muy rápido, mientras que la de mi papá fue prolongada, y yo no dormía nunca. Recuerdo que en la noche tenía cinco enfermeras, cuatro estudiantes de enfermería y la enfermera fija. En el día tenía dos, pero en la noche me ponía a barrer el patio, planchar, lavar. Eran los nervios, no me dejaban, resultaba angustioso, ya que no sabía en qué momento podía fallecer. Una noche, como a las diez, me dijo el médico: «Sonia este es el final, yo no quiero llevarlo a una clínica porque quiero que muera con dignidad».

—Volvamos ahora a esa etapa de México cuando fallece Teotiste. Usted me explicaba que venía sufriendo una enfermedad prolongada, aunque aparentemente le corta la vida un paro respiratorio. Usted me hablaba del cadáver embalsamado, ¿por qué surge ese propósito?

—Mi papá nunca pensó en dejar a mi mamá enterrada en México ni en ninguna parte que no fuese Venezuela. Él decía que mientras estuviera ese gobierno mi mamá nunca estaría aquí en Venezuela, pues si ella se fue en acuerdo de no compartir este horror, él prefería esperar, pero no sabía cuánto iba a esperar. La

embalsamaron y la tuvieron en un depósito por varios meses, y creo, como le dije, que esa debió ser una de las etapas más duras de su vida también, porque todos los días él iba al cementerio a visitar a mi mamá. No como lo hacemos todos cuando vamos a visitar nuestros muertos, sino que llegaba a destapar la urna y a contemplarla muerta. Yo iba con él porque mi hermano no estaba allí. Nos levantábamos a las siete de la mañana, comprábamos las flores, y mientras yo arreglaba los floreros y limpiaba, mi papá se sentaba a contemplarla y después llegábamos al apartamento y mi papá se encerraba en su cuarto. Almorzábamos, se enclaustraba y no salía más. Así pasaron los meses. Fueron horribles. Mientras el cuerpo de mi mamá se mantuvo en el depósito de cadáveres, él todos los días iba a contemplarla.



Fotografía de Rafael Salvatore

—¿Ese cementerio en México cómo se llamaba?

—El Panteón Español, que es uno de los cementerios más grandes que hay en México, donde entierran a personajes famosos. Era una antigua hacienda.

—¿Por qué la mantuvieron allí?

—Porque se acostumbra a construir criptas, como una pequeña capilla, pero con unas escaleritas donde estaban como unas gavetas. Cuando muere el poeta Andrés Eloy Blanco mi papá estaba en París, y le puso un telegrama a Lilina Iturbe, su esposa, telegrama que nunca le llegó, donde le decía: «Al lado de Teotiste hay un puesto para mi hermano Andrés». Ese fue otro golpe duro para mi papá, la muerte de Andrés Eloy Blanco, la de Leonardo Ruiz Pineda, la de Alberto Carnevali, porque era gente joven que mi papá estimó, y él consideraba muy brillante a esa generación de relevo que podía venir.

—Entiendo que a los tres meses de mantener a Doña Teotiste embalsamada en el Panteón Español se dispuso sepultarla de nuevo, ¿es así?

—Sí, a ella la sepultaron en México. Allí estuvo hasta el año 1958. Cuando cae el gobierno de Pérez Jiménez, lo primero que hace mi papá es pensar en cómo se trae a Teotiste a Venezuela. Nos mandan un avión de Aeropostal y no cabía el ataúd sino parado. Él dijo que parado no venía, y tuvieron que quitar varios asientos de la parte de la cola para poner allí el ataúd. Adelante veníamos todos, porque eran muchos los exiliados, los últimos que quedábamos allá, y el avión venía lleno, pero llegamos de casualidad. El avión levantó vuelo, pero cayó y cayó y cayó, y el piloto decía: «¿Qué hago yo con este cargamento? ¿Cómo hago?» No nos matamos de casualidad. Eso no lo sabe nadie. Había una sobrecarga. El avión se elevó y de repente, cuando estaba a no sé cuánta altura, empezó a bajar y él no podía subirlo por el peso que traía. Al final subió, pero aquel hombre estaba aterrado. Yo lo supe años después porque él se lo contó a unos amigos de nosotros. El piloto les dijo que había pasado el momento más terrible de su vida. Fuimos los últimos que llegamos a Venezuela. El recibimiento

fue muy bello, muy emotivo. Mi papá pidió que no hubiese escándalo. Él venía contento de regresar a Venezuela, pero triste porque mi mamá no podía gozar de este retorno. Fue un silencio en todo el camino, nadie tocó corneta, porque cada vez que llegaban los exiliados tocaban cornetas, ¡y aquí nadie tocó corneta! Así fue aquella llegada al cementerio. Mi papá tenía un hematoma porque todo el mundo le agarraba la mano y no se la querían soltar. Por la ventanilla del carro se pegaban, y mi papá lloraba. El carro estaba lleno de flores por todos lados, hasta que llegamos al cementerio. Aquello fue muy emotivo. Del aeropuerto al cementerio directamente, porque ya todo estaba listo y nos estaban esperando. Recuerdo que yo venía vestida de negro con un cuello blanco. Hizo un verano horrible ese mes que nosotros llegamos, el 3 de marzo. Todo era seco. Yo nunca había visto un verano tan horrible en Venezuela como ese, no lo recuerdo. Entre las lágrimas y el sudor, esto era como caminos de pantano. De repente, uno se encontraba con que «Mi amor yo soy tu tía fulana, y esta es tu prima perenceja», y uno se decía: «¿En qué mundo estoy?». Yo iba detrás de mi papá con su maletín, con su abrigo, con su sombrero, con su sombrilla.

—Eran diez años fuera del país con los mayores dolores de la vida, y ahora podemos imaginar que es otro el encuentro con la felicidad y con un mundo más palpable y de nuevo suyo, ¿qué piensa?

—Sí, yo encontré una cosa distinta. Recuerdo que cuando veníamos en el avión dice el piloto: «Volamos sobre La Guajira venezolana», y mi papá empezó a llorar, y yo por supuesto me pegué a llorar también. Mi papá dice: «Por fin sobre la misma tierra», y entonces los que estábamos cerca de él empezamos a llorar y después cuando se abre aquella puerta, «¡Por fin en Venezuela!», entonces era llorar. Yo soy muy llorona y

en ese momento había muchas cosas por qué llorar, todos los amigos que no estaban, mi mamá que no podía ver eso, encontrarse otra vez con este país, todo, todos, y para mi papá fue muy duro.

—Usted me contaba que luego de sepultar a Doña Teotiste en el cementerio de Caracas, el Maestro Gallegos iba siempre a visitarla, ¿con qué frecuencia lo hacía?

—Era todos los meses. El día siete de cada mes, porque ella murió un siete de septiembre, y el día siete de cada mes mi papá se levantaba a las seis de la mañana, se bañaba, desayunaba y nos íbamos al cementerio. Se llevaba su sillita y su sombrilla y me repetía: «Acuérdate bien que este es mi puesto, es el único que quiero». Para mí es un martirio, ya uno no puede ir a ese cementerio porque allí lo asaltan, violan a las mujeres, le dan palos por la cabeza a todo el mundo para robarle las carteras, y a veces yo digo que, si de verdad los muertos ven, o si de verdad hay muertos que ven para acá abajo, mi papá deberá decir: «Qué hija inconsecuente que nunca me lleva una flor». A mí me da terror. Fui un día y me encontré a tres borrachos durmiendo al lado y me decían: «¿Ese que está ahí es su abuelo?» y yo les respondía: «¡Ay, Dios mío! Sí, señor, es mi abuelo». Puse las flores enseguida y me fui. No sé qué puede ocurrir porque es un bandolerismo terrible el Cementerio General del Sur.

Nos despedimos de Sonia Gallegos Arocha ese día de San Pedro y San Pablo, en junio de 1983, con el corazón exaltado y triste a la vez. Ojalá pudiéramos volver a la infancia y poder luchar como ella contra los golpes sordos, llegamos a pensar después de oír ese largo relato del cual tanto hay que aprender. Pareciera un sueño el contenido de sus frases, un cuento más bien, un texto completamente fascinante. Es el año Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar y se inician los servicios del Metro de Caracas. Sonia piensa que muy pronto lo

tendrá frente a su casa en la famosa estación de Altamira. Nos decimos adiós, y reconozco que en las pocas horas en que estuvimos juntos se estableció una familiaridad inusual, una conexión extraña, sin imaginarnos que nunca más nos volveríamos a ver, queriendo escucharnos entre las mismas cuatro paredes de aquel edificio al este de la ciudad.



NOELÍ POCATERRA:
**«Cuando me encontré con Rómulo Gallegos,
yo tenía cinco años»**



Mis visitas a la Universidad del Zulia y el intercambio con Cumaná tuvieron momentos imperecederos entre amigos como Juan de Dios Martínez y Noelí Pocaterra. No lo niego, aprendí mucho de los dos. Sigo aprendiendo. Por medio de Juan de Dios llegué un día a Olimpiades Pulgar, el famoso «Pía» de Bobures, el improvisador de la décima, gran pícaro celebrante de los tambores de San Benito de Palermo. Aprendí a reconocer la gaita verdadera, la gaita de tambora, y el auténtico significado de la palabra «Ajé», de los chimbanguales, de los bailes de raíz africana. Muy parecido, y de mayor prolongación, es el caso con Noelí Pocaterra. Ellos dos eran mis referentes principales en la Universidad del Zulia, donde gestionaron la cultura por largo tiempo. Noelí, originaria del pueblo Wayúu, nacida entre Paraguaipoa y Sinamaica un 18 de septiembre de 1936. La conocí en medio de su desempeño en el Departamento de Estudios Socio-Antropológicos de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia, y desde ese tiempo, entre los años 1980-1988, nos hicimos grandes amigos. Esta hermandad creció con su elección como diputada indígena, miembro de la Asamblea Nacional Constituyente a partir de 1999. Pasamos más tiempo juntos, y aquí, en Caracas, llegaríamos a inventar sueños compartidos. Luego siguió y siguió repetidas veces como parlamentaria, y hoy lo reafirma en su constante lucha por reivindicar a sus pueblos, a nuestros pueblos aborígenes. Traigo a Noelí a estas entrevistas, porque un día lejano ya, en su casa de Maracaibo, nos juntamos su hermano Leoncio, ella y yo, y vine a descubrir que conocieron a Rómulo Gallegos siendo niños. Fue una larga conversación con muchos detalles de la amistad de su padre alijuna con Rómulo Gallegos, en el recorrido a La Guajira para escribir *Sobre la misma tierra*.

Noelí Pocaterra es la mayor de tres hermanos. Le siguen Fanny y Leoncio. Tuvo tres hijos que se llaman Valmore, Carlos

Jesús y Carlos Isaías, pero conociéndola como la conozco, uno sabe bien que todos los niños y las niñas Wayúu también son sus hijos. Siempre lucha para que esos pequeños no sufran lo que ella padeció cuando era apenas una infante. Por allí empezamos la conversación, y es Noelí la primera que toma la palabra.



Durante la entrevista, en la casa de Noelí Pocaterra en Caracas, Venezuela.
Fotografía cortesía de Ángela Collins

—Yo creo y digo lo siguiente, y me disculpas, Benito, que lo diga así, de esa manera, pero he podido sobrevivir en esta sociedad por mi cultura, porque me maltrataban, me humillaban, inclusive cuando empecé a estudiar Derecho en la universidad, trabajaba en el día y en la noche iba a clases.

»Esta mañana estuve en el Consejo Político del Gobierno, y una de los temas de los cuales se habló fue en referencia a la falta de formación, y creo que ese eso tiene que empezar por lo humano primero, porque las mujeres antes, y por eso te digo Benito, que hemos cambiado, las mujeres antes, cuando estaban embarazadas le decían al niño dentro de su vientre, «Mira, yo te

voy a llevar al río para que tú oigas como él habla». Así lo hacíamos las mujeres Wayúu. Teníamos esa costumbre.

»Yo digo que nosotros, y eso es válido hasta para los alijuna, debemos adaptarnos a las circunstancias y a las realidades. Por eso creo que todo debe empezar en la formación de un niño que no ha ido a ninguna escuela, que está en el monte, que está allá en la Alta Guajira, pero que tiene la capacidad de escuchar y de entender que el viento posee un lenguaje, que el viento habla. Eso es lo que nos enseñan a nosotros los indígenas.

—¡Claro, Noelí, es la relación con la naturaleza!

—Sí. Cuando nosotros vivimos en casas como estas, abiertas, y la noche está muy oscura, la abuela dice: «Vamos adentro, y seguimos la conversación de chinchorro en chinchorro», y uno mira el espacio, porque no tenemos techo. Miramos el cielo y decimos: «¿Tú ves aquella estrella?, bueno esa estrella se llama tal y ella es para esto: va a venir visita, va a venir hambre, va a haber un muerto», o de pronto, «Ay, mira, las hormiguitas. Estas hormiguitas significan esto». O el pájaro tal, que no es frecuente que se acerque a la casa, sino que es de las ciénagas, «¿Y por qué está aquí?», es que él es un comunicador social, él está anunciando algo, y los indígenas le dan lectura a eso. Fíjate tú, Benito, es que esta sociedad es tan prepotente que hacen creer que los que no saben leer, los que no estudian, son ignorantes, y hay que tener cuidado con esa manera de pensar. Este modelo de sociedad nos ha dicho que eso no sirve, que ese conocimiento no sirve, y nos rechazan, porque lo que sirve es lo que este mundo inventa, este mundo alijuna, y es cuando nosotros aprendemos a ser mentirosos, a robar, a la violencia y a cosas que no existían en nuestros pueblos verdaderos.

—Así es Noelí, es la grandeza de los pueblos ancestrales. Ahora fíjate, Noelí, te preguntarán el por qué de esta entrevista. Recuerdo aquel día que nos vimos en Maracaibo, hace ya

más de diez años, estabas con tu hermano Leoncio, y en esa oportunidad hablábamos de Gallegos, de tu padre y de La Guajira. Sentí a Leoncio como un cronista natural, y hace mucho tiempo manejé la idea de escribir sobre don Rómulo. Comencé a hacer anotaciones, porque siempre me llamó la atención lo que yo oía sobre él, en especial de ese Gallegos que, con setenta años de edad, regresa desde el exilio una que vez que es derrocado el general Marcos Pérez Jiménez. No estuvo activo en la política, y para mi sorpresa lo rodearon muchísimos amigos que lo admirarían, y que en su mayor parte eran militantes de grupos políticos distintos al suyo, o eran independientes. Particularmente activistas del Partido Comunista de Venezuela. Yo entrevisté a varios que ya han fallecido. A Gustavo Machado, a Luis Beltrán Prieto Figueroa, a Juan Liscano, a Isaac Pardo, a Horacio Cabrera Sifontes, y a la única hermana de Gallegos que quedaba viva para ese entonces, cuando tenía noventa años. Se llamaba Carmen Elisa, y murió al año siguiente después de la entrevista que le hice en 1984. También conversé con Sonia Gallegos, su hija que sobrevive aún. Además, puedo citar al fundador de la Universidad de Oriente, Luis Manuel Peñalver, quien fue el secretario de Gallegos en Cuba. También incluyo entre los entrevistados más recientes a Oswaldo Lares, testigo de la Fiesta de la Tradición, y a un llanero de Apure que me habló de Francisca «Pancha» Vásquez en la población de Elorza, y por supuesto no puede faltar Miguel Otero Silva. Constantemente recuerdo aquella conversación que sostuve contigo y tu hermano Leoncio, allá en Maracaibo, y que me devolvió a la etapa del novelista cuando va a conocer la zona de La Guajira, pues yo no sabía que tu papá era su amigo, y que estuvo entre los que le ayudó a conocer todo aquel paisaje y su gente. Para mayor satisfacción me entero, además, que tú participaste de la Fiesta de la Tradición en 1948, mostrando el baile de la Yonna. ¿Qué

edad tenías tú cuando llegaste al Nuevo Circo, en el año 1948, para participar en el homenaje a Rómulo Gallegos?

—Benito, yo creo que tendría unos once o doce años. Nací en 1936, el 18 de septiembre, y pronto cumpliré ochenta y ocho. Después de la Fiesta de la Tradición, yo vi unas postales hechas con nuestras fotos en mi segundo viaje a Caracas. Había venido la primera vez a esa fiesta que hicieron en el Nuevo Circo en presencia de Rómulo Gallegos. Invitan a mi papá, pero él nos trae a mí y a mi mamá. Nosotros tenemos una vida colectiva y el marido trae a la mujer, y la mujer, por supuesto, trae a los hijos. Mi papá se llamaba Germán Pocaterra y mi mamá Librada Hernández. La primera vez que vine bailé allí en el Nuevo Circo de Caracas porque dijeron: «¡Ay, todos son niños!». Éramos los únicos niños que estábamos en el grupo Wayúu, pero no veníamos a bailar, sino a acompañar a mi mamá. Nos dijeron: «¡Ay, los niños que bailen!», y como sabíamos bailar, pues bailamos y nos tomaron fotos. Por cierto, Benito, tú sabes que a nosotros nos gusta mucho los frijoles, los marroncitos, o blanquitos, pero no conocíamos los frijoles rojos y mucho menos los negritos. Cuando nos ponían caraotas negras nos gustaba mucho, y a los demás grupos folklóricos que estaban allí, que eran unos alijuna, a ellos no les agradaba comer caraotas todos los días. A nosotros sí, y nos comíamos las de ellos. Nos decían: «¿Ustedes quieren?», y por supuesto estábamos felices con las caraotas, porque era lo que nos gustaba. Se hizo parte de nuestra dieta. Cuando yo vine después a Caracas, la segunda vez, en el año 1952, fue porque llegué a estudiar Trabajo Social.

—O sea, ¿tú estudiaste Trabajo Social aquí, en la Universidad Central de Venezuela?

—No, cuando eso no estaba a nivel de la universidad. Era una escuela técnica de Trabajo Social, en la época de Marcos Pérez Jiménez. Mi padre pago exilio político en Colombia por



Fotografía cortesía de Ángela Collins

diez años. Él estuvo en Barranquilla y después se vino para Maicao, pero la mayor parte del tiempo fue en Maicao. Una vez se lo llevaron preso para Bogotá en un avión, y mi madre que nunca aprendió a leer ni a escribir, ni hablaba bien el castellano, se dirigió al presidente colombiano en ese entonces. Yo no sé si era Laureano Gómez, o un tal Arbeláez, no lo recuerdo. Ella lo convenció de que le entregara a su marido. Mi padre estuvo como cuarenta y ocho días en la cárcel de Bogotá, porque lo denunciaron por conspirador, pero la tarea de él era estar en la frontera y recibir a la gente que huía de aquí, de Venezuela, y se iban para Costa Rica o México, o no sé qué otro país. También la gente que venía de esas naciones llegaba al rancho, a la casa de nosotros. Fue una experiencia muy interesante.

Ahora fíjate, Benito, a Rómulo Gallegos, dentro de mi familia, no sé exactamente las razones, lo admirábamos mucho. Había una foto de un periódico en el que él había salido, y esa foto la tenía mi papá. Era el único cuadro que había en la pared de

esa casa, que era una casa muy sencilla. No era una casa de ese tipo que tuviese adobe ni nada importante. Entonces, los exiliados políticos que venían de México, de Costa Rica, de Puerto Rico, a encontrarse con sus novias, con sus familias, sus abuelos, sus esposas o sus mujeres, traían alimentos y preparaban platos, sobre todo en Navidad. Ellos elaboraban, por ejemplo, un pavo relleno, hallacas. Yo conocí las hallacas allí, cuando eso. Y estos políticos, y mi padre, ponían la bandera en esa foto de papel, que era una foto de Rómulo Gallegos. Ponían la bandera nacional que mi padre cuidaba. Luego, cerca de los doce de la noche, ellos daban sus discursos, se ponían de pie y nosotros también. Mi mamá, mi hermano y yo nos parábamos y hacíamos igual que ellos, escuchando los discursos, los análisis, las reflexiones que hacían. Las esposas llevaban entonces las hallacas y los pavos rellenos. Eso lo llegué a conocer en aquel momento, porque no era la comida de nosotros.

—Claro, ¿y dónde ocurrió eso?

—En Maicao, la parte colombiana donde se encontraban. El presidente de aquel país le dijo a mi mamá: «Sáquelo de aquí. Le doy quince días para que abandone el país. Yo se lo entrego», y se lo entregó. Luego él se fue a trabajar como cocinero en un barco que llevaba café de Riohacha para Aruba y para Curazao, pero el señor, el capitán del barco le dijo: «Mire Germán, mire para allá, vea los tiburones cómo están, aquí hay un mecate grueso para que se amarra. Usted tiene que amarrarse cuando estemos en alta mar, porque el agua se nos mete aquí, y usted va a dar allá y los tiburones se lo comen». Mi papá dice que eso era una zozobra, tener que vivir en esa angustia, y entonces él decidió irse. Le arreglaron los papeles a través de una gente, logró la residencia de nuevo en Colombia, y se puso a vender agua. Me acuerdo yo que había muchos burros, porque las calles de Maicao eran de arena.

¿Sabes qué, Benito? Yo conocí en Maicao a Cástor Nieves Ríos, antiguo concejal de La Victoria en el estado Aragua, y fundador del partido Acción Democrática. Hombre aguerrido. Pasó por allí y me acuerdo que estuvo como una semana. Tenía que ir a Venezuela y me dijo: «Noelí, dentro de unas semanas, dentro de un mes, yo tengo que hacer unas tareas, tengo unas tareas que cumplir, pero después que yo termine esas tareas, te llamo por teléfono». Claro, no me decía cuáles tareas tenía que ejecutar. Yo solo le respondí: «Ah, bueno». Me quedé pendiente de que me iba a llamar. La noticia que recibí, antes de que llegara ese mes, es que lo habían matado. Lo mataron en San Agustín y las muchachas caraqueñas que estudiaban conmigo, me dijeron en el comedor: «¡Acaban de matar a Cástor Nieves Ríos!». A nosotros nos habían enseñado que esa era una noticia muy dura, y no podíamos decir nada. No podíamos contar nada, sino que teníamos que estar callados. Entonces, disimuladamente, me fui al baño y lloré. Cuando regreso me preguntan: «¿Qué te pasó?», y respondí: «Que algo me cayó en el ojo», pero realmente es que yo lloraba por la noticia.

»Bueno, Benito, la época de Marcos Pérez Jiménez fue muy dura para nosotros. Recuerdo que, estudiando cuarto año de trabajo social, estaba en una escuela que se llamaba Gran Colombia, en Los Rosales, Caracas, donde hacíamos pasantías. Un día, cuando arreglaba carpetas, veo a través de las ventanas a unos estudiantes que pienso eran del Liceo Fermín Toro. Iban cantando el himno nacional y llevaban una cinta negra. Me asomo, dejo los papeles y salgo corriendo a preguntar: «¿Qué pasó?». Me dicen: «Acaban de matar a un estudiante y andamos en marcha cantando el himno nacional». Yo me olvidé de todo y me pongo a marchar con ellos. Ya estudiaba cuarto año. Eso fue en el año 1956. Canté el himno y marché. Después de terminar mis tareas me voy a la residencia, y cuando llego encuentro a

dos hombres de la Seguridad Nacional que me dijeron: «Usted está detenida». Claro, como andaba en eso, ya sabía lo que me esperaba. Las muchachas que estaban allí formaron un escándalo y gritaban: «¡Ay, la indiecita, la indiecita! ¡Se la están llevando presa!». Viene la directora, que para ese entonces era una señora llamada Lila Ruiz de Mateo Alonso, esposa del doctor Alberto Mateo Alonso, profesor también en esa escuela, quien nos daba psicopatología, y les dijo: «Miren, esta indiecita está bajo mi responsabilidad, ella no tiene familia aquí ni nada, yo soy quien la representa», y el hombre le responde: «¡Pero está detenida!», y le explican el motivo. Ella les preguntó con quién había que hablar y gestiona con el alto gobierno. Se comprometió en que me llevaba a su casa, y que podía estar en un cuarto. Efectivamente, me trasladó a su casa donde estuve como quince días o tres semanas, hasta que me dijo: «Noelí, no se pudo hacer nada. Tú estás expulsada y te tienes que ir de aquí. Yo te llevo al terminal». Faltaban como cuatro meses para graduarme de trabajo social. Por cierto, Benito, ¿sabes quién me ayudaba en ese entonces, pero de manera escondida? Bueno, realmente había dos personas, y uno de ellos era Miguel Acosta Saignes.

—¡Caramba! Miguel Acosta Saignes era militante del Partido Comunista. Yo conocí a Miguel Acosta, excelente persona, y gran estudioso de nuestras culturas.

—Sí. Yo iba a la casa de él todos los sábados porque empezamos a hacer una ley de indígenas. Miguel Acosta, una vez a la semana, me llevaba a la Universidad Central de Venezuela, porque para ese tiempo se estudiaba allí Sociología o Antropología. Bueno, era profesor y me decía, por ejemplo: «Noelí, hoy voy a dar clases de parentesco, ¿cómo es el parentesco en La Guajira?». Yo le contaba y esa información servía para sus alumnos. Después les explicaba técnicamente cómo era. Todas las semanas yo tenía que ir a sus clases, y los sábados y domingos a

su casa para trabajar, y él tomaba apuntes. Mi padre lo conoció, porque Miguel Acosta era arqueólogo, e hizo un trabajo en Las Pitías, allá en La Guajira, y mi padre lo acompañó. Entonces, cuando voy a Caracas me recomendó: «Búscate a Miguel Acosta Saignes». La otra persona era el doctor Carlos León, abogado, hijo del dueño del diario *La Esfera*. El papá era un hombre del gobierno de Marcos Pérez Jiménez, pero el hijo era un revolucionario y me ayudó mucho. Cuando yo estaba en segundo año de la carrera de trabajo social, este doctor Carlos León logró, a través del diario *La Esfera*, que me dieran una ayuda, ya que a mí me negaban las becas, porque era la hija de un enemigo del gobierno. Con eso yo pagaba la residencia y comía. Ese señor me decía: «Mira, tú vas a hacer una cola allá todos los meses a buscar tu platica». Eran doscientos bolívares mensuales, que representaba mucha plata en ese momento. Pagaba ciento cincuenta por la residencia, por dormir y comer, y me quedaban cincuenta bolívares para mis gastos personales. El doctor León siempre me aconsejaba: «No te asustes. Vas a ver allí gente con discapacidad, pero no te asustes», porque yo era casi una niña, «No te vayas a asustar por eso».

»Bueno, Benito, después que me expulsaron, los profesores hablan y piden que me dejen graduar, porque era la primera Wayúu en hacerlo. Al mes me escriben informando que podía volver, y cuando me gradué, cuando regreso, a la directora la habían echado del instituto, la sacaron.

—Ahora fíjate, Noelí, vámonos al pasado, a Gallegos y a su relación con tu padre. ¿Realmente Gallegos va a conocer la región del pueblo Wayúu en La Guajira, guiado por tu padre? ¿Tú recuerdas haberlo visto antes de venir a Caracas o era tu padre quien te hablaba de él?

— Mi padre hablaba mucho de él, y cuando va a La Guajira yo tendría como cinco años. Me dice mi hermano que él estuvo

en el Zulia como en el año 1941, y yo nací en 1936. Viví esa experiencia y recuerdo que fue con su esposa Doña Teotiste. Nuestra casa estaba en un lugar cerca de Paraguaipoa que se llamaba Mokomatira, y que ahora es conocido como La Gloria. Era un caserío donde estaba mi familia, y había una escuela que mi padre dirigía. Allí estuvo don Rómulo. A mi papá lo conquistó Acción Democrática. Él fue el primer maestro Wayúu. Su padre era un alijuna, un comerciante. Bueno, es una historia muy triste y no me gusta mucho hablar de eso. Mi padre llegó a cuarto grado y aprendió muchas cosas. Después parece que el ministro de educación, que creo se llamaba Fuenmayor, quiere poner una escuela y el único que sabía leer y escribir, que tenía cuarto grado, era mi papá, ¡pero eran esos cuartos grados de antes! Lo nombran como maestro en una escuela que no era en Mokomatira sino en otro lugar, y entonces a él, que es un Wayúu, hablante del idioma, que conoce la cultura, que tiene buen carácter y que sabe leer y escribir, el ministro lo envió a la población de Turmero en el estado Aragua, para que termine el quinto y sexto grado en pocos meses. ¡Imagínate tú, Benito!, luego de eso a mi papá, con sexto grado, lo nombran director de la Escuela Cristóbal Mendoza, en La Concepción del estado Zulia, que era un campo petrolero. Bueno, nosotros no sabíamos hablar bien el castellano, y nos vamos para allá con mi papá. Nos dan una casa de los trabajadores y los vecinos nuestros eran unos ingleses. Mi mamá nos cuenta que ella se asombraba y se distraía mirando cómo nosotros le hablábamos en wayuunaiki a los niños. Ellos nos hablaban en inglés, pero nos entendíamos y jugábamos. A raíz de esa relación de los niños, los padres empezaron a ser amigos. Después de eso, Acción Democrática agarra a mi papá y lo pone como gobernador en el Municipio, es lo que después llamaron jefe civil. A mi papá lo sacan de ahí y volvemos para La Guajira, a Sinamaica, que es la

capital. Después llega al poder el general Marcos Pérez Jiménez y pasan todos esos diez años terribles donde sufrimos mucho.



Fotografía cortesía de Ángela Collins

—Bonita historia, Noelí. Te felicito por esa capacidad de recordar. Hablando de recordar, cuéntame, ¿qué otras cosas vienen a tu mente sobre Rómulo Gallegos?

—Yo recuerdo algunas cosas. Mi papá lleva a don Rómulo Gallegos a la escuela que él dirigía y le presenta un acto cultural. Allí hay una niña de doce años que canta una canción, un Jayeechi, que son cantos donde se cuentan hazañas de personajes, de aventuras, de situaciones, de episodios de la vida, sean

buenos o malos, y aunque usualmente dicen que los Jayeechi lo cantan los que beben licor, no importa quien lo cante, porque es como una historia. Hay una narrativa y uno se entera de cosas que pasan, de personajes, de eventos, de dramas. Esta muchacha que cantaba se llamaba Florinda, y tenía como doce años. Canta, y mi padre le iba traduciendo el contenido a don Rómulo Gallegos. El personaje central se llamaba Remota, y en los Jayeechi siempre se repetía Remota, Remota. A don Rómulo le llamó la atención y preguntó: «¿Qué quiere decir eso?», y mi padre le responde que era el nombre de la mujer, del personaje principal. Por eso, Remota es protagonista en la novela *Sobre la misma tierra*. A don Rómulo le hablan de las comunidades de La Guajira, por ejemplo, de Canta Rabia, o el nombre de algunos personajes de las comunidades como Aminta o Dolorisa. Son personajes que habían tenido alguna trayectoria y estaban en su novela, pero eso no lo cantaba la muchacha. Ella solo se refiere a una historia de amor o algo así, y el personaje principal es Remota. Independientemente de eso, entiendo yo, por lo que me cuenta mi papá, que después ellos se van a la Laguna del Pájaro, que es otra comunidad, próxima a Wichepe. Con ellos iba Manuel Matos Romero, conocedor de las costumbres zulianas y del pueblo Wayúu. A Gallegos le cuentan una historia, y de acuerdo con la cosmovisión Wayúu, hubo un proceso de transformación, y en ese proceso de transformación ocurrieron muchas cosas. Por ejemplo, se entiende que en La Guajira hay un cerro que ahora los cartógrafos lo llaman el Cerro de la Teta, porque se parece a una teta, aunque el nombre verdadero es Epits. Él era un Wayúu Apūshana que caminaba y, según los cuentos y las historia que nos narran, venía caminando y estaba muy cansado. Se acostó un rato para descansar, para dormir, y cuando despertó quedó convertido en cerro, y su nombre originario es Epits Apūshana. Yo quisiera hablar con el

presidente de la República para que se recupere ese nombre de nuestra geografía.

»Benito, para nosotros no existe cielo, como llaman los ali-juna, como nos han enseñado en la cultura occidental: «cielo, purgatorio e infierno», y depende de la conducta si vas al cielo o bajas al purgatorio o al infierno. Para nosotros existe un solo sitio que se llama Jepirra, y a ese lugar los cartógrafos también le pusieron Cabo de la Vela. A ellos les parecía una velita, pero para nosotros ese es un sitio sagrado, y todos, por muy aculturados que estemos, siempre decimos: «Cuando yo vaya para Jepirra», «Ya partió para Jepirra», «Ya está descansando en Jepirra», «Ya se va a encontrar en Jepirra». Uno no dice, «Se va para el cielo, se va para el purgatorio». Nada de eso.

»A don Rómulo le contaron esas historias, y me imagino que le contarían muchas más, entre las que está la de una piedra que había en Castillete y sigue allí. Era una muchacha que se va a bañar, y se quedó convertida en una piedra. Estaba un poquito decepcionada, o algo así pasó con ella. Es una historia nuestra, alrededor de eso. A don Rómulo le llamó la atención y por eso usó su nombre. Es lo que nos cuentan. Hay una película que yo vi en Maicao que se llama *La doncella de piedra* y que está basada en la novela *Sobre la misma tierra*. Los personajes, los lugares, las comunidades, todo eso él lo tomó y lo traslada a la novela. Eso aparece en la película *La doncella de piedra*. Allí hay cosas que no me gustaron, aunque la obra mayoritariamente me gustó. ¿Qué es lo que no me gustó? Cuando aparece el personaje Chuachuaimea, como el hombre que se enamora de la muchacha, de Remota, según la novela. Posiblemente, don Rómulo no tuvo una buena fuente de información, eso sucede con todos los que escriben. Si yo te digo a ti, «Mira, eso es una venta», refiriéndose al matrimonio, pues tú lo pones como una venta. Chuachuaimea quería comprar a Remota, ¡pero no, ese no es el

sentido! Me hubiese gustado que lo dijera de otra manera, que explicara que es un dote que se da, y no es como ir a una tienda y comprar algo, ¡no! ¡No es un objeto!

Los alijuna, en la época de la colonización nos hicieron mucho daño, y eso ilustra mucho al Wayúu. Esos hombres, los alijuna, aunque tenían sus esposas, conquistaban a otras mujeres, a lo mejor algunos se enamoraron de verdad, ¿por qué dudarlo?, pero otros lo hacían al ver la fuerza de la mujer, porque nosotros somos una sociedad matrilineal. La mujer es la que manda, la mujer es quien puede decidir quién les va a hacer la comida, quién les va a cuidar los barcos en los que ellos venían a Puerto López, a Castillete, porque ellos iban para Cartagena de Indias, y a otros sitios, y entonces llegó el momento en que los colonizadores —en la obra de Gallegos se refleja esto—, reaparecen cuando llega el petróleo, según en 1914, con la explotación, y la gente que trabajaba con la Shell, con la Creole, y con otras empresas extranjeras, en esas transnacionales, era gente de Lara o de Trujillo o de Falcón. Eran alijuna, no eran indígenas, y a raíz de esa explotación petrolera, esa gente abandona sus sitios y se van para los campos petroleros, porque ahí les iban a pagar mejor. Abandonan las haciendas y a los ganaderos, entonces estos ganaderos no tenían trabajadores y empiezan a hablar con los comerciantes alijuna que visitaban, que iban a vender cosas allá, y les dicen: «Mira, tráeme indios para comprarlos». Rómulo Gallegos lo refleja en la novela, porque es ahí cuando empieza a perderse la cultura, porque mucha de esa gente, de esos indígenas que se fueron, quizás eran muy niños, muy jóvenes, quienes después llegan a ser adultos, pero ya no practican su cultura, ya están en otra cultura, tienen que vivir en esa otra cultura, y abandonan sus orígenes. Cuando yo era niña, en casa no teníamos mesa, no teníamos silla, nos sentábamos en el suelo, dormíamos en chinchorro, no teníamos cama y el techo era el

cielo, pero esa era una escuela, era la pizarra de la naturaleza. Yo viví esa vida. Las abuelitas nos preguntaban: «¿Cómo se llama esa estrella que está en el cielo?», entonces uno sabía responder, porque lo aprendimos, pero ya eso ha desaparecido.



Fotografía cortesía de Ángela Collins

»Sin duda alguna, yo pienso que don Rómulo hizo un gran aporte en su novela, pero hay muchas otras observaciones que pudiera agregar, por ejemplo, y reitero, cuando se habla de la venta en el matrimonio, eso no es así. Se trata del dote, que es un gran regalo, una protección, como tampoco podemos hablar del blanqueo, según la concepción de los alijuna. Habría muchos elementos que analizar, y creo que debemos leer de nuevo *Sobre la misma tierra*. Como te dije antes, cuando me encontré con Rómulo Gallegos yo tenía cinco años.

— Bueno, Noelí, perfecto. Lo que quería era llevarme estas impresiones para agregarlas al libro. Si tengo dudas con las palabras, frase o algo que es propio del wayuunaiki, yo te aviso para analizarlo.

—No te vayas todavía, Benito. Quiero que veas esto. No sé si tú lo conoces.

—No, ¿qué es eso?

—Esto es lo más sagrado para nosotros los Wayúu. Yo pido que no le tomen fotos. Esto se llama Alania, y le he enseñado a mis hijos que representa a las abuelas, porque esto viene de la herencia de mis tatarabuelas, y hoy en día está bajo mi responsabilidad. Esto es una protección, ¿entiendes? Y ahora, me he enterado que de otras religiones les dicen a los Wayúu, «Miren, no crean en eso, solo crean en Dios. En eso no crean, quémenlo». Algunos Wayúu se han vuelto tan fanáticos que lo han quemado y eso es gravísimo, porque hay una cosa, y es que nosotros creemos mucho en la espiritualidad, ¿ves? Nosotros nos comunicamos con nuestros antepasados. Sobre esto, que ha sido sagrado para mi pueblo, ahora hay quienes no creen en él, pero sigue siendo sagrado y es nuestra protección.

—¿Repíteme el nombre que se le da?

—Alania, la sagrada, la más sagrada de las abuelas. Para nosotros es una persona, para nosotros aquí está el espíritu de las abuelas. No te olvides de esto, Benito.

Así fue la despedida de Noelí ese día 7 de agosto de 2024, cuando recordamos a Rómulo Gallegos y la vimos aferrada a la más sagrada de las abuelas con el vestuario rojo de Alania. Mucho más hablamos ese día, hasta que llegó la noche con una hermosa luna nueva, que también Ángela Collins pudo fotografiar.



OSWALDO LARES:
**«Siempre tuve a Rómulo Gallegos
como un gran maestro»**



Hijo de Isabel Emilia Soto y de Roberto Lares, Oswaldo resulta una mezcla humana de lo que en Venezuela llamamos «maracucho», por haber nacido en Maracaibo, y también «caraqueño» por su largo tiempo en la capital del país. Efectivamente nació en Maracaibo un 6 de enero de 1932, y vive en Caracas, desde los cuatro años de edad, con la enorme ventaja de viajar y viajar por el mundo, educarse en los Estados Unidos de Norteamérica, donde se gradúa de arquitecto en la Universidad de Cornell, una de las más competitivas, y en la que es admitido después del cierre de su Universidad en Caracas, cuando cursaba el tercer año de una carrera profesional. En Cornell, descubre que realmente no conocía bien a Venezuela, a diferencia de otros latinoamericanos condiscípulos suyos, conocedores y llenos de orgullo hacia la música de sus países de origen. En una entrevista anterior que sostuve con Oswaldo, me lo explicó así:

—Benito, Cornell estaba llena de latinos, una experiencia increíble, porque en Cornell me sentí latinoamericano, pero me percaté de que no conozco cómo debe ser mi propio país. Entonces, en unas vacaciones de regreso a Caracas salgo a comprar discos de música venezolana auténtica, y me encuentro un álbum de Ignacio «Indio» Figueredo, acompañando con el arpa al cantante Ángel Custodio Loyola. Me llevo ese disco, y otro de Luis Laffer, a mi regreso a Estados Unidos. Luis Laffer era un húngaro que hacía grabaciones en un camión acondicionado como estudio y viajaba por toda Venezuela registrando la música originaria de los pueblos. En Estados Unidos, hago escuchar aquello a mis compañeros latinoamericanos y quedan encantados. Allí me incorporo a un grupo llamado Latin Combo. Hacíamos mambos de Dámaso Pérez Prado. Yo tocaba la conga, pero después que me vengo a Venezuela, definitivamente, decidí estudiar el arpa criolla. Un día le dije a mi papá que necesitaba aprender a tocar arpa y él me respondió: «¿Qué? ¿Estás

loco?». Me compré un arpa a la que llamé «Juanita», que aún conservo, y que también la llegó a tocar Ignacio «Indio» Figueredo, cuando compartimos juntos entre los llanos de Apure. Me di cuenta de que el arpa era parecida al piano, y que no tenía el medio tono, las teclas negras, sino las puras blancas. El arpa es cuatro octavas blancas del piano. Para mí resultó fácil porque en Cornell ya había aprendido a tocar piano. En solo quince días que pasé con «Juanita», ya yo estaba tocando mi primer pasaje del «Indio» Figueredo”.

La madre de Oswaldo fue bisnieta de José Laurencio Silva, quien se casó con Felicia Bolívar Tinoco, sobrina del Libertador Simón Bolívar. Felicia Bolívar Tinoco será entonces la tatarabuela de Oswaldo Lares y él lo sostiene siempre con orgullo, además de sentirse también orgulloso por la vinculación consanguínea que trae de su abuelo Homer Lares, a quien tampoco llegó a conocer, pero es de él de quien hereda la pasión por la música, siendo este abuelo un destacado ejecutante de seis instrumentos musicales distintos. Con su padre continúa ese legado, y nos cuenta Oswaldo que, en Maracaibo, en la época de la explotación petrolera, este se hizo un tenor de fama con su gran voz. En su casa de Los Haticos, y frente al Lago de Maracaibo, transcurrían las grandes fiestas que Oswaldo recuerda de niño, hasta que se viene a vivir con sus padres a la zona de Las Delicias de Sabana Grande en Caracas, donde transcurre su juventud. En esa casa inmensa, de su domicilio caraqueño, recibían visitas de Juan Liscano acompañado por diferentes intelectuales y políticos, como Alejo Carpentier, Raúl Nass, Jovito Villalba y otros de mayor edad, que recuerda Oswaldo Lares pertenecían a la ya famosa Generación de 1928, y entre ellos destacaba Rafael Caldera, criado por Clementina Velutini, la señora madre de Liscano.

Conozco a Oswaldo Lares en Cumaná, comenzando la época de los setenta del pasado siglo. Quiero decir, hace unos cincuenta

años que nos vimos por primera vez. En aquellas circunstancias de nuestro encuentro, yo le presté especial apoyo para la grabación de un disco de la cantante Lilia Vera, acompañada por nuestra inolvidable María Rodríguez. Allí empezó esta gran amistad. Hoy, cerca de nosotros, está su pesado equipo Nagra de batería y un micrófono Sennheiser alemán que le compró a Luis Laffer, y que ahora conserva en Caracas como una reliquia, porque al tocar el botón *on*, se enciende de nuevo después de tantos años. Con ese equipo encima nos volvimos a encontrar una vez y otra vez en El Callao, estado Bolívar, en los Carnavales de El Callao donde asistía con su esposa Renata Jaffe, de origen alemán. Todavía no se había fundado el grupo Convencenza, que dirige desde el año 1974 y que goza de gran prestigio. Tres esposas formaron parte de la vida de Oswaldo Lares: Mercedes Landaeta, Renata Jaffe y la hermosa Sabine Strelocke. Las dos últimas de origen alemán. Seis hijos de esos matrimonios, y en la actualidad nueve bisnietos que le endulzan la vida después de haber cumplido noventa años de edad. Lo busco para el intercambio de opiniones sobre Rómulo Gallegos, y sobre la celebración popular a la que asistió cuando el gran novelista asume el cargo de presidente de Venezuela, porque Oswaldo, además de los vínculos familiares con Juan Liscano, fue testigo de excepción del gran acontecimiento que hizo historia aquel mes de febrero de 1948: la Fiesta de la Tradición.

—Oswaldo, te quería pedir que nos hables de cómo fue aquello en el Nuevo Circo de Caracas, la famosa Fiesta de la Tradición, y particularmente qué sentiste por ese Rómulo Gallegos que, me imagino, llegaste a ver en el acto con su investidura presidencial.

—En ese acto lo vi desde lejos. Lucía elegante, como siempre. Lo llegué a ver porque nosotros estábamos invitados por Juan Liscano y mi tía Heufife «Fifa» Soto, esposa de Liscano, y quien

trabajaba en la confección del vestuario de los participantes. Ella me daba muchos detalles de lo que ocurría. Allí colaboró también la directora de Cultura del Ministerio de Educación para ese momento, que era María Elvira Zuloaga. Tendría como quince años cuando mamá me dice: «Te voy a llevar a la Fiesta de la Tradición que Juan montó para celebrar el triunfo de Rómulo Gallegos». Esa Fiesta de la Tradición se realiza antes de que yo me fuera para Estados Unidos de Norteamérica a estudiar arquitectura en Cornell.

—Ahora te pregunto, Oswaldo, ¿cómo describirías tú, paso a paso, ese acontecimiento del que hablamos desde la condición de espectador?

—Benito, como te dije antes, tendría quince años, y sostengo que fue un espectáculo maravilloso que me sorprendió mucho. Tanto que no lo he olvidado. Recuerdo todo lo sucedido. El Nuevo Circo, un espacio circular, no tenía tarima y no se veían micrófonos, no se veían cables de ningún tipo. Los espacios donde actuaban aquellos extraños personajes, eran elementos que de repente se iluminaban. Se iluminaba un círculo que se veía como un gran sol amarillo, y ahí estaban ya los músicos y los danzantes de la manifestación. Empezaban a cantar y a tocar y se escuchaba perfectamente, pero no se observaban los micrófonos. No había nada de equipos de sonido a la vista. Después de iluminarse un círculo, ese se apagaba y de inmediato se encendía otro más grande o más pequeño, porque variaban de acuerdo al tamaño de la manifestación. El director técnico de la Fiesta de la Tradición fue Abel Vallmitjana, que era un republicano español, catalán, por cierto. Él ideó un sistema suspendido de cables donde venía el sonido y la iluminación. Eso quedaba colgado entre la oscuridad y el cielo abierto, y como el espectáculo fue de noche, desde las gradas, los asistentes que éramos miles, no lo llegábamos a observar, porque la luz cuando iluminaba solo permitía ver las figuras

en movimiento con todo el colorido, pero no se percibía por parte del público ningún asomo de que estaba colocada una lucecita roja con un micrófono, multifuncional, multidireccional, desde el que se captaría todo de la mejor forma.



Oswaldo Lares y Benito Yrady con el arpa «Juanita».
Fotografía cortesía de Cyntia Irady

—Imaginamos que aquello debió requerir de una gran organización y de múltiples ensayos, ¿fue así?

—Sí, la gente estuvo cinco días ensayando. Cada colectivo de tradición estaba sentado en la oscuridad y de espaldas a la contrabarrera. Tenían un coordinador por grupo en ese acto que los llevaba caminando en la penumbra de la noche, cuando les tocaba intervenir, y aparecen solo al ver la luz roja. Allí estaba el micrófono, como a dos metros veinte de altura, y entonces los músicos quedaban perfectamente debajo. Así resolvieron la situación de estar cambiando equipos de sonido y haciendo tarimas de actuación a la vista del público. En aquello fluía una y otra luz.

—¿Cuál fue el orden de las representaciones en escena?

—Empezaron con los giros de San Benito, y después vinieron las diversiones orientales con El Carite:

♪Ayer salió la lancha Nueva Esparta
salió confiada a recorrer los mares♪

»Se escuchaba ese canto, y entonces eran los pescadores con sus diversiones los que estaban pescando en pleno Nuevo Circo de Caracas.

Después «El chiriguare» y más adelante «El pájaro Guaran-dol», que, como ya sabemos, son diversiones, y en Oriente se practican desde Navidad hasta Carnaval. Luego «El sebucán», el palo de cintas que se baila en casi todo el país, y que refleja la renovación de la naturaleza, porque en mayo entran las lluvias. Lo llaman «Palo de mayo» en España. Bueno, allí terminó la primera parte.

—Oswaldo, ¿puedes decirnos si escuchaste algunas anécdotas, relativas a la presencia de esos practicantes de las celebraciones tradicionales del país, durante su estadía en Caracas?

—La segunda parte la abrieron los Diablos Danzantes de Yare. Ellos tienen toda una historia en la Fiesta de la Tradición, porque entre los cultores que vinieron, para muchos, era la primera vez que salían de sus regiones. Sus prácticas culturales, siempre las hacían en sus pueblos de origen, es decir, no tenían una experiencia de artistas, ni de gente de teatro. Los alojaron en la Universidad Central de Venezuela. Durmieron en las residencias estudiantiles que, para ese entonces, estaban recién construidas.

Varios de los Diablos se enfermaron del estómago, porque la comida les cayó mal, y entonces, como ellos iban a bailar en una fecha que no era el Corpus Christi, el capataz de los Diablos dijo que eso era un castigo divino. Es entonces cuando deciden que no se iban a presentar. Cuando Juan Liscano

se entera se pone altamente nervioso, «¡Ay, ¿cómo que no van a actuar si ustedes abren la segunda parte?!». Bueno, eso fue una tragedia. Por fin los convencen y dijeron que sí, que sí se presentaban, pero que antes tenían que oír misa, porque en su comunidad de la población de San Francisco de Yare iban a la misa antes de su ceremonia. Es algo que está dentro de su tradición, venerar al Santísimo Sacramento ante el cual se rinden. Es su culto. ¡Ah, por cierto! El traje rojo era la primera vez que se lo ponían, porque mi tía Fifa, cuando le dijeron que venía un grupo de Diablos, inmediatamente pensó en el rojo, y les hizo los trajes de ese color. Era la primera vez que se presentaban vestidos de rojo y no hubo problema. ¡Fue una sensación! La dificultad estuvo en que a los Diablos los llevaban en un autobús con sus máscaras y todo, y llegan a la iglesia de Santa Teresa en Caracas, y el cura los botó, porque él no quería Diablos en su iglesia, y otra vez los Diablos andando por toda la ciudad, hasta que alguien dijo: «El cura de El Valle sabe cómo es la tradición, porque ha ido a las fiestas en San Francisco de Yare», y se fueron para allá. Allí sí los aceptó el cura. Bueno, oyeron su misa y luego se presentaron.

»Por cierto, hay otra anécdota que se relaciona con los grupos que venían de Barlovento, porque aquí, en Caracas, no se tenía conocimiento de ellos, de cómo hacían las celebraciones en Barlovento. Bueno, por lo menos mi tía Fifa no lo sabía. Ella pregunta: «¿Cómo es el traje que tengo hacerles?», y alguien le dice: «Ellos usan una camisa blanca y un pañuelo en el cuello», pero el pañuelo es para que la camisa no se manche de sudor, y a mi tía Fifa se le ocurrió hacer un pañuelo rojo, grande, y eso fue mucho más vistoso. Desde entonces los grupos de Barlovento, de Curiepe, de Caucagua, todos usan su nueva indumentaria con el pañuelo rojo de frente, y se ven de lo mejor, más allá de un pañuelo atado para no sudarse.

»Como te explicaba, Benito, la segunda parte la iniciaron los Diablos Danzantes y tuvieron un gran éxito. Los Diablos hicieron una procesión, había luces en la mezquita del Nuevo Circo, proyectores, porque unos actuaban en el círculo, pero los procesional se desplazaba, y entonces podías seguirlos en la ruta de los reflectores del teatro. En esta segunda parte, después de la actuación de los Diablos Danzantes de Yare, vinieron todos los tambores. Tambores redondos de Barlovento y el tambor mina. Dos grupos distintos, porque son dos manifestaciones distintas, aunque ambas de origen africano, y después estaban los Chimbangeles del Zulía, que son del culto a San Benito, y los tambores de Charallave. Esos fueron los grupos. Cuatro grupos de tamboreros, pero los últimos fueron los Chimbangeles. Cuando apagan los reflectores que daban sobre ellos, se encendieron los otros tres círculos anteriores de luz, donde ya habían estado todos, pero se notaba que se quedaron allí, y el segundo acto terminó como con ciento veinte tocadores de tambor, haciéndolos sonar. El culo ‘e puya, el mina y los de Charallave. Así terminó la segunda parte, con un gran estruendo de tambores.

—Por la información que manejamos, sabemos que había muchos invitados internacionales, intelectuales y políticos. ¿Tú llegaste a conocer alguno?

—Había delegaciones de todos los países. Intelectuales como Waldo Frank, Germán Arciniegas, Fernando Ortiz, Juan Marinello, el director de la Biblioteca del Congreso de Washington, en representación del presidente norteamericano, Harry Truman. ¡Una cantidad de gente! Gallegos estaba en un palco y lo veíamos cerca, pero yo nunca lo traté personalmente, y tampoco a los invitados internacionales.

»Siempre tuve a Rómulo Gallegos como un gran maestro, y sobre todo como un destacado escritor, como un humanista verdadero. Gallegos decía que el pueblo venezolano estaba muy

atrasado, y el problema del pueblo era que siempre seguían a un caudillo que les imponía consignas, y ese caudillo terminaba buscando el gobierno y quedándose como un dictador.

—Ciertamente Oswaldo. En la época de Juan Vicente Gómez, el Maestro Gallegos se le enfrentó como político y como escritor, logrando encarnar el sentimiento de los sectores populares gracias a su preocupación por el estudio de la raíz tradicional de los venezolanos, y posteriormente se le da todo el apoyo para ser electo presidente de la República. Dime ahora, ¿qué opinión te merece esa vinculación de Gallegos con lo popular?

—Plenamente de acuerdo contigo, Benito. Gallegos recorrió a toda Venezuela para conocer el alma del pueblo. Nos dejó esa enseñanza. Gallegos, por cierto, estuvo en la Trinidad de Arauca. La Trinidad de Arauca en el centro de Apure, por el río Arauca, y allí recuerdo que yo estuve en el año 1972, y en ese recodo del país traje de nuevo a Gallegos a mi memoria. Te voy a contar una anécdota. Luis Armando Roche, de quien fui amigo, me dijo: «Oswaldo, quiero que me asesores porque voy a hacerle un cortometraje a Ignacio Indio Figueredo». Me voy con él, porque en 1969 ya acababa de editar mi primer trabajo discográfico y de folklore en Venezuela sobre el Indio. Fueron dos discos y un folleto que hice bilingüe, porque me decía: «Esto tú lo mandas a cualquier embajada venezolana del exterior, y puede formar parte de una programación en ese país. Se puede hacer un programa, porque tiene las explicaciones necesarias». Yo entrevistaba al Indio sobre cada pieza que él hacía. Estuvimos meses, hasta que pudimos armar el contenido de ese disco, que terminó siendo un álbum doble, ya que me di cuenta de que los géneros del Llano son tantos como los palos del flamenco español, y son tan importantes que no podía dejar ninguno afuera. El Indio decía: «Bueno, pero tienes que poner un seis por derecho, y un pajarillo, y un zumba que zumba». Esos son géneros específicos, cada uno

con su propio ritmo en el arpa. Ya yo tocaba eso, más o menos. Entonces tenías la explicación en inglés y en español, y podías hacer un programa de radio con la música venezolana en el exterior, a través de ese disco. Así que le vendí la idea a la Cancillería de nuestro país para que me comprara algunos, porque la arquitectura, que era otro de mis oficios, me financiaba los viajes y todas mis locuras con el folklore. Ese disco lo hicimos en un estudio aquí en Caracas. Por cierto, que allí conozco a Aldemaro Romero, en ese estudio, que creo que se llamaba Estudios Continente, y estaba en la avenida Morelos. Le dije: «Aldemaro, ven para que oigas esto. ¿Has oído el seis perreo?», me responde que no. Le insisto: «Bueno, oye esto, porque el Indio tocó el seis perreo. Es otro tipo de seis, un seis que modula, que empieza en un tono y después se queda en tónica y dominante, pero no pasa a tono agudo. Tónica y dominante y se queda en tónica y dominante, y es repetitivo. Entonces allí, en la letra del canto figuran dos perros, hay un contrapunteo con sus nombres y dice así:

♪ Yo salí de San Fernando y llegué a La Trinidad
a uno lo llaman arrogante y al otro la fiera va
a arrogante no lo llamo porque ese ese flojo no va. ♪

Resulta que esos nombres de perros, arrogante y fiera brava, que en aquel contrapunteo le decían «fiera va», estaban vinculados a la historia de Carlomagno. Leyendo una vez sobre los perros de Carlomagno descubro que a ellos los llamaban a uno arrogante y al otro, fiera brava. ¿Cómo llega eso al Llano venezolano? Porque el hijo del Indio, Elix Figueredo, era el que sacaba y ponía las letras y todo. Él colaboró mucho también en armar ese programa para el álbum de *Arrogante y fiera va*.

—¿Y lo llamaban seis perreo?

—Sí, seis perreo. Todas las culturas se mezclan y se fusionan, y ese mestizaje que pasó en América fue increíble. Una vez

Arturo Uslar Pietri dijo: «En cien años España conquistó un territorio diecisiete veces mayor que su propio país. Fundó ciudades, organizó comunidades. Dio religión, idioma y cultura. Todo en cien años». Eso fue una proeza de verdad. Ese pequeño país se expandió en América, y por eso todos los latinoamericanos somos como hermanos, porque en algún lado, a lo mejor, está ese seis perreo representado en otros géneros, como pudiera ser la cueca chilena. Seguramente oyes algo de arrogante y fiero va en Chile, en una cueca, tocada en arpa también. Yo me di cuenta de eso cuando empecé a hacer los programas de radio, pero me estoy saliendo un poco del tema del presidente Rómulo Gallegos. Discúlpame, Benito.

—No, no, tranquilo, ahora lo volvemos a retomar. Creo que un lector interesado apreciaría mucho lo que me estás contando, desde tu experiencia como investigador, que fue justamente lo que Rómulo Gallegos pudo observar en el Llano apureño. Las costumbres del pueblo.



Fotografía cortesía de Ángela Collins

—Bueno, te sigo narrando el desarrollo de la Fiesta de la Tradición. Después de esos tambores, el tercer acto fue el correspondiente a los grupos procesionales. Empezó con el San Pedro de Guatire, que vino en procesión por todo el centro, iluminado con los reflectores de arriba. Después continúa el acto con el Tamunangue de Lara, que también salió en procesión con dos niños representando la danza de dos palos, es decir, el «son de la batalla». Eran dos niñitos muy pequeños y eso gustó mucho. Cuando llegaron a la arena central del Nuevo Circo, lo ocuparon todo e hicieron «La Bella» y otro son que creo que era el «Seis Figureao». Dos o tres sones, porque el Tamunangue tiene siete sones. Luego vino la Chichamaya de los Wayúu, y es allí donde estaba en escena Noelí Pocaterra, como tú lo comentabas, Benito. Los Wayúu con su tambor, y el baile de la Chichamaya, que ellos la llaman ahora Yonna. Lo baila la mujer que se encima al hombre, que abre la manta y el hombre va hacia atrás, y están dando círculos en contra de las agujas del reloj. Por cierto, todos los grupos indígenas venezolanos bailan en círculos en esa dirección, parece que representa el sentido en que la tierra se mueve, de derecha a izquierda, no de izquierda a derecha. Bueno, y al finalizar los últimos toques del tambor de la Yonna, se escucha entonces un arpa grabada, eso sí fue grabado, al parecer un arpista tuyero. Eso me lo dijo Víctor Márquez, un amigo que ya falleció. Me dijo: «Mira, el arpista se llamaba fulano de tal, el que tocó en la Fiesta de la Tradición». Parece que habían llamado a varios arpistas, pero cobraban mucho, y este era de Carabobo, pero era tocador de joropo tuyero. Sin embargo, fueron géneros como el pajarillo los que tocaron, y había ocho plataformas pequeñas montadas sobre la contrabarrera, porque hubo ocho parejas de distintas partes de Venezuela que bailaron ese joropo. Recuerdo que el arpa sonaba muy brillante, y que era un joropo de los básicos, no sé si era un seis por derecho o algo así lo que

se tocó. Lo bailaba con gusto la gente de cada región, porque cada uno baila el joropo con mucha libertad, pero es un baile de pareja. Hombres en una fila y mujeres en otra. Cada pareja zapatea en su momento, cuando quiere, y la mujer le lleva el ritmo al hombre. La mujer siempre lleva el ritmo, no lo pierde, para que él vuelva después del zapateo a agarrar el golpe del baile. En medio de eso, aparece una serie de llaneros montando a caballo. Esos eran soldados, porque la actividad, como sabemos, fue un espectáculo del gobierno, del alto gobierno, y los jinetes venían como los Centauros de Páez, con el pantalón este que tiene dos puntas sueltas para que, al cruzar un río, se levante el pantalón. Empezaron a hacer figuras. Uno montando en pelo, y brincaba. Mientras el caballo corría, brincaba de un lado a otro, y el caballo corriendo. Cuando termina todo eso, el Regimiento de Caballería Plaza Número 1 se quedó firme, y un coro como de quinientos niños empezó a cantar el himno nacional, el «Gloria al Bravo Pueblo».

—Cosas increíbles, Oswaldo. Además, fue una experiencia técnica extraordinaria, y al sumarlo todo, con cada detalle, como los que tú describes, podemos percibir que una actividad así no ha tenido antecedentes.

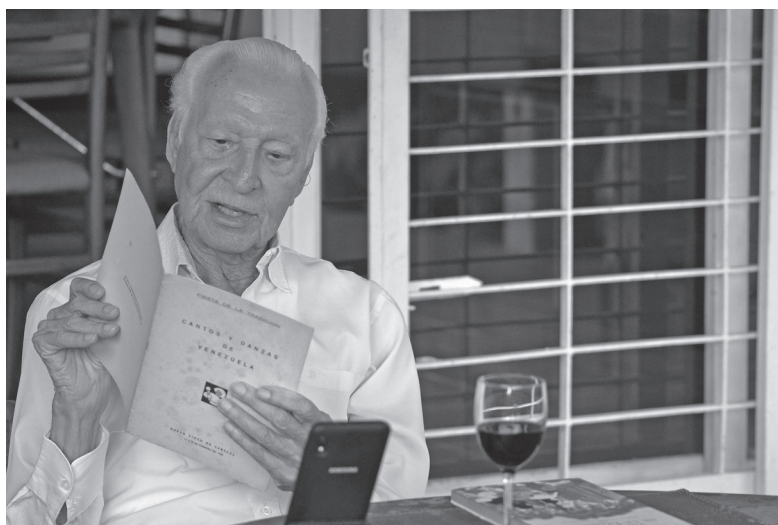
—¡No ha tenido parangón, Benito! Cincuenta y cinco mil personas estuvieron presentes. Fue como el diez por ciento de la población caraqueña que asistió por cuatro días a ese espectáculo. El espectáculo de masa cultural más importante en la historia de Venezuela.

—Ahora, en medio de todo eso, ¿dónde estaba ubicado el presidente Rómulo Gallegos? ¿Se quedó hasta el final del acto?

—Sí, hasta el final del acto se mantuvo el presidente Gallegos ese primer día. Él estaba sentado en un palco rodeado de gente, por supuesto, crema y nata de los intelectuales latinoamericanos. Todo el mundo quedó maravillado. Don Fernando Ortiz

dijo que era la celebración que a él más lo había emocionado, y que respondía a lo auténtico, a lo más auténtico del pueblo venezolano, y Mariano Picón Salas dijo: «El descubrimiento emocional de Venezuela».

»Se decidió repetir el espectáculo de forma gratuita durante cuatro días más. Entonces, había que ir al Nuevo Circo para recibir un *ticket*, porque se entraba gratis. El espectáculo fue maravilloso, y eso permitió que en liceos y en escuelas se impartiera el folklore. Hay un dato bien interesante, poco conocido, y es que ese mismo año, en julio, se hizo un encuentro de niños de las escuelas, quienes repitieron los bailes campesinos que se habían hecho en la Fiesta de la Tradición.



Fotografía cortesía de Ángela Collins

—Claro, Oswaldo, y eso lo dirigió Francisco Carreño, quien era un extraordinario compositor e investigador nacido en la isla de Margarita, hermano de Inocente Carreño. Francisco Carreño estuvo muy involucrado, porque todas las diversiones que venían de Margarita a la Fiesta de la Tradición, fueron

contactadas por él. Era el responsable por Oriente, por los estados Nueva Esparta, Sucre y Anzoátegui.

—Allí estuvo Francisco Carreño, Abel Vallmitjana y Juan Pablo Sojo.

—Sí, Juan Pablo Sojo por la parte de Miranda. Ahora, te pregunto Oswaldo, ¿recuerdas cómo empezó el acto? ¿Qué vio y que vivió el público?

—Yo me acuerdo que Pancho «Pepe» Cróquer era el locutor, y había una explicación corta cuando empezaba cada manifestación. Él decía: «Esto que vamos a ver es tal cosa». Eso lo hizo Cróquer. Y Juan Liscano dijo unas palabras muy hermosas dirigidas al presidente Rómulo Gallegos. Empezó diciendo: «Esta Fiesta de la Tradición ha sido organizada por un puñado de hombres y mujeres que han creído en el presente y en el porvenir de Venezuela con fe, con esperanza y con razón, a falta, quizás de creer con caridad y gracias a la ayuda amplia, entusiasta, joven, de un gobierno que supo comprender tres cosas fundamentales: que para gobernar en forma democrática se requiere el apoyo popular, que para desarrollar un sentido de la propia nacionalidad se necesita comprender la propia tradición; que la tradición, en última instancia, es el folklore».

»Mira, Benito, tengo grabado en mi mente a Rómulo Gallegos y a la Fiesta de la Tradición del Nuevo Circo de Caracas desde el año 1948. Se organizaría en mes y medio por parte del Servicio de Investigaciones Folklóricas del Ministerio de Educación, y lo dirigió Juan Liscano. Originalmente se llamó Cantos y Danzas de Venezuela, como se leía en el programa que repartieron esa noche para que la gente se guiara con una breve explicación de cada parte. Allí estaba impresa esta leyenda: «No hay nacionalidad sin tradición», y es este que nuestro, es el programa que siempre he guardado de recuerdo. No sé cuántos años habrán transcurrido desde aquel momento.

—Desde 1948 hasta el presente han transcurrido setenta y seis años, Oswaldo.

Antes de despedirnos, como siempre, y junto al equipo que nos acompaña, Concepción Rodríguez Macero, Ángela Collins y Adriana Rodríguez, Oswaldo nos invita a hacer un nuevo recorrido por aquella amplia casa caraqueña ubicada en Prados del Este, donde vive actualmente. Allí resguarda colecciones de objetos etnográficos, particularmente instrumentos musicales de todas las regiones del país, partituras, grabaciones magneto-fónicas, fotografías, videos, películas, antiguos equipos técnicos, y registros sonoros de centenares de programas de radio, que décadas atrás difundió largamente. «Registros sonoros» se ha denominado el proyecto en proceso de digitalización con el que cooperan su hijo Roberto Lares y Mariángeles Pacheco, entre otras personas e instituciones abocadas a darle la mayor relevancia a la Fundación Fundalares, que preserva como testimonio de su intensa vida de etnógrafo y músico en el siglo XX. Es un archivo vivo, donde la reina de todos los objetos se llama «Juanita», la pequeña arpa que ejecutó Ignacio «Indio» Figueredo, y que Oswaldo Lares toca todavía.

MANUEL VICENTE SANTANA:
**«La verdadera Doña Bárbara
se llamaba Pancha Vásquez»**



Se ha escrito tanto y tanto sobre los personajes reales que inspiraron a Rómulo Gallegos, y abundan las anécdotas y relaciones en numerosos juicios a su obra. Quizás la novela *Doña Bárbara* resulte el mayor de los tesoros sobre estas comparaciones, por tratarse del más famoso de sus libros, y por su condición extraordinaria de relato inspirada en el Llano, su geografía y sus misterios. Se dice que fue en aquel apartado pueblo de Villa de Cura donde el Maestro Gallegos inicia su tránsito hacia el mundo desconocido del Llano, por el que siente gran motivación, y que le inspiraría a seguir en la gran búsqueda hasta su llegada al Apure. No debe olvidarse la existencia de Villa de Cura y sus paisajes de sabanas en la vida del Maestro Gallegos. Tierra caribe de rutas ganaderas y agrícolas, cuya fundación se inicia en el año 1717, y que es sitio de origen de sus padres, dedicados al comercio en el lugar: Rómulo Gallegos Osío y Rita Freire Guruceaga. Él conoció bien en ese tránsito juvenil a la famosa Villa y a sus grandes haciendas, y supo allí de la relación con los llaneros del bajo y del alto Apure.



Llano adentro en Apure. Fotografía de Rafael Salvatore

Uno de esos personajes de la vida real, allegado a Rómulo Gallegos, y de quien estaría eternamente agradecido, fue aquel hombre, a quien se conoció como Antonio José Torrealba, y que aparentaba algo más de treinta años de edad cuando lo vio por primera vez. El renco Torrealba, como algunos le decían, fue caporal de sabana, y principal informante del escritor caraqueño que aparece en su novela como el famoso Antonio Sandoval. Así lo revela el Maestro Gallegos entre sus notas publicadas en 1954:

En el hato La Candelaria de Arauca, conocí también a Antonio Torrealba, caporal de sabana de dicho fundo —que es el Antonio Sandoval de mi novela— y de su boca recogí preciosa documentación que utilicé tanto en *Doña Bárbara* como en *Cantaclaro*. Ya tampoco existe y en su memoria le rindo homenaje por la valiosa colaboración que me prestó su conocimiento de la vida ruda y fuerte del llanero venezolano...

De Antonio José Torrealba, hijo de la india otomaca Josefina Vinicia Ostos, nacido en San Miguel de Cunaviche, un año antes que Rómulo Gallegos, el 17 de enero de 1883, provienen los famosos cuadernos del “Diario de un llanero”. Sostiene el investigador universitario Edgar Colmenares del Valle, que personajes como Melquíades Gamarra, Balbino Paiva, Carmelito López, Genoveva, el mocho Encarnación, Pajarote, el viejo Melesio y otros, encuentran su motivación y su alter ego en los manuscritos de Torrealba. Asimismo, con relación al personaje Marisela, sostiene Torrealba su propia visión. El *Diario de un llanero* lo constituyen decenas de cuadernos llenos de coplas, cachos, corridos y un sinfín de testimonios que afortunadamente, gracias a las gestiones y compromisos de Edgar Colmenares del Valle, y mediante acuerdo entre la Universidad Central de Venezuela y la Gobernación de Apure en 1983, además del

aporte de muchos colaboradores personales, finalmente se llegó a publicar en varios tomos. Se cumplía un siglo del nacimiento de aquel gran cunavichero. Yo me cuento entre los dichosos beneficiarios de la edición que apoyamos cientos de venezolanos para que se hiciera realidad, como una forma de honrar al extraordinario escribiente del Llano, y principal informante del Maestro Gallegos, que falleció en el mismo pueblo de Cunaviche un 14 de julio de 1949.

Y así, como Antonio José Torrealba, existieron otros seres en los que Rómulo Gallegos se fijó para recrearlos en su obra, tal es el caso del dueño del hato La Rubiera, Francisco Mier y Terán, que pudo transformarse en su personaje novelesco Lorenzo Barquero, aunque Ricardo Montilla, su gran amigo, llega a sostener que Lorenzo Barquero podía resultar el reflejo del médico Carlos Segundo Bremón, paisano suyo de la población de El Sombrero. Además afirma, que los Luzardo y los Barquero son los Manuit y los Belisario del pueblo de Chaguaramas del estado Guárico. También sostiene Ricardo Montilla que en Chaguaramas habitaba Flor Manuit, quien podría representar la reencarnación de Doña Bárbara, y a la que el gran Maestro conoció, así como tuvo cercanía con aquella muchacha de Charallave llamada Benicia, que estaba al servicio de su esposa Teotiste, y en la cual el autor se inspiraría para recrearla en su famosa novela, como la Marisela de toscas frases. El caporal Antonio José Torrealba, en alguna entrevista, habla de la bella Marisela Hortelano como motivo de inspiración para componer un famoso pasaje del Llano, y es así como hoy dicen los músicos «Tóqueme una Marisela», sin imaginar que ese nombre viene de la existencia del personaje femenino de Gallegos, «más arisca que un báquiro». Esa es la catira que resultó la hija no deseada con Lorenzo Barquero en las sabanas de La Candelaria apureña, y que se nombra por primera vez en el capítulo «La bella durmiente»

de la novela *Doña Bárbara*. Muchos seres vivientes motivaron a Rómulo Gallegos en la imaginación de su gran obra, de eso se ha escrito mucho, pero existe una mujer que jamás conoció, y que se ha transformado en leyenda como la encarnación verdadera de Doña Bárbara. Se llamaba Francisca «Pancha» Vásquez, nacida entre Colombia y Venezuela, y a quien trató muy de cerca el poeta Andrés Bello. Al referirse a ella, en un escrito suyo, lo hace de esta manera:

Y doña Pancha era fea, oscura, casi negra. En su juventud quizás fue hermosa y juncal; ahora se había puesto gruesa, muy gruesa... A pesar de sus carnes, doña Pancha era un jinete extraordinario; y la pistola en sus manos era la prolongación de un ojo. Sin detener el gran caballo piñalero al galope, tendió el brazo, disparó, y arrancó en vilo, del tope de una palma seca, un gavilán caricari. Pero, con todo, no era más que eso, que vivía allí: una mujer que tenía que defenderse, sola en aquel medio, y que para defenderse tenía que agregar a su valor personal una serie de leyendas acerca de sus poderes ocultos y sus cordiales relaciones con lo sobrenatural. Por lo demás, una infeliz mujer oscura y fea, a quien los rábulas robaban y los presidentes de estado explotaban a gusto.

Un miércoles 20 de mayo del año 2015, en alguno de mis recorridos al estado Apure, me propuse abordar sobre este tema a Manuel Vicente Santana, nacido en Mata de Totumo, Elorza, el 19 de julio de 1937, curiosamente el mismo año en que Rómulo Gallegos publica su quinta novela, *Pobre Negro*, mucho tiempo después de dar a conocer desde Barcelona, España, a *Doña Bárbara*, a partir de un 15 de febrero de 1929, con un tiraje de dos mil ejemplares. A esta obra prestó mucha atención un jurado donde estaban presentes José María Salaverría, Gabriel

Miró, Azorín, Pedro Sainz, Joaquín Pérez Ayala, Enrique Díez Canedo, Ricardo Baeza y Eduardo Gómez de Baquero. Ellos allá, en España, la seleccionan como el mejor libro del mes.



Fotografía de Rafael Salvatore

Sigo con este hombre de setenta y ocho años, Manuel Vicente Santana, quien vino al mundo diez años después de la visita de Rómulo Gallegos al Apure. Asegura que la verdadera Doña Bárbara fue Pancha Vásquez, y que ella «fue nacida en El Viento», cuando en aquella época la mitad del pueblo era de Colombia y la otra de Venezuela. Dice que nació en la parte de Colombia y que fue hija de doña Rosa Zapata y de don Ramón Vásquez Landaeta. Don Ramón era hijo de padres africanos, pero de nacionalidad colombiana, y pertenecía a una familia pobre, pero honrada. Don Ramón, cuando se casó con Rosa, ya tenía un hijo varón llamado Jesús María, el cual engendró con su primera esposa Mercedes Escobar, nacida también en El Viento, pero de la parte de Venezuela. Don Ramón fue peón

de un hato de gente rica llamado El Socorro, situado a pocos kilómetros de El Viento, al suroeste de la parte colombiana, y cuyo dueño era un hombre de origen español. Después del fin de la Guerra Federal, ese español regresa a su país y nombra a don Ramón encargado del hato, por ser su peón más querido y de gran confianza, pero él no regresó nunca de España y don Ramón administra el hato como si todos los bienes le pertenecieran. Al correr los años muere su esposa doña Rosa Zapata, y queda solo con sus dos hijos, Jesús María Vásquez Escobar y Francisca «Pancha» Vásquez Zapata. Don Ramón decide vender el hato que le había dejado el español, negociándolo a cambio de otros tres hatos del otro lado del río Arauca, hacia Venezuela. Esos hatos se denominaban Mata de Totumo, La Ceiba y Las Palmeras. En uno de esos hatos, Mata de Totumo, fue donde nació el informante que encontramos en Elorza, Manuel Vicente Santana.

Me cuenta este hombre de piel morena, que usa siempre sombrero y un par de anteojos de aumento, que aquellos hatos prosperaron con muchas riquezas y tenían tantas bestias que el tiempo de un año era insuficiente para llegar a herrarlas a todas. Allí se casaron los hijos de don Ramón. Jesús María Vásquez Escobar se casó con una muchacha llamada Cinercia Rodríguez, y procrearon una hija hembra y un varón llamados, respectivamente, María de Jesús y Jesús María. Por su parte, Francisca «Pancha» Vásquez se casó con Pedro Emilio Carrillo, y también concibieron una hija hembra y un varón, quienes llevaban por nombre Zoila Gregoria y Justo Emilio. Muere don Ramón y quedan los hermanos, Francisca «Pancha» Vásquez y Jesús María Vásquez con todas las riquezas, pero al poco tiempo muere Jesús María Vásquez Escobar. Doña Francisca Vásquez, mejor conocida como Pancha Vásquez, le quita los niños a su cuñada Cinercia Rodríguez y los cría a su manera, pero también ella

pierde a su esposo Pedro Emilio Carrillo y queda viuda, teniendo a cargo a sus dos hijos y a sus dos sobrinos, administrando los hatos y al mando de caporales y peones, hasta que Justo Emilio, su primer hijo creció, se hizo mayor de edad y se encargó de los hatos. Zoila, que también se hizo mujer, se casó, pero tuvo la mala suerte de morir durante el parto junto a la hija que llevaba en el vientre. Justo Emilio, que era el único heredero que le quedaba a Pancha Vásquez, también corrió con mala suerte, porque un día muere bajo el peso de su propio caballo en una faena de coleo. Así fue como Pancha Vásquez se hizo tan famosa, porque quedó en la exclusividad de sus manos la totalidad de la herencia paterna.

Trato de resumir lo que me ha leído este Manuel Vicente Santana de ese propio cuaderno, donde tiene anotada, de su puño y letra, la historia que me sigue narrando. Primero murió la mamá de Pancha Vásquez, segundo murió el papá, tercero murió el hermano, cuarto murió el esposo, quinto murieron los dos hijos y ella quedó sola con esa herencia, «y peleando a capa y espada con la gente que trataba de quitarle los bienes», nos dice Manuel Vicente Santana. «Ella defendiéndose hasta la muerte».

Mata de Totumo está ubicado cerca de Elorza, en camino hacia Achaguas en el estado Apure, y la palabra totumo, de origen indígena, viene a designar a un árbol que da un fruto del mismo nombre parecido a la calabaza redonda, pero con la concha gruesa, dura y seca, y de la cual se hacen distintas vasijas domésticas y utensilios de uso cotidiano entre pueblos agrícolas.

De Mata de Totumo viene Manuel Vicente Santana, quien no despegó sus ojos de un manoseado cuaderno a líneas que tiene como libro de verdades. Nos hizo ver su enjambre de manuscritos desde el primer momento de nuestra visita, leyendo casi de memoria lo que sabe y lo que ha podido escuchar sobre la célebre Pancha Vásquez y su gran fama, que quizás pudo dar

origen al título de la novela *Doña Bárbara*. Ese mismo personaje en el que supuestamente se inspiró Rómulo Gallegos, pero que no lo describe como tal.

Manuel Vicente Santana, la retrata entre palabras como una mezcla de negra y de india, mujer recia, de pequeña estatura, nariz chata, labios gruesos, y nos muestra un dibujo que atesora sobre ella, dejando claro que nunca fue devoradora de hombres, ni bruja, ni miserable, ni tuvo pacto con el diablo, como muchos han llegado a imaginar por los pleitos de tierras que se sucedieron con Pedro María Castillo.



Santana mostrando el «verdadero» rostro de Doña Bárbara.

Fotografía de Rafael Salvatore

Francisca «Pancha» Vásquez salió de Mata de Totumo en medio de un gran litigio. Equipó un bongo de palanca para remontar el río Arauca con destino a San Fernando de Apure, adonde llegaría a defender su honor, pero el destino quiso que un hiriente frío, en las caudalosas aguas, originara ese mal incurable que terminó afectando sus pulmones. Solo alcanzó a llegar

a La Trinidad de Arauca, donde le auxilia José Natalio Estrada Utrera. Allí muere y, seguramente en 1922, quedó sepultada en la inmensidad del Llano. Se cuenta que el hijo de José Natalio Estrada, que fue un destacado intelectual, escritor, poeta y músico, decidió que su tumba solitaria resultara diferente, y la hizo revestir de negros azabaches. A su lado también dos ángeles negros y una virgen blanca. Aparecería otra compleja historia con el paso del tiempo, pues sin nadie saber ni cómo ni cuándo, profanadores de oficio hundieron su rabia en el sagrado lugar que Manuel Vicente Santana nos describe tristemente, leyéndonos sus recordados manuscritos. «Realmente fue una inmortal y memorable señora del Llano», nos dijo al despedirnos, enorgullecido de lo que pudo describir cuando le preguntamos, ¿puede hablarnos de Pancha Vásquez?



Índice

REFLEXIONES INICIALES	9
Entre agosto de 1984 y agosto de 2024	12
Aquel viaje a la Habana con Miguel Otero Silva en 1981	17
<i>Carta de Rómulo Gallegos a Miguel Otero Silva</i>	22
<i>Respuesta de Miguel Otero Silva a Rómulo Gallegos</i>	24
Las conversaciones sobre Rómulo Gallegos, hechas letras, cuarenta años después	28
GUSTAVO MACHADO: «¡Yo soy comunista!»	33
<i>Carta a Rómulo Gallegos desde la «Cueva del Humo» del Cuartel San Carlos</i>	43
LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA: «Rómulo Gallegos estuvo al servicio de un elevado ideal colectivo»	59
EDUARDO GALLEGOS MANCERA: «Rómulo Gallegos fue mi pariente cercanísimo, tanto en el cariño como en las artes»	79
<i>Poema «Orto sin ocaso»</i>	94
HORACIO CABRERA SIFONTES: «Por nueve meses comparto con Gallegos en Norteamérica, y lo conozco en su intimidad»	105
ISAAC JOSÉ PARDO SOUBLETTE: «En sus últimos años, Rómulo Gallegos tuvo una vida muy dolorosa»	137

CARMEN ELISA GALLEGOS DE SANTANA: «Rómulo tenía fama de malhumorado, pero cuando joven fue muy juguetón»	157
<i>Una carta de Rómulo Gallegos a Teotiste</i>	167
JUAN LISCANO: «Cuando se dio el golpe militar contra Rómulo Gallegos, decidí integrarme de una manera total al movimiento de resistencia»	169
LUIS MANUEL PEÑALVER: «A Rómulo Gallegos lo estuve acompañando mucho tiempo, y él acompañándome a mí»	183
SONIA GALLEGOS AROCHA: «Mi papá vivía para mi mamá, y ella para él»	205
NOELÍ POCATERRA: «Cuando me encontré con Rómulo Gallegos, yo tenía cinco años»	235
OSWALDO LARES: «Siempre tuve a Rómulo Gallegos como un gran maestro»	255
MANUEL VICENTE SANTANA: «La verdadera Doña Bárbara se llamaba Pancha Vásquez»	273



Mis papeles errantes:
Entre Rómulo Gallegos y aquella Generación del 28
se imprimió en junio de 2025
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, estado Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares

Libro de entrevistas pero también bitácora de una búsqueda, *Mis papeles errantes* es la construcción, a lo largo del tiempo, de un diálogo profundo y fecundo alrededor de la figura de Rómulo Gallegos. Incubado durante más de cuarenta años, a lo largo de los cuales Benito Yrady fue reuniendo un importante conjunto de entrevistas con distintas personalidades de la cultura y la política venezolana. Desde Gustavo Machado hasta Noelí Pocaterra, esta obra recoge testimonios y experiencias próximas al autor de Doña Bárbara. Entrañable y cercano, el lector encontrará en sus páginas un documento testimonial y periodístico imprescindible para conocer a unos de los intelectuales y políticos más importantes de la Venezuela moderna.

BENITO YRADY

(LA MESA DE GUANIPA, ESTADO ANZOÁTEGUI, 1951)

Narrador, periodista, investigador, documentalista. Sus libros *Fabulaciones* (1990), *Jóvenes narradores: Anzoátegui, Sucre, Nueva Esparta* (1979), *La Dama de Bellalasonce* (1997); en nuestra editorial: *Zona de tolerancia* (2019), en el año 2024: *Historia del Señor Cody*, *La caja de los truenos*, *El libro de Cruz Quinal*, *Un siglo con María Magdalena Rodríguez* y *El país profundo de Barlovento* (2025), dan a conocer parte de su obra narrativa, difundida, además, en numerosas antologías. Ha obtenido catorce premios literarios, incluido el Premio Nacional de Cuento Breve (1987) y el Premio Nacional Stefania Mosca (2021). Desde 1969 ha ejercido la gerencia cultural en diversos lugares del país, destacando en el estudio de las tradiciones populares. Actualmente preside la Fundación Centro de la Diversidad Cultural y representa al Estado venezolano ante la Unesco. Sus narraciones recurrentemente tocan los temas de la guerra del petróleo, la presencia del capital extranjero en países petroleros y la transculturación contra la aculturación.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

